
Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

Transmitir el amor de Dios

La Vida Consagrada

*«El asombro se había apoderado de Simón
y de cuantos con él estaban,
a causa de los peces que habían pescado...
Jesús dijo a Simón: “No temas.
Desde ahora serás pescador de hombres”.
Llevaron a tierra las barcas y,
dejándolo todo, le siguieron» (Lc 5,9-11).*

En lo más profundo de la selva guatemalteca trabajaban un grupo de cooperantes de «Mundo Bueno», una ONG dedicada a promover el desarrollo cultural en zonas empobrecidas. Una de sus colaboradoras era Gabriela, que acababa de licenciarse en Ciencias Empresariales y había conseguido que la contratasen para ayudar a montar una escuela en una lejana aldea.

Junto a la ONG también estaba en la aldea una comunidad de cuatro misioneras que llevaban varios años en aquel lugar trabajando en un dispensario médico y coordinando la pastoral de la zona, en colaboración con el párroco, que tenía a su cargo 125 aldeas en un amplísimo territorio selvático.

Por las noches, los miembros de «Mundo Bueno» aprovechaban para conectar con Internet, gracias a un moderno sistema instalado por un informático de la ONG. Sin embargo, las misioneras durante la cena conversaban sobre las cosas que les habían pasado a lo largo del día y sobre los asuntos de la zona. También solían comentar cuestiones personales, para compartirlas en comunidad. Tras la conversación, que a veces se prolongaba en una sobremesa que duraba más de una hora, se dirigían a la capilla y allí rezaban completas. Después se iban a dormir, molidas de cansancio.

A Gabriela le gustaba pasarse por el dispensario para charlar con las hermanas, de tal forma que entablaron una buena amistad, por lo que ellas le invitaron una noche a cenar con ellas. Durante la cena Gabriela les contó su vida y cómo había llegado a aquel apartado lugar. Tras la cena le animaron a quedarse a conversar con ellas. A Gabriela le sorprendió la cantidad de problemas, anhelos y alegrías que aquellas hermanas compartían en comunidad. Y después le preguntaron si quería quedarse a orar con ellas. Aunque a Gabriela no le gustaba eso de «ir a Misa y rezar», se quedó y, ciertamente, disfrutó mucho compartiendo con las hermanas su sosegado y profundo rezo de completas.

Tras aquella experiencia, cada vez era más frecuente que Gabriela, en vez de ir a ver Internet, se presentase en la casa de las misioneras para compartir con ellas la cena, la conversación y completas.

Pero llegó un día trágico. Desde la central de «Mundo Bueno» comunicaron a los cooperantes que se habían gastado todo el dinero presupuestado y, por tanto, debían regresar. A Gabriela se le partió el corazón porque a la escuela le quedaba muy poco para estar lista. Pero, sobre todo, porque en aquella comunidad de misioneras había encontrado un ambiente muy acogedor. Así se lo contó a ellas esa misma noche y éstas, sin apenas pensárselo, le propusieron que se quedara con ellas.

Gabriela en ese momento no supo qué responder. Se quedó bloqueada. En parte quería regresar a su país para ver a su familia y a sus amigos, pero su corazón le decía que su lugar estaba con aquellas hermanas. Así que al día siguiente les dijo que sí, que se quedaba, pero sólo por un mes.

Y así fue. Gabriela se instaló en la casa de las misioneras y se integró totalmente en su vida: participaba en todas sus actividades, trabajos comunitarios y rezos. También pudo acabar la escuela. Como aquel mes pasó muy pronto, Gabriela pidió quedarse un poco más. Y así, de ese modo, poco a poco comenzó a comprender el sentido profundo de la vida de aquellas hermanas.

Gabriela siempre había visto a los misioneros como una especie de ONG. De hecho, no entendía muy bien cómo podía haber aún gente dispuesta a

meterse en una congregación misionera –perdiendo así su independencia– pudiendo ser un cooperante de una ONG normal.

Al principio le llamaba sobre todo la atención el mucho tiempo que aquellas hermanas «perdían» orando, ya fuese juntas o individualmente. Gabriela consideraba que ese tiempo estaría bastante mejor empleado trabajando o descansando. Eso es lo que su mente formada en Ciencias Empresariales le decía. Pero pronto descubrió que precisamente la oración era la clave que diferenciaba a aquella comunidad de una ONG. Mientras que cualquier ONG trabaja en un lugar gracias al dinero que recibe –y cuando ya no hay dinero se va–, aquellas misioneras estaban allí por amor. No tanto por el amor que ellas tienen a la gente –que también lo tienen los cooperantes de una ONG– sino sobre todo por el amor que Dios les transmite a ellas, y que ellas comparten comunitariamente y difunden entre la gente de la zona. Pues bien, Gabriela percibió que Dios les transmitía ese amor por medio de la oración.

Supo que era bastante normal que las hermanas se quedaran sin apenas dinero, y entonces tenían que pedir ayuda a los lugareños para subsistir, y éstos siempre respondían en abundancia. Ese y otros muchos detalles mostraban que el amor de Dios estaba presente en todo lo que ellas hacían. Las hermanas eran trasmisoras de una «gracia divina» que les era dada por medio de la oración. Sin ella, serían como una ONG, y se hubieran ido al quedarse sin dinero.

Gabriela descubrió que las personas que deciden prescindir de su independencia para integrarse en

una comunidad religiosa, ganan a cambio una gran libertad para hacer lo más bonito y valioso del mundo: darse totalmente a los demás para transmitir el amor de Dios.

Y así, pasado medio año, conversando tras la cena, mientras se oía de fondo el suave y melodioso murmullo de la selva, Gabriela preguntó a las hermanas qué debía hacer para ingresar en la Congregación...

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)



MARÍA.
**Un don de Dios y una
existencia de fe**

Autor:
Miguel IRIBERTEGUI ERASO

Colección: **TRAZOS**

Precio: 10,00 €

Páginas: 136

Año: 2005

ISBN: 84-8260-155-5



www.sanestebaneditorial.com

ESTUDIOS

El corazón de un Rey: 1. Un Rey que se encarna

TODO UN CORAZÓN

Los que somos de Cristo, los que nos decimos ser cristianos, vivimos en la permanente pasión por saber más de Él, por conocer quién es Él. Para nosotros Cristo es el que de verdad importa; es el único necesario. Él es nuestro único Bien, nuestro único Amor, nuestro único Señor. Cristo y sólo Cristo. Pero el misterio de Cristo es tan rico y profundo y, por otro lado, nosotros somos tan pobres y superficiales, que nunca vamos a poder tener una inteligencia total del mismo. De ahí, que en nuestra limitación, nos acerquemos a Cristo poco a poco, considerándole cada vez desde alguna de las múltiples facetas de su rica identidad personal. Así unas veces le contemplamos hecho niño en Belén, o como Varón de dolores clavado en una cruz, o como Señor resucitado. Otras veces le contemplamos como Maestro, Sacerdote y Rey, o en el misterio de su Cuerpo y Sangre.

Gracias a lo que Él mismo nos reveló de sí, Cristo es para nosotros Alfa y Omega, Vid, Camino, Verdad y Vida, Buen Pastor, Luz y Pan. ¿Pero daremos con alguna palabra que resuma todas éstas? Tenemos esa palabra: *Cristo es para nosotros Corazón*. No encontraremos mejor palabra que exprese quién es Cristo

para nosotros. Contemplemos ahora a Cristo en el misterio de su Corazón Sagrado.

Las páginas del Antiguo Testamento ya dan testimonio del amor y de la benevolencia de Yahvé Dios hacia los hombres. Bajo muchas imágenes se presenta a Dios como un Dios misericordioso y fiel, que con entrañas de ternura quiere a los hombres por encima de los pecados y de las infidelidades de los mismos hombres.

Un día Moisés pidió a Yahvé Dios la gracia de poder contemplarle en todo el esplendor de su gloria (cf. Ex 33,18). Dios prometió a Moisés que pasaría delante de Él con todo el esplendor de su gloria, pero que el rostro de Dios no lo podría ver (cf. Ex 33,19-20). Cuando Dios, en toda su gloria, empezó a pasar delante de Moisés, Dios mismo metió a Moisés en una cueva y cubrió la entrada de la cueva con su mano, para que Moisés no pudiera ver el rostro del mismo Dios. Cuando Yahvé Dios retiró su mano y Moisés salió a la entrada de la cueva, ya sólo pudo ver la espalda de Dios y, al verla, pronunció unas palabras llenas de belleza, que son una de las definiciones más hermosas que de Dios podemos tener: *«Señor, Señor, Dios de ternura y compasión; lento a la ira; rico en clemencia y fidelidad; que mantienes tu fidelidad por mil generaciones; que perdonas el mal y el pecado»* (Ex 34,6).

Si Moisés tan sólo con ver la espalda de Dios, pudo pronunciar palabras tan bellas, ¿qué no hubiera dicho si hubiese contemplado el rostro del mismo Dios?

Un día los hombres pudimos ver el rostro mismo de Dios, cuando contemplamos el rostro de Cristo,

que es el Hijo de Dios hecho carne. Recordemos la historia de este Corazón:

Existe desde siempre un Corazón inconmensurable, cuyos latidos rigen todo lo que existe: éste es el Corazón de Dios. Quiso ese Corazón desmesurado hacerse de carne y pequeño. Y, diminuto, se fue formando al abrigo de otro Corazón –limpio, puro, inmaculado–, el de María. Nació este Corazón caliente y rebosante de vida; fue creciendo henchido de amor y pasó por el mundo haciendo el bien, dando amor sobremanera, desmesuradamente, hasta el extremo. Al final este Corazón se dejó expropiar, cuando se le acusó, se le juzgó y se le condenó como reo de muerte. Era el Corazón más bueno y más amable que ha latido en la tierra.

Murió el Corazón. Y los hombres, de corazón de piedra, tentados por la curiosidad, hurgaron en Él, preguntándose: ¿Qué habrá dentro de este Corazón? Y una lanza descubrió el secreto: Agua y Sangre; y desde entonces el mundo quedó teñido de blanco y rojo, que son los colores de la bandera de Cristo y de su Corazón. El Corazón de Cristo vive y sigue latiendo: grande más que un océano, fuerte como un toro bravo, limpio como una azucena. Todo un Corazón, el de Cristo.

El amor del Corazón de Cristo es universal y eterno. Porque es *universal*, nadie está excluido de Él y porque es *eterno*, permanece para siempre. Cada uno de nosotros tenemos un sitio en el Corazón de Cristo. Él nos quiere a cada uno y nunca va a dejarnos de querer. A pesar de nuestros pecados e infidelidades,

Él nos quiere y su amor por nosotros no se altera. Cada uno de nosotros puede decir, con la seguridad y el convencimiento de que dice una verdad: *Cristo me amó y se entregó por mí* (cf. Ga 2,20).

Sabernos queridos por Cristo y conocer que cada uno de nosotros tenemos un sitio permanente en su Corazón Sagrado, nos tiene que llenar de alegre confianza. Nada ni nadie es más fuerte que su amor por nosotros; por ello nada ni nadie nos podrá separar de su amor. Ni las dificultades, ni los fracasos, ni las desgracias, ni los apuros económicos, ni los problemas familiares, ni las enfermedades, ni el miedo ante un futuro incierto nos van a separar del amor de Cristo (cf. Rm 8,39). Es más, es precisamente en esas ocasiones cuando más hemos de confiar en el Corazón de Cristo. Por ello, siempre y en toda ocasión, podemos decir: *Sagrado Corazón de Jesús en Ti confío, porque todo lo espero de tu amor.*

Pero también el sabernos queridos por Cristo y conocer que cada uno de nosotros tenemos un sitio permanente en su Corazón Sagrado, nos tiene que animar a corresponder a su amor. El amor sólo con amor se puede pagar y, nunca jamás comprar. Si tanto nos ha querido y nos quiere el Corazón de Cristo, se espera de cada uno de nosotros que amemos a Cristo, al que encontramos en su Palabra, en su Cuerpo y Sangre, en su Iglesia, en sus Hermanos.

LA MADRE, EL HOGAR Y LA MISIÓN DEL CORAZÓN

El Corazón de Cristo centra la atención de la Iglesia entera, quien se siente atraída por Él. Para

penetrar en esta bodega interior, tres son los caminos que están a nuestro alcance; caminos que se resumen en estas *tres* palabras: *Madre, Hogar y Misión*.

La Madre del Corazón

El Corazón de Cristo tuvo una Madre. Como no estamos hablando de un corazón cualquiera, tampoco hablamos de una madre cualquiera. Poco llegaríamos a entender acerca del Corazón de Cristo si ignorásemos a María, su Madre. Los Corazones de ambos han latido siempre al unísono. Juntos siempre: antes y después del parto. También ahora siguen latiendo a la par en el cielo.

Todo lo que Cristo tiene en cuanto hombre –su verdadera humanidad– lo recibió de María, su Madre. La carne de Cristo es la carne de María. Por ello está más que justificado que, al contemplar el misterio del Corazón de Cristo, prestemos el debido honor al Corazón de su Madre. El Corazón de María –limpio, puro, inmaculado– era un arca donde se iban guardando preciosos tesoros. El texto evangélico dice que María conservaba todo en su Corazón (cf. Lc 2,51). Y allí lo conservó guardado, hasta que llegó el tiempo oportuno de sacarlo a la luz y compartirlo. Si mucho es lo que hoy sabemos acerca del Corazón de Cristo, a María se lo debemos; pues primero lo guardó en su Corazón y, a su debido tiempo, lo entregó a la Iglesia.

El Hogar del Corazón

El Corazón de Cristo tuvo un hogar y una casa. Allí vivió oculto y sin brillo sus primeros treinta años de

vida. Treinta años rezando, trabajando, aprendiendo, escuchando, creciendo en edad, sabiduría y gracia. El Corazón de Cristo se fue formando con los suyos en casa. ¿Qué sentiría Cristo en su Corazón de adolescente, cuando a los doce años, aún a sabiendas de que iba a dar un gran disgusto a sus padres, se quedó en Jerusalén para ocuparse de las cosas de su Padre, el del cielo (cf. Lc 2,41-51)?

Pero Jesús volvió a Nazaret, porque el entrenamiento de su Corazón no iba a ocurrir en una escuela rodeado de doctores. Su escuela estaba en el hogar de Nazaret. El Corazón de Cristo aprendió los verdaderos valores humanos de María y de José y gracias a ellos aprendió a ser hombre.

La Misión del Corazón

El Corazón de Cristo tuvo una Misión que cumplir. Enviado desde el Corazón mismo del Padre, su destino y meta era el corazón de cada ser humano. Su Corazón se convirtió en un puente para unir el Corazón del Padre con los corazones de todos los hombres. Él cumplió su Misión haciendo uso de todo lo que veía en el hogar y pueblo de Nazaret. Él vio a su Madre poner levadura en la masa de harina, a fin de hacerla fermentar; y llegado el tiempo, dijo a los suyos que en el mundo se debían de comportar como la levadura (cf. Mt 13,33).

Quizá un día Cristo fue testigo de cómo se desprendió una moneda del velo de su Madre y todo lo que ella hizo hasta encontrarla; y en cierta ocasión

Cristo dirá que cuando un hombre se pierde por el pecado, Dios lo vive como un drama y, si después de buscarlo lo encuentra, Dios se llena de alegría (cf. Lc 15,8-10).

Seguro que alguna vez llevaría algún roto en su ropa y vería cómo su Madre le cosía un remiendo, pero nunca utilizando telas nuevas para que no tiraran de lo viejo; y luego Cristo dirá que la novedad de su mensaje no se puede casar sin más con lo *antiguo* (cf. Mt 9,16).

Quizá un día Cristo cogió el arado de su vecino y miró hacia atrás para ver cómo le iba quedando el surco y el vecino le aconsejó que nunca hiciera eso; y, andando el tiempo, el mismo Cristo dirá a sus discípulos que una vez que se ha puesto la mano en el arado, ya no cabe mirar hacia atrás (cf. Lc 9,62).

Cristo fue también testigo de la sementera y de la cosecha, del cultivo de la vid y de la vendimia... y de todo ello fue sacando lecciones, que luego utilizó para el cumplimiento de su misión.

De todo lo dicho se puede concluir que, para entender a Cristo en el misterio de su Corazón, hay que acudir a la *Madre*, al *Hogar* y a la *Misión* de este Corazón. Pero hay algo más; por debajo de todo ello, sustentándolo, hay que confesar la condición divina de Cristo. Sólo desde el Padre se revela en plenitud el misterio de este Corazón, que es a la par divino y humano.

Recordemos: «*Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Jesús le dijo: Felipe, ¿tanto tiempo*

hace que estoy con vosotros y no me habéis conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,8-9).

HOGAR PARA DESCANSAR

La mirada de la Iglesia y de cada creyente se concentra en el Corazón de Cristo. En él reconocemos la *fuentes* de gozo, en la que nuestros corazones pueden ver saciada su sed de alegría. Es el Corazón de Cristo esa gran *patria* de la que todos somos ciudadanos. En ese Corazón encontramos el *hogar* donde poder descansar.

Cuando los cristianos nos acercamos a Cristo y, después de contemplarle, decimos algo sobre Él, no siempre acertamos. En otras ocasiones hacemos sobre Cristo afirmaciones que son verdad, pero la inteligencia, que sobre las mismas podemos llegar a tener, es muy pobre. Por ello todas aquellas afirmaciones, que aparecen en los evangelios, en las que Cristo revela algo de sí mismo, son para nosotros como perlas preciosas. Tales revelaciones nos aportan tanta seguridad, que nos agarramos a ellas como a tablas de salvación.

La lanza del soldado ha querido descubrir para nosotros el secreto que guardaba el Corazón de ese crucificado, que no era como los demás (cf. Jn 19,34). Lo que en ese Corazón se hallaba guardado se derramó sobre todos los hombres y ahora, mirando al que atravesaron, comprendemos mejor lo que ya en vida había afirmado de sí: «*Soy manso y humilde de corazón*» (Mt 11,29).

Es poco decir que Cristo tiene mansedumbre y humildad; habría que decir que todo Él es mansedumbre y humildad. Su Corazón rebosa de tales virtudes. Y junto con esta autorrevelación, el mismo Cristo nos pide que aprendamos de Él; es decir, que seamos también mansos y humildes de corazón, tomándolo por modelo. Y el mismo Cristo nos da la razón de esta invitación: «*para encontrar descanso*» (Mt 11,29). Con ello Cristo nos está diciendo que la raíz de tanta intranquilidad, desasosiego y falta de paz, que con tanta frecuencia se dan en nuestras vidas, estriba en que tendemos a ser soberbios y altaneros. Si queremos encontrar el descanso tan anhelado, ya sabemos el camino: aprender de Cristo, que tiene un Corazón manso y humilde.

Así describía Cristo la actitud con la que Él estaba entre los hombres: «*Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve*» (Lc 22,24); porque «*Él había venido a servir y no a ser servido*» (Mc 10,45). Su misma encarnación es ya una prueba suprema de humildad y de mansedumbre pues, siendo Dios, no hizo alarde de ello; se rebajó, se despojó de su rango y pasó entre nosotros, siendo uno de tantos (cf. Flp 2,6-8). Humilde y manso en su cuna, en su infancia y en su vida oculta en Nazaret. Humilde y manso en el arranque, desenvolvimiento y final de su misión evangelizadora. Humilde y manso en la ignominia de su pasión, en la enseñanza de su muerte y en el triunfo de su resurrección.

A los suyos Cristo nos recuerda: «*El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado*» (Lc 18,14); «*si alguno quiere ser el primero, que sea el*

último y el servidor de todos» (Mc 9,35); «si alguno de vosotros quiere ser grande, que sea vuestro servidor» (Mc 10,35); «el mayor entre vosotros será como el menor y el que manda como el que sirve» (Lc 22,24).

En todo esto Cristo va siempre delante de nosotros, como modelo a imitar y camina junto a nosotros, como amigo donde apoyarse. Y según todo esto, humildad y mansedumbre es servir a los demás, estando atento a sus necesidades y prontos para atenderles en ellas. Y si después de servir a los demás en lo pequeño y en lo grande, nos asaltara la tentación de la soberbia, digamos lo que el mismo Cristo nos enseñó: «*Somos siervos inútiles; sólo hicimos lo que teníamos que hacer» (Lc 17,10).*

La mansedumbre y la humildad, que de Cristo hemos aprendido, es garantía de paz y descanso interior. En el Corazón de Cristo encontramos el *hogar para descansar*.

LOS AMIGOS DEL CORAZÓN

«Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (Jn 15,14)

Queremos gozar de la amistad de Cristo y Él nos recuerda que, amigos suyos seremos, en la medida en que nos tomemos en serio sus mandatos y hagamos lo que Él nos dice.

Los mandatos de Cristo son una prueba del amor que Él nos tiene. Cristo nos manda lo que nos manda, porque nos quiere. Si Cristo nos pide, nos exige,

nos prohíbe, nos manda, nos ruega o nos invita, nunca será para hacernos la vida difícil y fastidiosa. Los mandatos que brotan del Corazón de Cristo son para nuestro bien y nuestra salvación, ya que portan el mucho amor que Él nos tiene.

Cumplir los mandatos de Cristo es una prueba de nuestro amor hacia Él. Ésta es la razón última que nos debe mover e impulsar a la hora de vivirlos y llevarlos a la práctica. Si los mandatos del Corazón de Cristo nacen de su amor hacia nosotros, el cumplimiento de los mismos por nuestra parte, será la prueba de nuestro amor hacia Él. No nos mueve a obedecer el temor al castigo. A Cristo le obedecemos, porque le amamos; hacemos todo lo que nos pide, porque somos sus amigos; secundamos de buena gana sus mandatos, porque ellos son para nosotros yugo llevadero y carga ligera.

Por ello, cuando no cumplimos lo que Cristo nos manda, nos dolemos en lo más profundo del corazón, porque no hemos correspondido al amor y la amistad de un amigo. En el fondo, si nos dolemos, no es sólo por haber quebrantado un mandamiento; la razón de nuestro dolor estriba en reconocer nuestra falta de amor a Cristo.

Más preciosos que el oro, más dulces que la miel, son los mandatos del Corazón de Cristo (cf. Sal 18,10-11)

Así es Cristo: nos manda siempre lo que nos conviene, porque quiere lo mejor para nosotros. Porque le queremos mucho, los deseos de Cristo se convierten en órdenes para nosotros; porque le queremos mucho, sus mandatos no nos suenan a leyes sino a ruegos de

un amigo; porque le queremos mucho, sus exigencias no son una carga pesada e insoportable de llevar.

Pasamos a enunciar y comentar algunos de dichos mandatos. Secundar los mismos es amar a Cristo y dar frutos de vida eterna.

«Arrepentíos, porque se acerca el Reino de Dios» (Mt 4,17)

La conversión que nos pide Cristo se ha de dar en el escenario interior de nuestra conciencia. La diana hacia donde deben apuntar nuestros esfuerzos de cambio es el propio corazón. El gran teatro de operaciones y la gran batalla de nuestra conversión se libra en el corazón, centro de nuestras decisiones más personales. La pregunta es: ¿quién manda en nuestro corazón?

«El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt 16,24)

Las condiciones que señala Jesús a sus seguidores nos ponen nerviosos. Pasamos sobre ellas de puntillas, para que no nos inquieten. Pero bien sabemos que no podemos eludirlas, pues pertenecen al Evangelio. Nos hemos convertido en unos teóricos del Señor y, por ello, no acabamos de morir a nuestros intereses y egoísmos; no acabamos de aceptar la contradicción y el dolor.

«Éste es mi precepto: que os améis unos a otros, como yo os he amado» (Jn 15,12)

Ante los demás caben dos actitudes: pasar de ellos y de sus problemas o pararnos y empezar a complicarnos la vida. Amar al hermano no se lleva. Oímos muchos

consejos y vemos muchos comportamientos invitándonos a no amar. Nada tienen de cristiano ni de Evangelio, son paganismo puro. La medida del amor cristiano nos la dio el mismo Cristo, que nos amó sin medida.

«Tomad y comed, esto es mi Cuerpo» (Mt 26,26)

Somos menesterosos y el abanico de nuestras necesidades es bien amplio. Pasamos la vida buscando soluciones a nuestras necesidades. Muchas veces creemos encontrarlas en el espejismo de un pan sin cuerpo. La solución es el mismo Cristo, que se nos da en comida. Aunque estemos en descampado, no dejemos a Cristo, pues en las aldeas no encontraremos el pan con cuerpo.

«Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá» (Mt 7,7)

Si se nos invita a descargar en Dios nuestras preocupaciones e invocarlo en medio de nuestras aflicciones, es porque Dios se interesa por nosotros. Él es todo Corazón y tiene especial debilidad por los que peor lo pasan. Orar es una prueba de nuestra fe en Dios. Hagamos que nuestra oración sea confiada y, a la par, humilde, pues Dios resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes.

«Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9,38)

El mundo es el campo de Dios y la Iglesia su labranza; y en el mundo y en la Iglesia hay mucho que

hacer. Pero faltan voluntarios dispuestos a trabajar. Dios es el que llama, pero espera que se lo pidamos, para demostrar que también nosotros lo deseamos. Y Dios, para atender estas peticiones, llama precisamente a los que se lo piden. Si nos encuentra trabajando, el salario está asegurado.

«Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (Mc 16,15)

Cristo quiere que la presencia de los suyos en el mundo se deje notar y que incidan de manera eficaz en él. Que sean sal y luz (cf. Mt 5,13-14). Dar sabor, preservar, iluminar y dar calor son los verbos que describen la misión de los discípulos de Cristo. Para ello hay que estar en el mundo sin ser del mundo, con la determinación de cambiarlo desde Cristo y desde los valores del Evangelio.

«Tened confianza, soy yo; no temáis» (Mt 14,27)

No nos ha embarcado Cristo en una travesía peligrosa y Él se ha quedado en la orilla. En la travesía hay que estar continuamente bregando, para mantener a flote la barca. Con un poco de confianza en su palabra siempre descubriremos a Cristo cerca de nosotros, como pacificador de todas las inquietudes y dador de todas las seguridades. Estando Jesús con nosotros, nada hemos de temer.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca (España)

Hambre, aidez y ambigüedad en la espiritualidad actual:

1. Introducción

La palabra «espiritualidad» –que prefiero a la palabra «mística»– es una palabra amplia y con frecuencia imprecisa. A causa de esa imprecisión caben diversas concepciones o, al menos, distintos matices significativos. Y conviene indicar desde el principio en qué sentido tomamos aquí dicha palabra, sin ánimo descalificativo de otras formas de entenderla.

«Espiritualidad» suele entenderse como *vida* espiritual, mientras «teología espiritual» suele entenderse como *reflexión* sobre esa vida. No siempre es así, pero mayoritariamente sí lo es. Y aunque vida y reflexión deben ir unidas para bien de ambas, no se identifican. Aquí tomamos la espiritualidad en cuanto a *vida*. La reflexión sobre la misma es también un capítulo importante en nuestro tiempo, pero queda generalmente al margen en esta nuestra consideración.

Con mucha frecuencia se identifica «espiritualidad cristiana» con «vida en Cristo» (cf. Ef 4,17-5,20) y/o «vida en el Espíritu» (cf. Rm 8,4-14). La preposición «en» se traduce con naturalidad por «según», «guiada por», y parece que se entiende así mejor lo que implican las fórmulas paulinas. Estas referencias paulinas suelen acaparar el sentido de la espiritualidad, entendida como vida. Y siempre serán referencias

esenciales. Hay quienes opinan, razonablemente, que una vez más en la experiencia cristiana se pospone, y hasta se anula en la consciencia, la figura del Padre, lo cual, de ser cierto, significaría un olvido imperdonable. Por eso, quienes así opinan, junto a las dos fórmulas paulinas recordadas, añaden una tercera: «hacer la voluntad del Padre» (cf. Jn 4,34; 6,38).

Las tres referencias, sentido trinitario de la vida cristiana, van siempre unidas y pueden irlo también cuando intentamos describir lo que es la espiritualidad. Podría decirse que ésta consiste en *hacer la voluntad del Padre siguiendo a Jesús guiados por el Espíritu*. O, quizá mejor, puede cambiarse la formulación diciendo: la espiritualidad consiste en *escuchar la voz del Espíritu, que llama a seguir a Jesús en el camino al Padre*.

Sin hacer exclusión de ninguna de estas fórmulas, prefiero la última. En ella, el protagonismo recae en el Espíritu o, mejor, en la escucha del/al Espíritu (de ahí «espiritualidad»), quien, en los diversos tiempos y lugares, habla a la comunidad cristiana y a cada cristiano en particular. Éste es el esquema «espiritual» de las primitivas comunidades cristianas reflejado en el Apocalipsis. Los capítulos 2-3, dirigidos a las siete iglesias, describen la vida de las mismas (aspectos positivos y negativos) y terminan con las mismas palabras: «*El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*» (Ap 2,7.11.29, etc.). «El dominio del Espíritu» (es decir, cuando el Espíritu es escuchado por las iglesias), que lleva a reordenar su vida según la manifestación del mismo Espíritu, hace de una comunidad (y, por extensión, de una persona) comunidad o persona espiritual.

LA IMPORTANCIA DEL LUGAR Y EL TIEMPO

La importancia del tiempo en orden a la vivencia cristiana queda de manifiesto en las palabras de Jesús: «Oísteis que se dijo... yo en cambio os digo» (Mt 5,21-22). No obstante, como la Palabra del Nuevo Testamento se escribió prácticamente en el mismo tiempo –con escasa distancia– la atención al tiempo se diluye bastante a la hora de tener en cuenta «cuándo» habla el Espíritu. La Tradición, no obstante, ha sabido valorar las diferencias de los tiempos y deducir que el Espíritu pide a cada tiempo algo que, siendo siempre esencialmente lo mismo, se diversifica según las necesidades y posibilidades (las diversas espiritualidades: del siglo XIV, del siglo XVI, del siglo XX, etc.) dan testimonio de ello.

Más fácil es captar la importancia de los *lugares* (presentes también en las diversas espiritualidades: alemana, española, francesa, italiana, etc.). En esto último, las cartas del Apocalipsis, a las que habla el Espíritu, son una referencia singularmente apreciable. Es el mismo Espíritu el que habla a las iglesias, y es la misma escucha la que se pide a todas. Pero no a todas les dice lo mismo. A veces casi ni se parece lo que dice a cada una. ¿Por qué? *Porque cada una tiene su problemática* y es ésta la que es objeto de la palabra del Espíritu (cf. Ap 2-3). La Tradición ha tenido menos en cuenta el lugar que el tiempo. El Concilio Vaticano II rescató explícitamente esta referencia unitaria al tiempo y al lugar.

EL OCCIDENTE ACTUAL

Está mal que occidente quiera imponer sus criterios al resto del mundo. Y está igualmente mal que el resto del mundo quiera imponer sus criterios a occidente. Todos debemos aprender de todos, no siempre debemos imitarnos unos a otros, seguramente nunca debemos identificarnos unos y otros. El espíritu ecuménico, la ética universal, la globalización y el derrumbe de fronteras no son –o no deben ser– palabras y expresiones vacías. Pero tampoco debe olvidarse que incluso la universalidad se mira *desde* un lugar determinado. No es lo mismo mirar un problema *desde el Norte* que mirarlo *desde el Sur*. La perspectiva es esencial en este punto. Y es preciso no olvidarlo.

Cuando aquí hablamos explícitamente de un *tiempo actual* (digamos los últimos cincuenta años), hablamos también, aunque no aparezca explícitamente en el título, de un lugar concreto: *occidente*.

Este tiempo y lugar se clarifica con lo que puede llamarse el marco cultural, marco que gira en torno a la palabra «modernidad», dando pie a tres etapas-movimientos: modernidad, posmodernidad y agonía de la posmodernidad. Brevemente serán descritas cada una en su momento.

HAMBRE, AVIDEZ, AMBIGÜEDAD

La espiritualidad de los últimos 50 años en occidente se ha visto y se ve afectada por estas tres palabras, aunque no sólo por ellas. Son las tres que aquí hemos elegido por parecernos especialmente interesantes en

la actualidad. Se ha de tener en cuenta que no son tres palabras que se excluyen unas a otras. Son tres palabras complejas y también a ellas les afecta el tiempo y el espacio. Y no deben entenderse exclusivamente en sentido lineal, como si una siguiese a la otra, desapareciendo la primera. Las tres palabras conviven en un mismo tiempo y lugar, aunque no necesariamente ni con la misma prestancia e intensidad.

De ello hablaremos en las siguientes partes en las que hemos dividido este estudio.

FRAY AUGUSTO GUERRA, O.C.D.
Ávila (España)



SEDIENTOS DE SU PALABRA.
Comentarios bíblicos a las lecturas de la liturgia dominical. Ciclos A, B, y C

Autor:
Miguel de BURGOS NÚÑEZ

Colección: **MATERIALES**

Precio: 55,00 €

Páginas: 725

Año: 2009

ISBN: 978-84-8260-231-8



www.sanestebaneditorial.com

Edith Stein

Hay veces en que el silencio engrandece a las personas, no porque callen sino porque las hace receptoras y, al mismo tiempo, fecundas. Tal es el caso de esta brillante intelectual judía hoy copatrona de Europa: Santa Teresa Benedicta de la Cruz (igualmente conocida por su nombre: Edith Stein).

Estas breves notas no van a aportar nada nuevo sobre ella pero sí serán la expresión de una inmensa admiración por una mujer de mentalidad avanzada, extraordinariamente inteligente y culta que se rindió ante la Verdad, la aceptó, la amó, dejó todo por ella, se entregó a ella y murió por ella.

Nació en 1891 en Breslau (antigua Alemania, hoy Polonia) en el seno de una numerosa familia judía. Estudió en la Universidad y perteneció al círculo filosófico del fenomenólogo Husserl. Dada su calidad de mujer y de judía, las autoridades de su tiempo le impidieron ser profesora de universidad a pesar de su demostrada valía en diversos campos además de la Filosofía: Historia, Filología, Psicología, etc.

Su investigación filosófica dentro del terreno de la Fenomenología la impulsó a buscar el sentido más intrínseco del hombre, el porqué de su existencia y su finalidad. Presentía que había una verdad que ella desconocía aún pero que necesitaba conocer porque, en caso de no existir, su vida no tenía sentido dados

los sufrimientos, persecuciones y penalidades que, especialmente los judíos y su país, estaban soportando con Hitler en el poder.

En medio de su incansable búsqueda, ella continuaba formándose y trabajando como investigadora y profesora, y ayudaba como enfermera en la guerra, siendo una excelente hermana y buena compañera de sus amigos.

Fue la reacción de una amiga, al enviudar ésta, el primer paso decisivo en su camino hacia la Verdad. Sospechó que había algo trascendente en la serenidad que vio y palpó ante tan lamentable pérdida.

Tras este toque inquietante y sin respuesta lógica desde el punto de vista humano, Edith siguió esperando activamente, buscando y haciendo preguntas incontestables hasta que un día, mientras estaba en casa de unos amigos, cayó en sus manos un ejemplar de la Vida de Santa Teresa de Jesús. Y ahí halló la respuesta a todas sus elucubraciones filosóficas y teológicas. Santa Teresa la convenció absolutamente porque, en la sencillez y fe de la santa, estaba escrita la Verdad a la que Edith no había renunciado a encontrar algún día.

A partir de este acontecimiento su vida se vio iluminada por una nueva Luz, hasta ahora desconocida. Pero también, como en todo proceso de fe, su vida se complicó enormemente en muchos terrenos, de modo muy especial a nivel familiar. Su anciana madre era una creyente judía de profunda fe y el golpe de esta conversión podía significar un ataque a su delicada salud. Sus hermanos también eran un escollo a salvar,

la situación política del país y el ser judía, aunque ya conversa, tampoco ayudarían mucho a vivir en paz la Verdad que la había cautivado.

Su fuerte espíritu luchador no cedió ante tanta presión. Como persona decidida y segura que era, ya no podía retroceder porque estaba fascinada por el hallazgo de la razón de ser del hombre, el porqué de su existencia. Y se entregó a este Dios personal que ella barruntaba pero del que hasta ahora no sabía que existía. Se enamoró de Jesucristo y entró en la Iglesia.

Gracias a su aguda inteligencia, supo leer la voluntad de Dios en las líneas de los acontecimientos en su país: incluso en el colegio religioso en el que fue profesora después de su conversión llegó un momento en el que le era imposible continuar. La persecución a los judíos se tornó cada vez más acuciante hasta el punto de que algunos de sus hermanos tuvieron que emigrar, y ella misma sólo tenía una salida, abandonar su país y partir hacia América en donde sí había futuro.

Este trágico panorama fue para ella la señal de Dios de que había llegado la hora de entrar en el convento Carmelita de clausura de Colonia, después de nueve años de larga espera aconsejada por sus sucesivos directores espirituales.

La despedida de su madre fue traumática, pero Edith no vaciló ni un instante en su decisión. Una mañana muy temprano y a solas, antes del amanecer, sintiendo una paz infinita, cogió el tren que la llevaría hasta su felicidad, hasta la Verdad.

Sus superiores, conocedores de su capacidad intelectual y formación, la dispensaron –muy a pesar de ella– de las labores conventuales cotidianas y le pidieron que se dedicara a escribir. Gracias a la obediencia a la que se sometió humildemente desde el primer instante, podemos hoy enriquecernos con sus obras escritas en la clausura y a lo largo de su vida. Aparte de su extensa producción filosófica y religiosa, tradujo a Santo Tomás de Aquino y al Cardenal Newman.

No quiso destacar en la clausura excepto por su fidelidad a Dios en el Carmelo, a pesar de lo que debió significar para ella el cambio tan radical de vida en todos los aspectos. Su hermana Rosa, la única que no se opuso a su conversión, la acompañó en la fe y en el convento, aunque sin formar parte de la comunidad.

Tampoco aquí, en el Carmelo, estaba exenta del peligro de Hitler y de la persecución a los judíos. Pero ella había ofrecido a Dios su vida por su pueblo y no temía. La situación política empeoraba por momentos y los judíos no estaban seguros ni siquiera después de una conversión ni entre las paredes de un convento así que, con vistas a evitar posibles peligros a las dos hermanas, los superiores decidieron trasladarlas a Holanda, salvando los obstáculos previsibles e imprevisibles gracias a amigos incondicionales.

Pero el Señor no se había olvidado de la entrega amorosa que había hecho Edith (ya sor Teresa Benedicta de la Cruz). Su vida corría peligro de nuevo a causa de una carta de protesta que los obispos holandeses escribieron por el trato que estaban recibiendo los judíos. Bastó poco tiempo para que, ya en

Holanda, una llamada inesperada a la puerta del convento fuera la razón de que sor Teresa Benedicta, con plena paz y serenidad, le dijera a su hermana Rosa: «Vamos, muramos por nuestro pueblo». Era absolutamente consciente de que les había llegado el final.

Después de largas jornadas hacinadas en un tren, perdidas entre los condenados a muerte, sabemos, por testimonios orales, que Edith murió en la cámara de gas del campo de concentración de Auschwitz el día 9 de agosto de 1942. Habían bastado 9 años como consagrada para convertir en santa a esta mujer.

Es incontenible la emoción que se siente al contemplar, sosteniéndolo entre las propias manos, el crucifijo que preside el altar del convento Karmel Maria v. Frieden de Colonia, y que perteneció a Edith. Es como paralizar en el tiempo un trecho de una historia de amor total y sin medida. Es el epítome de ese grito clamoroso del silencio de la santidad, de la entrega al Amor, a la Verdad, que protagonizó santa Teresa Benedicta de la Cruz.

PAULA RIGUES

Jerez de la Frontera (España)

María en Navidad es silencio

«María guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón» (Lc 2,19)

María en Navidad es silencio. Todos hablan. Y ella es pura contemplación.

Hablan los ángeles, y María permanece en silencio. Hablan los pastores y María calla, adora, acoge. Hablan los reyes, y toda la ciudad, y María sigue sumergida en su recogimiento. Habla Simeón y Ana la profetisa. Y María inundada de asombro, abraza al niño en su ser silencio.

Cuando se dice «Dios» en el cuerpo, en la mirada, en el gesto: no hay que pronunciarlo. Pero si se pronuncia, y no se detalla, ni se insinúa en los ademanes: es una profanación.

Navidad es íntima. Navidad es silencio. Casi demasiado íntima, demasiado corazón. Siempre hay en la Navidad una reserva de fuego para amar lo imposible: lo áspero, lo sombrío, lo tosco, lo rutinario.

Navidad es el pretexto para la exaltación de los sentimientos más puros, más hondos y más verdaderos.

Dios se asoma a la vida de esta tierra y la tierra se asoma al mundo divino, que es más frágil de lo que esperábamos. Así Navidad es Dios mismo, sin apariencia, sin teatralidad. Ahí él nos traspasa la paz y la

confianza. Es el camino como el puro silencio. Para, de menos, ascender a más; de nada, llegar a todo.

El peligro de la Navidad, por ser una fiesta superlativa, es que nos convirtamos en turistas en lugar de quedarnos ahí a celebrarla y amarla. No se puede ver de lejos, como a distancia, sin pararse. Uno se ha de estacionar y dejar que el alma se remanse y silencie en su presencia.

Sí, la Navidad es admirable. Se impone su candor, la luz, la inocencia. Y nada ha sembrado en los humanos tanta añoranza del divino como la presencia de un niño. No hay nada postizo ni que sea disfraz en la Navidad.

El amor de María paso a ser silencio. En el amor nunca hay razones, utilidades, fines, programas. En el amor hay como un poder ilógico, irracional. Dios se da, se entrega, sin que intervengan las razones, sin que influyan sistemas industriales y utilidades. Como que a Dios le atrae y enamora la sin razón.

Navidad huele a exceso de amor, a exceso de sin razón. No es la Navidad una excursión rápida.

Navidad no es razón. Es silencio. Es corazón. La razón es posesión, economía, negocio, comercio, especulación. El amor es derroche, despilfarro, lujo sin ostentación, sin exhibición, sin lucimiento ficticio, y a la vez sin pudor.

Porque a un niño no se le puede amar a escondidas, ocultamente, sino bien a las claras y sin ningún pudor.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

Sed de Dios

El agua es el principal componente del cuerpo humano. Ella, incrustada en las células, humedeciendo los tejidos, circulando en la sangre, protegiendo y dinamizando tanto el cerebro como las articulaciones, desplazando los nutrientes a todos los órganos, y desechando los desperdicios corporales, es un elemento imprescindible para la existencia.

Ese líquido vital escasea en el pueblo de la Biblia. Los textos atestiguan tanto la crisis por falta de agua, como la consecuente hambruna y migración social (cf. Ex 17,3). La arqueología ha descubierto construcciones de cisternas y acueductos para conservarla y transportarla, indispensables en una cultura agrícola. No extraña, pues, que las imágenes de pozos y las añoranzas de zonas fértiles sean comunes en los textos bíblicos (cf. Rut 2,8-9; Sal 42,6). Estos lugares se tornaron espacios cotidianos, frecuentados especialmente por esclavos y mujeres, en función de sus servicios domésticos. Curioso es que, justamente, pozos y bebederos se transformen en escenario donde pobres y excluidos cantan la justicia de Dios (cf. Jos 5,11).

A partir de una sociedad lastimada por la sed, las personas producen su teología. En el libro del profeta Amós se lee: *«He aquí, vienen días –declara el Señor Dios– en que enviaré hambre sobre la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír las palabras del*

Señor» (Am 8,11). El mundo bíblico no desconoce una sociedad que confunde y que juega con la sed de las personas: «*Y por comida me dieron hiel, y para mi sed me dieron a beber vinagre*» (Sal 69,21). El profeta Isaías describe a los angustiados buscando agua, con la lengua reseca por la sed. Él deja claro que ante el engaño social, el Dios vivo es quien abre manantiales y transforma el desierto en estanque de aguas (cf. Is 41,17-18). La llamada se lee en el capítulo 55,1: «*Todos los sedientos, vengan a las aguas... sin dinero*».

La teología bíblica insiste en direccionar toda nuestra atención a la única fuente. En salmo 63,1 y 143,6, los salmistas se comparan, en su búsqueda de Dios, con una tierra seca y árida. Tal espera angustiante se asemeja a la impaciencia del vigilante aguardando el amanecer (cf. Sal 103,5-6). El salmo 42, es más explícito: «*Como el ciervo anhela las corrientes de agua, así suspira por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo*» (vv.1-2). En la distancia, exiliado, el salmista, por su teología, cree haber dejado a Dios en Jerusalén. Sufre su separación porque ha experimentado su presencia. Él se identifica como un animal sediento. La imagen, a la cual recurre, el «ciervo», retrata el desespero de su alma, ansiosa y veloz, procurando, no cualquier dios, sino, el Dios vivo.

En Juan 4,14, Jesús dice a la samaritana: «*El que beba del agua que yo le dé, no volverá a tener sed*». Y ella responde: «*Señor, dame de esa agua*» (Jn 4,15). Interpreto que, una vez gustado el agua viva, la persona no se conforma con cualquier bebida. En Mateo 5,6 Jesús extiende su teología y exclama: «*Bienaventurados*

los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados». La sed de Dios y la sed de justicia es la misma cosa. Se trata pues, de una sed que lleva al compromiso solidario. Dar agua al sediento es una forma de caridad que distingue la espiritualidad cristiana (cf. Mt 25,42). Quien comparte un vaso de agua restaura la garganta para forjar servidores del Reino.

Para san Agustín, la oración es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del ser humano. Dios tiene sed de que el ser humano tenga sed de Él. La sed, en este sentido, no es una frustración, sino una llamada bendita, porque sólo el mismo Dios provoca tan elevada gracia: que el ser humano lo anhele. Eso quiere Dios, que le busquemos sin cesar.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)



EPISTOLARIO.
Introducción y traducción de
José Salvador y Conde

Autor:
Santa CATALINA DE SIENA

Colección: **BIBLIOTECA DOMINICANA**

Precio: 32,00 €

Páginas: 1.334 (2 vol.)

Año: 1982

ISBN: 84-85045-52-1



www.sanestebaneditorial.com

Tentación y esperanza

*«Nuestra fe tiene que nacer
donde todos los hechos la desmienten.
Tiene que nacer de la nada» (H. J. Iwand).*

Aun cuando nuestra confesión de fe nos enseña que Dios está en todas partes, la suya es más bien una presencia esquivada, misteriosa y escondida. La presencia divina no es algo a lo que podamos acceder de manera inmediata, valiéndonos de nuestras facultades naturales (entendimiento, voluntad y memoria).

Para hallar a Dios es preciso buscarlo a solas y en silencio. A fin de intensificar su comunicación amorosa con el Padre, guiado por el Espíritu Santo, Jesús mismo se dirigió al desierto (cf. Mc 1,12). Con mayor razón, nosotros, que no gozamos de una comunicación plena con Dios, tenemos la necesidad de retirarnos; de recogernos en nosotros mismos, para despejar un espacio en el que Dios pueda salir a nuestro encuentro y llamarnos por nuestro nombre para convocarnos a la vida eterna. De disponer de un ámbito en el que no tengan lugar nuestras preocupaciones y tareas mundanas, a fin de que podamos concentrar nuestra atención amorosa en Dios.

Cuando decimos que «hemos tenido una experiencia de encuentro con Dios», lo que con ello damos

a entender no es que Dios haya salido de algún escondite para visitarnos amorosamente, sino que sólo cuando estamos dispuestos a hacer a un lado las distracciones que nos acechan, podemos reconocer que siempre ha estado allí: a un lado de nosotros, esperando a que nos demos cuenta.

Ya el pueblo de Israel comprendió que el desierto es el lugar donde Dios se revela como cercano. El lugar al que Dios conduce a su pueblo para probarlo, exponiéndolo a la tentación, para que, superando sus imperfecciones morales y espirituales, aprenda a vivir de un modo más intenso y puro el amor del que es objeto. De ahí que, refiriéndose al pueblo de Israel como a su amada, el Señor afirme: «*La llevaré al desierto para enamorarla*» (Os 2,16).

Lamentablemente, la mayoría de nosotros somos como algunos espirituales que no aman de veras a Dios, pues, como diría san Juan de la Cruz, «*por él no quieren hacer casi cosa que les cueste algo [...] sino que así se les viniese el sabor de Dios a la boca y al corazón, sin dar paso y mortificarse en perder alguno de sus gustos, consuelos y quererres inútiles*»¹. Tal es la explicación de por qué nos resulta difícil comprender la necesidad de las tentaciones en el camino que conduce al encuentro con Dios.

Y dice fray Luis de León: «*Es ordinario en Dios, quando nos quiere hacer algunas grandes mercedes, y ántes que nos las haga, tentarnos primero con apreturas y sequedades, por muchas razones. Una, para así*

1. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual B*, canción 3, párrafo 2.

nos hacer mas puros, y mejor dispuestos para lo que ha de venir. Otra, para renovar en nosotros el conocimiento de lo poco que somos sin él»².

Bien entendidas, las tentaciones son acontecimientos que ponen a prueba nuestra determinación de amar a Dios sobre todas las cosas; son situaciones que nos obligan a decidir no sólo qué queremos, sino quiénes somos delante de Dios y hacia dónde se orienta nuestro amor: si hacia Dios, hacia nosotros mismos o hacia los bienes y placeres mundanos.

Por las tentaciones «*siente el hombre el rastro del verdadero Dios. Sin tentaciones estaría en peligro de manipular a Dios o de hacerse inocuo*»³. Por un lado, cuando somos vencidos por las tentaciones, no sólo cobramos consciencia de nuestras limitaciones y de nuestra incapacidad para otorgarnos a nosotros mismos la salvación; conocemos también la misericordia de Dios, que nos perdona siempre. En otro sentido, el reconocimiento de nuestra impotencia para realizar el bien perfecto nos hace humildes. Y a la luz de la humildad, la grandeza del amor divino reluce con más fuerza. Sólo entonces comprendemos que «*Dios es amor absoluto. El hombre, en cambio, está tentado constantemente por el mal*»⁴.

La tentación es un mal necesario para la salvación del hombre. Su sola presencia le hace conocer que en él hay una tendencia al mal, que coexiste con

2. FRAY LUIS DE LEÓN, *Exposición de Job*, 37, 10.

3. ANSELM GRÜN, *La sabiduría de los padres del desierto*, Sígueme, Salamanca 2003, p. 41.

4. *Ibíd.*

una lúcida aspiración al bien. Saber que es así resulta provechoso porque nos permite tener presente que la lucha contra la tentación reclama del mayor esfuerzo; pero también de la confianza en que, por ser Dios quien es, no nos dejará caer en la tentación y nos librárá de todo mal, para recordarnos a nosotros mismos y al prójimo, aquello que dijo san Agustín: «*Tú habitas en Dios, mas para ser contenido. Dios habita en ti, mas para contenerte y evitar que caigas*»⁵.

Mientras que la tranquilidad espiritual que surge de la confianza superficial en Dios nos hace inocuos, la tentación nos obliga a caer en la cuenta de que «*la senda de la vida eterna [es] estrecha [cf. Mt 7,14], que el justo apenas se salva [cf. 1 Pe 4,18]*»⁶. Entender que la esperanza es la otra cara de la tentación, es pensar que aun en «*la constricción y la estrechez de la angustia puede desplegarse la grandeza de la misericordia divina y de la salvación*»⁷.

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

5. SAN AGUSTÍN, *Homilías*, 8, 14.

6. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual B*, anotación.

7. JEAN-LOUIS CHRETIEN, *La mirada del amor*, Salamanca, Sígueme, Salamanca 2005, p. 70.

La importancia de las virtudes en nuestra vida

INTRODUCCIÓN

El término «virtud» no es un término que tenga una acogida positiva en nuestra manera de hablar. En no pocas circunstancias ser «virtuoso» quiere decir ser una pobre persona devota, sin relevancia especial. Max Scheler (1874-1928) escribió un tratado titulado: «*Para una rehabilitación de la virtud*». Sin embargo, el concepto de «virtud» es el núcleo de la ética de los filósofos griegos: Sócrates, Platón y Aristóteles; así como del estoicismo. Y cuando se habla de ética se habla de perfección humana.

Santo Tomás construye el análisis ético de los actos humanos, después de plantear cuál es el fin del hombre, desde la perspectiva de las *virtudes*. Esta línea de análisis se pierde en los manuales de ética o moral posteriores a Trento y en el mismo Catecismo de la Iglesia Católica, que estructuran la moral desde la perspectiva de los *mandamientos*.

Es necesario reivindicar el concepto de virtud como *realización concreta de valores morales*, término que parece tener más aceptación. Y esto no sólo desde la perspectiva –tan esencial, por otra parte– de la moral, sino desde la misma espiritualidad. Los

proclamados «santos» en la Iglesia, lo son en función de sus «virtudes heroicas».

APROXIMACIÓN AL CONCEPTO DE «VIRTUD»

Me referiré al concepto de «virtud» desde la perspectiva de la teología. No cuento con el concepto de virtud que indica *cierta capacidad o potencialidad para diversas acciones humanas*, por ejemplo: las virtudes intelectuales, que indican la capacidad para adquirir conocimientos o para desarrollar un discurso cognoscitivo; o las virtudes para exponer bien lo que se sabe; o las virtudes para la música –ser un «virtuoso» del piano, por ejemplo, se suele decir–.

En la Sagrada Escritura el término «virtud», que traducido al griego sería «*areté*», apenas se utiliza. Algo más aparece el término «*dynamis*», que indica «poder» o «fuerza». Sin embargo, se habla de ciertas realidades humanas que posteriormente se llamarán «virtudes», como: amor, paciencia, valor, templanza, justicia, etc. San Pablo, en sus cartas habla de los «frutos del Espíritu» que son actitudes que nosotros podemos llamar «virtudes», por ejemplo, en Gal 5,22-23. Ampliamente aparecen en las cartas de Pablo y de Pedro, como veremos, las que se llamarán «virtudes teologales»: fe, esperanza, caridad. En la carta de Santiago se habla de la fe, la justicia, la paciencia... En las de Pedro, del amor fraterno, la lealtad, la sinceridad, la hospitalidad. En las de Juan, como sabemos, se habla casi exclusivamente de la caridad.

En los Santos Padres está presente el concepto manejado por la filosofía clásica. San Agustín adopta

la definición aristotélica de virtud: *«lo que hace bueno al que la posee y hace buena la obra que realiza»*.

La moral de Santo Tomás, como hemos indicado, es una moral de virtudes, no de mandamientos. El acto es bueno si es virtuoso, no por estar simplemente mandado. No se puede reducir a que sea legalmente «ordenado», sino que haga bueno al sujeto.

La mayor parte de la ética en la *Suma Teológica* la ocupa el tratado sobre las virtudes. Santo Tomás toma expresiones de San Agustín para definir la virtud como: *«Una buena cualidad de la mente por la que se vive rectamente, de la cual nadie usa mal»*.

LA MORAL /ESPIRITUALIDAD DE VIRTUDES

*«La categoría de la “virtud” ha vuelto a ganar prestancia y actualidad, tanto en la filosofía contemporánea como en los pronunciamientos recientes del Magisterio y en la reflexión teológica»*¹. Esta presencia fue perdiéndose a partir de la Reforma protestante que insiste en la justificación por la fe. Y también a partir del Concilio de Trento donde, como hemos apuntado, en orden a la confesión de los pecados en el sacramento de la penitencia, se insiste en una moral de mandamientos, respecto a los cuales es más fácil hacer el examen de conciencia. En esa línea han continuado los manuales de moral.

En el *Magisterio* no hay actualmente planteamientos modernos sobre la virtud en general, sino sobre

1. ROMÁN FLECHA, *Teología Moral Fundamental*, B.A.C., Madrid 2005, pp. 350-351.

diversas virtudes, especialmente sobre las teologales, así como sobre otras virtudes como, por ejemplo, la justicia y la castidad. El Catecismo de la Iglesia Católica nos da esta definición de *virtud*: «*La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien. Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma. Con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, la persona humana virtuosa tiende hacia el bien, lo busca y lo elige a través de acciones concretas*» (CIC 1803). Distingue entre virtudes *humanas*, las cuales se agrupan en torno a las cuatro cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y las virtudes *teologales*: fe, esperanza y caridad.

DIVISIÓN DE LAS VIRTUDES

La división de las virtudes tiene su origen en la filosofía platónica. Éstas se solían dividir en: *prudencia*, que rige la acción desde el ámbito intelectual; *fortaleza*, que se sitúa en el corazón y rige la capacidad de resolver situaciones a las que es necesario enfrentarse; y *templanza*, que modera las tendencias sensibles o sexuales. Platón entendía que esa clasificación señalaba las virtudes propias de cada uno de los tres estamentos que rigen la ciudad: el estamento gobernante, cuya virtud es la prudencia, el estamento militar cuya virtud es la fortaleza y el estamento que surte de bienes materiales a la ciudad, cuya virtud es la templanza.

También tenemos la división aristotélica entre virtudes *noéticas*, o referidas al conocimiento, y *morales*, o correspondientes a la acción.

Desde la perspectiva religiosa judeo-cristiana, aunque no se insistiera en el carácter de virtud, se desarrolló lo que luego serían las virtudes teologales: la *fe*, la *esperanza*, el *amor*, referidas directamente a Dios. En ello se encuentra una diferencia respecto a otras religiones, las cuales a los dioses sólo les tributaban culto.

Santo Tomás fue quien estructuró las diversas virtudes: las tres *teologales*: fe esperanza y caridad, porque –como acabamos de decir– se refieren directamente a Dios, y el resto serán las virtudes *morales*, organizadas en torno a las cuatro *cardinales*: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. A partir de ellas ofrece una clasificación de numerosas virtudes, en total 52.

Esa clasificación de las virtudes referida a virtudes *teologales* y *cardinales* es la que ha permanecido hasta nuestros días. El Catecismo de la Iglesia así la recoge.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Salamanca (España)

Cuando la noche llegaba a la mitad de su carrera

No sé si reparamos alguna vez en la predilección que el Señor parece mostrar por la noche.

Quizá porque la noche es misteriosa, tranquila y teje cercos de intimidad. La noche arropa el secreto y casi nos hace palpar al Absoluto, una vez desdibujadas las cosas en la oscuridad. La noche es paz, silencio, vacío y, quizá por eso mismo, plenitud.

Lo cierto es que Jesús ha realizado sus grandes hazañas en la noche. Él que pudo escoger una hora para abrir sus ojos en esta nuestra tierra, lo hizo de noche (cf. Lc 2,1-20).

«Cuando la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu omnipotente Palabra, Señor, descendió del cielo», nos dice la liturgia citando el libro de la Sabiduría.

Ya de mayor, era en las noches cuando se retiraba a orar, allá en las montañas (cf. Lc 6,12). Y era en la noche cuando los primeros discípulos pudieron reconocerle después de haberle preguntado dónde moraba y haber permanecido con Él aquel día que iba declinando (cf. Jn 1,35-42).

En la noche descubrió a Nicodemo los grandes misterios del nuevo nacimiento y del Espíritu que sopla donde quiere, como aquel viento que amontona las dunas del desierto próximo (cf. Jn 3,1-21).

En la noche instituyó la Eucaristía y el Sacerdocio, mientras cenaba con sus amigos (cf. Mt 26,26-29). Y en aquellas mismas horas, repletas de intimidad, los despidió con las palabras cálidas que Juan nos ha transmitido en su evangelio (cf. Jn 13-17).

En la noche agonizó entre los olivos de Getsemaní, mientras el cielo y la tierra se le iban de entre las manos (cf. Mc 14,32-42).

Anohecía cuando encerraron su cuerpo en el sepulcro, al filo ya del gran sábado, pues los judíos comenzaban a contar el día cuando de ponía el sol y aparecían las primeras estrellas (cf. Mc 15,42-47).

Y antes de amanecer el domingo, resurgió glorioso dejando la tumba vacía (cf. Mc 16,1-8). Por eso la liturgia, en la Vigilia Pascual, canta y canta a la noche: *«¡Oh noche santa más clara que el día...! ¡Oh noche feliz, pues tú sola mereciste saber cuál fue la hora del triunfo del Señor!»*.

Al caer la tarde, una vez resucitado, aceptó la invitación de los discípulos de Emaús, se quedó con ellos y se les descubrió como triunfador de la muerte (cf. Lc 24,13-35).

La noche. ¡Siempre la noche!

Por eso, creo que ante el misterio de Navidad, deberíamos dejarnos invadir por esa dulzura e intimidad de la noche. Penetrar ahí, en lo hondo, para captar el mensaje de sencillez, quietud y ocultamiento que Jesús quiere descubrirnos.

Si Él se revela en la noche, preciso será apagar nuestras centellas insignificantes, hacer silencio y

sumergirnos sin miedo en el vacío, porque en ese vacío Él volverá a hablarnos como a sus amigos, como a Nicodemo, como a los pastores de la primera nochebuena, como a José y a María que pudieron sorprender el primer parpadeo de sus ojos de Niño que tanto decían sin proferir palabra.

Y entonces, no necesitaremos las luminarias artificiales de los hombres para penetrar en el sentido de las cosas, porque nuestro camino será claro como el mediodía y todo nuestro ser cantará la gloria del recién nacido que ha venido para ser Luz y para cambiar la historia del mundo en un auténtico desafío a las tinieblas, haciendo de la vida una perpetua NAVIDAD.

SOR MARÍA EUGENIA MAESO O.P.
Salamanca (España)



LA TEOLOGÍA CATÓLICA

Autor:
Jean-Pierre TORRELL

Colección: **TRAZOS**

Precio: 17,00 €

Páginas: 189

Año: 2010

ISBN: 978-84-8260-240-0



www.sanestebaneditorial.com

LITURGIA

Liturgia de las Horas

7. La alabanza de la mañana: los Laudes

(OGLH 37-38)

«Los Laudes como oración matutina, y las Vísperas, como oración vespertina, según la venerable tradición de toda la Iglesia, son el doble quicio sobre el que gira el Oficio cotidiano, se deben considerar y celebrar como las Horas principales» (SC 100; cf. OGLH 37).

Desde sus comienzos, toda la Tradición de la Iglesia, tanto en sus Oficios monásticos como catedráticos, nos muestran a los Laudes como la primera oración de la mañana, abriendo la Liturgia de las Horas del día. Todos los elementos que integran esta Hora nos hablan del *«sol naciente, de las sombras que huyen»*, de la *«oscuridad de la noche, derrotada por el brillo de la luz del día»* y, en última instancia, *«de Cristo como verdadera luz que nace en Oriente y pone fin a las tinieblas»*.

Hasta el Concilio Vaticano II y la renovación de la Liturgia por él promovida, la Hora canónica de los Maitines era, generalmente, celebrada antes de Laudes. Esa Hora desapareció y fue instaurado el *Oficio de lecturas* que no tiene un espacio del día determinado para su celebración. Sigue en pie, de modo especial por los textos que la componen, que los Laudes

son la alabanza de la mañana, la primera Hora del Oficio divino. Es verdad que hay argumentos prácticos que, de hecho, pueden alterar los horarios de celebración, pero deben ser la excepción. La Iglesia nos pide respetar «la verdad de las Horas» (cf. OGLH 11). Hay que procurar que, *en lo posible, las Horas respondan de verdad al momento del día*, y no cantar o recitar que «el sol está naciendo», cuando ya lleva horas iluminándonos.

San Basilio expresa bien este carácter matinal (*de los Laudes*) con estas palabras: «Al comenzar el día, oremos para que los primeros impulsos de la mente y del corazón sean para Dios, y no nos preocupemos de cosa alguna antes de haber llenado de gozo el pensamiento con Dios, según está escrito: “Me acordé del Señor y me llené de gozo” (Sal 76,4), ni empleemos nuestro cuerpo en el trabajo antes de poner por obra lo que fue dicho: “A ti te suplico, Señor, por la mañana oirás mi voz, por la noche te expongo mi causa y me quedo aguardando” (Sal 5,4-5)».

Esta Hora, que se celebra con la primera luz del día, trae, además, a la memoria el recuerdo de la Resurrección del Señor Jesús, que es la luz verdadera que ilumina a todos los hombres (cf. Jn 1,9) y el «*sol de justicia*» que «*nace de lo alto*» (Mt 3,20 y Lc 1,78). Así se comprenderá en profundidad la advertencia de san Cipriano: «*Se hará oración por la mañana para celebrar la resurrección del Señor con la oración matutina*». Haremos memorial de la experiencia de las mujeres ante el sepulcro, como también la de Pedro y Juan. ¡Qué mayor deleite que el podemos experimentar si adquirimos plena conciencia del núcleo central

del Misterio pascual de salvación, ante las palabras de la alabanza de las primeras horas del día!

No nos cabe la menor duda de que tal «puntapié» inicial a la vida de un bautizado le marcará con un sello inefable que le definirá como «cristiano». De este modo, manifestaremos el valor y el rol de la oración –de modo singular la comunitaria– en quienes nos definimos y encontramos dentro de la Familia de los hijos de Dios, hijos que tienen oídos para escuchar la Palabra del Padre, convencidos de que éste no desoye nuestras voces.

Una frase *laudatoria* tiene palabras de «alabanza» a quien va dirigida. Los *Laudes* son las alabanzas matinales a Dios, término de las mismas. Las haremos «*por Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina contigo [con el Padre], en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos*». La Trinidad se manifestará en la oración conclusiva de esta Hora, así como en la doxología con la que se cierra cada salmo: «*Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...*».

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

Cantos navideños

«UN NIÑO NOS HA NACIDO»

Un Niño nos ha nacido. Un niño que llora. Un niño que ríe. Un niño que juega. Un niño que corre, abrazando a las brisas...

Un gran Niño con mirada de oro. Erguido como cedro del Líbano. Como caña alta, atada a los lagos.

Un Niño capaz de mirar al sol, sin pestañear:
Águila señera, jilguero del canto primero.

Un Niño nos ha nacido, salud a flor de piel, siempre joven, cabellera al viento, brazo firme, caricia tierna, mano tendida, amistad fiel, abrazo estrecho y cálido, beso noble.

Pero lo que nos quiebra por dentro, es su mirada:
Ojos que penetran las entrañas del alma,
allí donde se juntan el espíritu, la carne y la nada.

Un Niño nos ha nacido. Las sombras huyen, espantadas y, desde ese día, habitan en los agujeros de cuevas y abismos, y sólo salen de noche, vestidas de luto y negro, a la espera de una nueva derrota en la próxima aurora...

«NAVIDAD DESDE SIEMPRE»

Venía caminando desde lejos, desde siempre...

El frío se estremeció de miedo
y el miedo tiritó en mi carne cuando un ángel
-¡estallido de luz!
abrazó mi cuerpo, calentando el aire.

El terror, espantado, fracasó en su precipitada fuga,
tropezando su torpeza en las murallas de Belén
- miríadas de espíritus gigantes con seis alas doradas,
guardianes de la Voz, espadas de fuego en sus manos.

Un solo grito: ¡Gloria!,
apretado reventar de lenguas y profecías del pasado,
atruena valles y montañas, ríos y poblados,
universo oscuro y cosmos estelar,
sepulcros abiertos y vientres cerrados:
-¡Incendio en el Templo y en la ciudad de David!

La gloria-de-arriba caminó aquí-abajo
y se metió en un puño
-tierra que encerraba al Inocente...

Las estériles perdieron su vergüenza y bailaron en las
[plazas,

fecundas de hijos, sangre del nuevo plantío...

En el claroscuro de un establo,
entre pastores y magos
rodeando a un Niño,
los ángeles aleteaban
y cantaban el Mensaje.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Madre María Amparo del Sagrado Corazón, O.S.C. (1889-1941):

Una imagen de Jesús crucificado

Resulta sencillo y la vez difícil expresar con palabras lo que la persona de Jesucristo fue para Madre María Amparo. Sencillo porque, tanto su autobiografía como sus otros escritos, rezuman constantemente el nombre de Jesús; es el centro de todo. Y difícil, porque ¿cómo expresar con palabras su unión íntima con Jesús, aquella ciencia arcana que ella aprende en la contemplación de Jesús y sus misterios?

Al comienzo de su autobiografía ella misma afirma: *«No puedo menos de elevar fervientes acciones de gracias a Jesús y a mi queridísima Madre la Virgen santísima, por la maravillosa y aun milagrosa preparación que hicieron en mi alma a su obra de amor. Parece como si nuestro Señor hubiera querido servirse del abandono espiritual en que me encontraba para constituirse él en Padre, Madre y poseedor de mi alma aunque sabía la grandísima resistencia que le había de hacer durante toda mi vida y la ingratitud con que le había de corresponder»*¹.

Es Jesús, unido a la Virgen María, los que preparan el alma de Amparo para la gran obra espiritual

1. *Autobiografía*, ms. 1, 1.

que quieren realizar en ella y a través de ella. Jesucristo se constituye, desde su infancia, en el único dueño y señor de su alma y en su único maestro, aquel que la sabrá llevar como nadie hacia la unión mística con la Santísima Trinidad.

Y para María Amparo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo encarnado, es siempre «Jesús». A quien se ama y con quien se tiene plena confianza se le llama por su nombre de pila, su nombre familiar. Por eso, en su autobiografía y otros escritos emplea casi siempre el nombre de «Jesús» para referirse a él y encabeza la mayoría de sus cartas con la exclamación «¡Viva Jesús!» y las concluye con expresiones como «*no se olvide de rogar siempre a Jesús para que le ame cuanto deseo*»; constituye, además, el tema principal de sus comunicaciones. El Hijo de Dios es sencillamente Jesús; al llamarlo así está expresando toda su intimidad con él, su cariño, su delicadeza, su presencia continua.

Aunque, como hemos dicho, desde muy niña viene experimentando íntima y naturalmente la presencia y el amor de Jesús y de María, el punto de arranque de su entrega y unión total con Jesucristo podemos enmarcarlo en el día de su Primera Comunión (6 de enero de 1899). Lo resume así en su autobiografía: «*Me sentí toda de Jesús y toda para siempre*»². Y sigue diciendo: «*Se introdujo en mi alma y tomó posesión de todo mi ser como soberano Señor y dueño mío. Se apoderó de mi corazón y de todas mis potencias para no dejarme más libertad sobre ellas... Sólo me quedé con*

2. *Ibíd.*, 30.

el deseo y el pensamiento de ser toda y exclusivamente de Jesús»³.

Y recordando la víspera de este gran día escribe: *«Cuando antes de acostarme tomé el Crucifijo para besarle, me pareció sentir que Jesús Crucificado se imprimía en mi corazón; sentí entre Él y yo como una unión que se establecía del uno al otro para la eternidad. Todo esto fue muy interior, pero tan vivo y penetrante, que yo creo que mi alma quedó desde entonces herida de amor para siempre. Esto parece que no lo puedo dudar, Jesús Crucificado, al entregármese, quiso ser mi todo»⁴.*

Desde entonces, según sus propias palabras, quedó *«herida de amor para siempre»*. Es la experiencia mística del alma que, seducida por el Señor, se entrega a él sin reservas. El papa Juan Pablo II calificó esta experiencia como *«una vida “tocada” por la mano de Cristo, conducida por su voz y sostenida por su gracia»⁵*. A lo largo de la historia ha habido muchas almas que han sido traspasadas por este dardo divino que les condujo a la transformación en Cristo y a la unión con Dios (san Francisco, santa Clara, santa Teresa y san Juan de la Cruz, santa Verónica Giuliani, etcétera).

A esta donación de Jesús a su alma corresponde ella con una entrega de sí misma: *«Por mi parte estoy muy animada a ser única y eternamente de Jesús; bien es verdad que no me faltan mis ratos de amargura, porque sin ellos no me consideraría tan dichosa, pero*

3. *Ibíd.*, 33.

4. *Ibíd.*, 27.

5. *Vita consecrata*, 40.

nuestro Jesús, único confidente de mis dolores y de mis amores, siempre está dispuesto a consolarme, siempre, padre mío, de día y de noche. Si me consumiera como un cirio ardiendo en presencia de Jesús, todavía sería nada para corresponder al infinito amor que me tiene. En fin, padre mío, quisiera poder decirle pero no puede ser; le ruego, por amor de Dios, pida mucho por mí, para que salga una perfecta imagen de Jesús Crucificado»⁶.

Tenemos ya dos puntos clave de la cristología de Madre María Amparo: *ser toda de Jesús y ser una perfecta imagen de Jesús crucificado.*

SER TODA DE JESÚS

Al igual que para san Francisco, Jesús era su Dios y su todo. Por ello dice: *«He de trabajar con todas mis fuerzas para que mi corazón no esté sino en el de Jesús y María, o que el de Jesús y María estén en el mío»⁷.* Sí, los corazones de Jesús y de María van siempre unidos, porque en María Amparo la Virgen santísima fue siempre una excepcional maestra que le enseñó a amar a Jesús y a identificarse con él. *«[La Virgen santísima] me hacía ver a Jesús en todas las cosas, en las penalidades, en las dificultades con las criaturas, a Jesús en todo; sus designios de amor, de unión, de identificación con él»⁸.*

6. Correspondencia M. María Amparo y D. Ambrosio Morales, 24 de agosto de 1913.

7. Cuaderno de ejercicios espirituales, diciembre de 1920.

8. Autobiografía, ms. 1, 300.

Jesús se adueñó de su vida de tal manera que se sentía dominada por una fuerza interior que le obligaba a actuar, en todo momento, según el agrado de Dios. *«Jesús con su fuerza había tomado mi lugar dentro de mí misma; me sentía propiedad de Dios e instrumento suyo sin poder obrar por mi propia cuenta»*⁹. Por ello, su vivir se *«oculta en el Corazón de Jesús, despreciada por amor suyo y bien de las almas»*¹⁰.

Su intimidad con Jesús es admirable, hasta llegar a afirmar que siente *«un íntimo, amoroso y prolongado abrazo entre Jesús y mi pobrecita alma... Jesús tiende sin cesar a comunicarse a mi alma»*¹¹. Y en carta al P. Arintero dice: *«...Ayer estuve con Jesús, sentí que me desvanecía, pero antes de poderme ocultar me encontré en su presencia. ¡Si viera cuánto me quiso! Después de acariciarme excesivamente y anegar mi alma en un diluvio de consolaciones, me dijo que dependía de mí exclusivamente el que se hiciera la casa religiosa; es decir que si le soy fiel, se hará, por dificultades que se opongán. No tuve tiempo de decirle nada, porque se ocultó enseguida en lo más hondo de mi alma en donde le siento vivir de una manera misteriosa...»*¹². Y llegará a decir: *«...tengo a Jesús en mi corazón; estoy sola con él para amarle y consolarle con mis penas»*¹³.

«¡Cuánta vergüenza me hace pasar el amor de Jesús! Algunas veces me he visto precisada a alejarme de

9. *Ibíd.*, 246.

10. *Memorias espirituales*, 59.

11. *Cuaderno de ejercicios espirituales*, 1 de enero de 1917.

12. *Correspondencia M. María Amparo y P. Juan González Arintero*, 4 de octubre de 1917.

13. *Ibíd.*, 26 de octubre de 1917.

él, sobre todo cuando estoy delante de gente, porque un fuego muy fuerte que me sube del pecho, me consume el corazón y me abrasa la cara. Alguna nueva cruz me espera, pues ha sido tanta la abundancia de caricias y consolaciones, que me hubiera sido imposible sobrellevarlas si hubieran continuado. Sobre todo el día de Reyes no sé cómo no morí de dulzura: Jesús se dejó sentir intensamente en mi pobre alma y entre muchas caricias me recordó y me hizo experimentar el mismo gozo que me inundó cuando por primera vez se me manifestó el día de mi primera Comunión...»¹⁴.

«Fuera de Jesús nada merece mi aprecio, ni nada llena mi alma»¹⁵.

«Varias personas me aseguraron que sólo con estar a mi lado se les desvanecían las tentaciones y a mí me parece ver que era verdad. Es que Jesús vivía en mí y a través de mí hacía él todo el bien que los demás experimentaban»¹⁶.

Vemos claramente cómo Madre María Amparo había sido *«seducida en el secreto de su corazón por la belleza y bondad del Señor»*, como dice el papa Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Vita consecrata*, 104, y, por ello, su rostro, su porte, su actitud y su vivencia reflejaban una *«existencia transfigurada, capaz de sorprender al mundo»¹⁷.*

Como verdadera clarisa, cuya forma de vida está enraizada en el santo Evangelio, es decir, en la misma

14. *Ibíd.*, 8 de enero de 1918.

15. *Ibíd.*, 19 de febrero de 1918.

16. *Autobiografía*, ms. 1, 173.

17. *Vita consecrata*, 20

persona de Jesucristo, realizó en plenitud la «*experiencia de Jesucristo, que vive en nosotras como esperanza de la gloria*»¹⁸.

SER UNA PERFECTA IMAGEN DE JESÚS CRUCIFICADO

Madre María Amparo se sintió llamada desde la infancia a participar en los sufrimientos de Cristo; por ello, ofrecía en el altar de su corazón sus sacrificios, su entrega, sus vencimientos como ofrenda grata a Dios. Y el mismo Señor, complacido por este ofrecimiento, le proporcionaba ocasiones para ello: «*No me faltaban por un favor especial de Dios, pues, desde que tuve uso de razón no recuerdo haber pasado un sólo día sin penas, ya interiores ya exteriores*»¹⁹.

San Pablo dijo: «*Estoy crucificado con Cristo. Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí*» (Gal 2,20). Después de san Pablo y los demás apóstoles, han sido muchas las almas que han participado, de manera cruenta o incruenta, en la pasión del Señor. Es un misterio de amor, un carisma que el Espíritu Santo regala a la Iglesia. Ser, como diría santa Clara, «*cooperadora del mismo Dios y sostenedora de los miembros vacilantes de su Cuerpo inefable*»²⁰.

Compartir más de cerca la pasión del Señor es una gracia de predilección, que tiene como fin el ser «*víctimas expiatorias que, con ardentísima caridad, reparan*

18. *Constituciones Generales de la Orden de Hermanas Pobres de Santa Clara* art. 3 §2.

19. *Autobiografía*, ms. 2, 46.

20. 3CtaCl 8.

y compensan de las frialdades y negligencias de muchos ministros del Señor y los pecados, olvidos, ingraticudes e indiferencias de tantos cristianos que viven como si no lo fueran»²¹. Y así lo expresa ella misma en carta al P. Arintero el 18 de junio de 1916: «*Me advirtió Jesús en la Comunión que no perdiera nunca de vista mi pequeñez y miseria, y de que era la víctima de su Corazón, para que esté siempre dispuesta a ser sacrificada según su voluntad*».

Y también: «*Me abandono totalmente a mi Jesús para que me consuele o me aflija, según su voluntad, sin querer ocuparme ya de mí misma, contentándome con unirme a sus santas operaciones y disposiciones; mirándome como víctima suya que debe estar siempre en continuo acto de inmolación y de sacrificio, según su deseo; no apegándome a nada más que a amarle y contentarle, obrando y sufriendo en silencio*»²².

Para Madre María Amparo vivir en el Calvario es «*un favor especial de Dios*», como vimos en el primer texto de este apartado, «*una necesidad*», «*un ardiente deseo*», que brota de su corazón enamorado de Jesucristo pobre y crucificado, como san Francisco. Así lo expresa ella en los siguientes escritos: «*Qué necesidad tengo de vuestro amor y vuestra cruz; no he nacido para gozar sino para padecer y padecer lo que Jesús padeció, desconsuelos interiores y amargos desprecios*»²³.

21. J. G. ARINTERO, *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia*, III, 32.

22. *Cuadernos de ejercicios espirituales*, 19 de mayo de 1914.

23. *Memorias espirituales*, 42.

«Estoy ardiendo ya en deseos de que lleguen esas penas que dice Jesús, para probarle que le amo más que cuanto hay en el cielo y en la tierra. Aunque ya está bien persuadido de que es así»²⁴.

Es «un tesoro» que el Señor le regala y por el que vale la pena vender todo lo demás: «No me prives del tesoro de vuestra cruz; la sola idea de poder estrecharla sobre mi corazón me consuela; no toméis en cuenta, Dios mío, la repugnancia que la naturaleza siente y dadme vuestra cruz aunque yo no la merezca»²⁵.

Sufrimiento, cruz, como medio de corredención, de expiación, pero también como medio de identificación, de conformación total con Cristo. El P. Arintero enseña que «las almas que más resplandecen en el candor de la inocencia, las más gratas a Dios, como más parecidas a su inocentísima Madre, suelen ser las que más participan de las inmolaciones del calvario. Pero también son ellas las que mejor continúan completando la obra de la redención y como más asociadas a los padecimientos de Cristo, también quedarán más llenas de la manifestación de su vida y así vendrán a ser las mejor configuradas a su divina imagen y las que en más alto grado han de participar de su gloria»²⁶.

Así se lo hace saber el mismo Jesús en confidencia: «¡Por cuántas penas te hago pasar para hacerte a mi gusto!»... Y estrechándome en su Divino Corazón me

24. Correspondencia M. María Amparo y P. Juan González Arintero, 21 de agosto de 1918.

25. Memorias espirituales, 14.

26. J. G. ARINTERO, *Desarrollo y vitalidad de la Iglesia*, III, 18.

pareció entenderle: “El mayor regalo que puedo hacerte en este mundo después de mi gracia, la mayor prueba de amor que puedo darte, es ponerte en ocasiones de merecer, de vencerte, de renunciarte, de sacrificarte por mi amor”»²⁷.

Esa «pasión por el dolor», como ella misma escribirá el 12 de noviembre de 1917, le hace decir en carta al P. Arintero: «¡Bendito sea Jesús! Pasé en las semanas pasadas algunos días sin tener que ofrecer al Señor más sufrimientos que el no tener que sufrir; así no me encontraba bien; le rogué, que si le agradaba, me hiciera sentir sus dolores, y desde entonces no acerca sus labios a los míos sino para hacerme sentir su hiel, y siempre que abisma mi corazón en el suyo es para hacerme sentir su Pasión. He sufrido mucho, muchísimo, y espero sufrir mucho más»²⁸.

Y a Mons. Sabas Sarasola le pide: «Ayúdeme con sus santas oraciones a permanecer siempre en el calvario, oprimida siempre por el dolor y más aún por el gozo al sentirme tan cerca de mi Dios, y éste crucificado»²⁹.

SOR MARÍA FERNANDA PRADA CAMÍN, O.S.C.
Cantalapiedra (España)

27. *Autobiografía*, ms. 1, 297.

28. *Correspondencia M. María Amparo y P. Juan González Arintero*, 26 de octubre de 1917.

29. *Correspondencia M. María Amparo y Mons. Sabas Sarasola*, 6 de octubre de 1931.

Selección de sermones espirituales

2. Penitencia, oración y transformación¹

«Ellos le ofrecieron como regalo oro, incienso y mirra» (Mt 2,11).

LA PENITENCIA

Se lee que los reyes ofrecieron oro, incienso y mirra. Tomemos primero la mirra, amarga, que designa el amargor de la penitencia, tan necesaria para encontrar a Dios. Pues en cuanto el hombre renuncia al mundo para convertirse a Dios, tiene que despedirse de todo goce, de todo deseo desordenado y de los placeres de la vida. Debe renunciar necesariamente a todo aquello cuya posesión le produce deleite. En principio, resulta una empresa muy difícil y amarga. Así conviene que sea y así lo exige una penitencia digna: cuanto deleite se ha experimentado en las cosas, tanto amargor ha de sentirse ahora. Ciertamente, aquí hay necesidad de vigilancia y de una gran diligencia. Pues cuanto mayor ha sido el placer, tanto más amarga será la mirra; es más, un amarguísimo amargor.

1. Corresponde al sermón 3 de la edición de Vetter, más un añadido de Surio. Hemos añadido los epígrafes y las referencias bíblicas.

Alguien podría decir: ¿Cómo puede vivir un hombre sin satisfacción alguna? Pues siente hambre y come; tiene sed y bebe; tiene sueño y duerme; siente frío y se calienta. Tales cosas, sin duda, no son amargas, sino agradables a la naturaleza. Y no hay forma de cambiar esto en tanto la naturaleza sea naturaleza. Esto es así. Y aquí hay deleite. Pero el hombre ha de procurar que no penetre ni encuentre acogida en su interior. El deleite debe pasar con los actos y no quedarse; no se apegue el hombre a él, ni lo busque, ni quiera poseerlo, ni se recree en él con afecto y placer. Cualquier satisfacción procedente del mundo o de las criaturas debe pasar de largo. Aquí la naturaleza debe ser mortificada y vencida por la naturaleza. Sí, aquel deleite y el gozo que se siente en compañía de los amigos de Dios y de hombres buenos, y todo aquello hacia lo que el hombre siente inclinación, ha de ser superado, vencido y eliminado hasta que el propio Herodes y toda su servidumbre, que buscan matar al niño, estén verdadera y realmente muertos en él (cf. Mt 2,19-20). Que nadie se engañe a sí mismo; por el contrario, vigile atentamente el estado de su espíritu, no se dé a una excesiva libertad y no abandone el temor.

Hay otra mirra mucho más amarga que la anterior. Es la que Dios mismo da. Esta mirra reviste diferentes formas, como la miseria o la aflicción interior o exterior. Y si uno la aceptara con el mismo amor y desde el mismo fondo desde el que Dios la da, nacería en él un gozo admirable y una vida maravillosa. Cuánta paz, cuánta alegría se sentiría y cuánta nobleza habría en ello, ¿quién podría explicarlo? Sí, la cruz más pequeña o la más grande que Dios envía al

hombre procede del fondo de su amor inefable, de un amor tan grande como el mejor de los dones que pudiera concederle jamás. Cuando se acepta la cruz, ningún don, por grande que sea, aprovecha tanto al hombre como la aflicción.

Toda cruz, el más leve sufrimiento, hasta el más pequeño cabello que cae de la cabeza sin que uno se entere –pero todos están contados (cf. Mt 10,30)–, Dios lo ha previsto, ordenado y deseado desde la eternidad, y ha querido que suceda exactamente así. Por ejemplo, te duele un dedo o la cabeza, tienes frío en los pies, padeces sed y hambre, te sientes afligido por palabras o acciones, o cualquier otro contratiempo que pueda ocurrirte, todas estas cosas te preparan para aquella noble y gozosa vida. Todas han sido previstas y ordenadas para que sucedan con tal peso, medida y número (cf. Sab 11,20), y no menos ni de otro modo. Dios ha previsto desde la eternidad que mi ojo esté colocado en mi cabeza. Y si se cae de la cara, o me quedo ciego o sordo, el Padre del cielo ha previsto igualmente desde la eternidad que así suceda. De acuerdo con sus designios eternos, fue su voluntad que esto ocurriera así.

¿No es justo, entonces, que abra mis ojos y mis oídos interiores y dé gracias a mi bondadoso Creador porque su designio eterno se ha cumplido en mí? ¿O me quejaré por ello? Nada de eso, pues debe ser para mí la cosa más grata. Igualmente, la muerte de seres queridos, la pérdida de los bienes y del honor, la privación de consuelo, o cualquier otra prueba que Dios tenga a bien enviar al hombre, todas estas cosas lo preparan y disponen en gran medida para alcanzar

la verdadera paz. Basta con que aprenda a aceptarlas del modo antedicho.

Hay muchos que, bajo el peso de la aflicción, suelen decir: «Maestro, me encuentro mal, agobiado por múltiples aflicciones y una gran tristeza». Y yo les contesto que eso es lo mejor para ellos. Entonces me responden: «No, Maestro: soy yo el culpable de lo que me ocurre por haber alimentado en mi interior una imagen nociva». A lo que yo contesto: «Sea o no tu culpa, cree que esa cruz te la ha enviado Dios; agrádeselo, sopórtala y abandónate».

Dios concede al hombre mirras de aflicción para conducirlo a una gran perfección y a un estado de elevación inusual. Es por el fruto de la aflicción y el sufrimiento por lo que Dios ha puesto todas las cosas en oposición al hombre y ha querido que fueran para él una carga. Ciertamente, Él podría producir pan con la misma facilidad que grano y trigo. Pero para que el hombre se ejercitara en todas las cosas, quiso que del trigo hiciera pan con su trabajo. Del mismo modo, ha previsto, ordenado y dispuesto cada cosa en su eterna sabiduría. Ningún pintor ha esbozado en su imaginación con tanta precisión cómo trazará determinada línea en el cuadro, cuál ha de ser su longitud y anchura –punto que ha de tener previsto si quiere que la pintura sea una obra de arte– y cómo debe combinar los colores rojo y azul. Dios es infinitamente más aplicado en llevar al hombre, a través de diversas aflicciones –que son como las líneas y los variados colores que usa el pintor–, a la forma que más le place, con tal de que él acepte y aprecie rectamente este don y esta mirra.

Pero hay muchos que, no contentos con la mirra que han recibido de Dios, quieren imponerse aún más, rompiéndose la cabeza y pariendo fantasías de todo tipo. Y aunque han sufrido mucho durante largo tiempo, como actúan de forma poco sensata, apenas obtienen de ello una pizca de gracia, pues se apoyan únicamente en sus propias ideas y en su orgullosa voluntad, ya sea en el esfuerzo de la penitencia, en el rigor de la abstinencia, en la asiduidad en la oración, en el fervor de la devoción o en otras prácticas por el estilo. Y es tanto el apego que les tienen, que Dios, entretanto, tiene que esperarlos hasta que se liberen de él. Pero todos éstos fallan. Pues Dios ha decidido no recompensar sino sus propias obras. En la patria celestial, en la bienaventurada eternidad, Él premia con perpetua remuneración, no la voluntad del hombre, sino sus propias obras. Entretanto, el hombre debe convertirse a Él y cooperar con su gracia para no recibirla en vano. Pero lo que Dios no obra en ti, no lo tiene en cuenta.

Existe, en fin, una tercera mirra, amarga en exceso, que también Dios concede: angustia y oscuridad interior. Cuantos quieren experimentar esta mirra y abandonarse a ella, consumen su carne, su sangre y hasta su propia naturaleza. Esta obra interior les cambia el color [del rostro] mucho más que grandes prácticas exteriores. Pues Dios viene por medio de horribles tentaciones y de un modo tan extraordinario y singular que nadie lo conoce salvo quien lo experimenta. Hay algunos que se encuentran oprimidos por aflicciones, angustias y mirras tan extraordinarias y singulares, que no hay nadie capaz de salir airoso de ellas. Pero Dios sabe por qué las permite.

La lengua, en cambio, es incapaz de explicar cuán incomparable daño acarrea el despreciar esta mirra, y nadie puede lamentar suficientemente la incapacidad del intelecto para entender con qué incomprensible amor Dios la concede al hombre. Esta mirra había de ser para nosotros de enorme utilidad, pero, como dormidos, la dejamos pasar sin prestarle atención y no sacamos provecho alguno de ella. Entonces muchos se quejan diciendo: «Maestro, me estoy consumiendo interiormente en la aridez y la oscuridad». Y yo les respondo: «Hijo mío, persevera pacientemente en ese estado y te encontrarás mejor que si gustaras la dulzura de la devoción sensible».

Esta mirra llega por dos medios: los sentidos y el intelecto. Los sentidos experimentan la mirra exterior del modo siguiente. Algunos pretenden saber demasiado y en su sabiduría aseguran que esta mirra procede de alguna circunstancia externa, así que la atribuyen a la fortuna o a la casualidad, estando convencidos de que, si hiciesen esto o lo otro, evitarían la presente tribulación y no caerían en ella, sino que todo ocurriría según su parecer. Quieren saber más que Dios, darle lecciones y decirle lo que tiene que hacer. Como no saben recibir esta mirra de su mano, sufren mucho y les sabe demasiado amarga.

Otros rechazan la mirra interior con la sutileza de su inteligencia y se sacuden de encima esta angustia con argumentos intelectuales. Por eso, no es infrecuente que los simples e iletrados progresen mucho más rápidamente y mejor que quienes se ocupan en esas disquisiciones, pues los simples siguen a Dios simplemente y no saben otra cosa sino esperar

confiadamente en su Dios. Pero si las personas dotadas de gran inteligencia no fuesen reacias a seguir a Dios en el perfecto abandono, llegarían mucho más noblemente y con mayor gozo a su más íntimo fondo, pues su intelecto les ayudaría de una manera más noble, excelente y libre. Ah, si se abandonaran a Él solo, cualquier gota de sangre, incluso la más pequeña, les sería aquí de gran utilidad.

LA ORACIÓN

De esta mirra, entonces, brota una noble varilla y un tierno ramito de excelente incienso, otro don ofrecido por los magos. Ciertamente, el aroma del incienso es muy agradable. Pues el fuego, al prender el grano de incienso, libera el perfume cautivo en él, y éste, esparcido por el aire y elevado hacia lo alto, devuelve un aroma suave y agradable. Este fuego ardiente significa el amor de Dios, que toda oración auténtica contiene en sí. La oración está simbolizada por el incienso cuando exhala y desprende el auténtico y grato aroma de la santa devoción. Pues la oración, según la definen los teólogos, es la elevación del alma a Dios.

Así como la paja crece por el grano, y, sacudido éste, ya no resulta de ninguna utilidad, a no ser para hacerse una cama o incluso estiércol, del mismo modo la oración vocal contribuye a que el hombre despierte a otra devoción más noble y empiece a desprenderse en él ese aroma tan grato. Cuando éste se exhala, hay que dejar sin duda la oración vocal. Hay que exceptuar, sin embargo, a quienes están sujetos a este tipo

de plegarias por el precepto de la Iglesia o cualquier otra obligación, y también a quienes sus confesores se las han impuesto².

LA TRANSFORMACIÓN

Finalmente, el tercer don de los magos fue el oro. Quienes ofrecen este don son personas admirables, excepcionales y desbordantes de gozo por encima de los demás, de tal modo que sobre ellas nada puede decirse. Pues, desde la eternidad, Dios Padre las ha generado espiritualmente en su Hijo. Van con otros como los demás, y no es fácil distinguirlas de los otros; es más, como piensan que no son nada, ni siquiera ellas mismas se conocen. Son innominadas y desconocidas. Pero Dios las conoce, porque Él se muestra a sí mismo en ellas. En resumen, es imposible explicar cuán extraordinarias son estas personas y cuántas maravillas suceden a su alrededor.

Quizá alguien se pregunte si nos es lícito pedir ser transformados en personas como éstas. De ningún modo. A nadie le está permitido, salvo a quien Dios se lo concede interiormente. Pero a nadie más. Después de una madura deliberación, he llegado al convencimiento de que nadie debe, sabe o puede pedir tal don. ¿Por qué esto? Porque Dios, que es también quien lo concede, debe pedírselo a sí mismo. Ningún

2. En la edición de Vetter este sermón acaba aquí. La continuación se encuentra sólo en algunos manuscritos y en la edición de Colonia preparada por Pedro Canisio en 1543. Ofrecemos el resto del sermón según el texto de Surio.

otro puede. Dios es ambas cosas, pedidor y dador, y nadie más.

Pero hay otro oro que sí podemos pedir: que Dios nos conceda una sincera renuncia a todo lo caduco y a nosotros mismos, y una auténtica e íntegra conversión a Él. Ésta es una conversión esencial, y sí nos está permitido pedir que se haga en nosotros; es más, debemos pedirla. Para ésta surge la estrella, señal de su nacimiento.

Por lo demás, el cielo se rompe y se abre por completo para aquellos primeros, y la voz del Padre se oye sobre cada uno de ellos diciendo: «*Éste es mi hijo amado, en quien me he complacido*» (Mt 3,17). Pero el Espíritu Santo, en forma de paloma, desciende sobre ellos verdaderamente; entonces se cumple en ellos el tercer signo, obrado hoy por el Salvador: la conversión del agua en vino. En este instante, estas personas, si se nos permite hablar así, son hechas Dios, es decir, completamente divinas y deiformes. Aquí ya no queda otra cosa sino el alma desnuda, y Dios puro y desnudo.

Dios todopoderoso nos conceda buscar este nacimiento junto con los tres magos, de tal forma que seamos dignos de encontrarlo verdaderamente. Amén.

FRAY JUAN TAULERO

POESÍA

A María¹

Qué grande será una madre
que hasta Dios, que no tenía,
bajó para hacerse hombre
y tener una: ¡María!

Hoy nace Dios

Hoy nace Dios
y una estrella nos guía
con su fulgor.

Cae la nieve

Cae la nieve,
sus manitas relucen
junto al pesebre.

Paz y hermandad

Paz y hermandad,
junto al fuego cantemos
la Navidad.

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

1. Tomada de: ISABEL DÍEZ SERRANO, *Queridos niños*, Cardeñoso, Vigo 2003, p. 35. Premio: Flor natural de Poesía breve.

Bibliografía

JACOBO HEVIA LOSA, *¡Padre Nuestro!*
Oviedo 2013. 264 pp.

Jacobo Hevia Losa tiene una densa formación teológica que adquirió en su juventud y ha ido cultivando en medio de sus actividades profesionales. Su teología se mueve en la línea de los tratados que, desde la Sagrada Escritura y la enseñanza de los Santos Padres, culminan con la teología de Santo Tomás de Aquino y la divulgación de ésta realizada en el siglo pasado por el P. Antonio Royo Marín, O.P. Tiene a la vista, además, el *Catecismo de la Iglesia Católica* del año 1992. Fruto de esa preparación es el libro *¡Padre Nuestro!*

La oración dominical le permite no sólo una explicación honda y a la vez asequible del texto evangélico y de cada una de sus peticiones, sino también tratar temas que –entiende el autor– derivan de la oración, referidas a la vida del cristiano, como las virtudes, los sacramentos, etc. En las primeras páginas el lector ya puede conocer cómo va a ser el discurrir por el libro, con qué temas se va a encontrar, así como las fuentes en que Jacobo Hevia ha bebido.

El libro ha sido editado con claros caracteres que ayudan a quienes no estén habituados a enfrentarse a libros de Teología. Libro útil para la reflexión personal y también para la enseñanza catequética de lo que

implica el Padrenuestro, no sólo como oración, sino, en general, como fundamento de la vida y espiritualidad cristianas. Si alguien quiere conseguir este libro, póngase en contacto con la revista *Vida Sobrenatural* y le pondrán en contacto con el autor, pues ha sido editado por él.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Salamanca (España)

ANSELM GRÜN, *Espiritualidad. Para tener éxito en la vida.*

Editorial San Pablo, Madrid, 2012. 103 pp.

El prolífico escritor benedictino alemán Anselm Grün, autor de muchas obras divulgativas de temática espiritual y psicológica, nos ofrece en este libro una amplia y concisa visión de la espiritualidad, a la cual define como «*vivir de la fuente del Espíritu Santo*» (p. 11). Considera que toda buena espiritualidad ha de desplegarse en la vida concreta de toda persona y de su entorno, evitando así esas formas de espiritualidad hedonista o escapista tan de moda en otros ámbitos fuera de la Iglesia.

Para hablar de la espiritualidad, Grün aborda resumidamente los aspectos que él considera más importantes: oración, meditación, ritos, liturgia, Escrituras, ascética, mística, etc. Asimismo nos da las claves de la espiritualidad cristiana y de la felicidad. Y, por último, nos habla sobre el trabajo, las relaciones y las decisiones, y nos ofrece una serie de ejercicios para ayudarnos a discernir la voluntad de Dios.

Como pasa con todos los libros de este autor, no se trata de un estudio profundo y concienzudo sino de una disertación sencilla y apta para todos los públicos, que aporta buenas ideas para ampliar nuestro conocimiento sobre nuestra relación con Dios y con nosotros mismos.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

BRUNO FORTE, *Pater, Ave, Gloria*.
Editorial San Pablo, Madrid 2013. 104 pp.

Este pequeño libro que presenta la Editorial San Pablo ha recogido unas sucintas y sencillas reflexiones acerca de las tres plegarias que están más en la boca de los creyentes: el Padrenuestro, el Avemaría y el Gloria. Bruno Forte facilita al grupo de fieles –que acuden a la Escuela de Oración de la parroquia que regenta– un breve comentario de estas oraciones que sin duda motiva la interiorización de lo que recitamos con nuestra boca.

Como dice el autor del libro: «*Este breve comentario teológico-espiritual pretende ayudar al creyente a tomar cada vez más conciencia de los contenidos de la fe, expresada en estas palabras, y de la experiencia del Dios vivo que estas oraciones nos presentan*». Se trata de un libro muy aconsejable, para iniciar en el camino de la oración tanto personal como para pequeños grupos de gentes preocupadas por el encuentro directo con Dios a través de la intimidad de nuestro espíritu.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

FERNANDO RIVAS (ed.), *Iguales y diferentes. Interrelación entre mujeres y varones cristianos a lo largo de la historia.*

Editorial San Pablo, Madrid 2012. 470 pp.

Un grupo de ocho profesoras y profesores de la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid) y una profesora de la Universidad de Málaga han aportado unas interesantes y clarificadoras investigaciones sobre varios momentos importantes de la historia de la Iglesia en los que fue crucial la colaboración –por muchos desconocida, desgraciadamente – entre hombres y mujeres para el desarrollo del cristianismo y su adaptación a los nuevos tiempos.

El libro está estructurado en tres grandes bloques: Edad Antigua: donde se nos habla de la colaboración entre mujeres y hombres cristianos en Oriente desde el año 70 al 150, en la Iglesia de Cartago en años posteriores hasta las primeras décadas del siglo III y entre san Justino y las mujeres del Avertino en Roma y Jerusalén en las últimas décadas del siglo IV y las primeras del siglo V; Edad Media y Moderna: donde se aborda la relación entre monjas, beguinas y dominicos en los siglos XIII-XIV, la influencia de algunas mujeres en los primeros jesuitas y en san Juan de Ávila en el siglo XVI; y Edad Contemporánea: donde se trata sobre la interrelación entre mujeres y jesuitas en España desde mediados del siglo XIX a principios del siglo XX y entre Hans Urs von Balthasar y su colaboradora y amiga espiritual Adrienne von Speyr. Por medio de este conjunto de artículos el lector se puede hacer una idea de cómo ha evolucionado la

colaboración entre hombres y mujeres en la historia de la Iglesia y, en concreto, va aprender mucho a cerca de los temas tratados, pues los autores son grandes especialistas y escriben de un modo claro y ameno.

Ciertamente, cuando mujeres y varones colaboran codo con codo para construir el Reino de Dios, el resultado es frecuentemente muy fructífero, pues ambos géneros aportan cualidades y puntos de vista complementarios. A veces podemos tener la tentación de evitar trabajar en equipo con personas del otro género para evitar problemas. Todavía hay muchas barreras por salvar en este ámbito. Pues bien, este libro es una invitación muy sugerente para que nos abramos a compartir nuestras diferencias y similitudes por el bien del Evangelio.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JAN DE VOLDER, *San Damián de Molokai. Un santo para nuestro tiempo.*

Editorial San Pablo, Madrid 2013. 312 pp.

Apasionante la lectura del relato de la vida de San Damián de Molokai: el santo belga que se hizo leproso con los leprosos para llevarles un hálito de esperanza y de humanidad. Jan de Volder, también belga, buen escritor y doctor en Historia Social y Religiosa, ha escrito una biografía del santo de Molokai que se lee de un tirón.

Jozef de Veuster –nombre de pila del P. Damián– nació el 3 de enero de 1840 y fue el séptimo hijo de

una familia muy católica. Siguiendo los pasos de su hermano August, ingresó en la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María el año 1859, cambiando su nombre por el de Damián probablemente en recuerdo de la historia del martirio de los hermanos médicos San Cosme y San Damián, cuyo relato había escuchado con admiración durante su infancia en el hogar familiar.

De temperamento decidido y fuerte, pronto encauzó su vida religiosa hacia un campo extremadamente difícil y arriesgado: la plena incorporación humana y espiritual a la colonia de aislamiento de los leprosos de Molokai, en las islas Hawái. Cuando el P. Damián llega a Molokai, se encuentra con un panorama desolador, no sólo por los estragos de la dura enfermedad de la lepra, que poco a poco va pudriendo el cuerpo humano, sino también porque aquellos desechos humanos llevados por la desesperación, con frecuencia se sumergían en un caos moral. Damián se entrega de lleno a aliviar los sufrimientos de esos seres abandonados y a abrirles un camino de esperanza.

Y junto a este trabajo agotador, el P. Damián tiene que sufrir otra dura prueba: la incomprensión y falta de apoyo en su tarea pastoral por parte de algunos de sus Superiores más inmediatos. Damián fue fuerte y permaneció firme hasta el final, muriendo leproso el 15 de abril de 1889. Había completado su trabajo evangelizador con una entrega absoluta. El 11 de octubre de 2009 fue canonizado por Benedicto XVI.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
La Peña de Francia (España)

NURYA MARTÍNEZ-GAYOL, *Los excesos del amor. Figuras femeninas de Reparación en la Edad Media (siglos XI-XIV)*.

Editorial San Pablo / Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 2012. 358 pp.

La autora es Esclava del Sagrado Corazón, Doctora en Teología y profesora de Teología Dogmática en la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid). Con este libro actualiza la llamada «espiritualidad de la Reparación», que tuvo un gran auge en los siglos XIX y XX en las congregaciones que en este tiempo se fundaron en torno al Sagrado Corazón de Jesús, siendo la mayoría de ellas de origen francés y de corte ignaciano. La espiritualidad de la Reparación consiste, básicamente, en asociarse íntimamente al Sagrado Corazón de Jesús para reparar los males que el pecado ha provocado en el mundo.

Para actualizar la espiritualidad de la Reparación y hacerla asequible a una persona actual, Nurya Martínez-Gayol saca a la luz la esencia de esta espiritualidad presente en cinco importantes mujeres espirituales de la Edad Media: la monja benedictina Hildegarda de Bingen (1098-1179), Lutgarda de Aywières (1182-1246) que fue monja benedictina y después cisterciense, la monja cisterciense Gertrudis de Helfta (1256-1301/2), la laica franciscana Ángela de Foligno (1248/9-1309) y la laica dominica Catalina de Siena (1347-1380). En cada una de ellas nuestra autora nos habla del contexto histórico religioso en el que viven, de su biografía y sobre todo de los valiosos aportes que cada una de ellas hace a la espiritualidad de la Reparación.

Antes de acometer el estudio de estas mujeres, la autora nos ofrece una amplia introducción en la que nos habla de la Reparación desde tres importantes puntos de vista: el sufrimiento, la compasión y la justicia. Esta introducción permite al lector conocer los puntos básicos de esta espiritualidad. Concretamente, Nurya Martínez-Gayol considera que hay «*un denominador común: el descubrimiento de que al fin son los accesos y excesos de amor de ese Corazón los que las desbordan, las expropián de sí mismas, las liberan y recrean, y las lanzan al corazón de un mundo roto donde se derraman como unguento y comida, dejándose despojar por todos, arrancar la vida a jirones, moldeadas únicamente por la pasión, por el amor que se entrega*» (p. 16).

Se trata de una obra escrita con un gran rigor teológico aunque, a su vez, es perfectamente válida como lectura espiritual. La autora cita a numerosas fuentes para hacer este estudio, pero sobre todo cita y ofrece bellos textos de las cinco autoras medievales. En definitiva, se trata de una obra muy recomendable para toda biblioteca especializada en Espiritualidad, y para todo aquel que quiera enriquecerse con la espiritualidad de la Reparación.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JUSTINO MARTÍNEZ PÉREZ, *Espiritualidad de los salmos. Me rodeas de cantos de liberación.*
Editorial San Pablo, Madrid 2013. 75 pp.

El autor es misionero comboniano, doctor en Teología Bíblica y cuenta con una amplia experiencia

como animador de grupos de oración en torno a la Biblia y, concretamente, a los salmos. En este libro nos ayuda a profundizar en la experiencia de Dios que todos podemos alcanzar si dejamos que los salmos hagan vida en nuestro corazón. Da claves muy prácticas e interesantes para todo aquel que quiera escuchar a Dios por medio de los salmos o para aquellas personas que pretenden hablar de ello a un grupo o a una comunidad cristiana, como es el caso de catequistas y maestros de novicios.

Con gran belleza y facilidad de palabra, el P. Justino describe gran variedad de experiencias espirituales que uno puede vivir haciendo oración con los salmos. Asimismo, aporta, por ejemplo, listados de los verbos, sustantivos y adverbios más empleados en los salmos, y su significación. También da clasificaciones de los salmos según su temática espiritual. En la segunda parte del libro, nuestro autor analiza una serie de salmos especialmente escogidos por él.

Nos dice que *«Los salmos son presencia viva de Dios. Son un diálogo con rasgos únicos, irrepetibles, inusuales, inéditos, sorprendentes, de un abandono sin igual, de una confianza extrema, de una esperanza sin límites, de una transparencia que nos da escalofríos, de una humildad de vértigo y de una osadía que nos hace temblar las piernas»* (p. 26).

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

Orar y actuar por justicia

Según santo Tomás de Aquino, la oración es un acto de justicia ya que forma parte de la religión (cf. Suma de Teología II-II, 83, 3). Y la justicia es «*el hábito por el cual uno, con constante y perpetua voluntad, da a cada cual su derecho*», es decir, lo suyo (II-II, 58, 1).

Generalmente se suele decir que es bueno orar porque la oración nos ayuda a unirnos íntimamente a Dios y mediante ella podemos pedirle lo que consideramos conveniente, así como agradecerle algo o alabarle y bendecirle. Hay quienes oran para cumplir un precepto y otros que lo hacen por el placer de estar con Dios. Pero es raro escuchar que es bueno orar porque Dios se lo merece.

En cierto modo, y en la medida de lo humanamente posible, la oración puede ser considerada como un acto de amor caritativo con Dios. Nosotros caritativamente le damos a Dios lo que merece: nuestra oración. Éste es un magnífico argumento del que podemos echar mano en esos momentos en los que no nos

apetece rezar. Pues, por caridad hacia quien se ama, uno es capaz de hacer lo que sea. Un buen ejemplo son las madres. Aunque no les apetezca hacer la comida a sus hijos, por caridad lo hacen. Y a la base de ese amor caritativo está la justicia: pues consideran que sus hijos merecen alimentarse bien.

Dios merece, en justicia, que le dediquemos parte de nuestro tiempo.

Este razonamiento cobra todo su sentido en el pasaje de Marta y María (cf. Lc 10,38-42), cuando Jesús llega a su casa y, como invitado, merece que alguien le haga compañía. Y María lo hace caritativamente. Marta, sin embargo, prefiere que María sea caritativa con ella y le ayude a preparar las cosas. Pero María considera que Jesús, en justicia, se merece más su compañía. Y Jesús le da la razón.

Esto explica bastante bien la base sobre la que se apoyan la vida contemplativa y la vida activa en la Iglesia. Sabemos que Dios llama a unos a vivir una vida especialmente contemplativa: la monástica; y a otros una vida especialmente activa: la apostólica. Decimos «especialmente» y no «exclusivamente» porque contemplación y apostolado van de la mano. Toda monja y todo monje participan –sobre todo con la oración– en la acción apostólica de la Iglesia, y toda persona entregada a la vida apostólica ha de apoyarla en la contemplación.

Efectivamente, hay personas –por ejemplo, en los monasterios– que se sienten llamadas por Dios a amarle especialmente mediante el culto divino, a ejemplo de María, la hermana de Marta; y otras per-

sonas –por ejemplo, en las misiones– que se sienten llamadas a amarle especialmente mediante el servicio a los demás, como bien lo explica Jesús hablando del Juicio Final: «*Venid, benditos de mi Padre, y recibid en herencia el Reino que os fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estaba de paso, y me alojasteis; desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y me vinisteis a ver*» (Mt 25,34-36).

Vida activa y vida contemplativa son dos caras de una misma moneda. Y eso es así en cada uno de nosotros, en nuestra vida activa y en nuestra contemplativa, pues, así como al ser caritativos con otras personas mediante la vida activa somos también caritativos con Dios, asimismo, al ser caritativos con Dios mediante la contemplación, podemos ser también caritativos con otras personas, pues la oración todo lo puede (cf. Mt 7,7-11). Es decir: ya sea –por ejemplo– curando enfermos o ya sea rezando laudes, si lo hacemos por justicia, estamos amando a Dios y a las personas a la vez. Esto es algo que muchos, en cierto modo, hemos experimentado.

En conclusión, la justicia es una virtud muy importante no sólo en nuestro obrar, sino también en nuestro orar. Porque la justicia guía certeramente nuestro amor para que alcancemos la unión con Dios.

Recordemos que, en justicia, Dios se merece que le amemos.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ESTUDIOS

El corazón de un Rey: 2. Un Rey que muere y resucita¹

LAS ACTITUDES HACIA EL CORAZÓN DE CRISTO

No se nos ha dado otro corazón en el que podamos ser salvados que el Sagrado Corazón de Jesús. Es muy importante para cada uno de nosotros estar seguros de que nuestras actitudes hacia Él son las auténticas. Tales actitudes serían cuatro.

Primera actitud: *Delante de Él*

El Corazón bueno de Jesús conoce de antemano nuestras preocupaciones y está siempre dispuesto a ayudarnos, pero desea que nos pongamos *delante de Él* para ayudarnos. Así como un niño con el dedo herido corre hacia su madre para enseñárselo, de la misma manera quiere Jesús que le enseñemos nuestras heridas y pongamos ante Él nuestros deseos o defectos.

Dentro de su maravilloso Corazón hay un depósito de remedios, siempre listos, para curar todas nuestras enfermedades y dolencias al igual que en una

1. Este artículo, publicado en dos partes, es la ampliación de «Un Rey para todos», artículo del mismo autor y publicado en el n. 678 de esta revista.

farmacia siempre están disponibles las medicinas, los ungüentos y las vendas. El Corazón de Jesús está en el Sagrario de nuestros templos e iglesias para que los enfermos y cansados puedan ponerse *delante de Él*. Cada vez que le pedimos algo quiere tenernos *delante de Él*.

Segunda actitud: *Detrás de Él*

Mientras vivimos, los hombres tememos por nuestra existencia, porque estamos rodeados de muchos peligros y de enemigos de muchas clases. Sólo nos podemos sentir seguros y a salvo de ellos si nos refugiarnos *detrás* del Sagrado Corazón de Jesús. El Corazón de Jesús es nuestro escudo protector, que nos defiende en los peligros y nos cubre de los ataques de nuestros enemigos.

Protegidos *detrás de Él*, no sucumbiremos y nos sentiremos siempre seguros. Los que son neciamente temerarios y no se arman con el Corazón de Jesús, a modo de escudo, están perdidos ante los ataques del Maligno, porque Dios resiste al orgulloso, pero ayuda con su gracia al humilde que se cubre *detrás* del Corazón de su Hijo.

En la hora decisiva de la muerte, guárdate *detrás* del Sagrado Corazón de Jesús.

Tercera actitud: *Dentro de Él*

La paz que todos buscamos sólo la encontraremos *dentro* del Corazón de Jesús. Ahora bien, no podemos

entrar en ese Corazón mientras seamos esclavos de las cosas, aunque éstas sean muy pequeñas. Por eso son tan pocos los que logran la verdadera paz del corazón y son, en cambio, muchos los que viven inquietos. No siempre somos conscientes de este apego a las cosas. Cuando nos vemos privados de ellas es, entonces, cuando reparamos en nuestra esclavitud.

Estar esclavizados a las cosas nos impide entrar en el Corazón de Jesús y ensombrece la paz del alma. Uno puede estar cierto de que si tiene el corazón inquieto es señal clara de que todavía está atado a alguna cosa terrena. Quien está libre de ataduras puede decir que está en paz, porque en verdad está *dentro* del Corazón de Jesús.

Cuarta actitud: *A través de Él*

Nadie va al Padre sino *a través* del Hijo (cf. Jn 14,6). Por eso todo lo que pedimos al Padre siempre lo hacemos por mediación de Nuestro Señor Jesucristo. Se salvarán y entrarán en el cielo aquellos que, encontrando la puerta lateral del Sagrado Corazón de Jesús, la franqueen. No hay otra puerta para entrar en el cielo sino la herida del Costado de Jesús, abierta por la lanza del soldado. Sólo si del cielo encontramos la entrada en el Corazón de Jesús, atravesado por la lanza, gozaremos de la felicidad siempre anhelada y soñada.²

2. Cf. Artículo del Abad Francisco Pfanner, fundador de Mariannahill, en la *Hojita de San José*, nº 7, Año IV, 1 de Octubre de 1888.

LA SANGRE DEL REY

Los que estudian y saben acerca de todo lo que ocurrió durante la pasión de Cristo afirman que Él tuvo que someterse, antes de morir crucificado, a *dos procesos judiciales*. Uno de carácter *religioso* y otro de índole *civil*.

El *proceso religioso* ante el Sanedrín (cf. Mt 26,57-67) terminó sentenciando a Cristo reo de muerte por blasfemo: porque había confesado ser *Hijo del Dios Altísimo*. Pero esta condena a muerte no podía ser ejecutada, ya que por entonces el pueblo judío, sometido al Imperio Romano, carecía del llamado *Ius gladii*: el derecho a ejecutar penas de muerte.

Siguió luego el *proceso civil* (cf. Jn 18,28-40). Ahora el que tiene que juzgar es el Gobernador Romano en Judea. La táctica de los enemigos de Jesús cambia. La causa ahora debe ser presentada desde una vertiente política, con el fin de obligar al Gobernador Pilatos a tomar cartas en el asunto. Por ello acusan a Jesús de haber dicho ser *Rey de los judíos*. Un Gobernador Romano no puede pasar por alto esta acusación, porque el único rey-emperador es el César de Roma.

No sabemos todo lo que hablaron Jesús y Pilatos en el Pretorio; pero por lo que ha quedado recogido en los textos evangélicos, Pilatos intuyó que aquel caso no era como los demás: era un caso especial. Pilatos puede ser calificado de cobarde, pero no de ingenuo. Desde el primer momento Pilatos intuyó que ese llamado «Jesús Nazareno» no era un cabecilla antirromano de los muchos que por entonces aparecían

y desaparecían. El diálogo que mantuvieron ambos le hizo ver a Pilatos que estaba ante un caso único, fuera de lo común, porque ese reo guardaba en sí *un gran misterio*.

De cualquier forma Pilatos no se implicó para no complicarse la vida. Pobre Pilatos, que al lavarse con agua, se echó tierra a los ojos y no pudo asomarse al misterio que encerraba el acusado de Nazaret. Si se hubiera lavado en su Sangre, lo hubiera visto.

Pero centremos la atención en un detalle: Pilatos presentó a Jesús ante el pueblo *dos veces*. Y en ambas ocasiones, aunque no podía intuir el alcance de sus afirmaciones, Pilatos no iba desencaminado. Ambas presentaciones daban en el blanco.

Primero Pilatos presentó a Jesús así: «*Aquí tenéis a vuestro Rey*» (Jn 19,14). Durante el diálogo que Pilatos y Jesús mantuvieron, Jesús no lo negó: «*Tú lo dices: soy Rey [...]. Y he nacido y venido al mundo para eso*» (Jn 18,37). Pero en ese mismo diálogo, Jesús precisó las características de su reino: «*No es de este mundo. Si lo fuera, los míos hubieran luchado para que no me lo arrebataran*» (Jn 18,36). Y es que el Reino de Cristo está a otro nivel; tiene otro campo de acción; abarca otros territorios; se rige por otras leyes. Es un Reino eterno y universal que jamás podrá ser destruido.

Jesús también afirma que su Reino se apoya en *la verdad* (cf. Jn 18,37). Sólo los reinos que se apoyan en la mentira han de temer al de Cristo. Los demás no tienen por qué temer, porque el Reino de Cristo viene a construir, sanar y promocionar los reinos humanos. Y cuando hablamos de reinos humanos, no estamos

pensando sólo en los sistemas políticos o económicos; también pensamos en las políticas educativas y sanitarias; en el trabajo y en el ocio; en la vida familiar y en la plaza pública. Aunque el territorio propio del Reino de Cristo sea el corazón de los hombres, incide en todo lo que afecta y le es propio al hombre.

Luego Pilatos presentó a Jesús de la siguiente manera: «*Aquí tenéis al hombre*» (Jn 19,5). Al decir esto, Pilatos estaba diciendo más de lo que él se imaginaba. La afirmación de Pilatos: *Aquí está el hombre que queréis matar y que habéis canjeado por Barrabás*, encierra otra de más hondura: *Éste que veis aquí, coronado de espinas, mofado al llevar una capa de púrpura y una caña, llagado y silencioso es un despojo de hombre; pero, aun así, es el hombre verdadero y auténtico: el emblema de la verdadera humanidad*.

Cristo es el ideal a imitar por todos los que queremos llevar una vida coherente con nuestra dignidad humana. Pues la dignidad del hombre no está en las apariencias, sino en la nobleza de principios que rigen su existencia y en la bondad que mueve su corazón. La meta que Dios pensó para cada hombre se ha logrado en Cristo, el Dios-Hombre. Cristo quedará para siempre como el referente de nuestra condición humana.

Nos conviene mucho que Cristo sea nuestro Rey. Él lo es para nosotros y para nuestra salvación. Necesitamos bañarnos en su Sangre, para recuperar toda nuestra dignidad. Somos nosotros los que salimos ganando de su señorío.

Nuestra dignidad humana queda garantizada bajo el señorío de Cristo y no bajo la bota de los *tiranos*. Y *tiranos* son todos esos contravalores que dominan nuestra sociedad. Cristo potencia el progreso, pero no a costa del hombre, pues antes es el hombre que todos sus avances. Los que vivimos en esta sociedad tan avanzada y sentimos el vértigo de la deshumanización, necesitamos confesar que Cristo es nuestro Rey, Señor de todo lo nuestro y supremo ideal de la verdadera humanidad. Y en consecuencia, no podemos dejar de pedir: *Venga a nosotros tu Reino y caiga tu Sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.*

LA SOBERANÍA DEL REY

El apóstol Tomás metió su mano en el costado abierto del Redentor y confesó: «*Señor mío y Dios mío*» (Jn 20,28). Cristo también espera de nosotros que nos acerquemos a su Corazón, traspasado de parte a parte por la lanza del soldado, y le reconozcamos como nuestro *Dios y Señor*.

Cristo es Rey, pero no como los reyes de este mundo. Aunque su Reino no sea de este mundo, no por ello Cristo deja de ser Rey y Señor (cf. Jn 18,36). Y como Rey que es, quiere reinar, quiere que los hombres le tengamos sólo a Él en el centro de nuestra existencia y le dejemos ser Señor de nuestras vidas. Cristo es Rey para el bien del hombre, para su salvación, libertad y felicidad. Con la llegada de Cristo Rey y Señor, el príncipe de este mundo ha sido arrojado fuera (cf. Jn 12,31), y donde abundaba el pecado y la muerte, empezó a reinar la gracia y la vida (cf. Rm 5,21).

Cristo es Rey *por derecho de conquista*: su Sangre preciosa es el precio que pagó para nuestro rescate (cf. 1Co 6,20; 1P 1,18-19).

Cristo es Rey *por derecho de herencia*: su mismo Padre le ha legado el reino y el señorío (cf. Dn. 7,13-14; Sal 2,6-8).

Ahora falta que Cristo sea Rey *por derecho de elección*. Y eso ya depende de nosotros y de cada uno. El que es Rey del universo quiere serlo de ese pequeño universo y centro de decisiones que es nuestro propio corazón. Cristo no impone su señorío, pues espera que nosotros le elijamos como Rey de nuestra vida, amo de nuestra existencia y centro de nuestro corazón.

Para muchos el Reino de Cristo, con sus implicaciones y exigencias morales, es molesto y, por ello, se empeñan en no dejar reinar a Cristo, proponiendo a los hombres vivir al margen del señorío de Cristo y tener por tiranos a los ídolos de la modernidad, que esclavizan, engañan y frustran el ideal humano que Dios pensó como la auténtica realización del hombre.

De mil maneras se nos dice que no tenemos necesidad de Dios para nada. Creer en Dios ya estaría pasado de moda y sería algo trasnochado. El hombre, ya emancipado, no necesitaría de la tutela de ningún Dios. El hombre ya se vale por sí mismo y es su propio rey y señor. Por ello carece de sentido la oración y toda esperanza en una vida después de la muerte. Los que dicen creer en Dios serían gente rara, que le tienen miedo a la vida y a la libertad y, por ello, se refugian en la oración y el «narcótico» de otra vida mejor después de ésta.

De mil maneras se nos dice que el dinero y las posibilidades económicas son la única llave de la felicidad. Lo importante es tener, tener más, acumular, porque sólo así uno será feliz de verdad. Y con tal de tener, todo quedaría ya permitido: robar, defraudar, comprar influencias, engañar, aprovecharse y pisar a los demás.

De mil maneras se nos dice que el placer y el sexo son los valores máximos de la vida, a los que habría que sacrificar todo. En este campo lo importante es disfrutar al máximo y no permitir que nada ni nadie nos complique la vida. Con tal de gozar lo más posible, todo estaría permitido: las prácticas sexuales más atrevidas, todos los métodos anticonceptivos, la literatura pornográfica, abortar, incluso, a los niños engendrados y no deseados.

De mil maneras se nos dice que cada uno y sólo él es la última norma de referencia en la vida. Cada uno debería conducirse en la vida siguiendo su propio parecer y antojo, no permitiendo que leyes, normas o reglamentos le coarten. Allá la suerte de los demás. Y así entendemos que el egoísmo más salvaje campee a sus anchas en nuestra sociedad.

Todo esto, que de mil maneras se nos dice, es una invitación que hoy y aquí, en este tiempo y en nuestro suelo, se nos hace a los creyentes. La invitación se resume diciendo: No te guíes por los mandamientos de Cristo; no dejes que Cristo sea tu Rey y Señor: ni en tu vida, ni en tu familia, ni en tu patria. Vive al margen de Cristo y de su Iglesia. Esta invitación es avasalladora, pues nos entra por los ojos y nos llena los oídos.

La invitación también es sutil: los que no la secundan son ridiculizados y señalados como raros.

Los que tenemos a Cristo por Rey y Señor, los que estamos contentos de ser creyentes, sabemos bien que esta invitación es radicalmente falsa. En ella no hay nada de Evangelio. Es la mentira más grande y, como tal, sólo puede venir de aquél al que Cristo definió como «*el mentiroso, el padre de las mentiras*» (Jn 8,44; cf. 1Jn 2,22).

Nuestra fe nos asegura que sólo teniendo a Cristo por Señor de la propia vida, y su ley como la norma de la propia existencia, seremos de verdad más felices, más libres y mejores hombres y mujeres. Al margen de Cristo nos anquilamos, no somos nada, nos engañamos. Cristo reina –viene a nosotros su Reino– cuando en lo que pensamos, decimos y hacemos guardamos sus mandamientos.

Cristo reina –viene a nosotros su Reino– cuando no dejamos que dominen en nosotros el poder egoísta, el placer y el tener.

Cristo reina –viene a nosotros su Reino– cuando juzgamos nuestro vivir y nuestro morir a su luz y no según los dictámenes de filosofías ateas y deshumanizadoras, aunque estén de moda.

LA RECOMPENSA DEL REY

Cristo es Rey desde la Cruz, donde murió entre malhechores, como un malhechor más, habiendo sido el mayor bienhechor que los hombres hemos tenido, pues «*pasó por el mundo haciendo el bien*» (Hch 10,38).

Uno de los dos malhechores, que con Jesús fueron crucificados, reconoció en Cristo a alguien que hizo el bien, cuando al otro compañero le dijo: «*Éste nada malo ha hecho*» (Lc 23,41). Y fue este convencimiento lo que le animó a pedirle a Jesús que fuera bienhechor con él: «*Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino*» (Lc 23,42). Y Jesús le hizo bien de inmediato, fue bienhechor con él: «*Hoy mismo estarás en mi Reino*» (Lc 23,43).

La petición de aquel malhechor y el hecho de que Jesús le concediera lo pedido de inmediato, nos indica qué es lo que de verdad deberíamos pedir a Dios. Aquel malhechor no le pidió la libertad, ni ropa, ni comida, ni dinero, ni comodidad, ni salud. Le pidió, en cambio, lo único importante: *No te olvides de mí y llévame a tu Reino*. A Jesús le agradó la petición, pues de inmediato se la concedió.

¿Qué le pedimos nosotros a Dios? ¿Le pedimos que las cosas nos vayan cada día mejor; que funcionen nuestros negocios y venga siempre buen tiempo a las cosechas; que no tengamos ninguna desgracia y rebosemos siempre de salud? Pedir esto está bien. Pero junto a estas peticiones, ¿le hacemos otras? Tales como: Ayúdame a no pecar, llévame al cielo, que mis hijos no se aparten de mí, que se cumpla en mí y en mis cosas tu voluntad, dame aquello que más me convenga.

Empecemos a pedir a Cristo Rey que venga a nosotros su Reino, pues todo lo demás se nos dará por añadidura.

REY Y MENDIGO

Contemplemos, por último, el misterio de Cristo desde una perspectiva singular: *Cristo en cuanto Rey y Mendigo a la par*.

Aunque no lo parezca, el hombre de la Cruz es Rey y Señor del Universo. Ya y ahora. Su señorío está escondido y oculto. Está escondido en el corazón de los hombres. Y allí, como la levadura, no deja de trabajar y se mantiene activo. Un día el hombre de la Cruz se levantará como Señor victorioso y saldrá a la luz lo que ahora está oculto. Un día todo ojo verá que detrás del despojo de la Cruz está toda la majestad del mismo Dios. Un día quedará *patente* lo que de momento está *latente*.

Ese día, que ya ha comenzado con el *Misterio Pascual*, el universo entero, nuestro mundo, los hombres y mujeres que lo habitamos, la entera naturaleza, todo quedará transido del señorío de Cristo y, en perfecta armonía, todos quedaremos sometidos en libertad a Él y Él al Padre.

Aquél día será en verdad *su Día*: el *Día del Rey y Señor Jesucristo*. Aquél Día será el *Domingo último y definitivo*. Será el *Domingo por excelencia*: la Pascua que no conocerá fin ni término.

Por ello el Domingo semanal es la fiesta de nuestro Rey, primero muerto y ahora resucitado. El *Domingo*, que significa «*Día del Señor*», es un anticipo sacramental de aquel *Día del Señor* definitivo, de aquel *Domingo* perpetuo, cuando Dios lo sea todo en todos y todas las cosas queden instauradas en Él.

Por ello debemos los cristianos mimar y cuidar mucho la celebración del *Domingo*, haciendo que todas las horas del mismo sean para el *Señor*, y, sobre todo, participando en la celebración de la Eucaristía, donde la *Iglesia del Señor* se reúne para participar en el *Cena del Señor*, escuchar la *Palabra del Señor* y rezar la *Oración que nos enseñó el Señor*.

Y mientras llega ese *Día glorioso y feliz*, mientras llega esa hora en la que el que ya es Señor y Rey nuestro, lo sea de todos y todos gocen en libertad de la alegría de vivir sometidos al imperio de tal Rey, Cristo es hoy *mendigo*. Cristo mendiga y no deja de llamar a las puertas de nuestros corazones, de nuestras familias, de nuestras instituciones sociales, del trabajo, del ocio, de la diversión, de la ciencia, de la investigación, de la política, de la economía, de la escuela, del hospital.

Cristo Mendigo llama a las puertas de todo lo humano, porque quiere entrar y renovarlo desde dentro. Si todos los ámbitos del hombre quedaran abiertos a Cristo y nada de lo que pertenece a nuestra realidad humana quedara al margen del *señorío del Señor*, todos experimentaríamos que, en verdad, su *Reino* no es de este mundo, pues su *Reino* es de amor y de gracia, de vida y verdad, de justicia y de paz. Cristo, que ya es *Rey*, está deseando que todos le tengan por tal y, por ello, es ahora un *Rey Mendigo*, que va pidiendo y llamando a las puertas del hombre y de todo lo humano, para que le dejen entrar y poder así sanar, salvar, renovar en su raíz todas las cosas.

Junto a la súplica ardiente por la llegada definitiva del Reino de Cristo: «*Venga a nosotros tu Reino*,

Marana Thá, ven, Señor Jesús» (cf. Ap 22,20); junto a esta oración debemos esforzarnos y luchar por acelerar, como dice San Pedro, la llegada en plenitud y definitiva del *Reino de Cristo* (cf. 2 Pe 1,11). Y esta tarea de aceleración depende de cada uno de nosotros: cuanto mayor y más radical sea nuestro sometimiento personal al Señor, a sus exigencias y mandamientos, a sus inspiraciones y valores; cuanto más pueda el Señor tomar posesión de lo que es nuestro, tanta más presencia del Reino de Cristo habrá en nuestro mundo y tanta más cercana estará la llegada, el des-puntar del tal *Reino* en su plenitud.

No lo olvidemos: *Cristo es Rey y Señor*, pero hoy *mendiga* que le dejemos serlo. Nos lo suplica, porque sólo quiere nuestro bien y nos iría mejor a todos si se lo permitiéramos.

Pide que colaboremos con Él; que seamos voceros, constructores y apóstoles de su Reino.

P. LINO HERRERO PRIETO CMM
Madrid (España)

Hambre, avidez y ambigüedad en la espiritualidad actual:

2. Hambre de espiritualidad en la modernidad

En la primera parte de este estudio hemos hecho una breve introducción sobre la espiritualidad actual. A continuación abordaremos la primera fase: la modernidad.

EL MARCO DE LA MODERNIDAD

En pocas y medidas palabras Romano Guardini enumeraba así, ya en 1954, los pasos de la aparición de la modernidad en la historia de occidente: «*La estructura medieval del mundo, al igual que la actitud humana y cultural que ella implica, empiezan a descomponerse en el siglo XIV. El proceso se realiza a lo largo de los siglos XV y XVI, y en el XVII cristaliza en una imagen claramente definida*»¹. Esta cristalización se realiza por la confianza en la razón, que sacaría a la humanidad de una culpable minoría de edad (I. Kant), acabando así con una Edad Media en la que la religión tenía secuestrada a la razón. Esa razón iría

1. *El ocaso de la Edad Moderna. Un intento de orientación*, Edic. Guadarrama, Madrid 1963, p. 51.

desarrollándose en sus dimensiones científico-técnico-industrial, portadora de un progreso en todas las áreas de la existencia y emancipándose de la tutela de la religión. Ilustración, modernidad y secularización fueron desde entonces la tríada que recíprocamente se vitaliza y que afecta a toda la existencia humana. También a la dimensión religiosa de la misma.

La razón se adentró en ese mundo e intentó limpiar las expresiones religiosas que no parecían responder a una mentalidad ilustrada, moderna. La magia, la superstición y otras expresiones religiosas, con demasiada frecuencia desprovistas de fundamento histórico creíble, se vieron superadas y la religión empezó a perder categoría y espacios. Ella, que había sido la última palabra en todas las cosas, y palabra última de cohesión en cualquier manifestación vital, fue progresivamente apartada de esta «prerrogativa» y tuvo que compartir con otras referencias la aproximación a la verdad. La referencia a la religión y a sus instituciones dejó de ser la referencia clave y definitiva. Es lo que se llama «secularización» (palabra por otra parte polisémica), conclusión lógica de la ilustración encarnada en la modernidad.

Toda esta visión del mundo tuvo lógicamente sus consecuencias para reconocidas expresiones de la religión y de la espiritualidad. Y lo fueron progresivamente cada vez más. Parecía que la referencia a Dios iba perdiendo también progresivamente presencia e importancia en la vida de los mismos cristianos ilustrados-modernos-secularizados. Pero no era del todo así.

LA MODERNIDAD ENTRA EN LA IGLESIA

La Iglesia fue durante bastante tiempo especialmente áspera al enfrentarse con esta visión de la historia. Diversos movimientos teológicos, que pueden agruparse en la llamada «Teología del progreso», abrieron, no sin serias dificultades, un diálogo privado con la ilustración ya en la primera mitad del siglo XX, lo que estaba siendo ya la avanzadilla de un Concilio del que aún no se tenía idea. Describir siquiera someramente todo este clima está lejos de estas breves pinceladas.

Sí es el momento oportuno de señalar que el Concilio Vaticano II se decidió a mantener con la modernidad un diálogo oficial, sincero y sereno, sobre todo con el documento *Gaudium et spes*² (el gozo y la esperanza): *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*. Ninguna de las tres palabras (ilustración-modernidad-secularización) aparecen en los documentos conciliares. Sin embargo, nadie duda de que, con otro lenguaje, estaban presentes (por ejemplo con la expresión: «*autonomía de las realidades terrenas o temporales*», GS 36).

No a todos los Padres conciliares les fue fácil sintonizar con estos nuevos aires, pero, finalmente, y

2. Basten estas autorizadas palabras, generosamente compartidas: «*Gaudium et spes está realizando un verdadero "aggiornamento" y sale al encuentro del tema quizás más representativo de la modernidad y de su punta de lanza que es la Ilustración: el tema de la subjetividad libre y autoconsciente*» (J. M. Rovira Belloso, *Significación histórica del Vaticano II*, en C. Floristán-J. J. Tamayo (eds.), *El Vaticano II, veinte años después*, Edic. Cristiandad, Madrid 1985, 30).

por lo que interesa a nuestro tema, el diálogo cuajó sobre todo en el número 36 de *Gaudium et spes: La justa autonomía de las realidades terrenas*. Dividido en dos partes, muy desiguales en extensión, describe la «justa» autonomía (bastante amplio) y la «injusta» autonomía de las realidades temporales (en muy pocas líneas). Nosotros podríamos decir que las primeras corresponden (reitero que a pesar de no utilizar esta terminología) a la *secularización* y las segundas al *secularismo*, absolutamente distintas, cosa que no siempre se tiene en cuenta, creando una ambigüedad y confusión que no es fácil superar³.

El núcleo de la *secularización*, según *Gaudium et spes*, está en la afirmación de que Dios ha dotado a las cosas creadas y a las sociedades de leyes y valores propios, de firmeza, verdad y bondad, que el hombre debe descubrir, aplicar y ordenar. Tendrá que hacerlo con humildad y perseverancia, utilizando las metodologías propias y respetando las leyes científicas y morales. Y Dios mismo acompaña a quienes llevan adelante este trabajo. «*Quien con espíritu humilde y ánimo constante se esfuerza por escrutar lo escondido de las cosas, aun sin saberlo, está como guiado por la mano de Dios, que, sosteniendo todas las cosas, hace que sean lo que son*» (GS 36).

Nada tiene esto que ver con el *secularismo*, que «*entiende que las cosas creadas no dependen de Dios y que el hombre puede utilizarlas sin referirlas al Creador*»

3. Esta terminología (secularización-secularismo) la empleará ya Pablo VI en la *Exhortación Apostólica «Evangelii nuntiandi»* (8 diciembre 1975), n. 55 con el sentido que da GS, 36 a la autonomía.

(GS 36). Frente a esta postura secularista (no secularizada), «*no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad*» de la misma (GS 36).

HAMBRE DE ESPIRITUALIDAD NUEVA

Todo este marco o clima, que ha durado siglos y ha significado para los cristianos, reunidos en Concilio, un acontecimiento singular, no podía quedar en unas afirmaciones más o menos llamativas y abstractas. Y menos todavía podía quedar en un enfrentamiento entre cristianos preconciiliares y posconciiliares. Aunque era normal que todo esto se diera, se dio a menor escala que otras realidades más importantes y buscadas.

La espiritualidad no podía quedar al margen de estas páginas conciliares. No en vano, la espiritualidad es una parte importante de la vida de la Iglesia. Su familiaridad con el Espíritu le exigía estar, también ante acontecimientos tan significativos, a la escucha de lo que el Espíritu dice, también ahora, a su Iglesia.

UN RESPETABLE DESCONCIERTO

Los espirituales no son de piedra. Les afectan los cambios. Y si esos cambios afectan a valores y mecanismos con los que se ha hecho camino espiritual, por más deteriorados que pudieran estar (que yo aquí no digo que lo estuvieran, sino que incluso en la hipótesis de que lo estuvieran), desconcierta tener que prescindir de ellos o hacerles una cirugía importante.

Los cambios, por necesarios que sean, traen estas cosas y no todos se libran de sentirse un poco, o un mucho, en el aire. Por eso es *respetable* que al Concilio siguiese una vida religioso-espiritual (no entremos en muchas distinciones) que a muchos les supuso un estado de ánimo doloroso y unas actitudes remorosas.

UN AMPLIO DESEO QUE SALE A LA SUPERFICIE

Y sin embargo, no puede tampoco dudarse de que afloró juvenilmente un estado de cambio (que era también de ánimo) que no se conocía en la tranquilidad precedente. No se descubría el mar, pero sí se percibían muchos afluentes antes desconocidos. En el pensamiento, estructuras y vida, una creatividad antes desconocida acompañaba la existencia. Muchas páginas de teología y espiritualidad quedaron mudas (no pocos manuales y libros de piedad pararon sus ediciones en aquellos días) y otro estilo abría las puertas a realizaciones nuevas. Los movimientos ya existentes morían o se removían y otros (y no pocos) nacían⁴.

¿FUE TODO BUENO?

No es éste mi problema. Seguramente no todo fue bueno. Como no lo ha sido nunca ni lo será. La

4. Cfr., como ejemplo, D. DE PABLO MAROTO, *Vivencia de la oración en grupos y movimientos apostólicos*, en *Rev. de Espiritualidad* 35 (1976) 63-99.

limitación humana aparece siempre y en todas partes mientras hombres y mujeres seamos limitados, que lo seremos siempre. Y seguramente los juicios (no tienen por qué ser temerarios) no serán coincidentes acerca de la bondad de las expresiones vitales.

Pienso sólo en una realidad, muy espiritual, como la oración personal. Se familiarizó la categoría de la «*crisis*», aunque no se clarificó su sentido. Y muy pronto se habló de «*Crisis de la oración personal en un mundo secularizado*»⁵. Generalmente se tomó esta categoría, aplicada a la oración, en sentido negativo, como algo que se deteriora.

No obstante, para otros la categoría de crisis significaba más bien «un momento decisivo o difícil de un negocio grave». Para unos la oración, principalmente la oración personal, estaba de capa caída, mientras no eran pocos los que aportaban una teología y pastoral oracionales (también de oración personal, aunque mirasen más la oración cristiana sin más) como pocas veces se había hecho. Plumas de primera mano hicieron un esfuerzo encomiable para escribir quizá las mejores páginas a favor del sentido profundo de la oración que se hubiera hecho en mucho tiempo de mayor atención y extensión de la oración personal.

5. A. GUERRA, *Crisis de la oración personal en un mundo secularizado*, en *Rev. de Espiritualidad* 29 (1970) 7-47.

CASI TODO FUE NUEVO

La espiritualidad posconciliar no olvidó los grandes temas de la espiritualidad tradicional⁶. Pero sí debe decirse que acentuó lo nuevo.

Un ejemplo significativo es la actitud de Karl Rahner en unas páginas que probablemente serán las que más se han citado y se seguirán citando y que, a pesar de que su título traduzca mal el original alemán, sin embargo es probable que refleje correctamente el significado de las mismas: *Espiritualidad antigua y actual*⁷. Sin entrar en un examen de estas interesantes páginas (cosa que no es de este lugar), para nuestro tema valen estas afirmaciones: «*Lo que hay que afirmar en primer lugar –sin que ello quiera decir que sea por ello lo más importante– es la continuidad de la espiritualidad cristiana en el pasado y en el futuro [...] Sería sencillamente absurdo pensar que todos los elementos de la tradicional espiritualidad cristiana no mencionados expresamente por el Concilio hayan quedado tácitamente relegados a un pasado que carece de porvenir*»⁸.

Por otra parte, sin embargo, en las mismas páginas escribe Karl Rahner: «*La conservación del legado del pasado es importante para la espiritualidad del futuro; pero no es característica decisiva. Porque solamente se*

6. J. CASTELLANO CERVERA, *Los grandes temas de la espiritualidad «tradicional» en la doctrina del Vaticano II*, en *Rev. de Espiritualidad* 34 (1975) 166-188.

7. K. RAHNER, *Espiritualidad antigua y actual*, en *Escritos de teología*, VII, Taurus, Madrid 1969, 13-35 (el original de estas páginas es de 1966).

8. *Ibíd.*, 15-16.

puede conservar un legado cuando al mismo tiempo se conquista lo nuevo del futuro»⁹.

Otra expresión de esta predilección por lo nuevo se tiene en los títulos aparecidos en aquellos primeros años posconciliares precisamente en el mundo de la espiritualidad: «*Un ansia de novedad, que se ha hecho patente con desparpajo, ha guiado buena parte de la espiritualidad posconciliar [...] A la sombra de Is 43,19 (uno de los textos más citados durante varios años posconciliares): “he aquí que hago nuevas todas las cosas. Ya está brotando, ¿no lo notáis?”*, han nacido muchas novedades. También en espiritualidad. Comenzó, a las puertas de la clausura del Concilio. A.-M. Besnard, *Una nueva espiritualidad* (1964)»¹⁰, dando pie a tantos compañeros literarios. En el mismo año en que era bautizada la categoría de la posmodernidad (1979), como cerrando los tiempos hegemónicos de la modernidad, aparecía en Italia el *Nuevo diccionario de espiritualidad* (editorial San Pablo).

Y no solamente en los títulos, en los que aparece externamente la expresión «espiritualidad nueva». También en escritos de más envergadura como son los textos o manuales de espiritualidad, aparecía claramente la novedad. Bastaría echar una mirada a los temas tratados, al método seguido y a las fuentes utilizadas para

9. *Ibíd.*, 21. Para calibrar la importancia que de hecho concede a lo antiguo y a lo nuevo baste tener en cuenta que a lo antiguo concede el autor 6 páginas escasas, mientras que a lo nuevo le concede 14. La diferencia es significativa para nuestro tema.

10. A. GUERRA, *Espiritualidad: lenguaje e identidad en un mundo ambiguo y confuso*, en J. GARCÍA DE CASTRO-S. MADRIGAL (eds.), *Mil gracias derramando. Experiencia del Espíritu ayer y hoy*, UPC, Madrid 2011, 50.

concluir que, independientemente del valor intrínseco de tales escritos, estábamos ante algo bastante nuevo.

LO NUEVO FUE LA SAMARITANIDAD

Pablo VI afirmaba en el discurso de clausura del Concilio Vaticano II: «*La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio*»¹¹. Y de una u otra manera por ahí iba una gran parte de la espiritualidad posconciliar, una parte que, con frecuencia, había sido tachada de herética (la heréjía de la acción).

El samaritano seguramente llegaba tarde al templo, pero por el camino había descubierto que también los cuerpos son templos del Espíritu. La horizontalidad parecía haber suplantado a la verticalidad. Podía ser una falsa percepción. No todos lo pensaron así. Otros creían, más bien, que había llegado el rescate de algo que había sido denostado o, al menos, escasamente valorado.

Y POR ENCIMA DE LO NUEVO, LO ETERNO:

LA EXPERIENCIA DE DIOS

Fue precisamente por aquellos días (1966) cuando la espiritualidad proclamó algo que llamó la atención: «*El cristiano del futuro o será un “místico”, es decir, una persona que ha “experimentado” algo, o no será cristiano*»¹². La afirmación era el núcleo de la primera

11. 7 diciembre de 1965, n. 8.

12. K. RAHNER, *Espiritualidad antigua y actual*, en *Escritos de teología*, VII, Taurus, Madrid 1969, 25.

nota de la espiritualidad del futuro: «*La experiencia del Dios incomprensible*»¹³. No de un Dios cualquiera, sino del «Dios incomprensible». Cuando la reivindicación de los «maestros de la sospecha» asediaba y desnudaba a un «dios sociológico», se imponía la necesidad de un principio distinto: la experiencia.

¿Podía extrañar, en este ambiente, que los cristianos sintiesen «*hambre de experiencia*»?¹⁴ El hambre abriría la puerta a la avidez. Y la experiencia no encontraría fácil su convivencia con la novedad de la temporalidad (novedad a la que no se concedió la categoría de «hambre», aunque era manifiesta y aquí se la hemos concedido), entrando en una etapa de confusión y ambigüedad. Hambre, avidez y ambigüedad estaban servidas, aunque cada una de estas notas fueran manifestando su hegemonía en momentos distintos de estos últimos cincuenta años de la historia.

De la avidez y la ambigüedad hablaremos en la última parte de este estudio.

FRAY AUGUSTO GUERRA, O.C.D.
Ávila (España)

13. Este es el título de la primera de las tres notas de la espiritualidad del futuro formuladas por el P. Karl Rahner: *La experiencia del Dios incomprensible, la vida temporal y el servicio al mundo como espiritualidad, la nueva ascética de los límites que uno ha de imponerse a sí mismo*. Y las primeras palabras de esa primera nota eran éstas: «La nota primera y más importante que ha de caracterizar a la espiritualidad del futuro [se escribía en 1966] es la *relación personal e inmediata con Dios*» (K. RAHNER, *Espiritualidad antigua y actual*, en *Escritos de teología, VII*, Taurus, Madrid 1969, 22).

14. F. RUIZ SALVADOR, *Caminos del Espíritu. Compendio de teología espiritual*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1974, 442.

Historia de un regreso

Relato novelado de inspiración bíblica

Aquí el tiempo no cuenta, al menos como ahí, pero se puede decir que soy joven. Mi nombre no importa mucho ahora. Soy el menor de dos hermanos. Sentí mucho la muerte de mi madre, la única que realmente me comprendía y a la que no tenía que demostrarle nada para que me quisiera. Desde entonces, todo fue de mal en peor, quería demostrarle a mi padre mi valía, hice méritos ante él, pero no parecía darles el valor que yo les daba; los hice ante mi hermano mayor, que irremisiblemente los pasaba por alto y podía sentir su arrogancia y displicencia hacia mí; también ante los jornaleros, que me admiraban, pero no me apreciaban, pues, aunque trabajaba como ellos, no era uno de los suyos: era el hijo del patrón. Así que... ¡Ni con unos ni con otros!

Un día entendí que, a pesar de mis esfuerzos, toda la herencia pasaría a mi hermano mayor, según la ley mosaica de primogenitura, que impide que el patrimonio familiar se disperse. Entonces comprendí la actitud de mi familia hacia a mí; por lo que, despechado y furioso, me encaré a mi padre, le pedí la parte de hacienda que un día me correspondería en la herencia, fuera ésta la que fuere, y me fui de allí, dispuesto a empezar una nueva vida sin tener que demostrarle

nada a nadie ni darle cuentas a nadie de mis actos. No me importaron sus lágrimas, era demasiado tarde para eso.

Por el camino, oí hablar de un joven Rabí al que algunos llamaban Mesías, que tenía fama de erudito y hacedor de grandes prodigios. Recordé, entonces, aquellas profecías sobre el Mesías de Israel que todas las noches mi madre me contaba al acostarme; algunos decían que Él las estaba cumpliendo todas. Yo me creía un joven lleno de virtudes, con un sinfín de méritos acumulados y, además, por qué negarlo, con bastante dinero en mi bolsa, por lo que decidí ir a conocerle y ofrecerle mis servicios como discípulo. ¿Qué dirían entonces mi padre y mi hermano, cuando me vieran al servicio de tan afamado e importante Señor y con un alto cargo, bien remunerado, en la administración del nuevo reino que Él prometía instaurar y que, según la gente que encontraba, estaba ya muy cerca?... ¡Les daría con ello en el rostro, por no haberme valorado! Ellos vendrían a suplicarme y yo no les haría caso.

Cuando me ofrecí al Rabí, Él se limitó a decir: *«Las zorras tienen madrigueras, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza»* (Lc 9,58). ¡Me quedé perplejo! ¿Qué insinuaba con aquello, que yo no era bastante bueno para Él? Llorando de rabia me fui de allí. Él se lo perdía, no se lo propondría dos veces. Entonces, un encapuchado vestido de oscuro se acercó a mí y me susurró –casi me siseó, como una serpiente– al oído: *«Has hecho bien, hijo mío, Él se siente fuerte ahora y te desprecia, pero vendrán días en que su debilidad será manifiesta y el despreciado será*

Él... ¡Vive la vida! Eres joven, inteligente, emprendedor y... ¿qué vemos aquí?, acaudalado también. Disfruta de la buena vida, sal con mujeres, pásatelo bien... ¿De qué te vale hacer méritos y que pases privaciones a su lado, si al final, pase lo que pase y hagas lo que hagas, vas a tener el mismo final que esa prostituta que allí ves o, incluso, el mismo final que Él tendrá?... ¡El lo sabe, por eso te desprecia!». Entonces, enfurecido, agarré la primera piedra que encontré y, lleno de desprecio, se la arrojé a aquella pobre mujer, tratando supersticiosamente de alejar de mí un final así.

Hice caso a aquel extraño, y durante meses viví una vida regalada, donde no escatimaba en gastos para demostrar a los importantes de aquel lugar mi magnanimidad y grandeza, tratando de codearme con los más grandes, pero, en poco tiempo, mi dinero se acabó, y menos aún que mi dinero duró su falsa confianza y su interesada amistad. Me vi solo, sin nadie a quien recurrir. Decidí ponerme trabajar en lo que fuera, para ganarme la vida, pero con mi fama, nadie me daba empleo y acabé en la banda de un tal Barrabás, robando para poder comer. Al principio no me fue mal, pues, aunque era injusto repartiendo el botín, siempre me tocaba un buen pellizco en los robos y asaltos que organizábamos. Yo nunca maté a nadie, ¡que quede bien claro!, pero siempre había muertos por donde pasábamos.

Un día tuvimos una refriega con la cohorte de soldados enviada por el gobernador romano Poncio Pilato para poner fin a nuestras fechorías. Ellos mataron a toda la banda menos a tres de nosotros, entre los que estaba nuestro líder, para que sirviéramos de

escarmiento a otros ladrones. Cargados de cadenas, fuimos conducidos a Jerusalén para pagar por nuestros crímenes con el único castigo posible: la cruz... ¡Más nos hubiera valido morir en la lucha! Al llegar a la ciudad, vimos tres postes clavados en la roca de suplicio llamada Gólgota, un lugar maldito, con cuévanos que le conferían aquel terrible aspecto de calavera del que le venía el nombre. Sentí pavor y desesperación: ¡Qué muerte tan horrible me esperaba!... ¿Dónde estaba ahora aquel mentiroso encapuchado que tan mal me aconsejó? ¡Por qué le haría yo caso! Seguro que aquella pobre prostituta tendría mejor muerte que yo.

Al volver la esquina de una calleja por donde penosamente avanzábamos, entre insultos y salivazos, arrastrando nuestras cadenas por el empedrado, llegamos a una plaza donde había un grupo de hombres de todas las edades, dispuestos en línea y con piedras en las manos para arrojárselas a alguien. Los soldados a cargo de nuestra comitiva rodearon la plaza sin querer darse cuenta del asunto. Del otro lado de la plaza estaba aquel Rabí que me había rechazado, escribiendo en el suelo, como si tal cosa, ajeno a la desgracia de aquella mujer que yacía en medio, esperando a ser apedreada; levantó el rostro y la reconocí, era la prostituta a la que, meses antes, apedreé. ¡Menudo final le esperaba! Me alegré de no acabar apedreado como ella, pero ¡qué más me daba, también yo tendría un mal final, como ella! No se equivocó el mentiroso. Entonces, el Rabí se levantó y dijo algo insólito: «*El que esté libre de pecado, que arroje la primera piedra*» (Jn 8,7). Incomprensiblemente, todos

dejaron caer sus piedras al suelo y se fueron alejando, uno tras otro, por distintas callejas. Cuando se quedaron solos, la mujer y el Rabí, Él le dijo: «*Mujer, ¿nadie te ha condenado? Yo tampoco te condeno, vete en paz y no peques más*»... (Jn 8,10-11) ¡La había perdonado y salvado de morir!... ¡Oh Dios! ¿Ese era el mal final que el mentiroso decía que yo también tendría? ¡Cómo lo tergiversó todo! Yo hubiera terminado perdonado y salvado como aquella mujer, en cambio ahora...

Aquella noche, en mi calabozo, no podía pensar en otra cosa... Alguien se puso a narrar una historia que le había escuchado contar a aquel Rabí; le presté atención, pues parecía mi propia historia... «*Un joven pidió a su padre la herencia y se fue lejos, a vivir disipadamente. Cuando lo gastó todo, vino un hambre a la región y él acabó cuidando cerdos, qué deshonra para un judío, entonces se acordó de su padre y decidió volver con él. Y cuando su padre lo vio a lo lejos, salió corriendo a abrazarle y llenarle de regalos, y le dio una gran fiesta, porque lo había recobrado con vida...*» (cf. Lc 15,11-32). No, no era ésa mi historia, yo no había cuidado cerdos ni había vuelto con mi padre... Lloré amargamente. ¿Qué sería de él? Si se enteraba de mi situación actual ¿se moriría del disgusto?, ¿se avergonzaría y renegaría de mí?, ¿me abrazaría y perdonaría?... ¡Necesitaba sentirme perdonado y abrazado!

Días más tarde, salimos para la cruz mi compañero y yo; Barrabás había sido indultado, el muy canalla. En su lugar iban a crucificar a otro que habían apresado esa misma noche. No podía creerlo, ¡era el Rabí! Al final, el mentiroso tendría razón, ambos tendríamos el mismo final y eso que traté de evitarlo.

Pero yo merecía aquel castigo; en cambio, ¿qué podía haber hecho Él para merecerlo? Quise hablarle, pero era misión imposible en la fila de ajusticiados, entre gritos, escupitajos y golpes de la gente y los soldados, mientras nos arrastrábamos con el madero de castigo a cuestas...

Una vez clavado en la cruz, todos se reían y burlaban de Él, le insultaban y afrentaban, meneaban la cabeza, incluido mi compañero, ¿no tenía bastante con estar en la cruz por sus crímenes, para encima portarse así con aquel inocente? Entonces, le escuché decir: «*Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*» (Lc 23,34) y me sentí profundamente perdonado, ¡cuánto había necesitado escuchar aquellas palabras! Y después: «*Madre, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre*» (Jn 19,26-27) y me sentí otra vez hijo, después de tanto tiempo.

¡Ya no pude más! Saqué fuerzas de mi flaqueza, me incorporé en la cruz e increpé a mi compañero para que se callara, entonces me dirigí al Rabí y le dije con mi corazón en los labios: «*Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino...*» (Lc 23,42). Sabía que no merecía nada, pero lo esperaba todo de Él. ¡Qué diferente me sentía, ahora, de aquella primera vez en que me dirigí a Él!... ¿Me respondería lo mismo que entonces? El me miró con ternura infinita y me dijo: «*Te lo prometo, hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lc 23,43). ¡Oh Dios, aquello era más de lo que podía esperar! Lloré de alegría y gratitud. Al final acabaría como aquella prostituta, como dijo el mentiroso, pero de qué manera tan distinta, perdonado y acogido por el amor de un Rey, que era como el padre de aquella

parábola que escuché en la prisión, pero que moría conmigo en una cruz para llevarme con Él a su reino. Repentinamente, le oí decir: «*Todo está cumplido*» (Jn 19,30) y, poco después: «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu...*» (Lc 23,46). Y ya no dijo más.

En aquel momento, todo se oscureció y retembló, la gente se volvió loca de terror y también los soldados, que se apresuraron a lancear al Rabí y a romper las rodillas de mi compañero y las mías. Yo estaba en paz; miré al Rabí por última vez y después a mi nueva Madre y cerrando los ojos, repetí sus últimas palabras: «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*». Después, un dolor agudo en las piernas, la asfixia en los pulmones, la parada del corazón y todo cesó.

Ya no sentía dolor, todo lo contrario, me envolvía una densa paz y una enorme sensación de plenitud, como nunca antes había sentido. Lentamente, abrí los ojos y vi una figura luminosa a los pies de mi cruz que parecía esperar por mí. Todo lo demás había desaparecido. Bajé de mi cruz sin esfuerzo, sólo me bastó desearlo, y, una vez en el suelo, aquella luz manifestó sus rasgos: era Él, el Rabí, luminoso y lleno de vida. Me tendió su mano horadada y la cogí con fuerza, mientras le decía: «*Gracias, Señor, cuando quieras*» y Él, entonces, comenzó a cumplir su promesa.

Que ¿cuál es mi nombre?... Los suyos me llaman San Dimas y me apodan «*El buen ladrón*», ironías de la vida.

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM
Salamanca (España)

La escucha atenta y silenciosa de la Palabra

*«En la mañana,
hazme escuchar tu gracia» (Sal 142,8).*

Dios: una Palabra que es gracia, una Palabra que se insinúa, germinal, y que un día nos puede atravesar y transformar. Él no titubea, ni vacila al expresarse.

Y más, por ser gracia, es evidencia. Porque el Señor no es un afán, un empeño, una ansiedad ni una intención. Sencillamente es una presencia que invade por entero. Y así no puede por menos de chorrear gracia, rezumar y destilar amor. De suerte que hasta las fibras más íntimas se estremecen al contacto de esa Palabra graciosa.

Por eso, cuando Él habla hemos de ajustar el oído. Como cuando miramos algo hemos de ajustar la mirada.

En la mañana, lo primero, despertar la atención. Porque la Palabra como que se detiene, como que deja de hablarnos donde halla dureza y resistencia y no se deja saborear.

El don es presencia, es ahora mismo. No es una Palabra del pasado. Por eso las huellas, las pisadas, no regresan nunca a nosotros.

Es una Palabra que al amanecer viene a nosotros y nos pone en marcha hacia lo desconocido, hacia caminos no pisados. Como un ahora recién nacido es el hablar de Dios.

La escucha, no como una ocupación lujosa o como un ceremonial decorativo. Pues el hombre no puede vivir al margen de la Palabra. Y la Palabra sin el silencio no es sonora. No es audible por las mil interferencias que la prohíben penetrar dentro.

Sin silencio no hay Palabra. Y sin Palabra no hay hombre. La apoteosis de la Palabra precede siempre el canto del silencio.

Si habla Dios es porque espera ser escuchado, pues no habla aparte del silencio. Y cuando uno habla, la verdad íntima se presenta tal cual es, es decir, como gracia. Como don. Como regalo. Como Palabra fertilizadora. Si es que puede contar con una escucha.

El día se inaugura abriendo el oído, dejándose fecundar, listos para atender. El oído cuenta con la gracia de la Palabra. Como la Palabra cuenta con el silencio interior que es todo receptividad. Un silencio tan puro que genera la misma Palabra.

La gracia de la Palabra es inseparable de Dios. Pero siempre brota en referencia al que se habla. Pues sería una Palabra inerte, por no decir que estúpida, si el que dice no contara con aquel a quien se le habla. Y es que la Palabra es siempre desde el punto de escucha del otro. Por eso si se pudiera poner la mano sobre la Palabra se percibiría un latido, el latir del corazón de Dios.

La Palabra es, además, muestra de cómo le interesa a Dios tu vida, nuestra vida. Y Él no habla a nadie que no se le haga presente y le ofrezca, a su vez, el favor de la atención. Como que la escucha, el silencio, es nuestra presentación. Así de educado es Él, así de educada es la Palabra. Hasta el punto de que no habla sin más ni más. No es un hablar por hablar.

La Palabra es don para ti, gracia que cuenta contigo, con tu silencio interior.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

El pan en la literatura bíblica y en nuestros días

La palabra hebrea *lehem* puede ser traducida como «pan», «cereal», «alimento sólido», «alimento principal». Procede de la raíz verbal *lhm* «comer», «estar a la mesa». La palabra *lehem* aparece alrededor de 300 veces en el Antiguo Testamento. Esto significa que es un asunto esencial.

Los cereales más importantes usados para la elaboración del pan son el trigo y la cebada. El pan era la comida base y principal para los pobres (cf. Ex 23,25; 2 Re 6,22; Job 22,7; Ez 12,18). Entre los ricos era usado como acompañamiento en los banquetes. Así, el pan era distinto según es extracto social: los pobres comían el pan hecho a base de harina de cebada y los ricos a base de trigo. El pan de trigo era alimento de lujo.

En el judaísmo, la comida comenzaba con la bendición del pan, acción hecha por el representante de la familia. Aunque no faltasen panaderos de profesión (cf. Jr 37,21), cotidianamente el pan era hecho por mujeres y esclavos. En visitas inesperadas o en situaciones donde se disponía de poco tiempo (cf. Gn 19,3; Rut 2,14), el pan era asado sin levadura. Con este tipo de masa también se preparaba el pan para llevar en los viajes porque garantizaba una mejor conservación (cf. 1 Sm 17,17; Ex 12,8).

Según la tradición, los israelitas, antes de escapar de Egipto, prepararon a toda prisa panes sin fermento (cf. Ex 12,8). El acto quedará como un memorial sagrado en el pueblo de Dios (cf. Ex 12,14-20), conmemorado año tras año, después de la liberación. Quiere decir que el pan también va a recibir un sentido cultural (cf. Ex 25,30; 35,13; 39,36). En este aspecto, la cultura del Antiguo Testamento diferenciará «el pan sagrado» del «pan común» (cf. Ex 40,23). A fin de cuentas, el pan tenía su espacio entre las ofrendas presentadas en el santuario. Y éste era producido a partir de las primicias cultivadas (cf. Lv 23,17; 2 Re 4,42). En el segundo templo, la preparación de las ofrendas de pan era una tarea asumida por los levitas (cf. 1 Cr 23,29).

Para hablar de pan, el griego utiliza la palabra *ár-tos*. Se habla del Pan del Reino, que es el banquete mesiánico (cf. Lc 14,15). En el Padre Nuestro (cf. Mt 6,9-13) Jesús enseña a pedir por el pan de «cada día». Éste es uno de los derechos fundamentales para garantizar la vida humana (cf. Eclo 29,21). Lo primero que una persona necesita es comer. Después, las otras cosas se concretizan. Pero llama la atención un detalle: se trata del pan de «cada día», no de «cada mes». Podemos interpretar que Jesús invita a la solidaridad. Ésta se contrapone al acumulo de alimento. El pan que sobra en una mesa hace falta en el estómago de los empobrecidos. Por otro lado, Jesús también es presentado como el pan verdadero (cf. Jn 6,32). Él es el único pan donde se consolida la unidad de los cristianos (cf. 1Co 10,17).

El pan es un regalo de Dios (cf. Sal 104,14-15). El propio Dios instruye al ser humano en el arte de la

agricultura (cf. Is 28,24-29). Existe un principio presente en esta bella teología: podemos analizar la palabra «pan» desde el punto de vista del hambre de los pobres provocada por los contextos de explotación y dominación.

Sugiero una cuestión para reflexionar: piense en usted como un pan. Sabiendo que antes de serlo habría pasado por una serie de procesos: desde el cultivo en el campo hasta el horno de quien prepara el alimento. Usted se prepara para donarse y generar vida. Siga pensándose pan. Pero recuerde que hoy, como ayer, existe pan destinado a los ricos y otro tipo de pan destinado a los pobres; no porque el pobre no sepa gustar lo sabroso, sino porque los recursos económicos le obligan a comprar el pan más barato. Esa es la lógica de las personas de precarios recursos.

Y con estas pinceladas: ¿qué tipo de pan le gustaría ser? ¿Sería posible modelar un pan sabroso, al cual los pobres tengan acceso?

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

Cruz y humildad

«Humilde es el que se esconde en su propia nada y se sabe dejar a Dios».

San Juan de la Cruz,
Avisos procedentes de Antequera, 5.

Aquello que nos define como cristianos es el seguimiento de Cristo Crucificado. El camino para la salvación es el seguimiento de la cruz. Unirse a Cristo es hacer propia la experiencia de la cruz, hasta donde lo permite la distancia entre Dios y sus criaturas. Esto es, amar a Dios de modo desinteresado, incondicional y espontáneo, sin precisar para ello razón alguna, aun desde la más profunda experiencia de su abandono, silencio y lejanía. Pues *«cierto está que [Cristo] al punto de la muerte quedó también anihilado en el alma sin consuelo y alivio alguno, dejándole el Padre así en íntima sequedad [...] por lo cual fue necesario clamar diciendo: ¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mt 27,46)»* (2S 7, 11)¹. Hacer propia la cruz de Cristo es padecer junto con Él el abandono

1. Empleamos las siglas normalizadas para citar los textos de San Juan de la Cruz. «2S» corresponde al segundo libro de *Subida del Monte Carmelo*, seguido por los números correspondientes al capítulo y al párrafo y «CB» corresponde al *Cántico Espiritual B*, seguido por los números correspondientes a la canción y al párrafo.

del Padre, así como de aquellos por cuya salvación se entregó a la muerte; es anihilarse por Dios a fin de «*quedar resuelto en nada, que será la suma humildad*» (2S 7, 11).

La humildad surge del reconocimiento de la limitación e imperfección que nos distingue. Éstas sólo aparecen en su justa dimensión en contraste con la perfección e infinitud del amor de Dios. Sólo cuando nos comparamos con la grandeza de Dios; cuando reconocemos nuestra miseria moral y, llenos de contrición, aceptamos que Dios nos ama a todos tal como somos, podemos ser humildes.

Humilde es quien reconoce su limitación y pequeñez ante Dios y, confiando en su amor, se abandona por entero a Él, consciente de que la salvación es don y no retribución a los propios méritos. Pero, por eso mismo, la tarea del hombre es disponerse favorablemente para ser capaz de acoger el don del amor divino, a partir de la renuncia a cualquier otro amor que no sea el de Dios.

La humildad es el conocimiento vital de que, por ser el que es, cuando renunciamos a cualquier otro amor a fin de buscar su presencia, Dios nos da la fuerza y habilidad necesarias para que, desde nuestra nada, nos elevemos a la participación de la vida eterna. «*Cuando la humildad nos ha hecho reconocer que somos nada ante Dios, le ofrece a Dios esa nada y el reconocimiento de esa nada para que él haga de ella algo*»².

2. JEAN LOUIS CHRÉTIEN, *La mirada del amor*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2005, p. 18.

Llegamos a ser humildes al comprender que a pesar de no ser más que polvo delante de Dios, estamos llamados al fin sobrenatural de la vida eterna.

La humildad es la virtud que se expresa en la primera de las bienaventuranzas: la pobreza espiritual, que consiste en no codiciar nada más aparte de la capacidad de corresponder al don del amor.

Sólo cuando, a partir de la revelación o de la experiencia personal, comprendo en qué sentido el amor es la esencia de Dios, me conozco a mí mismo. La humildad es el *«conocimiento de sí mismo ante Dios, y toda humildad es encuentro; no somos humildes más que cuando nos encontramos con Dios, y Dios únicamente puede encontrarnos cuando somos humildes»*³.

La humildad es condición previa de la esperanza. Si el conocimiento de nuestra finitud e imperfección no estuviera acompañado del encuentro vital con el amor que se manifestó en Cristo Crucificado, el reconocimiento de la desproporción entre nuestra miseria y la magnificencia de Dios culminaría en la desesperación infinita. Mas, por realizarse en Cristo Crucificado, el encuentro con Dios que origina la humildad no se limita al mero contraste entre la imperfección humana y la perfección divina, sino que hace posible la esperanza de la salvación, al poner de manifiesto que entregando a Dios la nada que somos es como mejor avanzamos por el camino del seguimiento de la cruz.

3. *Ibíd.*

Como San Juan de la Cruz ha dicho, para acceder al lugar donde se halla escondida la presencia de Dios, «*la puerta es la cruz, que es angosta, y desear entrar por ella es de pocos, mas desear los deleites a que se viene por ella es de muchos*» (CB 37,13). Lo propio del cristianismo es el ejercicio del amor. La cruz es el acontecimiento donde se manifestó el amor que Dios es. El camino para la salvación es el seguimiento de la cruz, que se define por la negación de todo amor que no conduzca ni se identifique con el de Dios. El amor de Dios es exclusivo y excluyente porque supone la negación de cualquier otro, incluido el amor a sí mismo. Amar a Dios con el mismo amor con que Él nos amó, hasta la muerte de cruz (cf. Fl 2,8), es negación del egoísmo.

Comprender esto es el origen de la humildad. Y la humildad es la primera de entre todas las virtudes, porque gracias a ella sabemos que pese a nuestra imperfección, somos capaces de corresponder al amor divino cuando, poniendo de nuestra parte en la adquisición de las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), nos abandonamos en la confianza de que Dios nos dará la fuerza para recorrer con éxito el camino de perfección.

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

Jesús luz verdadera

Jesús nace en una noche, ora al Padre por las noches, instituye la Eucaristía en una noche, agoniza en Getsemaní una noche, resucita en una noche.

La noche está cargada de misterio, de cercanía de lo trascendente, de talante contemplativo. Parece darnos el contacto con el infinito.

Jesús demuestra sentir predilección por la noche, pero Él es luz. La imagen de la luz es bíblica y expresiva. Esta imagen es empleada tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento multitud de veces. Los profetas nos dicen, por ejemplo: «A tu luz caminarán las naciones» (Is 60,3). «La luz del Señor amanecerá sobre ti» (Is 60,2)... Ya en el Nuevo Testamento, Jesús, es presentado como «El sol que nace de lo alto» (Lc 1,78), como «Luz de las naciones» (Lc 2,32). Y san Juan, en el prólogo de su evangelio, nos dice que «Él era la luz verdadera que vino a este mundo» (Jn 1,9), y también que «la luz brilla en las tinieblas pero las tinieblas no la recibieron» (Jn 1,5).

La imagen de la luz era significativa y valorada muy en especial por los cristianos de los primeros siglos que desconocían la electricidad y experimentaban lo que era la noche, noche. Es decir, la oscuridad densa, la ausencia de actividad, las tinieblas paliadas sólo con medios rudimentarios, como las lámparas de aceite.

Sabemos que se reunían en aquellos interminables lucernarios para celebrar la resurrección del Señor; tomando la luz del interior del Santo Sepulcro y se pasaban la noche entera entonando salmos y cánticos, como el antiquísimo «Oh Luz gozosa de la santa gloria del Padre celeste; inmortal, santo y feliz Jesucristo». Era algo así como querer sorprender el momento mismo de la resurrección, como esperar en vela la aparición de la aurora, símbolo del Resucitado.

Nosotros también queremos dejarnos imbuir por la luz de la noche Pascual; esa luz que ha de alumbrarnos perennemente pero que en el tiempo de la cincuentena pascual se hace intensa y arrolladora.

La Vigilia Pascual, densa, festiva y bellísima como ninguna otra, sigue siendo el centro del calendario litúrgico, y es toda ella una fiesta de luz. Pero la carga de intensísima vida que encierra es para ir la desentrañando y saboreando día a día. Por eso queremos dirigirnos al Jesús victorioso y triunfador de la muerte para decirle:

Jesús Resucitado: inunda nuestro ser con tu luz.

Muéstranos el camino que conduce al Padre. (¿Eres Tú ese camino, Señor?) Descúbrenos tu presencia en cada acontecimiento y en cada hermano, especialmente en aquellos que son más pobres, menos dotados y atraentes. En los que sufren y son despreciados. En los que no cuentan. Danos tu luz para verte y amarte en ellos.

No permitas que nos entusiasmemos con las luces aparentes de este mundo, ni con las ficticias bengalas que encantan un momento pero se desvanecen con

fugacidad. Que las luces engañosas no nos ofusquen, Señor. Ilumina tu rostro sobre nosotros.

Invade lo más profundo de nuestro corazón con tu luz –¡la tuya, Señor!– Extiende hacia nosotros esas tus manos llagadas y triunfadoras.

«Acoge nuestras manos en tus manos», como cantamos en un himno pascual, y ven a vivir desde nuestro pobre ser tu vida de Resucitado y tu propia luz.

SOR MARÍA EUGENIA MAESO, O. P.
Salamanca (España)

LITURGIA

Liturgia de las Horas

8. Las alabanzas de la tarde o «sacrificio vespertino»

(OGLH 39-54)

Así como los Laudes son la alabanza en los primeros momentos del día, dando la bienvenida al sol que nace y glorificando a Cristo-resucitado, las Vísperas, como sacrificio de la tarde, acompañan la puesta del sol, en los umbrales de la noche que se avecina. Es nuestra acción de gracias a Dios por los dones que nos ha concedido en el día y por la fidelidad con que los hayamos aceptado y hecho fructificar. Éste es el sentir de san Basilio Magno.

En esta Hora hacemos memorial de nuestra redención, uniéndonos al salmista al considerar a la oración «como incienso que se eleva hacia Dios como ofrenda de la tarde» (cf. Sal 140,2). Si bien es verdad que la última oración del día en el Oficio son las Completas, inmediatamente antes del reposo nocturno, aunque conserva su estructura de «oración comunitaria» tienen una dosis de recapitulación personal del día, de modo especial con el «examen de conciencia» previsto para después de la invocación inicial.

Con esta perspectiva, podríamos considerar a los Laudes y las Vísperas, como el inicio y el cierre de la Liturgia de las Horas.

Cuando la luz se va poniendo en el ocaso, vivimos este momento con la esperanza cierta de que la noche pasará y que, a la mañana siguiente, el sol iluminará nuevamente nuestros rostros, dándole luz y calor, o sea que, en última instancia, «pedimos que venga Cristo para otorgarnos el don de la luz eterna». Éste es el pensamiento de san Cipriano, que las liturgias de Oriente expresan así: «[Precisamente en las Vísperas concuerdan nuestras voces, al invocar] *a la luz gozosa de la santa gloria del eterno Padre y de Jesucristo bendito; llegados a la puesta del sol, viendo la luz encendida en la tarde, cantamos a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo*».

La Ordenación General de la Liturgia de las Horas nos pide «fomentar la oración comunitaria, sobre todo entre aquellos que hacen vida común». O sea, que esa recomendación recalca algo inherente a la Liturgia de las Horas: su tono *comunitario*. Una recitación individual tendría que ser la excepción, ante una realidad que no se puede superar (por ejemplo, el estar en un país extranjero donde desconozco totalmente su idioma, o ir de viaje...). La oración junto con otros hermanos nos ayuda a descubrir la faceta de «la Iglesia en oración».

Me ha ocurrido vivir en una comunidad integrada por 3 religiosos. Por entonces, hice el retiro espiritual en una comunidad benedictina de 24 monjes. No sólo todo fue diferente porque tal número nos ayudaba a enriquecer la celebración, sino que principalmente nos movía a vernos como «la Iglesia grande» que se expresaba y hacía manifiesta en una comunidad menor.

La salmodia de las Vísperas consta de dos salmos y de un Cántico del Nuevo Testamento. Como ejemplo de su género incluyo un Himno que compuse hace poco para las Vísperas del Tiempo Ordinario:

** Himno de Vísperas*

1. *La noche se aproxima, silenciosa,
y este canto, sacrificio de alabanza,
nace en nuestros labios jubilosos
como ofrenda del día que ya pasa.*
2. *La Iglesia que camina, va llegando
a la cima de los montes, altas cumbres,
mientras tierna flor corta su aliento,
dejando que su aroma al mundo inunde.*
3. *Sea nuestra vida acción de gracias,
preludio de los días que se apagan,
como el sol que acaricia el horizonte
y la luz que desciende, suave y clara.*
4. *A ti alabanza, Padre fuerte y bueno,
y a tu lado a Jesús, glorificado.
Derrama tu Espíritu –Viento y Fuego–
sobre éste, tu mundo muy amado.*

Quise mostrar a la noche que va llegando y al día que pasó, como *tiempo ofrecido*.

Han pasado ya varias horas de la jornada, y la Iglesia está ya más cerca de su término, el Reino pleno y acabado del Padre («*la cima de los montes, altas cumbres...*»).

Pedimos que nuestra vida sea una real Eucaristía («*sea nuestra vida acción de gracias*»).

«*El sol acaricia el horizonte*», mostrando cómo, lentamente, se va poniendo en el lado opuesto a donde nació.

«*Viento y Fuego*» expresan las formas que adquirió el Espíritu en Pentecostés: empuje fuerte y calidez.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Recordando a Pieter Van Der Meer de Walcheren (1880-1970)

Es imposible no recordar con emoción y gratitud a este pensador holandés, casado, con una experiencia de vida monástica benedictina realizada por él y su esposa, durante casi dos años. Nueva vida en común; feliz hasta el extremo; viudo, monje y sacerdote benedictino hasta su muerte.

Sus obras, publicadas muchas de ellas en «Ediciones Carlos Lohlé», en español (*Nostalgia de Dios; Hombres y Dios; Magnificat; La gran aventura; La hora de Dios; La vida oculta; Benito de Nursia; Vía Crucis; Todo es amor; Cuatro parábolas...*), han sido, y son todavía, un manantial de vida espiritual y, especialmente, de testimonio cristiano dado por un hombre fuera de lo común, que quiso vivir en alta tensión su fe, tal como algunos de sus íntimos amigos la vivieron, entre los que se cuentan León Bloy, Jacques y Raïsa Maritain, Mons. Charles Journet, Henri Gheón, Stanislas Fumet, François Mauriac, Carlos Lohlé y tantos otros que aparecen en su *Diario*.

Creo importante no olvidar a quienes nos han precedido en la fe, sobre todo, si esos testigos son contemporáneos: nos es más fácil imitarlos, dado que los acontecimientos que ellos vivieron están cercanos a nuestra memoria.

Este artículo quiere ser un «ayuda-memoria» y un recuerdo. Para que nos sea expresa su actualidad, haré sólo un muy breve comentario a algunos párrafos de sus obras, con la intención de que vayamos a las mismas y encontremos allí una cantera riquísima en los más variados frutos de la naturaleza y la gracia: su vida espiritual, su testimonio como intelectual católico, la imagen maravillosa que nos ofrece como esposo y padre cristiano (tuvo un hijo sacerdote benedictino y una monja de la misma Orden religiosa); su rechazo total a la mediocridad y el conformismo; su exquisita fidelidad como amigo y –al fin de su vida– la alegría que lo embargó al abrazar la vida monacal y sacerdotal.

Entre lo mucho que escribió, desgajaremos «algo»...

EVA ES UNA ORACIÓN DEL PARAÍSO PERDIDO

En el mejor estilo de los Padres, hace una reflexión sobre «el sacerdocio de Adán», su capacidad de ofrenda y el rol de Eva en el paraíso, pero, sobre todo, fuera de él. Así lo expresa nuestro autor:

«Eva, la mujer, anhela con todo su ser por el paraíso, que es su hogar, su patria, su ser más genuino. Ella misma, una porción profanada del paraíso, ha perdido algo; está sujeta, busca ayuda y apoyo, busca redención. Recuerda el sacerdocio de Adán en el paraíso. Él le dio a ella lo santo, lo divino. Él debía haberla ayudado pero no lo hizo [...]. Entonces brotó desde lo más profundo la llamada al sacerdote: esta llamada la profirió la mujer».

Dejando de lado el valor teológico de esta reflexión y la profecía que Van der Meer ve en Adán respecto a Cristo, de lo que no hay duda es que no eludió la vocación humana y cristiana de pensar:

UN ALMA DIFÍCIL Y ATORMENTADA, LE RESULTA A DIOS
 –CON SEGURIDAD– MÁS CAUTIVANTE QUE UNA DEVOTA
 SEÑORITA BURGUESA

«Creo –dice Van der Meer– que nuestro Señor ama mucho más a estos tremendos insensatos [se refiere a una chica que acababa de suicidarse...], que pecan porque en ellos hay la posibilidad de lo grande, tanto como poco hay en esos individuos secos, áridos virtuosos, ¡tan solemnemente aburridos! La virtud, en el sentido cristiano burgués, es una especie de establecimiento comercial minorista, con un libro de contabilidad y una máquina calculadora. Es necesario respirar profundamente el aire delicioso de Dios».

«El fracaso en el intento de asir lo grande es mejor, a pesar de todas sus trágicas y dolorosas consecuencias, que pasarse la vida durmiendo al estilo del pequeño burgués, y considerar que todo lo excelso, noble y hermoso, veraz y peligroso, es absurdo y exagerado».

Van der Meer prefiere al pecador arrepentido antes que al mediocre, a quien define como a un «burgués espiritual», conformista, poco amante de los grandes esfuerzos ni de la magnanimidad, precisamente porque tiene un corazón estrecho, donde pocas cosas caben. Es el que prefiere el puchero seguro como esclavo en Egipto, antes que la libertad en

los peligros y la incierta aventura del desierto. Van der Meer fustiga a los que son así, y lo hace desde la libertad de espíritu de la que siempre gozó, tanto cuando era laico como en su vida religiosa y sacerdotal.

Él fue de aquellos hombres que «hacen lo que quieren», y su querer es bueno, precisamente porque es el querer de los enamorados. Para nuestros tiempos, no vendría mal el bálsamo de estos convertidos adultos que saborearon la amargura de no tener fe y, precisamente por ello, porque supieron de su ausencia, la valoran y la acrecientan al tenerla, como un don que no se pueden dar el lujo de perder.

«En todas las escuelas y noviciados del mundo, se debería enseñar a los jóvenes que toda criatura de Dios es buena. Aprender a ver, no sólo con los ojos, sino con todo nuestro ser: las estaciones del año, la luz, las estrellas, las nubes, las aves, las montañas, los seres humanos y el arte. Hay que estar atentos y no tomar distancias en sentido equivocado, no vayamos a hacer gentes mutiladas, pusilánimes o disminuidas. ¿Distanciarse de la belleza, de la música, de la literatura, del arte pictórico? Toda esta belleza llama a Dios y se dirige a Dios. Al mismo tiempo, y precediendo incluso a todo ascetismo, es amor a Dios. No debe convertirse a la gente en practicantes de un deporte ascético, que todo lo rechazan, incluso la belleza de la liturgia».

El autor que comentamos era, en verdad, un contemplativo y, como tal, no despreciaba valor alguno, humano o divino. Para él, «ver a Dios», no era un «acto de la cabeza», sino de la comunión en el amor

de todo su ser: alma y cuerpo, espíritu y sentidos. De ahí que no sólo oraba, o permanecía largos momentos frente al Santísimo; de ahí que no sólo valoraba la Misa como el momento culminante de su vida y de su día, sino que estudiaba, escribía, leía poesía, gozaba de la música y de las artes plásticas (su hija era una excelente dibujante y pintora, lo mismo que Cristina, su esposa). Todo lo bello era bueno para Van der Meer y, por lo tanto, era una porción o un destello de la Belleza, el Bien y la Verdad increadas.

Lo que pone en el texto citado es digno de ser tenido en cuenta para una educación integral de los niños y jóvenes, iniciándolos y educándolos en lo bello, de modo que «connaturalmente» rechacen lo feo, porque no es bueno y porque es una mentira a nuestra naturaleza, que fue creada buena e inclinada a lo verdadero, lo bueno y lo bello. Ni qué hablar de la formación de los religiosos y religiosas y de los futuros sacerdotes, para que sepan gustar las cosas de la tierra como salidas buenas de las manos de Dios y para que, a partir de lo creado, lleguen a la Belleza increada de modo fácil, sin necesidad de intelectualizaciones extremas de las que esos mismos sacerdotes renegarían, porque se dan cuenta de que todo explican... ¡y nada explican!

No podemos mutilar lo que ha sido hecho para integrarse. Tan malo sería un «intelectual» que desdeñe la dimensión de la sensibilidad y de los afectos, como el que sostenga la postura contraria y sea alguien que no ejerza su racionalidad. No sé qué será peor: ¿un hombre insensible o un irracional?

UN POETA NO INVENTA: DESCUBRE

El canto es un invento del amor

Nuestro mundo no sólo apedrea a los profetas, sino también a los poetas: ¡No los soporta! ¿Por qué? Porque –como los niños y los locos– dicen la verdad, «leen» debajo de la corteza gruesa de la vida y «descubren» lo que ya está, pero que es invisible a los ojos. Para un «poeta», como lo fue Van Gogh aunque no escribía sino que pintaba, un campo puede ser azul y el mar, amarillo...: no hay problema alguno en ello, como para un autor bíblico, la soledad –especialmente la del alma– puede ser «*una soledad poblada de aullidos*» (Dt 32,10), a pesar de que no haya lobos cerca.

Van der Meer no escribió poesía, pero... ¡cuánto amaba y valoraba a los poetas! Habla de Dios como de un poeta. Los ve niños, con la inocencia incontaminada de los que aprendieron a no hacer daño. Los ve como a hombres y mujeres que no se avergüenzan de llorar o sufrir, ni de cantar...

En un mundo que apuesta «a lo súper»; en un mundo hipercompetitivo donde sólo los grandes ganan el partido de la vida, las más de las veces a costa de dejar un tendal de muertos en el camino, los poetas (y los santos...) son los grandes «perdedores», los pobres, los que no sirven «para nada», sino para servir desde el canto y la danza y la música y el rescate de la palabra. Lo sepan o no, la palabra es la traducción del Verbo.

¿Podremos alguna vez vivir en un mundo donde los poetas tengan un lugar? Ellos podrían ayudarnos

a que el paraíso que hemos convertido en una jungla, vuelva a ser un jardín. Como son enamorados, serían una ayuda para enseñarnos a amar al Amor y a cantar¹.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

1. Este modesto artículo ha tenido una sola pretensión: que busquen los libros de Pieter Van der Meer (casi todos agotados, pero que pueden ser hallados en Bibliotecas católicas), los lean, se deleiten en ellos y encuentren allí grandes verdades, no librecas, «de papel», sino verdades vividas y testimoniadas por un hombre enamorado de lo bello. Esto nos demostrará que es posible encontrar la Verdad y las verdades, gozarse con el Bien y con los bienes y, como clímax de la vida cristiana, poder amar al Dios-Amor, simplemente por haber experimentado que Él nos amó primero...

Selección de sermones espirituales

3. La limpieza y sanación del alma¹

*«Era día de fiesta entre los judíos...»
(Jn 5,1-18).*

Leemos en el evangelio de este domingo que el Señor, con su palabra, curó a un leproso de su grave enfermedad. Y lo que hizo entonces en el cuerpo, eso mismo lo hace cada día en nuestras almas por medio de su preciosa sangre. Como a este tema se ajusta perfectamente el texto del evangelio que trata sobre la piscina cuya agua solía ser removida cada cierto tiempo por un ángel bajado del cielo, nos ha parecido bien tratarlo aquí.

En el capítulo V del evangelio de San Juan se lee que nuestro Señor subió a Jerusalén cierto día de fiesta de los judíos. Hay en Jerusalén –dice a continuación el Evangelista–, junto a la puerta Probática, una piscina llamada en hebreo «Betesda», que tiene cinco pórticos. En ellos yacía una muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos que aguardaban a que el agua fuese removida. Un ángel del Señor descendía a la piscina y agitaba el agua, y el primero que se introdujese en ella era curado de cualquier enfermedad.

1. Corresponde al sermón 8 de la edición de Vetter. Hemos añadido los epígrafes y las referencias bíblicas.

Había allí un hombre que estaba enfermo desde hacía treinta y ocho años. Al verlo Jesús postrado y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo en ese estado, le dice: «¿Quieres curarte?» (Jn 5,6). El enfermo le responde: «Señor, no tengo a nadie que me baje a la piscina cuando el agua es agitada. Siempre hay otro que llega antes que yo» (Jn 5,7). Jesús le dice: «Levántate, coge tu camilla y anda» (Jn 5,8). Y al instante aquel hombre quedó curado, tomó su camilla y echó a andar. Un poco más adelante, sigue diciendo el Evangelista: «El que había sido curado no sabía quién era [Jesús]» (Jn 5,13). Y unas pocas palabras después: «Enseguida, Jesús se lo encontró en el templo y le dijo: “Mira, has sido curado; no peques más, no sea que te suceda algo peor”» (Jn 5,14). Hasta aquí el relato del Evangelista.

EL PECADO

Pues bien, esta piscina es la muy noble y amable persona de Nuestro Señor. Y el agua removida por el ángel es la preciosísima sangre de nuestro Redentor, verdadero Dios y hombre, en la cual nos ha lavado a todos de la suciedad del pecado. Por el amor que nos tiene, siempre, cada día, está dispuesto a lavar a todos cuantos se acerquen a Él con intención sincera de enmendarse. Esa muchedumbre de enfermos y oprimidos por diversas enfermedades, que esperaban alrededor de la piscina a que el agua se moviese, representan a un mismo tiempo a todo el género humano y a cuantos abandonaron este mundo antes de la muerte del Salvador. Todos estos, antes de la ley y bajo la ley, permanecían cautivos durante toda su

vida, y una vez muertos tuvieron que aguardar en el limbo al movimiento del agua, es decir, a la efusión de la preciosísima sangre de Cristo existente en la amable piscina de su cuerpo, por la cual habían de ser curados y liberados de toda cautividad.

Pues también en estos últimos días, en el tiempo de la gracia, nadie puede ser plenamente curado de las heridas y enfermedades de su alma a no ser por el poder del agua de esta piscina, es decir, por la sangre preciosísima de nuestro Señor Jesucristo. Cuantos enfermos no son rociados por esta agua, cuantos no son echados en esta piscina, caen sin duda alguna no sólo en la muerte temporal, sino, a un mismo tiempo, en la muerte eterna del cuerpo y del alma.

En otro sentido, los enfermos alrededor de la piscina simbolizan a aquellos que, después del movimiento del agua, continúan padeciendo las diversas dolencias acarreadas por el pecado. A éstos, Dios los llama exteriormente por caminos distintos: el miedo al infierno, una grave aflicción y tristeza, u otras circunstancias felices o adversas; incluso podría valerse de la Palabra de Dios salida de la boca de un predicador. Tocados en lo más profundo por estas cosas, se vuelven a Dios y vienen en busca de esta agua. Pero, aunque en ella obtengan la curación, lo hacen de una manera tibia, ciega y fría. Por eso, permanecen en sí mismos tan lejos de la perfección y la verdad, y se alejan de esta luz tan poco purificados que, arrojados al purgatorio, han de soportar allí penosos castigos, el fuego purificador y ser escarnio de los demonios, hasta que, purgados profundamente de todo pecado, sean admitidos en la asamblea de los santos.

Después, el evangelio afirma que aquella piscina tenía cinco pórticos y que en ellos yacía una gran muchedumbre de enfermos que aguardaban a que el agua fuese agitada. Y que el primero que descendiese a la piscina después del movimiento del agua solía quedar curado de cualquier enfermedad. Los enfermos pueden simbolizar a los soberbios, iracundos, rencorosos, avaros, lujuriosos y otros pecadores semejantes, todos ellos hombres viciosos que, si no se niegan a entrar en esta verdadera piscina y se lavan con corazón contrito en la preciosa sangre del Redentor, pueden curarse de estas enfermedades letales.

LAS VIRTUDES

Los cinco pórticos, en cierto sentido, pueden ser tomados como símbolo de las cinco llagas del Redentor, de las que brota la sangre salutífera que ha lavado nuestras almas y les ha devuelto la salud. Sin embargo, en otro sentido esos cinco pórticos significan las prácticas de cinco virtudes especiales. Y aunque todas las virtudes son muy útiles y necesarias a todos, no obstante, como uno es más débil que otro y más propenso a un pecado que a otro, tiene que ejercitarse más diligentemente en una virtud que en otra.

El primer pórtico o virtud es una profunda humildad. Por ella, el hombre se tiene en nada y soporta pacientemente toda aflicción, sometiéndose a Dios y a las criaturas. Todo lo que le ocurre lo acepta humildemente como enviado por la mano de Dios, y con humilde y casto temor, con verdadero desprecio de sí mismo, a Él se abandona en todas las cosas, sean

felices o adversas, en la pobreza y la abundancia, sin oposición alguna.

El segundo pórtico o virtud es una inhabitación atenta y perseverante del verdadero fondo. Esta virtud sería especialmente necesaria para hombres que en su ingenuidad abandonan su fondo demasiado imprudentemente y ocupan su tiempo fuera de él en prácticas piadosas y lícitas, ya sea que enseñen, hablen u obren. Así, inconscientemente, viven en la extroversión de los sentidos y el deleite. Entonces les sucede a menudo lo que dice San Agustín: se derraman de tal manera en las criaturas que ya no saben regresar a su interior. Pero éstos, en sus ocupaciones exteriores, deben tener un especial cuidado de su fondo, tomando conciencia de él y examinándolo con gran atención cada vez que quieran obrar fuera de él. Si así hicieran, conservarían una paz verdadera e inalterable en toda su actividad externa e interna. Pero la mayoría de las veces, en sus obras exteriores no tienen esa paz en absoluto o la tienen muy poco, porque se mueven irracionalmente a impulsos de la sensualidad o de acontecimientos externos, no por inspiración o consejo del Espíritu Santo.

El tercer pórtico o virtud es una conversión sincera y esencial de los pecados. Ésta no es sino una verdadera renuncia a todo lo que no es puramente Dios o no tiene a Dios por verdadera causa. Es una perfecta e íntegra conversión a Dios con todo lo que el hombre es y tiene, lo cual es el núcleo y la medula de una verdadera conversión. Es abismarse con una confianza total en ese bien purísimo que es Dios, con un amor y un afecto tales que el hombre desee con todas sus

fuerzas permanecer siempre en Él y con Él, y unirse a Él con amor perfecto, intención pura y voluntad pronta para cumplir su beneplácito según sus fuerzas. Ésta es una conversión esencial. A todo aquel que experimenta esta conversión se le perdonan los pecados sin duda alguna. Y cuanto más hay en él de tal conversión, más puro y mayor es el perdón de sus pecados.

El cuarto pórtico o virtud es una pobreza voluntaria. Aquí ha de tenerse en cuenta que hay dos clases de pobreza. Una es la pobreza exterior, es decir, la privación de bienes temporales. Pero hay otra interior que es la esencia de la verdadera pobreza. Como no todos estamos llamados a la pobreza exterior, tampoco todos estamos obligados a tenerla. Sin embargo, a esa pobreza esencial hemos sido llamados todos cuantos deseamos ser amigos de Dios. Dicha pobreza consiste en que solo Dios sea el dueño de nuestro fondo y que nada fuera de Él nos posea; en que tengamos y poseamos todas las cosas según la voluntad de Dios, es decir, en verdadera pobreza espiritual, como dice el Apóstol: *«Como quienes nada tienen y todo lo poseen»* (2Cor 6,10). Esto significa que por nada debemos sentir tanto apego en esta vida –ya sea amigos, honor, cuerpo, alma, placer o provecho– que, si Dios nos lo reclama, no lo dejemos todo de buena gana por amor a Él, para alabanza y gloria de su divina y paternal voluntad, de la manera en que Él disponga que lo hagamos.

Y aunque nuestra débil naturaleza se rebele, cosa que suele hacer, esto no será impedimento siempre que nuestra voluntad se muestre firme y bien dispuesta. Ésta es la pobreza verdadera y esencial en la

que militan todos los buenos y la que Dios exige de ellos. Éstos, si tienen un espíritu libre, elevado a Dios, desprendido de todo apego y dispuesto a abandonarlo todo si Dios se lo pide, aunque posean el reino más poderoso, ante Dios son pobres verdadera y esencialmente. Dios no les negará su gracia en tanto no se acomoden a las realidades caducas y transitorias, ni tengan paz o reposo en ellas, sino que mantengan continuamente extendidas las manos de su deseo a las generosísimas limosnas del sumo Bien, que es Dios, pues solo Él basta a su fondo y a su voluntad. Aunque sus potencias inferiores y su animalidad sientan deleite en la prosperidad y desagrado en la adversidad, ello no va en detrimento de su perfección: con perseverante paciencia y espíritu de abandono deben ponerlo todo en manos de Dios.

El quinto pórtico o virtud significa que el hombre debe referir constantemente y remitir a Dios, fondo y origen del que ha emanado, todo lo que ha recibido de Él por la generosidad de su gracia. ¡Oh, qué felicidad sentiría quien hubiese llegado bien a este pórtico! Pero hoy, desgraciadamente, hay muchos que creen encontrarse en el camino correcto y se sienten muy seguros. Pero cuando reciben de Dios carismas extraordinarios y admirables, por medio de los cuales deberían renacer a la nueva vida de la gracia, se echan sobre esos dones buscando su propia satisfacción. Juegan con ellos, pero no refluyen con ellos inmediatamente hacia el origen del que han emanado. Sienten tal apego por esos dones que se creen sus propietarios, como si tuviesen algún derecho sobre ellos. Es inexpresable el daño que se hacen a sí mismos con esa actitud.

Ciertamente, deberían aspirar a Dios con tanto fervor que ni siquiera prestaran atención a todas las efusiones de la gracia ni a cualquier cosa que pasara a su lado, o que tomaran cierta distancia de ellas. Es como quien desea ver algún objeto a través de una celosía o una hendidura muy estrecha: fija su mirada con toda su atención y con todas sus fuerzas en aquello que desea ver sin prestar atención al medio –la celosía o la hendidura– que le permite la visión. Pero si dirige su atención hacia el medio, por pequeño que éste sea, no podrá contemplar aquel otro objeto que quería ver a través de la celosía o la hendidura. Así mismo, por poco que uno repose en los dones de Dios o se recree en las efusiones de la gracia, por puras y nobles que sean, con moderada satisfacción, levanta una barrera entre él y Dios todopoderoso, a quien debía recibir puramente en sus dones, y no remite inmediatamente esas gracias a Él ni se abisma y refluye con ellas hacia la fuente de que han brotado. Con esta manera de actuar impide a Dios obrar en él.

EL ESPÍRITU SANTO

Como antes hemos dicho, bajo aquellos pórticos yacía una gran muchedumbre de enfermos y el primero de ellos que hubiese bajado a la piscina después de la agitación del agua obtenía el beneficio de la curación. ¿Y qué significa esta agitación o movimiento del agua? No significa otra cosa sino el hecho de que el Espíritu Santo, descendiendo del cielo sobre el hombre, sacude fuertemente sus entrañas y provoca en él tan gran conmoción, que su interior se ve

completamente subvertido y transformado. De este modo, las cosas que antes le sabían bien y le eran placenteras y agradables, ahora le resultan insípidas, molestas y penosas; en cambio, lo que antes le producía aversión y le horrorizaba, ahora lo desea ardientemente, como, por ejemplo, el desprecio, la miseria, la soledad, el ocio espiritual, el deseo de vida interior, la humildad, la abyección y la separación de todas las criaturas. Estas cosas y otras semejantes le producen enorme placer y alegría.

Cuando esa agitación del Espíritu Santo se ha producido, entonces el enfermo, esto es, el hombre exterior con todas sus facultades externas y sus sentidos, sumergiéndose todo él en la verdadera piscina, que es nuestro Señor Jesucristo, se lava perfectamente en su preciosísima sangre. Desde el fondo de esta agitación, el hombre sana, sin duda alguna, de todas las enfermedades del alma, como está escrito: «*Cuantos lo tocaban quedaban sanos*» (Mc 6,56).

A menudo, el Señor permite que algunos, a pesar de haber sido completamente sanados, yazcan como si estuvieran enfermos. Ellos ignoran que han sido curados y se pasan la vida creyendo estar enfermos. Están convencidos de su debilidad y abatimiento. El Creador, en su bondad y sabiduría, permite esto por el bien de su alma, pues sabe que su auténtica enfermedad es ésta: que si descubriesen que están plenamente curados, se volverían de inmediato hacia sí mismos con vana autocomplacencia. Por eso, movido por la gran fidelidad y el amor que siempre les tiene, Dios permite que, mientras viven, permanezcan en tal ignorancia, temor, angustias y humildad, porque ellos,

en ese estado, han ascendido a tal grado de virtud que ni por el mundo entero querrían ofender a Dios y preferirían la muerte antes que pecar conscientemente contra Él.

¿Qué obtienen, entonces, a cambio de este humilde abandono de sí mismos en tal ignorancia? Cuando llega aquel día tan deseado en que el Señor tiene establecido sacarlos de esta miseria y llevarlos consigo a su reino, en esa hora en que han de abandonar este mundo, los libera de toda esta ignorancia y prolongada oscuridad, los trata como un padre y los consuela dulcemente; incluso a veces, antes de su muerte, les hace degustar y experimentar los gozos que les tiene preparados para la eternidad. Y así ponen su alma a salvo. Y a cuantos le han permanecido fieles en aquellas vastas tinieblas y en la pobreza interior los introduce inmediatamente en su luz inefable y eterna, donde son sepultados en la divinidad y donde están aquellos muertos de los que se lee en el Apocalipsis: «*Bienaventurados los que mueren en el Señor*» (Ap 14,13).

LA SANACIÓN

Sigue diciendo el evangelio que el Señor encontró junto a la piscina a un hombre que estaba enfermo desde hacía treinta y ocho años. Ha de advertirse, en primer lugar, que yació tanto tiempo en aquella enfermedad que de él puede decirse lo que dijo el Señor sobre Lázaro: que aquella enfermedad no era de muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios fuese glorificado por ella (cf. Jn 11,4). ¡Ojalá

imitáramos todos nosotros la admirable paciencia de este enfermo! Él esperó pacientemente treinta y ocho años hasta hacerse digno de ser curado por el Señor y oír aquellas palabras: «*Levántate, toma tu camilla y márchate sano y salvo a casa*» (Mc 2,11).

La actitud de este enfermo se opone diametralmente a la de quienes, apenas han dado sus primeros pasos por el camino de la vida espiritual, si no obtienen de Dios inmediatamente grandes atenciones, creen haber perdido el tiempo y el trabajo, y ya no pueden habitar consigo mismos o permanecer en casa, sino que se quejan como si hubiesen recibido alguna ofensa de parte de Dios. Desgraciadamente, pocos poseen hoy día esta noble virtud, es decir, la de saber abandonarse, renunciar a sí mismos y sobrellevar la adversidad; la de querer ser considerados como verdaderamente son y desear sufrir pacientemente sus enfermedades, su cautividad y sus tentaciones hasta que el Señor tenga a bien curarlos. Por eso no oyen las palabras del Señor que les manda levantarse, tomar su camilla y caminar, y así ser sanados de su enfermedad.

Pero si uno aceptara ecuánimemente su cautividad sin hacer esfuerzos por salir de ella antes de que el Señor lo liberara, eso sería para él de un gozo inefable y de una nobleza sin igual. ¡Qué poder, qué dominio se le daría! Oiría, sin discusión, estas palabras del Señor: «*Levántate, jamás volverás a estar enfermo. Has sido completamente liberado de toda cautividad. A partir de hoy, eres libre, caminarás confiadamente llevando tu camilla: lo que en otro tiempo te llevó a ti, ahora lo llevarás tú con poder y fuerza*».

Aquel a quien Dios mismo ha liberado así, bien liberado está, camina lleno de gozo y, después de esta breve espera, llega a una gran libertad, de la que son privados quienes se esfuerzan por liberarse a sí mismos antes de tiempo y más rápidamente de lo que conviene.

Finalmente, sucede a menudo que, cuando estos hombres, puestos en tal libertad, se sienten plenamente restablecidos y liberados de su cautividad, abandonando imprudentemente esta paz, se derraman en la multiplicidad de lo exterior o vuelven a antiguas costumbres, prácticas y ejercicios. Y entonces les ocurre lo que al paralítico: caen en la ignorancia de Dios. Pues los judíos preguntaban a aquel enfermo quién era el que lo había curado, pero él no lo sabía. Pero después regresó al templo, donde encontró al Señor, y habiendo oído de sus propios labios quién era, se marchó e informó a los judíos y a todo el pueblo de que era Jesús quien lo había curado. Así es como han de actuar estos hombres amables. Tan pronto como sientan en su interior la ignorancia de Dios, dejadas todas las cosas, vayan de inmediato al templo, es decir, recojan todas sus potencias en su templo interior y abísmense en su más profundo fondo. Si entran como deben entrar, allí encontrarán a Dios y, una vez encontrado, reconocerán a Jesús.

Al mismo tiempo oirán al Señor diciéndoles interiormente: «Has sido curado. No peques más y en adelante sé más cauto» (cf. Jn 5,14). Después de esto, todas sus obras, su vida y su ser proclaman verdaderamente a Dios. Pues cuando el hombre, por medio de una experiencia auténtica, con un conocimiento

claro, ha encontrado a Dios en el templo interior, es decir, en el fondo de su alma, cuando ha aprendido de su propio error y ha sido, además, suficientemente amonestado por Dios, entonces su predicación es un puro anuncio de Dios procedente de la verdad experimentada. Por eso, esta predicación aprovecha tanto a todos los hombres.

Dios todopoderoso nos conceda esperar pacientemente la irradiación y el consuelo del Espíritu Santo, con esperanza y fortaleza constante, en una oscura ignorancia. Amén.

FRAY JUAN TAULERO

POESÍA

En el Gólgota fuiste coronado

En el Gólgota fuiste coronado
tu Vera-Cruz se guarda con hombría
y la nueva Hermandad en ti confía
porque a todos libraste del pecado.

Clavado en el madero, sí, clavado
te contempla hoy el pueblo y a María
Madre de las Tristezas se confía
el duelo que dejaste en tu legado.

Tu sangre tan preciada y tan preciosa,
tesoro de cristianos que lloramos
la entrega de tu espíritu oneroso.

Bebamos esa sangre tan gloriosa.
Madero que, fervientes adoramos,
costado tanpreciado y tan precioso.

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

No abandono la cruz

En recuerdo de Benedicto XVI

Dando gracias a Dios Padre,
me despido emocionado
de la Iglesia, Esposa fiel
de Cristo, como Vicario
consciente de su hermosura
en el tiempo y el espacio.

Veo su fecundidad
desde el oriente al ocaso,
y su amor, de norte a sur,
entre los dos meridianos
de Jesús, el Redentor
y del Espíritu Santo.

Contigo, Iglesia, he vivido
horas y momentos cálidos,
con el gozo a flor de piel,
y la luz acariciando,
en aguas de mar adentro,
la barca que he pilotado.

Otros días, la galerna
de actitudes o de actos,
arreciando el temporal,
ha impedido que avanzáramos
en este mar de tormentas
por ser los vientos contrarios.
En la nave de la Iglesia

–conviene ahora recordarlo–
nunca me he sentido solo,
como en una tabla, el náufrago;
en travesías de fe,
Jesucristo iba a mi lado.

Iglesia joven de Cristo,
quedando tú en buenas manos,
yo... «no abandono la Cruz»
al renunciar a mi cargo;
para servirte mejor,
estaré con Cristo orando,
en Getsemaní, y con Él
seguiré crucificado.

FRAY TOMÁS POLVOROSA LÓPEZ, O.P.
Ávila (España),

Bibliografía

JORGE MIRAS, *Celebrar el Misterio de la fe*.
Ediciones Palabra, Madrid 2013. 80 pp.

En formato de un pequeño libro de bolsillo, Jorge Miras ha conseguido hacer una valiosa exposición de la doctrina y enseñanza cristiana acerca de la *fe eucarística de la Iglesia*. Es impresionante la compacta y abundante síntesis que hace con 164 citas tomadas principalmente de los documentos del Magisterio de la Iglesia, acerca del sacramento central de nuestra fe cristiana.

Este pequeño libro no sólo vale para fomentar nuestra fe y devoción en la renovada presencia del *misterio de la muerte y resurrección* de Jesús en nuestras vidas, sino que me atrevería a decir que es como un pequeño –y profundo– manual teológico válido para instruir en la hondura vivencial que encierra en sí mismo este *gran misterio de nuestra fe*.

Aparte del contenido doctrinal –que ocupa la mayor parte de la exposición–, el autor no se olvida de recordar la importancia que tiene la preparación espiritual con que nos debemos acercar a este sacramento para que sea eficaz en nuestras vidas.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

SATURNINO PLAZA AGUILAR, *El sentido de la fe*. Editorial Monte Carmelo, Burgos 2013. 420 pp.

El autor, un laico doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca, tiene en su haber diversas publicaciones y colabora en esta revista, *Vida Sobrenatural*. Él mismo presenta esta obra como un libro sencillo, aunque con rigor, que pretende orientar al hombre de nuestro tiempo, desorientado por la generalización del pensamiento débil y fragmentario de la postmodernidad.

Los contenidos de Teología Fundamental los ofrece desde sus bases bíblicas a partir de su fundamento en la Tradición patrística. Añade además cómo se desarrolló, a lo largo de la historia de la Teología, esa especificidad teológica hasta el momento actual, con la vigente renovación de la Teología Fundamental. Expone las líneas maestras de la nueva presentación de esta especialidad teológica. Incluye en ese apartado una exposición de la Cristología que supone la historia de cómo se fue entendiendo la figura de Cristo desde el cristianismo primitivo, pasando por los concilios ecuménicos y las formulaciones dogmáticas. Precisamente a los «nuevos planteamientos en la teoría del desarrollo dogmático» dedica un amplio y nuclear capítulo del libro.

La Teología Fundamental implica, según el autor, una espiritualidad, no es pura especulación teórica. De ello se ocupa en una segunda parte la obra. Presenta una espiritualidad que supera algunas contradicciones de la espiritualidad tradicional cristiana, y la describe como secular, del laicado y encarnada. Ésta, a su vez, requiere una teología del laicado para

fundamentarla. Interesa a los lectores de esta revista que el autor dedique bastantes páginas al P. Arintero como precursor de la Teología Fundamental actual.

El estilo del libro no es homogéneo: en alguna parte el texto sigue el estilo de un catecismo, es decir, avanza con textos cortos, claros, que son fáciles de seguir. En otros lugares se introduce en reflexiones de más calado teológico, que exigen conocimientos previos. Se apoya entonces de manera abundante en textos de diversos autores. Esto puede hacer la lectura más premiosa, aunque muestra una relevante erudición y dé solidez a los contenidos.

Se trata, pues, de un libro de interés, que puede servir a quienes quieran orientarse en su fe, buscando las bases de ella. Fe que origina una espiritualidad que dice mucho al hombre de nuestro tiempo, pues le ayuda a ubicarse en su mundo, al lado de los demás, bajo la mirada de Dios.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

ALFONSO AGUILÓ, *¿Es razonable ser creyente? 50 cuestiones en torno a la fe.*

Ediciones Palabra, Madrid 2013, 5ª edición. 462 pp.

En las primeras líneas del libro, el autor expone su objetivo: *«Este libro no tiene pretensiones de erudición. No es un texto de teología, ni pretende tampoco ser un tratado doctrinal. No busca acumular argumentos o razones filosóficas, sino más bien dar unas respuestas breves y sencillas».*

Pero es necesario decir que sí que hay filosofía en el texto. No es una exposición filosófica, pero reflexiona

desde posturas racionales sobre lo hondo y trascendente. No tiene el estilo de lo académico, sino de la conversación reposada sobre temas de máximo interés.

En una primera parte se plantea la existencia de Dios, la convivencia de la ciencia y la fe, la necesidad de que la ciencia, como la vida en general, no sea sólo producto del avance científico, sino que ésta debe acudir a referencias que la superan, como la religión, la ética y el ser humano. No obvia el autor los temas más arduos desde la perspectiva de la religión, como la compatibilidad entre Dios y el mal, Dios y el enigma del dolor y, en definitiva, cómo enfocar humanamente la muerte.

En la segunda parte trata sobre Jesucristo. Lo hace desde la historicidad de los Evangelios y de la misma persona de Jesús de Nazaret, hasta la necesidad de inclinarse por una opción religiosa concreta: la que se estima verdadera, aunque haya verdad también fuera de ella. No se trata de buscar argumentos que demuestren apodícticamente la verdad de la fe cristiana. No es necesario. Basta con una seguridad razonable, y que la historia del cristianismo avala.

En la tercera parte aborda el problema de la Iglesia. Plantea desde el principio la gran objeción: los aspectos negativos de la historia de la Iglesia y de los reproches que le son lanzados: su riqueza, su excesivo poder, así como aspectos conflictivos de esa historia eclesiástica como la Inquisición, el caso Galileo, las cruzadas, los escándalos sexuales de eclesiásticos, la desconsideración de la mujer... No niega que la Iglesia ha de pedir perdón, como lo ha hecho. Distingue, sin embargo, lo que es leyenda y lo que son hechos

históricos. En cualquier caso, la Iglesia ha aportado y sigue aportando inmensos valores de humanidad a nuestro mundo a lo largo de la historia.

En la cuarta parte expone lo razonable y lo conveniente de la fe. Ésta ayuda a ser feliz. Su moral es factor de felicidad humana. Aquí el autor rebate situaciones inhumanas, como la ley del más fuerte, y propone valores que dignifican la condición humana.

En la quinta y sexta partes se centra en problemas concretos que plantea la fe cristiana, como la moral del sexo y la defensa del más débil, centrado en la defensa del no nacido.

Y en la última parte manifiesta lo positivo de la fe cristiana: más allá de las exigencias propias de cualquier opción seria, está un proyecto de vida real, que ha de ser vida humana. Ciertamente que la fe se sostiene en medio de dudas, que a Dios se le siente con frecuencia como ausente; pero la búsqueda de Dios es afirmación de la necesidad de su existencia; las dudas que pueden surgir manifiestan que nos tomamos la fe en serio. Y siempre habrá que contar con la necesidad de orar a ese Dios, aunque a veces parezca que está sordo.

Se trata, en definitiva, de un libro cargado de interés. Ciertamente que puede parecer que aborda demasiados temas y que, por lo tanto, la exposición puede pecar de cierta falta de gravedad. Pero siempre apunta soluciones a los problemas religiosos, de fe, que cada uno debe tomar en serio y a los que ha de dar cauce en su propia reflexión personal.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

El buen pastor

«Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré» (Mt 11,28).

La parroquia de don Pablo tenía fama por lo bien que estaba gestionada. Abarcaba los pueblos de la comarca más noroeste de la diócesis. Don Pablo había conseguido que todos aquellos pueblos formasen realmente una entidad eclesial. Le ayudaban dos ancianos sacerdotes que vivían con él en la casa parroquial del pueblo más importante de la comarca.

Todas las actividades parroquiales estaban perfectamente coordinadas: la celebración de los sacramentos, las catequesis de niños y jóvenes, la ayuda de Cáritas, los coros, los cursos de teología para adultos, etc. Además, había conseguido reparar las graves deficiencias estructurales que aquejaban a varias iglesias y en todas había instalado calefacción para

sobrellevar los duros inviernos. Gracias a su mucho esfuerzo y tesón, don Pablo se había convertido en una referencia como buen gestor.

Pero todo cambió cuando, al comienzo de la primavera, apareció en la comarca un vagabundo que se instaló en una casa medio derruida que había a las afueras del pueblo donde vivía don Pablo. Era un hombre mayor, delgado, con una poblada barba blanca y muy poco pelo en la cabeza. Don Pablo no le dio mucha importancia, hasta que vio que aquel vagabundo comenzó a confraternizar con sus feligreses y estos acudían a él para hablar y pedirle consejo.

Aquello le dejó un poco descolocado. No sabía qué hacer. Él nunca tuvo un gran don de gentes, y si ya le costaba charlar con sus parroquianos, mucho más difícil le resultaba dirigirse a aquel vagabundo que tanto impacto había causado entre ellos. Por eso prefirió mantenerse al margen, esperando que pronto se fuera de la comarca.

Un día, se llevó un gran disgusto cuando algunos parroquianos le contaron que iban a visitar al vagabundo a su maltrecha vivienda y no sólo le ayudaban a reconstruirla, además le llevaban periódicamente comida para que no se fuera. Además, sus feligreses más allegados comenzaron a hablar a don Pablo de las grandes virtudes de aquel vagabundo y de los buenos consejos que les daba.

Nuestro párroco se vino definitivamente abajo cuando en un Consejo parroquial surgió el tema del vagabundo y alguien dijo: *«Una persona así es lo que nos hacía falta en la comarca, por eso debemos dar gra-*

cias a Dios y hacer lo posible para que nunca se vaya». Todos asintieron... menos don Pablo, que con el corazón sumido en la tristeza, apretó los dientes y miró hacia abajo.

Dada la situación, don Pablo fue a la capital a pedirle consejo al Obispo, y éste le recomendó encarecidamente que fuera a visitar al vagabundo para conocerle. Así que, a su regreso a la comarca, se armó de valor y emprendió el camino hacia la casa donde vivía el vagabundo. Ésta se hallaba en la ladera de la montaña que protege al pueblo de los fríos vientos del norte. Estaba en una pequeña pradera que se abría en medio de un tupido bosque de robles. Era un lugar muy hermoso. Aquella tarde el sol resplandecía en lo alto del cielo, soplaba una tibia brisa y se oía el cantar de los pájaros. Al llegar, don Pablo vio que la casa estaba bastante bien arreglada y que al lado había una pequeña huerta.

No hizo falta que llamase a la puerta, pues el vagabundo salió súbitamente de entre la espesura del bosque y fue derecho a darle la bienvenida. Le invitó a que tomara asiento a la sombra de un frondoso fresno y de modo espontáneo entablaron una agradable conversación que duró toda la tarde. Al anochecer, don Pablo se despidió cordialmente y tomó el camino de regreso. Sentía su corazón lleno de una paz y una felicidad indescriptibles. Así que al cabo de unos días volvió a subir a casa del anciano vagabundo. Y lo mismo hizo más veces, hasta que pronto se convirtió en una costumbre.

Al cabo de un mes, don Pablo le abrió su corazón al vagabundo y le habló del esfuerzo que le suponía

gestionar las parroquias de la comarca, del disgusto que se llevó cuando vio lo mucho que sus parroquianos le valoraban a él, a pesar de ser un vagabundo recién llegado, y de cómo el Obispo le animó a conocerle.

Entonces aquel anciano le dio a don Pablo una lección que cambiaría toda su vida. Con voz suave, le dijo: *«Lo que cualquier persona más desea de nosotros es sentirse querida. Y para ello debemos ofrecerle nuestra cercanía, cariño y consuelo. La gestión es importante, no cabe duda, pero el amor lo es mucho más. Más que un buen gestor, su parroquia necesita un buen pastor. Porque está compuesta de personas y todas tienen un corazón»*. Y añadió: *«Don Pablo, Dios le ha dado la vocación más hermosa del mundo, no la desperdicie»*.

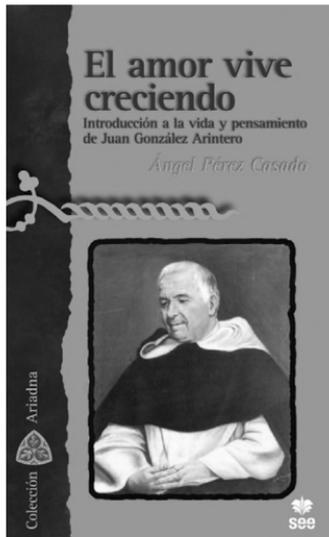
Tras aquella conversación, nuestro párroco bajó a su casa meditando lo que el vagabundo le había dicho. Recordó que en sus tiempos de seminarista ya se lo habían comentado, pero entonces no llegó a asimilarlo. Ahora aquel sabio anciano le había ayudado a hacerlo.

Al día siguiente fue a la capital para contarle lo ocurrido a su Obispo y éste le recomendó que hiciera un mes de retiro espiritual en un monasterio, pues necesitaba recolocar muchas cosas en su interior. Don Pablo accedió, hizo el mes de retiro, y a su regreso se dirigió a la casa del anciano. Pero estaba vacía. Con gran tristeza, los parroquianos le comunicaron que la anterior semana el vagabundo les dijo que ya no les era necesario y se despidió de ellos para siempre.

El Consejo parroquial decidió unánimemente convertir aquella casa en una ermita dedicada a la Virgen. También acordaron que todos los años celebrarían en primavera una romería en aquella ermita para dar gracias a Dios por haberles enviado aquel «santo».

Don Pablo pasó a ser un sacerdote cercano y cariñoso. Se ganó el corazón de sus parroquianos y, pasados unos años, fue nombrado Obispo de una diócesis cercana para que en ella pudiera ejercer una buena labor pastoral.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)



EL AMOR VIVE CRECIENDO.
Introducción a la vida y
pensamiento de Juan González
Arintero.

Autor:

Ángel PÉREZ CASADO

Colección: **ARIADNA** nueva serie

Precio: 12,00 €

Páginas: 158

Año: 2014

ISBN: 978-84-8260-301-8

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Hambre, avidez y ambigüedad en la espiritualidad actual:

3. Avidez y ambigüedad

A partir de los años setenta (en algunos lugares a finales de los últimos años de la década de los sesenta), la revolución novedosa del Concilio y de la autonomía de las realidades creadas sintió el impacto de algo que la golpeaba: la posmodernidad.

EL MARCO DE LA POSMODERNIDAD

Llegaba un cambio. Dos obras de un mismo autor –excelente perceptor de la realidad– y una figura simbólica retratan lo que se estaba gestando y viviendo en los años inmediatamente posconciliares. Las dos obras a las que me refiero son *La ciudad secular* y *Las fiestas de locos*, ambas de Harvey Cox¹. Las dos obras representaban a dos generaciones, que se iban a seguir en un breve espacio de tiempo: el *homo faber*,

1. Son interesantes también, en este aspecto, las otras dos obras del autor: *La seducción del espíritu. Uso y abuso de la religión del pueblo* y *La religión en la ciudad secular*. Descripción de lo que podemos llamar actitudes posmodernas cuando creíamos que todo ello había ya terminado.

Lo que se dice de H. Cox podría ser extendido a no pocos autores. Valga recordar sólo a J. Moltmann, con su librito: *Sobre la libertad, la alegría y el juego*, Sígueme, Salamanca 1972.

constructor de la humanidad (*La ciudad secular*), y el *homo contemplativus* (*Las fiestas de locos*), cansado de la técnica y en busca de una actitud distinta ante el progreso. Y la figura simbólica era una gaviota: *Juan Salvador Gaviota*, una gaviota que no se preocupaba de ir de un lado a otro en busca de comida (cosa que habría hecho el *homo faber*); Juan Salvador Gaviota era una gaviota a quien sólo le interesaba volar (*homo contemplativus*)².

LA POSMODERNIDAD NO LLEGÓ DE GOLPE

Parece que el movimiento de posmodernidad empezó a incubarse de manera inconsciente ya en la segunda década del siglo XX. Los diversos sistemas modernos racionalistas y comunistas, que pronosticaban un progreso ilimitado que acabaría con las necesidades humanas, incluidas las religiosas –permanentes en la ignorancia, la magia y la superstición de la Edad Media– se presentaban ya mezclados de limitaciones horribles. Los efectos mortales de la técnica industrial, manifestados en la barbarie de dos guerras mundiales y la no menor barbarie de los gulags comunistas, fueron madurando progresivamente la convicción de que era necesario un cambio de ciclo, que sería la posmodernidad, en el que ciertos valores, entre ellos los religiosos, volvieron a ocupar el lugar del que habían sido desplazados.

2. R. BACHT, *Juan Salvador Gaviota*, Pomaire, Barcelona 1975 (el original es de 1970).

Estos primeros síntomas fueron inicialmente inconscientes y sólo se fueron manifestando poco a poco en círculos culturales muy minoritarios, pero se manifestarían con fuerza en los años 70. *«En 1979, J.F. Lyotard ofició el bautizo de la época recién nacida, tomando prestado el vocablo de la jerga arquitectónica: confrontada a la seriedad y la coherencia, la conciencia social y la subordinación de la forma a la función propias de la arquitectura moderna –la de Lloyd Wright, Le Corbusier o la Bauhaus–, la arquitectura posmoderna sería estetizante, incoherente y jovial, ecléctica y sincrética incluso, mucho menos atenta a la función que a la forma y su embrujo»* (Ll. Duch). Había llegado la posmodernidad.

ANHELOS DE RESPUESTA

Para muchos, la modernidad no había sido capaz, y lo era cada vez menos, de responder a profundas necesidades humanas y espirituales: *«Algunos la experimentan como la necesidad de algo que les dé fuerza interior para afrontar la vida, o paz de espíritu y libertad frente a los sentimientos de miedo y angustia. Otros la experimentan al verse a sí mismos desintegrándose y sentir la necesidad de algo mayor que ellos que les dé unidad. Otros se sienten heridos, maltratados, rotos y necesitados de sanación. Parece que muchas personas se sienten separadas y aisladas de los demás y de la naturaleza. Anhelan contacto y armonía. Son cada vez más las personas, especialmente jóvenes, que sienten la necesidad de entrar en contacto con el misterio que está más allá de lo que podemos*

ver, oír, oler, gustar, tocar o pensar, más allá de las limitaciones del materialismo mecanicista. Algunos experimentan el hambre de espiritualidad, simplemente, como ansia de Dios»³.

DOS BRAZOS ABIERTOS

Hemos dicho antes que los últimos 50 años no son propiamente una carrera por etapas cronológicas, una de las cuales se comía la precedente o nacía de ella, por dinámica o por reacción. Normalmente conviven tendencias distintas, e incluso opuestas. Al final de los años sesenta y primeros de los setenta convivían, en la sociedad y en la Iglesia, dos tendencias muy diversas: una se radicalizaba en el «compromiso temporal», tenía en el Éxodo su libro de cabecera, aparecía la liberación (primero con cierta precaución y luego con un atractivo incontenible y pegadizo). Los mares se juntaron para hacer travesías de ida y vuelta: de Norte América y Europa a América Latina y de América Latina (posteriormente ampliada) a Europa y Norte América. Nacía y caminaba la espiritualidad de la liberación⁴.

3. A. NOLAN, *Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical*, Sal Terrae, Santander 2007, 33.

4. G. GUTIÉRREZ, en su programática *Teología de la liberación. Perspectivas* (Sígueme, Salamanca 1972) dedicaba unas páginas a «Una espiritualidad de la liberación», 265-273 (edición de 1990, pp. 244-249), en las que prometía desarrollarlas en el futuro. De estas páginas y promesa escribía en *Beber en su propio pozo*: «Ya desde entonces teníamos la intención de desarrollar más ampliamente el tema de esas páginas. Sólo ahora nos es posible hacerlo por escrito» (*Beber en su propio pozo*, Sígueme, Salamanca 1982, 9, nota 1)

El otro brazo traía el signo de lo oriental, más trascendente, callado e interiorizado, que tenía en el libro de *El peregrino ruso*⁵ un signo sencillo de dirección y riada que contagió a muchos hasta «enfermarlos»⁶. Diversos grupos (entre los que descuella el *Movimiento de renovación carismática*, aunque no fue el único) ensancharon su presencia masiva. Y en un incipiente diálogo interreligioso, el hinduismo y el budismo hicieron notables inversiones en Europa (pasando antes, a su modo, por Norte América).

Fueron años de difícil convivencia entre ambas tendencias, que se expresaban, ambas, en arcos la mayor parte de las veces radicales y menos en equidistancias respetuosas, aunque distantes. Nuestra visión «general» no puede entrar en justas diferencias, no todas superficiales, entre los seguidores de las tendencias madres, bautizadas como «proféticas» y «místicas» (como sucede en los partidos políticos, cuesta situar a ciertas personas –muy distantes entre sí– en un mismo partido).

DEL HAMBRE A LA AVIDEZ

Con lo difícil que resultan los juicios generales, sí puede decirse que el orientalismo, la interioridad, la ecología, etc. fueron ganando terreno en la sociedad

5. ANÓNIMO, *El peregrino ruso*, Editorial de Espiritualidad, Madrid, múltiples ediciones.

6. La historia del desarrollo de este librito de espiritualidad rusa a partir de comienzos de los años setenta es significativa en este sentido.

y en la Iglesia. Incluso deserciones y cansancios adelgazaron las tendencias del compromiso temporal y profético y no pocos personajes se dieron la vuelta y engrosaron los movimientos «místicos». A veces con sonados cambios de ruta.

En una larga travesía, de silencio en unos y de exaltación en otros, de convicción en muchos y de relajación en algunos, los primeros se retiraron visiblemente a los «cuarteles de invierno», los segundos siguieron su camino más alentado que alentador y no faltaron quienes superaron inicialmente el hambre con la avidez. Acción y contemplación, profecía y mística andaban enfrentadas y por más que en teoría se presumiese de conjunción, hombres tan sensatos como Gustavo Gutiérrez, palpaba una «desvinculación» entre ellas, «pe-se a buenas palabras»⁷.

A la altura de 1998 Federico Ruiz Salvador, que había hablado de *hambre de experiencia* al comienzo de los años setenta, cambiaba su percepción de la realidad acuñando una nueva expresión y hablaba de «*avidez de experiencias*». El cambio de «hambre» por «avidez» y del singular «experiencia» por el plural «experiencias» era sintomático.

DE LA EXPERIENCIA A LAS EXPERIENCIAS

La avidez de experiencias ha cabalgado a lomos de la provisionalidad. Lo provisional no es el cambio. El cambio rompe (otras veces sencillamente se

7. G. GUTIÉRREZ, *Beber en...*, 28.

dinamiza) y entra en una estabilidad no inmovilista. La provisionalidad no gana estabilidad. Parece como si desde hace unos años nos hubiéramos retraído a la adolescencia e incluso a la niñez, a la etapa de «usar y tirar» y/o, más aún, «tocar y tirar». Hace años se describió la generación posconciliar como «generación de andén», una generación que apenas podía seguir el pasar rápido (a veces veloz) de los vagones de un tren en marcha. Era la generación de una modernidad estrenada.

La generación de la posmodernidad se ha quedado sin tren que pasa. Sencillamente, en el silencio de la campaña, sueña con trenes que, con frecuencia, son de papel. El sentimiento, la emotividad y la instintividad han copado el lugar de la razón. A veces han logrado abrirla a «razones» (otros hablan de «inteligencias») plurales e interculturales. Otras veces parecen alejarla de la «firmeza, verdad y bondad propias de que está dotada toda la creación» (GS 36).

LA AGONÍA DE LA POSMODERNIDAD

Parece que la posmodernidad, como fenómeno generalizado, ha sido bastante efímera, ha ahondado en la zanja que encontró abierta. El fragmento, el pensamiento «*light*» y otros acompañantes, que rompieron con las visiones amplias (cosmovisiones) están terminando en «archipiélagos» (pequeñas islas, temarios breves, cursos «*weekend*») que se trasladan a los diversos campos de la actividad humana y religiosa.

De una de las formas de vida cristiana como es la vida religiosa se acaba de escribir: «*Creo que la vida religiosa tal como está configurándose también en esta época posmoderna adolece de falta de ajuste, adaptación a la sociedad. No sabe responder a las ansias más profundas de nuestros contemporáneos; la Iglesia –y la vida religiosa en ella– no han encontrado su lugar en el mundo emergente, aunque lo están intentando*» (José C. R. García Paredes).

Determinadas experiencias, nacidas probablemente de una necesidad y de una exigencia interior serena, no parecen encarnarse en una humanidad débil (como en la Encarnación) pero con vocación de vida nueva. Un ejemplo concreto, pequeño si queremos pero significativo para la espiritualidad, ha tenido lugar en el campo de la oración. Las oraciones «compuestas» (de texto fijado) se vieron desbordadas por las oraciones espontáneas (no compuestas) («me sobran oraciones, me faltan reflexiones», comentaba la directora de la revista de un movimiento). Pero parece que la creatividad oracional no da más de sí y se vuelve a oraciones compuestas (Anselm Grün), sin que esto sea la solución. Teresa de Jesús recomendaba coloquios plurales de Cristo (de necesidades, quejas, alegrías, etc.) «*sin procurar oraciones compuestas*» (V 12,2).

INTER-MODERNIDAD

«*Estamos en el tiempo de la inter-modernidad*» (José C. R. García Paredes). Una nueva categoría, que llama a renunciar a los monopolios tradicionales

–occidentales y no occidentales, así como de género– y a compartir las riquezas con las fuerzas emergentes, a las que tanto les ha costado afirmarse. Y es que no hay una sola modernidad (la nacida de la Ilustración). Hay toda una geografía de modernidades, ricas, ocultas, calladas (y a veces un poco avergonzadas o medrosas) que deben ser escuchadas, porque –o aunque– vean las cosas «de otra manera».

Existe una amplia conciencia de unificación en la estima, afirmación y misión de valores centrales, que pueden, en el respeto a la pluralidad, unificar unas visiones dogmáticas –presentes en tendencias opuestas– que se desangran sin aportar vida. La sociedad civil (política, investigación, arte, deporte, etc.) se ha adelantado, con gran riqueza, a lo que la religión y la espiritualidad apenas se asoman o, si lo hacen, es con bastante miedo, exterior e interior.

Es una tarea difícil. Las identidades tienden a mantenerse, temen abrirse, desconfían mutuamente (algo en el interior de las personas y de las sociedades las retiene). A veces las necesidades «obligan» a «descentrarse»; pero se mantienen anhelos (quizá nostalgias) que siguen teniendo mucha fuerza de indecisión práctica. Unos desconfían de la ciencia y ponen su confianza en la experiencia. Otros, al revés, desconfían de la experiencia y ponen sus ojos en la ciencia. Y hay quienes desconfían de una y de otra. Un espiritual de la talla de san Juan de la Cruz escribió en el Prólogo de *Subida del Monte Carmelo*: «No fiaré ni de experiencia ni de ciencia porque lo uno y lo otro puede faltar y engañar» (*Subida*, Pról. 2). To-

do ello genera a veces entusiasmo y con frecuencia insatisfacción.

«ESPIRITUALIDAD PARA INSATISFECHOS»⁸

Hay títulos que sintetizan situaciones sociales y religiosas. Uno de ellos es éste. Y la insatisfacción puede comenzar por la misma palabra inicial: «Espiritualidad». El mismo autor del libro aquí recordado comienza su «conclusión» con estas palabras: «*Al terminar la lectura de este libro, algunas personas pueden tener la impresión de que su contenido no es propiamente un estudio de temas de espiritualidad, sino más bien una serie de artículos de actualidad*»⁹. Sí, es más que probable que sean no «*algunas personas*», sino «*muchas personas*» las que tengan esa impresión, lo cual prolonga hasta nuestros días la ambigüedad de la palabra «espiritualidad» (lo mismo que otras palabras significativas).

Probablemente, también, se preguntarán muchas personas si han logrado a través de las páginas de ese libro superar la «insatisfacción». ¿Lo intentó el autor? ¿Se puede intentar? ¿O hay que darle unos quilates distintos a quienes buscan la «satisfacción»? También la «satisfacción», como otras palabras y categorías inconscientes y traídas a la conciencia con sencillos o sofisticados argumentos, pueden ser una «idolatría» de nuestro tiempo, idolatría que nos resulta, con frecuencia, muy agradable (aunque sea

8. J. M^a. Castillo, *Espiritualidad para insatisfechos*, Editorial Trotta, Madrid 2007.

9. *Ibíd.*, 197.

desastrosa). ¡Nos gustan demasiado no pocas esclavitudes a los satisfechos!

CONCLUSIÓN

Albert Nolan enumera entre los signos de *nuestro* tiempo (elige sólo cuatro) el «hambre de espiritualidad». De los cuatro signos en general, y por lo tanto de cada uno de ellos en particular, escribe: «*Los signos de nuestro tiempo son asombrosamente ambiguos y confusos*»¹⁰. No deja de llamar la atención este juicio, que proviene de una personalidad informada y serena. Es un juicio que, por otra parte, encuentra varios compañeros de camino. Sin negar la justeza del mismo, quizá se deba añadir que no somos los primeros en sentirnos así.

Ya Teresa de Jesús, santa y doctora de la Iglesia, hablando de algo tan noble y notable en espiritualidad como la contemplación, escribió: «*Contemplación es otra cosa, hijas; que éste es el engaño que todos traemos, que en llegándose uno un rato cada día a pensar sus pecados... luego dicen es muy contemplativo*» (CE 24,4).

Seguimos «*soñando caminos de la tarde... ¿Adónde el camino irá?*» (A. Machado). Algo parece menos inseguro: «*Para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes*» (S. Juan de la Cruz, *Subida...*, 13,11).

FRAY AUGUSTO GUERRA, O.C.D.
Ávila (España)

10. A. NOLAN, *op. cit.*, 77.

Historia de un renacer

Relato novelado de inspiración bíblica

Muy querido amigo y hermano Juan, discípulo especialmente amado del Señor y de este pobre viejo, siervo suyo de la hora postrera. Saludos a la Madre bendita que contigo mora y de la que imploro bendición y oración en este momento del definitivo y añorado encuentro con mi Señor y Salvador, de quien no me he alejado ni un instante desde el día en que le conocí y le entregué mi corazón y, no pudiendo servirle en vida, tuve la suerte de poder hacerlo en su muerte, acogiéndolo en mi tumba nueva, la misma que ahora, vacía para siempre, es símbolo de su Resurrección y de la nuestra. ¡Oh, cuánto colmó con creces mi pobre gesto!... –perdona la emoción de este pobre anciano—. Cercana ya la hora de mi muerte, he hecho repaso de mi vida y estoy en paz, sólo me resta una cosa, convertir mi silencio de estos dos últimos años en el testamento espiritual que una vez me pediste y que no será sólo mío, sino compartido. Verás por qué.

Como recordarás, mientras estábamos desclavando a Jesús, Nicodemo se quedó en la ciudad para comprar una sábana mortuoria y los ungüentos necesarios para embalsamar su cuerpo. Pues bien, cuando entrábamos en la tumba, cargando el cuerpo de Jesús para depositarlo sobre la losa de embalsamamiento,

reparé en el voluminoso paquete de ungüentos que había dejado allí Nicodemo, treinta kilos de mirra y áloe –tú, que estabas allí, recordarás este detalle tan bien como yo–; algo que, en aquel momento, me pareció excesivo y, Dios me perdone, ¡como si el Maestro no se mereciera eso y más!... Recuerdo que le miré con ternura, como se mira al anciano que chochea, y pensé: «¡Pobre Nicodemo, te ha pasado como a la pobre Magdalena y su dichoso frasco de perfume!». Para él, que nunca había sido excesivo en nada, ahora que Jesús había muerto, todo le parecía poco. ¿A qué se debía aquel cambio? Los acontecimientos de días posteriores me dieron la respuesta. Ese será mi testimonio para ti y, a la par, mi testamento espiritual.

El primer día de la semana –a los tres días del entierro de nuestro Señor–, Nicodemo se presentó en mi casa bastante alterado y, sin explicarme nada, me hizo acompañarlo al Templo, pues había tenido una intuición... ¡Una locura, más bien, diría yo! Tuvimos suerte, todavía no se había dado parte oficial de nuestra salida del Sanedrín el viernes anterior, durante el inicio juicio contra Jesús, por lo que los guardias no pusieron ningún impedimento a nuestra entrada al recinto interior del Templo, pero no más allá. Fue entonces cuando nos enteramos de un rumor: A causa de la rasgadura del velo que separaba el Santo¹ del Santo de los Santos², los sacrificios se habían reduci-

1. *Santo*: Parte del Templo de Jerusalén destinada a los sacrificios y a la que sólo podían acceder los sacerdotes de servicio.

2. *Santo de los Santos*: Parte más importante y sagrada del Templo de Jerusalén, donde se guardaba el arca de la Alianza y se manifestaba la presencia de Dios, dónde sólo podía entrar el sumo

do al mínimo, pues mientras no se reparara dicho velo, ningún sacerdote podía officiar allí, salvo Caifás, el sumo sacerdote, que iba a realizar un único sacrificio en la mañana y a ofrecer el incienso de la tarde.

Y así, al no haber mucho tránsito de ofrendas, levitas y sacerdotes, descubrimos que también se había bajado al mínimo la guardia del Templo, por lo que, no nos fue difícil acercarnos al Santo y escondernos por allí, a la espera de que, al terminar Caifás el sacrificio matutino, pudiéramos colarnos en el Santo sin mayor problema. Cuando finalmente entramos, pudimos observar los destrozos causados por el terremoto que siguió a la muerte de Jesús en aquella parte del Templo, el más visible de los cuales era la rasgadura en vertical del larguísimo velo de separación existente entre el Santo y el Santo de los Santos, dejando bien visible su interior; aquella era la causa de que sólo el sumo sacerdote pudiera seguir con los sacrificios rituales, ofrendas y holocaustos... ¡Un secreto muy bien guardado!

No llevábamos mucho tiempo allí, cuando el Santo de los Santos se iluminó con una luz más fuerte que el día; una luz que alcanzó también el Santo, donde nos encontrábamos. Poco a poco fuimos descubriendo en aquella luz una silueta luminosa que fue tomando cuerpo hasta adoptar unas formas que los dos reconocimos al instante: era Él, materializándose detrás de aquella cortina inútil que fue volviéndose cada vez más transparente, hasta que desapareció por completo,

sacerdote una vez al año, en la fiesta de la expiación, para pronunciar el nombre de Dios sobre el pueblo.

dejándonos verle luminoso y en plena majestad. Entonces nos postramos en adoración y pudimos escuchar su voz sobre nosotros: *«Amigos míos, sabía que me esperabais aquí y he venido a vosotros. Gracias por vuestra fidelidad y generosidad en los momentos de mi adversidad; levantaos en mi presencia»*.

Después, volviéndose a mí, añadió: *«Querido José de Arimatea, que llevas el nombre y la actitud de mi querido padre de la tierra, siempre oculto y en la sombra, pero siempre conmigo y a mi lado. Nada hay escondido que no llegue a ser manifestado; y tú supiste reconocer el momento de salir a la luz y actuar, siendo valiente y generoso en extremo. Gracias por atreverte a hablar con Pilato para recuperar mi cuerpo de la cruz y ofrecerme tu tumba nueva para mi reposo sabático; ella es ahora, vacía, el símbolo de mi resurrección para todos los llamados de todos los tiempos. Gracias, también, en nombre de mi Padre del Cielo y de mi Madre de la tierra, a quien tanto has consolado; te guardo gratitud eterna por ello, mi bueno y fiel amigo. Y puesto que tú me auxiliaste y acogiste en el momento de mi muerte, en verdad te digo hoy, Yo lo haré por ti en el momento de la tuya, acogiéndote en la Vida. Palabra de tu Dios»*.

Después se dirigió al pobre Nicodemo, que sollozaba de emoción, y le dijo: *«Querido Nicodemo, Maestro de Israel, aquí me tienes, soy la respuesta a tu intuición. Tú viniste a Mí en la oscuridad de la noche y ésta se te hizo luminosa, pero no lo bastante como para derribar tus últimas barreras, las más celosamente guardadas. Hoy soy Yo quien viene a ti, como Luz en medio de tus tinieblas, para que, a la Luz de mi Día, a la Luz de mi Presencia resucitada, creas en Mí y no*

permanezcas por más tiempo en tus tinieblas, y pueda ser ya para ti, desde ahora y por siempre, Lámpara para tus pasos, Luz en tu sendero. Yo soy la Luz del mundo; el que es de la Luz viene a Mí para no andar más en las tinieblas, sino para andar por siempre en la Luz, como “hijo de la Luz” y convertirse él mismo en Luz, en mi Luz, sin miedo a iluminar y dar calor en mi Nombre, a la Luz de mi resplandor. Dime ahora, ¿cuándo caíste en la cuenta de tal posibilidad?»

Y Nicodemo, cayendo de rodillas, respondió: *«Cuando te elevaron en el aire, mi Señor, clavado en aquella Cruz, recordé lo que Tú me habías dicho ya, la noche aquella en que te visité: “como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que, todo el que crea, tenga, por Él, Vida eterna” y se me abrieron los ojos. Entonces vi, también, Señor, el título de tu Cruz, que llamaba “Rey de los Judíos” a quien habían aclamado antes como “Hijo de David” y, en aquel momento, te confesé por mi Rey y Señor. Pude ver, también, “al que traspasaron” en lugar de romperle los huesos, entonces reconocí en Ti, Señor, al “Mesías de Dios” y, por último, pude escuchar al centurión exclamar: “Verdaderamente, este hombre era el Hijo de Dios” y, avergonzado por no haberme dado cuenta antes que aquel soldado extranjero, te supe capaz de cumplir todas las promesas escritas sobre ti, incluida la de volver de entre los muertos; es por eso que hoy te esperábamos aquí, pues mi intuición me decía que Tú eras el Hijo de Dios y, por tanto, Dios mismo, y que tu lugar estaba aquí, en el Santo de los Santos».*

Entonces el Señor le respondió: *«Sí, mi querido Nicodemo, tu intuición era cierta, y aquí me tienes,*

ocupando el Santo de los Santos, tal como tú me imaginaste; he venido hasta aquí sólo en atención a ti y a la intuición que mi Santo Espíritu te inspiró. Ahora este Templo ya no es necesario, vosotros sois mi Templo cuando os convertís en adoradores míos en espíritu y verdad, tal como ha dispuesto mi Padre para estos tiempos últimos de la nueva y eterna Alianza en mi Sangre, la Sangre del Cordero de Dios que, inmolido y resucitado, ya no muere más y vive para siempre con la misión de recapitular todo en Él para gloria de Dios Padre.

Nicodemo, levántate y escúchame: En verdad Yo te digo hoy que ya no quedan más barreras entre Dios y el hombre. ¿No lo ves? Mira la cortina del Santo de los Santos, símbolo de la secular separación entre lo Sagrado y lo profano, entre el Cielo y la Tierra, entre Dios y los hombres, fruto del gran pecado original, y rasgada, ahora, por mi muerte en la Cruz, para borrar la herida del pecado y permitir el libre acceso a Dios de todos los justos de todos los tiempos, que serán mi séquito victorioso cuando vuelva resucitado al lado de mi Padre.

Mírala bien, Nicodemo, hoy se ha vuelto transparente y desaparece consumida en la Luz de mi Resurrección y, con ella, también todas tus barreras, permitiendo hoy en ti el nuevo alumbramiento que hace nuevas todas las cosas y pone Luz meridiana en todas tus dudas de viejo filósofo, transformándolas en certezas que te llevarán a un perenne acto de fe en mi divinidad. Desde ahora, mi querido Nicodemo, tu vida y tu sabiduría tendrán sentido en Mí y serás, en verdad, “Maestro en Israel”, pues habrás crecido a la Luz del único y verdadero Maestro, “Luz de las Naciones”, que existía en el Principio y que

hoy, más que nunca, es “Vida de los hombres”; una Luz que brilla en las tinieblas de este mundo y que hoy será acogida como tal por uno de los suyos, disipando, así, todas sus tinieblas y derribando todas sus barreras, para convertirlo en “testigo de la Luz” para que el mundo, su viejo mundo, crea».

Nicodemo no aguantó más y, entre lágrimas y sollozos, cayó postrado ante Él –y yo también–, y con la voz temblorosa de la emoción, pero firme y decidida de la voluntad, hizo su confesión de fe en el Señor resucitado, con unas palabras que recogían todos los pasos dados en su evolución hacia la Luz, hacia su nuevo nacimiento como «hijo de la Luz» e «Hijo de Dios»: *«Jesús mío, Maestro mío, Señor mío, Rey mío, Dios mío y Redentor mío; Luz, Sabiduría y Esperanza mía. Creo en Ti y me entrego entero a Ti. Confito en Ti; haz de mí lo que quieras. Hoy es el día más feliz de mi vida, el de mi nuevo nacimiento; Tú lo has hecho posible, te alabo y te bendigo por tu paciencia y tu fidelidad».*

Después nos mandó poner nuevamente en pie, nos bendijo y nos envió a sus apóstoles, para darles noticia de su Resurrección y recibir su Bautismo, quedándonos en Jerusalén hasta que enviara la «Fuerza de lo alto». Después fue difuminándose hasta que se desvaneció su figura, no así su resplandor, que siguió iluminando el Santo de los Santos, donde quedamos postrados en adoración, hasta que nos decidimos a salir de allí para ir al Cenáculo a daros la noticia de su Resurrección. Supongo que vosotros sentisteis lo mismo que nosotros al tener que bajar del Tabor, tras su Transfiguración, para volver a la realidad del mundo, aunque fuera para llevar la mejor de las noticias.

Ahí nos tenías que ver a dos viejos, hasta entonces respetados miembros del Sanedrín, corriendo como dos chiquillos, con nuestra edad y condición, entre risitas cómplices, vencedoras del ridículo, con el corazón golpeando por la emoción y el esfuerzo, y los pies ágiles y juveniles del mensajero que lleva la Buena Noticia de la Salvación a sus hermanos, con la túnica remangada, la cara roja, la barba blanca y una gran sonrisa, dejando atrás como un desecho, como la crisálida rota de la nueva mariposa, para poder correr con libertad las dignidades, composturas y apariencias de dos miembros del Sanedrín y de todo un Maestro de Israel, en aquellos momentos, el más sabio y dichoso de todos ellos.

Sí, mi querido Juan, ¿cómo entender el amor de aquellos a los que mucho se les ha perdonado?, ¿de aquellos que vienen de lejos y son capaces de quemar en un segundo aquello que ha sido su «tesoro» durante tanto tiempo ante ese otro «Tesoro», a quien descubren como el que ha llenado sus vidas vacías, recreándolas para siempre y haciéndolas renacer? Jesús le dijo una vez a Simón «El Leproso»: «*Mucho ama aquel al que mucho se le ha perdonado*». Ahí están Magdalena y sus 300 denarios de perfume de nardo puro, como la pureza recién adquirida por ella y símbolo del buen olor de Cristo.

¿Y cuánto lo amará aquel que lo buscó en las nieblas de la noche, guiado sólo por su sed de verdad, y fue devuelto a la vida, sin tener que pasar por el seno materno?... ¿Cómo expresará su amor y su agradecimiento hacia quien le hizo renacer y ahora estaba muerto? La respuesta es: haciéndole un entierro

digno de un rey. Ahí están Nicodemo y sus 30 kilos de mixtura de mirra y áloe; infórmate y verás, es lo estipulado para embalsamar a un rey de Israel, al «Rey de los Judíos», como decía el título de su Cruz, ¡al Rey de su vida!... ¿No te fijaste en la sábana que escogió para cubrir su cuerpo? Lino blanquísimo de los oasis de Palmira, torcido a mano y tejido en espiga, una pieza digna de un rey. Sin embargo, el Señor nunca quiso ser coronado rey y, por eso, no paró hasta que Nicodemo lo reconoció como su Dios y se dejó iluminar y salvar por Él, como ya te he contado.

¡Es curiosa la coincidencia: 30 kilos de unguento por amor a su Rey, como 30 fueron las monedas de Judas por su beso de traición al Rey! Es como una «reparación»: un kilo de unguento aromático por cada moneda de traición, 300 denarios de nardo puro entre besos de amor y arrepentimiento por un solo beso manchado de traición... ¡Y todo para su sepultura!... Prevalece siempre el buen olor del amor... Querido Juan, permanezcamos unidos en el Amor de quien primero nos amó.

José

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM
Madrid (España)

El nombre de Dios como itinerario místico:

1. El nombre del Padre

Existe una antigua tradición en el pueblo judío de búsqueda del *nombre de Dios*; así, a lo largo de un peregrinaje de siglos, los israelitas han intentado con ahínco conocer cómo se llama su Señor. En el fondo de esta búsqueda late la idea de que podemos dominar algo, hacerlo nuestro, cuando conocemos su nombre. De este modo, podemos decir que conocemos a una persona (o un objeto, una planta, un animal...) si sabemos cómo nombrarla. En cierto sentido, el nombre apunta a la esencia de cada persona.

En el capítulo 3 del Éxodo, Moisés sube al monte Sinaí porque el pueblo le pide que pregunte al Señor cuál es su nombre. Entonces sucede la teofanía de la zarza ardiente en la que se expresa el Dios desconocido: «*Yo soy el que soy*» (Ex 3,14).

En hebreo, esta expresión es recogida como una acción presente pero aún no acabada; por eso podría traducirse también como «*yo seré quien sea, quien será*», «*quien estaré*», o incluso «*no te importe cuál es mi nombre*». Es decir, el Señor no revela su nombre al pueblo de Israel, evitando así toda posibilidad de apropiación de Dios bajo la forma de un concepto.

Ante todo, la expresión «*Yo soy el que soy*» apunta a un Misterio, a una Realidad que no se deja conocer fácilmente. De hecho, la palabra «*misterio*» procede de una antigua raíz griega arcaica: «*myo*», *mantener la boca cerrada*. Es decir, el misterio de Dios es inefable, y no puede ser apresado en conceptos.

Comienza así a construirse una teología *apofática*, la teología del misterio. Desde esta perspectiva, ningún nombre, ninguna idea o construcción intelectual es capaz de expresar a Aquél que está más allá de todo nombre.

Y desde entonces, el pueblo de Israel continúa su camino aguardando el momento en que Dios se disponga a revelar su nombre. Esta búsqueda es de tal relevancia que uno de los primeros mandamientos de la ley mosaica es la prohibición de «*tomar el nombre de Dios en vano*» (Ex 20,7). En algunos momentos, identificarán el nombre de Dios con la *hokmá*, es decir, con la sabiduría de Dios. Con la traducción del Antiguo Testamento al griego en la *Septuaginta*, la *hokmá* será entendida como el *logos*, la Palabra de Dios. Por eso, para el evangelista Juan, inserto en esta tradición, «*en el principio era el logos*» (Jn 1,1).

En la tradición judía de búsqueda del nombre de Dios, el Señor se revela principalmente como un misterio: el abismo de lo insondable, de lo indefinible, de aquello que no se puede encerrar en ningún concepto. Definir siempre es poner límites, confines, linderos; y a Dios no se le puede confinar. De este modo, el Señor se nos ofrece como un misterio que escapa de toda conceptualización.

Por eso, desde los comienzos de la tradición judeo-cristiana, el camino de encuentro con el Señor es un camino místico, de transformación en la contemplación del misterio.

En suma, el primer peldaño en el itinerario místico que propone la Escritura, apunta a la contemplación de Dios como un misterio insondable que no se manifiesta en ningún concepto, sino en la profunda inmensidad de la contemplación.

Sólo así, abandonando todo concepto, es posible recibir el abrazo de Aquél que nos aguarda en lo secreto. En la contemplación del hondón del alma puede abrirse para nosotros un horizonte sin final; y nuestra tarea ante tan vasto horizonte, ante tan insondable grandeza, no es otra que dejarnos asombrar por el silencio y la infinitud del Señor.

Personalmente, me gusta comparar la contemplación del misterio en el Silencio con un montículo o un promontorio en medio del desierto, de nuestro desierto interior. Desde ese promontorio, es posible abandonarse al gozo de la contemplación, experimentando que nada en nuestro mundo interior es ajeno a la presencia de Dios, del mismo modo que nada en el desierto es ajeno al brillo del sol.

En la contemplación silenciosa del vacío se atisba el perfume de un misterio, de una melodía que nace en el rincón más íntimo y profundo de nuestro ser, en la fuente de la que mana toda nuestra vida. Sentarse a solas junto a la fuente, escuchar sencillamente el canto del agua que aflora en lo profundo, es contemplar

el misterio de un Dios sin nombre, de un Dios que nos regala la dicha de no dejarse apresarse por ningún concepto. Ningún nombre podría limitar la experiencia serena de la contemplación de ese manantial.

En la oración de quietud experimentamos al Dios sin nombre, el mismo Dios al que Moisés, en las alturas del Sinaí, preguntaba cómo se llamaba. Y a nosotros, igual que a Moisés y al pueblo de Israel, el Señor se nos revela sin nombre, sin conceptos, en el misterio desnudo del Silencio.

Desde la pedagogía del Antiguo Testamento, vivir la experiencia íntima de encuentro con el Señor supone dejar atrás nuestros conceptos, nuestras construcciones y nuestras teorías, y disponernos simplemente a escuchar el misterio. Por eso, junto al pueblo hebreo, el Señor nos sigue invitando al Silencio porque, sencilla y misteriosamente, *Yo soy el que soy*.

MANUEL LÓPEZ CASQUETE, CVX
Sevilla (España)

Cuerpo de Cristo: diversidad y comunión

El apóstol San Pablo nos ofrece su visión del *Cuerpo de Cristo* en el capítulo 12 de la Carta a los Romanos y en el capítulo 12 de la Primera Carta a los Corintios. Llama la atención las veces que se menciona la palabra «cuerpo», recordándonos la «innovación» de la pedagogía divina. Por innovación entiendo la originalidad de Dios al ofrecernos la Palabra preexistente hecha «cuerpo» encarnado, inserto en un espacio concreto de la historia humana alcanzando visibilidad. La teología bíblica nos muestra que el Cuerpo de Cristo se hace visible en los pobres «crucificados» del mundo actual. Ese Cuerpo compartió el espacio entre los socialmente insignificantes, incluyendo los animales según la costumbre de una sociedad agrícola.

El Cuerpo de Cristo tiene ojos, oídos, boca, pies... posibilitando la relación personal y comunitaria. Cristo se hace encuentro verídico. Es en el contacto visible donde el cuerpo asume compromisos alternativos, empeñado en construir una sociedad justa. El «Cuerpo» del que estamos hablando está marcado por directrices proféticas, «luchar por la dignidad humana», o sea, por rescatar los cuerpos desgastados mediante la opresión y el sufrimiento. Éste es el Espíritu que anima la Sagrada Escritura y es el Espíritu que anima a la Iglesia. El Cuerpo de Cristo se dona como

pan de vida. No se entiende sin parámetros solidarios sobre la mesa, que también representa el espacio común donde nos ejercitamos en humanidad.

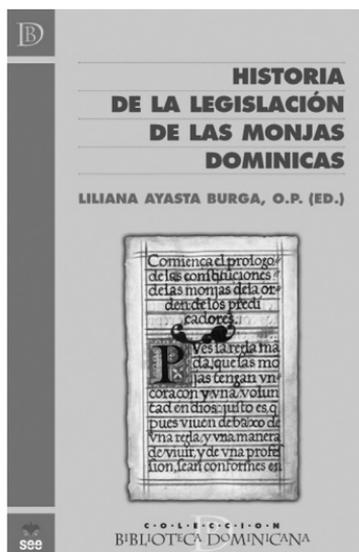
La visión de la corporeidad cristológica paulina no nace del desconocimiento, sino que presupone las faltas y conflictos de la Iglesia. Su teología no provenía de un escritorio ajeno a los acontecimientos cotidianos. Todo lo contrario. Su visión consideraba la realidad social, la formación de comunidades en ambientes hostiles. Puede decirse que la lucha tensa entre los valores evangélicos y el poder enfermizo han existido desde siempre, así como el intento de caminar, al mismo tiempo, en direcciones opuestas. Con todo, el apóstol estaba movido por la esperanza, una esperanza tensa, pero segura en sí misma, porque quien se guía por la justicia nunca queda defraudado.

El cuerpo es Uno, con muchos miembros, y un mismo Espíritu (cf. 1Cor 12,13). Es el Espíritu que dinamiza las coyunturas y ligamentos internos para que el cuerpo no quede rígidamente preso. La corporeidad es dinámica y concretiza la vida de fe en la vivencia comunitaria. La particularidad de los miembros no es entendida como polaridades contrapuestas, sino como riquezas diversificadas animadas por la Gracia renovadora. En este sentido, los carismas no son posesiones privadas, ni derechos individuales, sino responsabilidades que nos han sido confiadas en beneficio de las demás personas.

Es interesante que ambos pasajes paulinos nos propongan un proyecto de humildad. Veán, por ejemplo, esta frase: «*no se estimen en más de lo que conviene*» (Rm 12,3). Algo aquí apunta hacia el sentido de lo

que vivimos como Iglesia. Independientemente de las más variadas motivaciones que llevaron al anterior Papa, Benedicto XVI, a renunciar a su tarea, algo ha quedado con nosotros: abrir las manos y desnudarnos de títulos y cargos cuando ya no mediatizan la vivencia del Evangelio y carezcan de vigor para dinamizar una auténtica vida en la comunión con Cristo.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)



HISTORIA DE LA LEGISLACIÓN DE LAS MONJAS DOMINICAS

Autor:

Liliana AYASTA BURGA

Colección: **BIBLIOTECA
DOMINICANA**

Precio: 17,00 €

Páginas: 285

Año: 2013

ISBN: 978-84-8260-296-7

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

La fe: único medio para superar la desesperación religiosa

El hombre no «tiene» libertad al modo como también tiene la capacidad de percibir sonidos o colores; el hombre es libertad. Ser libre no es «hacer lo que uno quiera». Pensar así es un error, por un lado, porque nunca elegimos en el vacío sino inmersos en ciertas circunstancias que influyen y determinan nuestra elección; por otro, porque quien elige siempre es una persona concreta que posee ciertos valores y expectativas, en función de las cuales se representa como deseables algunas alternativas y como imposibles otras tantas.

La manera como nos convertimos en personas es a través de nuestros actos. No somos lo que *quisiéramos* ser ni lo que *pensamos* ser, sino el resultado de lo que, de hecho, *hacemos*. Sin importar la excelencia de nuestras intenciones, si éstas no se reflejan en actos, no somos lo que queremos. Tal es la raíz de un problema al que San Pablo alude al decir:

«Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco [...]. En realidad, ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí. Pues bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no

hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero» (Rm 7,15.17-19).

¿Por qué no somos capaces de obrar el bien al que aspira nuestra voluntad? ¿Por qué, en contra de nuestro más hondo querer, obramos el mal? Todo aquel que haya sentido la opresión del remordimiento sabe a qué me refiero. Cuando caemos en la cuenta de nuestra impotencia para el bien, desesperamos. Desesperar es sentirse invadido por la inquietud y el desasosiego que provocan tanto la consciencia de la libertad, como el intento de su negación.

La desesperación religiosa surge al comprender que no somos lo que quisiéramos ser delante de Dios. Una de las posibilidades en las que desemboca dicha desesperación consiste en desear ser alguien más. Cuando, avergonzados por nuestras faltas, imaginamos que tal vez nuestros actos serían acordes a la bondad de nuestras intenciones si tan sólo fuéramos tan perfectos como algún otro y cancelamos todo encuentro auténtico con Dios. De tal suerte, renunciamos a la libertad que deriva del arrepentimiento, pues sólo quien se reconoce como pecador puede aspirar al perdón y a la reconciliación.

El segundo camino abierto por la desesperación consiste en dejarnos paralizar por el temor a que la tentación nos venza. Cuando nos dejamos abatir por el pesimismo, tácitamente damos por válida la tesis luterana de que *«los hombres no pueden ser justificados ante Dios por sus propias fuerzas, méritos u obras, sino que son justificados gratuitamente por su fe en Cristo, cuando creen que son recibidos en su gracia*

y que son perdonados sus pecados a causa de Cristo, quien con su muerte satisfizo por nuestros pecados»¹.

Afirmar lo anterior supone acertadamente que el principio de salvación no es la ley sino la gracia. El malentendido consiste en pensar a la fe como un sentimiento interior, que se distingue por la renuncia a todo intento de corresponder al amor de Dios. De modo que, como no somos capaces de contribuir siquiera a la recepción de la gracia divina, lo único que nos queda es albergar intenciones puras y aceptar que no somos capaces de expresarlas en obras. Podría parecer que el reconocimiento de la limitación es signo de humildad. Pero sólo es una apariencia, porque la verdadera humildad no radica en dejarse vencer por el mal sino en esforzarse en superar nuestra imperfección, para luego aceptar que sin la ayuda de Dios no podemos salvarnos. No se trata de aceptarse como pecador y reposar en la propia impotencia moral contentándose con albergar buenas intenciones, sino de aspirar al bien desde la renuncia activa al pecado.

La segunda alternativa consiste en aferrarse a los errores pasados. Así como al primer hombre le aterra el mal, a éste le atemoriza el bien. Tal hombre tiene la certeza de que todo se ha perdido y no hay salvación. Éste es el consuelo de quien, consciente de la gravedad de sus faltas, niega el poder renovador de la gracia divina.

1. LUIS GUERRERO, *Fe luterana y fe católica en el pensamiento de Kierkegaard*, p. 2, consultado en: dspace.unav.es/dspace/bitstream/10171/12961/.../ST_XXIII-3_08.pdf

Mientras que la desesperación del mal surge del deseo frustrado de salvarse a sí mismo; la desesperación del bien procede de la certeza de que la gracia no es eficaz. Quien cree que puede salvarse a sí mismo, que puede alcanzar la perfección de Dios sin su auxilio, desespera cuando se percata de su impotencia. Por su parte, quien desespera del bien, piensa equivocadamente que depende de su voluntad el cancelar el poder salvador del amor divino; que si rechaza la cercanía del amor divino, su perdición será total y no se angustiara más por no poder obrar el bien.

La tercera alternativa es la de la fe, que «*consiste en que el yo, siendo sí mismo y queriéndolo ser, se fundamente lúcido en Dios*»²; en asumir nuestros pecados delante de Dios, confiando en que, por ser Dios quien es, su misericordia hace posible el arrepentimiento y la reconciliación. La fe supone tanto el reconocimiento de nuestra limitación para obrar el bien que queremos como de que sí está en nuestro poder disponernos favorablemente para la recepción de la gracia.

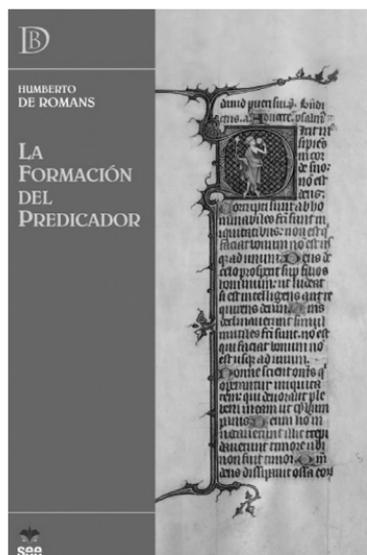
Tenemos el deber de vivir nuestra apertura a Dios de manera responsable, sabiendo que el bien y el mal son posibilidades humanas, pero que sólo la primera nos acerca a nuestra verdadera esencia. En la medida en que la desesperación es una condición propia aunque no exclusiva del cristiano, tenemos el deber de hacerle frente. De luchar contra la tentación de creer que podemos asemejarnos a Dios por nuestros

2. Sören Kierkegaard, *La enfermedad mortal*, Sarpe, Madrid 1984, p. 125.

propios medios (desesperación del mal); y de afirmar cómodamente que el mal está tan arraigado en nuestras vidas que no tiene caso luchar contra él (desesperación del bien).

El único medio para salir victoriosos de la contienda es la fe: la certeza de que, si perseveramos en la elección del bien, Dios nos infundirá su gracia para hacernos capaces de realizar obras en virtud perfecta; para que podamos esforzarnos por merecer el amor que, por principio, ya hemos recibido sin merecerlo.

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)



LA FORMACIÓN DEL PREDICADOR

Autor:

Humberto ROMANS

Colección: **MATERIALES**

Precio: 14,00 €

Páginas: 210

Año: 2014

ISBN: 978-84-8260-299-8

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:

1. Eva y María

En el origen de los tiempos el Espíritu se cernía sobre las aguas como principio y causa de la vida que iba a brotar sobre la superficie de la tierra. Cuando Dios creó al ser humano, comunicándole su Espíritu, el hombre y la mujer empezaron a compartir la misma vida de Dios. Era tal la intimidad que se daba entre Dios y el ser humano que, utilizando una bellísima imagen, el texto sagrado relata que ambos compartían el mismo jardín y que a la caída de la tarde, aprovechando la frescura de la brisa, paseaban juntos por él. El jardín estaba presidido por el árbol de la vida. Quiso Dios que aquella primera pareja no fuera la beneficiaria exclusiva de la vida recibida, sino que Adán y Eva fueran mediadores de esa misma vida para con todos los demás descendientes suyos.

Un enemigo, que antes había renunciado a adorar al Dios vivo y verdadero, se acerca disfrazado a la pareja con la siniestra intención de compartir con ellos desgracia y muerte. No contento con cegar en él el manantial de la vida, con diabólica eficiencia quiere matar en los humanos la vida misma de Dios. Eva probó la muerte al comer del fruto prohibido y

dio de comer de la misma muerte a su compañero Adán. El relato bíblico termina la narración diciendo que «*el hombre llamó a su mujer “Eva”, por ser la madre de todos los vivientes*» (Gn 3,20). ¡Qué ironía! Eva debía haber sido la madre de todos los vivientes, pero de hecho se convirtió en madre de todos los que nacemos heridos de muerte. Ella y su compañero trocaron su papel y vinieron a ser mediadores de perdición y de muerte. Secaron la fuente y cegaron el manantial: ni bebieron ellos ni dejaron beber a sus descendientes.

Con todo y desde aquel entonces, Dios mismo dejó abierta una ventana a la esperanza. En el libro del Génesis se profetiza que será la mujer quien pise la cabeza de la astuta serpiente (cf. Gn 3,15), anunciándose así que la vida derrotará a la muerte y que una nueva y verdadera Eva será la madre que engendre vida de verdad en los hombres.

Ha sido María quien ha colaborado a que esto se hiciera realidad. La obediencia de María ha deshecho la rebelión de Eva y en el manantial seco ha empezado a brotar de nuevo, con fuerza y pujanza insospechada, la vida eterna, plena y verdadera. Ésta es María para nosotros: una mujer de nuestra raza, que se dejó habitar por el Espíritu de Dios y así obtuvo para nosotros unas posibilidades de vida insospechadas. Afirma San Jerónimo: «*Por Eva la muerte, la vida por María*». Preciosa y lapidaria sentencia para resumir lo que ahora podemos vivir los que somos descendientes hijos de Eva.

Gracias a María terminó la sequía en el corazón del hombre; gracias a Ella ha quedado saneada la charca

fangosa y foco de infecciones que había en el interior del hombre. Ha sido Ella quien ayudó para que un manantial de agua viva brotara dentro de nosotros: agua viva, portadora de vida, transmisora de vida.

Lo dicho hasta ahora nos tiene a nosotros como destinatarios concretos, llamados a salir beneficiados de esta Buena Noticia. No somos meros espectadores del drama que hemos narrado sino protagonistas en el mismo. Solidarios en el destino de la primera pareja, Adán y Eva, por ser engendrados sin vida de Dios y heridos de muerte, ahora somos solidarios en la obra de Cristo y de María, ya que en el Bautismo, nuevo nacimiento, recibimos la vida divina. Desde el día feliz de nuestro Bautismo, el Espíritu es nuestro invitado y en nosotros mora y obra como un manantial.

De este indicativo se siguen varios imperativos: Debemos vivir como criaturas nuevas, pues ya no tenemos nada que ver ni con la muerte ni con el pecado; debemos cuidar de esta vida mediante una práctica generosa de la oración y una recepción frecuente de los sacramentos; debemos compartir esta vida, pues el dinamismo de la misma nos urge a dar gratis lo que gratis hemos recibido. María, que estuvo presente en nuestro Bautismo, pues la pila bautismal era su seno fecundado, es la madre verdadera de la vida divina que desde ese día corre por las venas de nuestra alma. Ella fue la que dio a luz en nosotros la vida de Dios.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Madrid (España)

Estampa primaveral

En el firmamento azul, inundado de sol primaveral, hacen su aparición las golondrinas; esas bellas aves blanquinegras dotadas de larguísimas alas para el vuelo. Tan largas, que no les permiten posarse nunca, más que en lugares elevados so pena de no poder remontarse de nuevo.

También a mí, Señor, me has dado unas alas demasiado largas. No estoy hecho para vivir a ras de tierra. Mi atmósfera es el espacio infinito en el que se mueven tus hijos, aquellos que son impulsados por el Espíritu, y, si intento apoyarme en este suelo, no podré remontarme más.

¡Tómame, Señor, y llévame sobre tus plumas!

Los naturalistas dicen que una de las características de la estación primaveral es la aparición de las mariposas blancas. Los delicados insectos que aletean de flor en flor, de color en color, de retama en retama. Al verlas viene a la mente la imagen de la monja andariega, Teresa de Jesús. Porque estas «mariposicas blancas y graciosas» han surgido del capullito que transformó al gusano. Es la vida que brota de una especie de muerte.

Que así, Señor, consienta yo en morir, en desaparecer, en hundirme en el silencio en el que Tú transformas la fea larva de la tierra en una mariposica de blancas alas que llevan hasta ti.

Los lirios son las flores de la primavera por antonomasia, porque nacen y mueren en ella. Y ¿cómo mueren los lirios?: no como las demás flores que pierden uno a uno sus pétalos, sino recogiénolos hacia dentro, como queriendo apresar bien su aroma para ofrendarlo al Creador.

Yo quiero vivir y morir así, Señor. Que toda mi energía, mi ilusión, mi capacidad de pensar y de amar sean una ofrenda que guarde celosamente para ti sin que nada la roce ni la marchite.

A medida que la temperatura va elevándose, las caricias del sol de primavera van deshaciendo las corazas de nieve y hielo de nuestras sierras. Esas corazas, hechas venas de agua silenciosa, bajan a engrosar los riachuelos, las acequias, los pantanos.... y en las márgenes de sus corrientes surge la vida. El agua engendra vida a su paso.

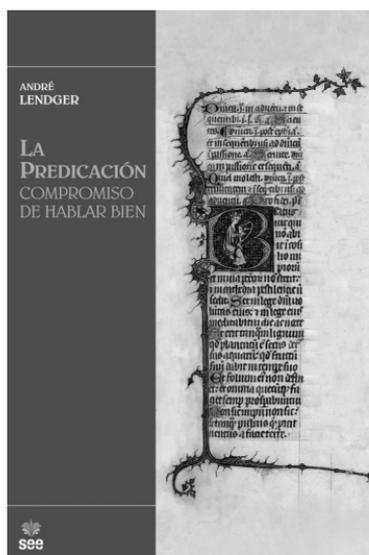
Señor, quiero para mí el surtidor que salta hasta la eternidad. ¡Dame de esa agua, transfórmame en corriente vivificante que fertilice los eriales de nuestro desierto!

En primavera toda la naturaleza despierta de su letargo. Cantan las aves y los insectos, la hierba huele más a hierba, las ramas de los frutales se visten con la galanura de sus flores y el sol refleja sus colores en las burbujas saltarinas del agua de las fuentes. Brota vida a borbotones por doquier.

Así, Señor, en un amanecer silencioso, la roca inerte del jardín de José de Arimatea nos entregó la Vida Resucitada, inaugurándose con ello una nueva y eterna primavera.

Tú, Jesús Resucitado, que eres Vida, envuelve nuestro ser entero en los esplendores de tu Resurrección para que, en nosotros que somos tus miembros –miembros de un Resucitado–, no tenga jamás dominio la muerte derrotada por ti para siempre.

SOR MARÍA EUGENIA MAESO O.P.
Salamanca (España)



LA PREDICACIÓN. Compromiso de hablar bien

Autor:

André LENDGER

Colección: **MATERIALES**

Precio: 12,00 €

Páginas: 138

Año: 2011

ISBN: 978-84-8260-251-6

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

LITURGIA

Liturgia de las Horas:

9. El «Oficio de lecturas»: proclamación extensa de la Sagrada Escritura

(OGLH 55-69; cf. 140-143)

En la Liturgia, la Palabra de Dios no se integra como una simple lectura de la misma o como una instrucción bíblica, sino al nivel de alabanza y celebración. En la Liturgia de las Horas, así como en los Leccionarios de todos los sacramentos, especialmente en los de la celebración eucarística, la Palabra revelada quiere adquirir esa dimensión y calificativo.

«Celebramos» la Palabra, por lo cual ésta goza del aporte posible del canto y exige no sólo un «lector» sino un «lector cualificado» para tan importante ministerio. No se tratará sólo de leer, sino de lograr una proclamación gozosa y celebrativa, en la cual con la Palabra de Dios alabamos y cantamos al Señor de la Palabra.

Hasta el inmediato post-concilio existía una Hora canónica llamada «Maitines». Constaba de tres «Nocturnos», cada uno con su salmodia y lecturas bíblicas y patrísticas. Por el nombre de esas divisiones vemos que era una celebración que debía realizarse durante tres momentos de la noche. Esta Hora canónica se suprimió por motivos prácticos, pues las

comunidades no-monásticas tenían tareas pastorales a realizar al día siguiente, después de un descanso no-reparador, dado que había sido interrumpido en varias ocasiones.

Pero las comunidades que así lo deseen, pueden celebrar el Oficio de lecturas «como una celebración nocturna» (cf. OGLH 57 y 59). Tiene un carácter nocturno aunque no posee, como ocurre con otras Horas, un horario determinado para celebrarlo: puede hacerse en cualquier momento del día o en la noche de la jornada precedente, después de las Vísperas. En mi opinión, esta Hora goza de elementos que la caracterizan como algo propio que merece una independencia respecto a otras Horas.

Su novedad más grande es la extensión de la lectura bíblica, y la de algún Padre, santo o texto del Magisterio, lo que nos muestra dónde quiere recaer la acentuación de esta Hora: en las lecturas. «[Este Oficio] *se orienta a ofrecer al Pueblo de Dios [...] una más abundante meditación de la Palabra de Dios y de las mejores páginas de los autores espirituales*» (OGLH 55).

Esas lecturas están insertadas –como en otras «Horas» del Oficio– en la trama de un Himno, antífonas y salmos. Incluye en la misma un extenso texto de la Palabra añadida a la oración «a fin de que se establezca un verdadero coloquio entre Dios y el hombre», puesto que con Él hablamos cuando oramos y le escuchamos a Él cuando leemos los divinos oráculos (cf. *Dei Verbum*, 25). Este «coloquio» del que nos habla la Ordenación General de la Liturgia de las Horas consistirá en «escuchar» y «hablar».

La ley de una buena oración es, en primer término, abrir los oídos del cuerpo y del alma, para escuchar la voz de Dios y así saber qué dice y qué me dice. Recién después de conocer su Palabra, me tocará a mí el turno de dirigirme a Dios con mi alabanza, acción de gracias y/o súplica. Es imprescindible saber qué me dice Dios para poder darle una respuesta coherente.

En este Oficio, la fuerza de la Palabra, extensamente expuesta, nutrirá mi fe para que la respuesta que dé a Dios sea un fruto coherente con la fe que profeso.

La enseñanza de los Santos Padres desarrollará la fe que vino por la audición de la Palabra, alimentándose con la fe que la Iglesia acrecienta, en fidelidad al don recibido.

Esta «Hora» puede formar parte de una vigilia nocturna de oración (cf. OGLH 73).

Asimismo nos dice esta Ordenación que *«si bien es verdad que en la Misa diaria se abre [al Pueblo de Dios] una serie más rica de lecturas bíblicas, no puede negarse que el tesoro de la Revelación y la Tradición contenido en el Oficio de lecturas es de gran provecho espiritual»* (OGLH 55).

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Madre María Antonia de Jesús Pereira y Andrade, O.C.D. (1700-1760):

1. Desde su nacimiento hasta 1730

En el albor del siglo XVIII viene al mundo María Antonia Pereira y Andrade, descendiente de una familia de antigua nobleza aunque, al tiempo de nacer nuestra protagonista, sus padres constituían una rama familiar venida a menos. Vivían en un pueblo pequeño de la provincia de Pontevedra, Cuntis, que pertenecía, y pertenece aún, a la Diócesis de Santiago de Compostela y se halla a unos treinta kilómetros de la capital diocesana.

Allí, pues, nace María Antonia, un 5 de octubre, sietemesina y frágil.

«Decía mi madre que solo siete meses me trajo en sus entrañas y que estaba muy cierta de esto. Y como nací sin la cabal cuenta, no salí muy fuerte de fuerzas ni nunca las he tenido... Y, como no era del tiempo común de todos los nacidos, por temor de que me muriese, me llevaron luego a recibir el santo bautismo» (Autobiografía, T.I, P.I, f.3)¹.

1. Las citas corresponden en su mayoría a la Autobiografía inédita de la Madre María Antonia de Jesús, y se citan conforme a la paginación con que la misma fue presentada en los Documentos del

Fue la primera de cuatro hermanos –el resto eran varones– de los cuales el menor falleció siendo niño. Recibió de sus padres el primer conocimiento de las verdades de la fe, aunque su padre la trataba con extrema severidad. En la edad de los juegos infantiles, sus hermanos la culpaban de todas las travesuras, y llovían sobre ella los castigos paternos, que ella recuerda vivamente:

«Con este temor que tenía a mi padre, andaba tan puntual a sus insinuaciones que en todo, me parece, le obedecía pronta. Pero con todo este cuidado, parece le había Dios destinado para mi ejercicio; porque como yo era la mayor de mis tres hermanos, todos los enredos que ellos hacían como muchachos, dentro de casa como en la huerta, echando a perder la fruta, ellos se disculpaban a mi padre conmigo. Yo me acuerdo que callaba como una muerta, y esto no era virtud en mí, sino por el temor que había concebido a mi padre; que si me defendía, me casaría mucho más de lo que merecía la culpa que los otros me imponían. Por último, que callase o me defendiese, siempre me azotaba» (Autobiografía, T.I, P.I, f.3v).

En esta edad aprendió también de su madre el arte de hilar y hacer encajes, con tanto primor que apenas

Proceso de Canonización. La Autobiografía se compone de: Primer Trozo, con dos partes (que se citan T.I, P.I y T.I, P.II, más el folio, recto o verso), y un Segundo Trozo (que se cita T.II más el folio).

Las citas de sus cartas van especificadas en su lugar.

Las escasas citas restantes proceden de las declaraciones de los testigos del primer proceso informativo (año 1761), y se omiten los detalles por no parecer necesarios.

Hemos modificado algunas expresiones de la Madre María Antonia para su mejor comprensión.

ya la dejaban hacer otra cosa. Pero como la severidad de su padre era causa de contiendas entre los esposos, la madre decidió enviar a María Antonia a vivir con una tía paterna que se dedicaba a educar niñas en su casa.

Esta buena tía, que vivía en el pueblo de Caldas de Reyes, recibió a la niña con mucha alegría, y, dada la condición piadosa de María Antonia, la tomó por compañera de sus devociones. De los buenos ejemplos recibidos aquí guardó un hermoso recuerdo toda su vida. Con esta tía comenzó a hacer oración e incluso a darse a la penitencia.

«Me parece que llegué a cumplir los siete años de edad en casa de esta tía. Muy buena escuela de virtud y ejemplo halló mi alma en ella, cuando llegué a uso de razón, si no fuera tanta mi desgracia en hacerme sorda a las luces y llamamientos de Dios, que por medio de esta buena tía me ponía presente» (Autobiografía, T.I, P.I, f.5-5v).

Tras casi dos años con su tía, regresa a su hogar. Para entonces, su padre, gravemente enfermo, se encontraba retirado en el monasterio franciscano de Herbón, donde había deseado morir. Efectivamente, fallece en ese lugar al cabo de unos meses del regreso de María Antonia. Como la madre quedaba viuda joven, y con los hijos pequeños, la tía de Caldas solicita que María Antonia vuelva de nuevo a su compañía. Así sucede, cuando la niña cuenta alrededor de diez años.

Esta segunda estancia en casa de su tía se convierte para la niña en el inicio de una etapa profundamente turbulenta para su alma. Así lo cuenta ella:

«Yo no iba muy gustosa para la compañía de aquellas muchachas, que algunas no me gustaban mucho. Porque, después del deseo de la soledad que tenía mi alma, no me hallaba entre ellas, porque decían algunas mentiras y esto me daba no sé qué pena. Estas cosillas de ellas no las solía saber mi tía, que si no las castigara y me apartara de su compañía. Parece adivinaba mi corazón mayores peligros, como me sucedió volviendo a la compañía de dichas chicas. Aquí fue cuando el enemigo empezó hacerme guerra y esforzarse contra mí, como ahora diré con la mayor claridad y verdad que pueda.

Había entre las dichas doncellas una de menos encogimiento y honestidad que las demás, la que hizo una acción que no me pareció bien y, asimismo, dijo no sé qué palabras no muy conformes del estado virginal que yo jamás había oído, ni hasta entonces me había detenido en pensar cosa impura, porque no había llegado a mí noticia, ni la edad mía todavía no lo llevaba [...] se quedó aquello en olvido, aunque no en el del demonio para empezar a combatir mi pobre alma. Me parece que después de este primer asalto y silbo del enemigo cumplí los diez años de mi edad. Y luego comenzó a hacerme guerra, con traerme a la imaginación lo que había visto y oído a la dicha doncella, que fueron sus palabras, como dije, harto disonantes y, con especialidad, en tan pocos años como también tenía la tal.

En fin, tomó o se valió el enemigo de la virtud de la pureza de dicha ocasión para perseguir mi alma, levantando en mi corazón una furiosa sugestión y estímulo que no sé si se llama concupiscencia o sensualidad, que me duró por espacio de diez años, poco más o menos; y me traía tan llena de miedo y temores, que me parecía

que, en sentir aquella sugestión contra la pureza, era estar en pecado mortal todo el tiempo que duró, pues fue mucho» (Autobiografía, T.I, P.I, f.11).

En el despertar a la vida, aquella pobre muchacha se encontró completamente sola para afrontar los desconciertos de la edad. Ni se atrevía a hablar de sus sufrimientos a su tía, que era la única posible confidente, ni menos encontraba consuelo en los confesores del lugar, que lo único que conseguían era ponerle cada vez más espanto de lo que experimentaba. Con este sufrimiento vivió, como ella misma dice, durante diez años y fue determinante en su posterior decisión de tomar el estado del matrimonio, pensando que, pues sentía esas cosas, no podría seguir la vocación religiosa a que se sentía inclinada.

A sus catorce años, se traslada a la ciudad de Bayona, donde su madre se encontraba desde hacía algún tiempo como ama de llaves del abad de aquella Colegiata. Vuelve a convivir con su madre y hermanos, y se reanuda la vida de familia, liberados ya de las inseguridades que padecía la viuda sola en el gobierno de las tierras del difunto marido. Los hermanos varones van a la escuela, mientras María Antonia teje albas para servicio de la Iglesia. Ella comenta con gracia:

«De mí nadie se acordó de enseñarme a leer, ni aun la Cartilla de los Cristos me pusieron en las manos; ni en mi vida había oído un libro espiritual ni de otra materia [...]. Yo, por cortedad, o porque no alcanzaba si me estaría bien el que me enseñasen a leer, no lo supliqué a nadie; y así me crie tan remota y ajena de espirituales consejos y doctrina, que me quedé hecha un zoquete, sin más habilidad que para ofender a Dios [...]. Todo

cuanto hacía, no llenaba mi corazón, porque todo se volvía para mí amargura con lo que padecía» (Autobiografía, T.I, P.I, f.14).

A la sombra del señor abad desarrolló sus capacidades y se entregó al ejercicio de la virtud, especialmente a la caridad con los pobres, a quienes daba limosna todo cuanto podía, hasta dar de su propia comida y ropa por aliviar las necesidades ajenas. El señor abad le daba libertad para repartir de su despesa, aunque su madre era bastante más reticente, como ella cuenta:

«Mi madre me solía reñir, porque decía que nunca había de tener cosa mía, por ser tan amiga de darlo todo. Yo entonces, no me daba nada, porque pensaba en no tener cosa propia; aunque no sería esto por virtud» (Autobiografía, T.I, P.I, f.17v).

Llegada a la edad de tomar estado, María Antonia sufre grandes dudas sobre el camino a seguir. Se sentía inclinada al estado religioso, pero su gran tribulación acerca de la castidad la hace por fin decidirse por el matrimonio. Su madre le presenta algunos pretendientes de buena posición, pero ella elige a un joven precisamente por ser pobre, aun contrariando a su madre:

«No podía pensar en bienes temporales ni deseaba vivir con ellos ni con persona que tuviera muchas riquezas, por parecerme más conforme a Dios ser pobres que ricos» (Autobiografía, T.I, P.I, f.29-29v).

Así, contrae matrimonio el 19 de marzo del año 1722 con el joven Juan Antonio Valverde, en la Iglesia Colegiata de Bayona. Era el día de San José, fecha

expresamente querida por ella por tenerle gran amor al Santo Patriarca.

Tras la alegre ceremonia de la boda, María Antonia cae pronto en la cuenta de que su elección de estado no había sido la mejor. Siente gran angustia pensando haberse equivocado y, sobre todo, temiendo haber sido infiel a Dios. Sin embargo, con la ayuda del Señor y el consuelo y luz obtenidos en el sacramento de la Penitencia, acepta la realidad y se determina a vivir su vida matrimonial según el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret.

«Después que ya no podía deshacer lo hecho, hice de cuenta que ya con afligirme no remediaría nada, porque ya no tenía libertad para tomar el estado de religiosa, [...] lo mejor era tratar entonces de cómo debía cumplir con las obligaciones del estado en que nuestro Señor me había puesto, procurando la paz y unión con que debíamos vivir, dando en todo lo lícito gusto al marido, según me lo mandaba el Señor; que en ello y en hacerlo así, cuanto estuviese de mi parte, también su Majestad se serviría de ello» (Autobiografía, T.I, P.I, f.33).

Así emprende su nueva vida. Su marido tenía, como ella dice, «genio allegador»: es decir, no amaba la pobreza como ella. Su deseo de mejoría económica le traía inquieto e incluso algo melancólico, hasta el punto de pensar en emigrar, como hacían tantos hombres de Galicia. A los diez meses de matrimonio, nace su primer hijo, Sebastián, el 20 de enero de 1723. Esto ocasionó una mayor inquietud aún a Juan Antonio, que no dejaba de insistir en su deseo de emigrar a Cádiz, en busca de mejor empleo. Por

fin, forzada por su insistencia, María Antonia da su consentimiento a la marcha del esposo, y se queda sola cuando el primer fruto del matrimonio no tenía más que diez u once meses de vida. Como una multitud de mujeres gallegas, a quienes Rosalía de Castro llamaría «viudas de vivos», María Antonia se ve obligada a afrontar en soledad la supervivencia y la educación del hijo. Ella le había pedido a Juan Antonio que la ausencia no fuese prolongada, pero comenta con cierta amargura:

«...aunque ellos, después que salen, muy poco se acuerdan de las obligaciones que dejan» (Autobiografía, T.I, P.I, f.40).

El Señor de la historia, sin embargo, cuidaba de ella y guiaba los acontecimientos hacia el cumplimiento de sus designios de amor. La soledad fue para María Antonia una escuela de oración en que comenzó a crecer en intimidad con el Señor y a experimentar cosas nuevas en su alma. En una situación difícil, acosada por un amigo de su esposo y en grave turbación, acude al Crucificado y recibe de Él una gracia extraordinaria que cambiará a partir de entonces toda su vida. En medio de una luz interior desconocida, el Señor le dice: «¡Sígueme!». Esta palabra fue el inicio de una etapa llena de favores extraordinarios, en medio de enfermedades que, secuela de su primer parto, la acompañarán toda su vida. Dedicada intensamente a la oración y a la práctica de la caridad, avanza rápidamente en el camino espiritual.

Pasados dos años y medio de la marcha de su marido, regresa éste por fin a su hogar. Poco después se

encuentra ella esperando su segundo hijo, una niña que nacerá en un parto muy difícil el 22 de junio de 1727. Al ver a María Antonia en grave peligro de muerte, Juan Antonio se conmueve y decide marcharse de nuevo, esta vez a Sevilla.

«Me dijo con mucho amor: “Hija, yo por no verte morir no me atrevo a vivir contigo, porque si yo te doy motivo de perder la vida en otro semejante lance como éste, no he de tener valor para verte morir; no quiero verte en ese peligro, y así me volveré a ir, que Dios me mantendrá en tu ausencia con su divina gracia libre de caer en ofensas tuyas; y a ti te dará fuerzas para mantenerte sola con tus dos niños, que no te veo capaz de poder tener más sin que mueras y esto no tengo corazón para verlo; y así dame licencia para irme con Dios”.

Yo a esto, si mal no me acuerdo, le dije: “Si yo me muriese en uno de estos lances, todo es morir y no será morir mal, pues muero en los accidentes del sacramento en que Dios me puso; y así no quiero que te vayas ni vengo en ello, si no es que tú no quieras vivir conmigo por tu voluntad”» (Autobiografía, T.I, P.I, f.87v-88).

Pero, a pesar de todo, cuando la niña Leonor contaba sólo dos meses, y a los catorce de haber regresado, el esposo se ausenta de nuevo. Nunca ya volverán a convivir.

El Señor hacía sentir a María Antonia un fuerte deseo de vivir «en pureza de alma y cuerpo», y ella ve en la decisión de su marido el medio por el que Dios quiso concederle lo que le hacía desear. A partir de este momento, se referirá a él siempre como «el hermano» pues, como ella dice:

«...no le llamaré sino “hermano” siempre que le nombre, pues la vida de marido se acabó aquí, y así no tengo para qué nombrarle con este nombre» (Autobiografía, T.I, P.I, f.90).

Con su salud totalmente quebrantada y dos hijos pequeños por criar, asume la nueva situación en total apertura al querer de Dios. En esta nueva soledad, Él la somete a un aprendizaje espiritual y humano intenso y se le manifiesta cada vez más fuertemente, acelerando una transformación interior extraordinaria, como si el Señor tuviese prisa de prepararla a la misión que la esperaba.

«Entendí de su divina Majestad: “No es mi voluntad, ahora, que mueras; sino que vivas en Mí”. ¿Cómo diré la vida que la sustancia de estas palabras dio a mi alma? Que palabras y obras –todo– aquí concurrieron a un tiempo. Empezó el Señor a soltar en mi alma el mar inmenso de sus misericordias: desabrochó el pecho de su amor para conmigo. En esta ocasión, parece me dio la mano de Esposo y empezó a regalar mi alma con tantos favores que no los sabré decir. Todo aquel vacío que antes sentía, lo llenó este divino Amante; que sin ver cosa corpórea, parece estaba yo toda llena de Dios. Y el manjar con que me alimentaba era con su mismo Espíritu, a mi entender, tan dulce y deleitable que parecía me hallaba ya en la gloria» (Autobiografía, T.I, P.I, f.152).

Busca dirección espiritual, dejándose guiar dócilmente. El progreso de su vida interior se hace casi vertiginoso. Amor y sed insaciables de Dios, creciente intimidad con Él en la oración, pruebas interiores,

males corporales, incomprensión y calumnias, experiencias sobrenaturales desconcertantes, obra divina avasalladora en el alma, amor apasionado a la Cruz, celo cada vez más ardiente del bien de las almas... todo culmina en una promesa aparentemente imposible. En medio de una situación difícil, oye en su interior estas palabras: «*En el corazón humilde y obediente reposa mi cabeza. Tú serás fundadora de un convento*» (Autobiografía, T.I, P.I, f.163v).

María Antonia no comprende cómo pueden ser verdad esas palabras, en las circunstancias en que ella está, pero el Señor le va asegurando en su interior que a su tiempo se cumplirán.

Por lo pronto, Dios empieza a enviarle jóvenes que solicitan unírsele para ser formadas por ella en la vida cristiana y en los ejercicios espirituales. Los padres de estas muchachas se las envían, contentos de que sus hijas sean educadas por ella. María Antonia no permite que se queden en su casa de noche, sino que las envía con sus padres, pero durante el día las tiene consigo, enseñándoles labores de manos e instruyéndolas en la vida espiritual por medio de lecturas y oración mental. El fervor de las jóvenes crece y se va perfilando en proyecto de vida común, consagrada a Dios en el trabajo y la oración.

Es en ésta época cuando el Señor, milagrosamente, le concede a María Antonia aprender a leer y escribir, fenómeno atestiguado por numerosos testigos.

Muy pronto, el grupo aumenta y supera el número de trece. Cuando María Antonia, movida por el Señor, solicita y obtiene (con licencia de su marido) poder

usar el hábito descubierto de terciaria del Carmen, comienza a despertarse en el pueblo un creciente rechazo de las gentes.

Esta costumbre de que los seculares terciarios vistiesen el hábito de la Orden a la que estaban asociados no era demasiado rara en su época, pero a María Antonia le es ocasión de numerosas burlas y tribulaciones. El grupo se convierte en objeto de mofa y desprecio, hasta el punto de que la mayor parte de las discípulas la abandonan, no porque dejen de apreciarla, sino por no padecer la repulsa de la gente. Llega a tal punto la persecución que su confesor es denunciado al Obispo de Tuy y éste le retira las licencias de confesar. Al mismo tiempo, María Antonia es rechazada de todos los confesonarios a los que se acerca.

En semejante atolladero, acude personalmente al Obispo de Tuy, haciendo a pie el camino hasta la ciudad episcopal con una compañera. Él, naturalmente, provee de remedio a la cuestión de los confesores, pero cuando ella le habla de la posibilidad de intentar una fundación para las jóvenes que la siguen, el Obispo la rechaza de manera absoluta.

En medio de tantas contradicciones y sufrimientos, los raudales de la gracia divina continúan derramándose sobre ella. Abundan las humillaciones y desprecios, incluso siendo vejada públicamente, pero el Señor la asegura y la sostiene: vive en esta etapa todo un proceso interior que culmina en el matrimonio espiritual, la experiencia de los dolores de la Pasión, la confirmación en gracia. Por entonces apenas cuenta con veintinueve años.

Al crecer las luces de Dios en su alma, el plan divino sobre ella se va abriendo camino. Por fin, comprende que la situación en Bayona se le hace insostenible y se determina a ir en busca del «hermano» con el fin de proponerle sus deseos de ser religiosa. Parece una empresa imposible, porque él ya le ha manifestado repetidas veces que nunca dará su consentimiento para ello. Pero el Señor le ha prometido que lo será, por lo que ella, a pesar de todo, no pierde la esperanza, aun no sabiendo cuál es el medio ni el momento para que el Señor le conceda sus deseos.

De esta manera, sale de Bayona acompañada de tres de sus discípulas, que para entonces vestían también el hábito del Carmen como terciarias. Tras una conmovedora despedida de su madre y de sus hijos, a quienes deja al cargo de su confesor y de la abuela, emprenden el camino las cuatro viajeras el 27 de enero de 1730, ya cayendo la noche.

En pleno rigor del invierno, hacen el camino a pie hasta Zafra recorriendo Portugal y deteniéndose en Coímbra. Allí ha oído María Antonia que se encuentra un colegio de carmelitas descalzos en donde residen muchos religiosos de gran experiencia y letras, y quiere consultar todo su caso antes de seguir adelante.

«Así que llegamos a esta ciudad, dije a las hermanas que se previniesen para hacer en todo la voluntad de Dios: que yo no daría paso adelante sin saber cuál sería su santísima voluntad por la boca de los padres [...]. Y que si nos decían que nos volviéramos, lo habíamos de hacer por dar gusto a Dios, aunque ya teníamos muchas leguas andadas, y el volver atrás parecía cosa dura

al natural; pero como fuese voluntad de Dios, todo se nos haría corto [...]. Yo iba en derechura a buscar la luz en la fuente» (Autobiografía, T.I, P.I, f.418v-419).

Tras largas consultas a los padres carmelitas y dominicos de Coímbra, después de haber sido aprobado abundantemente su espíritu, las cuatro continúan su camino. Entran de nuevo en España por Zafra y, allí, unos bienhechores admirados de su aventura, les proporcionan cabalgaduras y compañía de sus criados para cruzar Sierra Morena, que por entonces estaba infestada de peligros.

Finalmente llegan a Sevilla el 17 de marzo. El «hermano», avisado ya de su venida, las espera. Les tiene dispuesto alojamiento en casa de una buena mujer y, después de los saludos, las deja descansar aquella noche para encontrarlas al día siguiente.

Cuando a la mañana Juan Antonio se presenta a visitarlas, antes de que María Antonia aborde el tema crucial que la llevó allí, él adivina ya sus deseos y se adelanta a manifestarle una inquebrantable negativa. Si ella quiere tomarse trabajos para ayudar a aquellas muchachas a ser religiosas, hágalo en buena hora, que él se lo bendice. Pero en cuanto a separarse los esposos, no le da ni la más leve esperanza.

Esa noche, vigilia de San José, María Antonia acude al lugar donde reside Juan Antonio. Al verla llegar, la recibe en su cuarto y, sin muchas palabras, le dice a ella que tiene que marchar, pero volverá pronto. Allí la deja, cerrada con llave.

Es éste un momento destacado en la vida espiritual de María Antonia. Se queda sola y se sumerge

en oración, con una entrega ilimitada al querer del Señor. En un momento de profunda intimidad divina, el Señor le hace entrever las terribles sombras de tribulación que la esperan en el proceso de su misión, pero sin darle a conocer si su marido la dejará libre para ser ella misma religiosa.

En la duda, hace total oblación de sí en manos de Dios: «*“Señor de mi alma y todo mi Sumo Bien, no puede menos mi voluntad de hacer la tuya”. Esto lo decía toda yo temblando como una vara verde. Y dije: “Todos esos trabajos que me enseñas, Amado mío, los abrazo por tu amor, sin más interés que tu gloria, y más que después vuelva a vivir con mi marido” [...].*

Me quedé serena; pero, me parece, que mayor sacrificio que éste no lo había hecho en mi vida a su divina Majestad. Y, así, luego me quiso dar el mayor consuelo y gusto que en los días de mi vida he tenido. ¡Qué aprisa paga Dios nuestros cortos sacrificios! ¡Sea su bondad infinita alabada de todas sus criaturas!

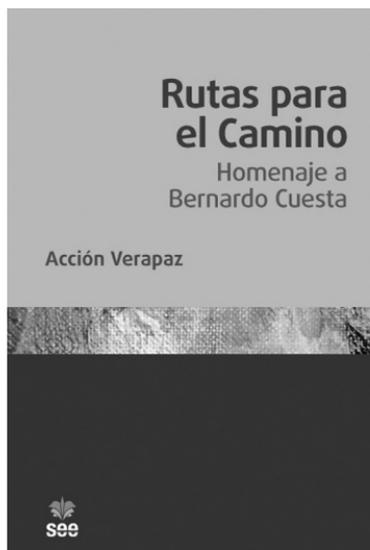
[...] *le decía con amorosas quejas: “Señor, el sacrificio está hecho de volverme con mi marido. Pero ¿es posible, Amado mío, que tengas valor de verme tan repugnante a ello y, por lo mismo, has de permitir que viva yo con un hombre?”*» (Autobiografía, T.I, P.I, f.480v-482).

Poco tiempo después, llega su marido completamente cambiado. Con gran conmoción le dice que no sólo le da permiso para ser religiosa, sino que él mismo quiere también entrar en religión. Ante tal maravillosa obra de Dios, María Antonia se deshace en gratitud y alabanza al Autor de semejante transformación.

El mismo Juan Antonio fija el día para hacer los dos juntos voto de castidad y religión, y, efectivamente, tras concienzudas consultas entre los letrados de Sevilla, incluido el Arzobispo, se dan mutua «carta de separación» en la Parroquia de San Miguel, el día de la Encarnación del Señor, año 1730.

En la segunda –y última– parte de la vida de la Madre María Antonia, veremos cómo el Señor guía su vida para fundar el monasterio de las carmelitas descalzas de Santiago de Compostela, donde fallecerá pasados unos años.

CARMELITAS DESCALZAS
Santiago de Compostela (España)



RUTAS PARA EL CAMINO

Autor:

Bernardo CUESTA

Colección: **ALJIBES**

Precio: 18,00 €

Páginas: 333

Año: 2013

ISBN: 978-84-8260-293-6

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Selección de sermones espirituales:

4. El Espíritu Santo actúa dentro de nosotros¹

«*Os conviene que me vaya*» (Jn 16,7)

En el evangelio de hoy, el Señor, queriendo consolar a sus discípulos, que estaban tristes por su partida, les dijo lo siguiente: «*Os conviene que me vaya; pues, si no me marcho, el Paráclito no vendrá a vosotros. Cuando venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio*» (Jn 16,7-8).

Hijos míos, lo primero que hemos de considerar muy atentamente en estas palabras es el hecho de que el Espíritu Santo no pudo ser enviado a los discípulos y amigos de nuestro Señor Jesucristo antes de ser despojados de la presencia física del Salvador y de que este se apartara de ellos. ¿Qué significa que Él se aparte de nosotros? No significa otra cosa sino privación de todo consuelo y toda devoción, pobreza espiritual, desolación y oscuridad interior. En ese estado, nos volvemos de repente torpes y duros para el bien, e interiormente fríos y oscuros. Quienes experimentan esta desola-

1. Corresponde al sermón 16 de la edición de Vetter. Hemos añadido los epígrafes y las referencias bíblicas.

ción interior, si saben descubrir su utilidad y sacar fruto de ella, es indecible cuánto aprovechan en la virtud y en su propia salvación. A aquel que sabe sobrellevar esta prueba con ánimo confiado, toda multiplicidad se le vuelve unidad, de modo que experimenta paz en la adversidad, honor en el desprecio, quietud en la perturbación y verdadera dulzura en toda amargura.

Dijo luego el Salvador: «*Cuando venga el Paráclito convencerá al mundo*», es decir, mostrará claramente al hombre si el mundo late aún escondido en su fondo interior. Si le encuentra un corazón según el mundo, le argüirá e increpará, y pondrá en evidencia sus defectos para que los vea con toda claridad. ¿Qué es el mundo dentro de nosotros? Las obras, el estilo y las impresiones del siglo, es decir, el consuelo, el gozo, la prosperidad, la adversidad, el amor, el temor, la tristeza y la preocupación según el mundo. Bernardo dijo: «*Con aquello con que te alegras y entristeces, con ello serás también juzgado*».

En verdad, el Espíritu Santo, en su venida a nuestras almas, manifestará todo esto más claramente que la luz, de manera que jamás tengamos paz en el alma en tanto toleremos alguna de estas cosas en nosotros y permitamos voluntaria y conscientemente que las criaturas se adueñen de nuestros corazones.

EL PECADO

Por lo demás, si un hombre está atrapado en tales defectos y ama a las criaturas por sí mismas en lugar de amarlas en Dios –eso es el mundo–, y, con todo, no

se siente interiormente reprendido, creedme, eso es signo cierto y evidente de que el Espíritu Santo aún no ha llegado a su fondo. Por eso dijo Cristo: «*Cuando venga convencerá al mundo*». A continuación añade: «*de pecado*». Veamos qué significa esto.

Dios es sapientísimo Creador de todas las cosas, y a cada una le ha fijado su propio fin. Puso en el fuego la tendencia a elevarse, y en la piedra, a caer. Hizo los ojos para ver, los oídos para oír, las manos para trabajar, los pies para caminar, y cada miembro obedece a la voluntad natural sin oposición, ya sea fácil o difícil, dulce o amargo lo que se le mande. Si la voluntad quiere perfectamente, los miembros obedecen con prontitud, tanto para la muerte como para la vida. Esto se ve muy claramente en los desdichados amantes de este mundo, cuyos corazones quiera el Espíritu Santo iluminar con su gracia. Estos, por satisfacer el vano amor que les tiene ocupados, o para adueñarse a su gusto de la cosa amada, renuncian a toda paz no solo voluntariamente, sino incluso audaz y hasta temerariamente, y ponen en peligro todos sus bienes, fama y honor.

Veamos ahora cuáles son nuestros pecados. ¿Quién, en la actualidad, obedece a Dios y acata todos sus mandamientos, renuncia a sí mismo y a todas las criaturas, como debiera, en la adversidad y la prosperidad, por amor a Dios, desde el fondo íntimo de su alma, en el que sólo Dios debe estar presente? Estos pecados los denuncia el Espíritu Santo en su venida, revelando al hombre que su empecinada resistencia a la voluntad divina y a sus inspiraciones es la causa de sus numerosos pecados contra Dios. Este y muchos

otros defectos ocultos reprende el Paráclito con su venida. Esta reprensión despierta en el hombre una fuerte y áspera conciencia de juicio y de pena infernal insoportable. Sobre estas realidades, los hombres de vida mundana, que viven según los deseos de su naturaleza, poco o nada saben.

Pero quienes sienten esa reprensión en su interior, poseen la prueba segura de la presencia del Espíritu Santo en sus corazones. Donde ese juicio tiene lugar, ahí hay una gran seguridad. Pues mil pecados que reconoces sinceramente y de los cuales te confiesas culpable no dañan tanto ni tienen tanto peligro como un solo pecado que tú rehúsas reconocer y te es puesto en evidencia por otro; un pecado que no produce en ti dolor ni remordimientos, sino que, como te consideras en posesión de la verdad, lo justificas. Por eso, aquellos que se sienten plenamente satisfechos con su forma de proceder y la consideran justa, pero les desagrada la de los demás y la juzgan como mala, esos están enredados en graves peligros. Fatigados por la lepra de su propia voluntad, nunca llegan a grado alguno de santidad.

LA JUSTICIA

Pero el Espíritu Santo convencerá también al mundo de justicia. ¡Oh Dios bondadoso, qué cosa tan miserable y vil es nuestra justicia ante tus ojos! De ahí viene lo que dijo San Agustín: *«¡Ay de nuestra justicia, si Dios no la juzga según su misericordia!»*. Dios, por medio de su profeta Isaías, dice: *«Como paño de menstruada son todas vuestras justicias»* (Is

64,5). Y en Lucas, la Verdad afirma por su propia boca: «*Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: “Siervos inútiles somos, pues hemos hecho lo que debíamos hacer”*» (Lc 17,10). Y el Apóstol dice: «*Todo el que cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña*» (Gal 6,3).

Siendo esto así, ¿qué se ha de pensar acerca de aquellos –y son hoy legión– que se complacen tanto en sus enseñanzas y en su forma de actuar, que no quieren confiar en Dios ni en los hombres, y cuidan de sí mismos como de la niña de sus ojos, de manera que no se abandonan a Dios en absoluto? Cuando Dios, por sí mismo o por medio de otros, los exhorta a renunciar a sí mismos y a abandonarse a Él, ellos anteponen sus propios criterios a tales amonestaciones y no se dignan obedecer lo más mínimo. No hay duda de que esos tales son personas muy poco abandonadas e inmortificadas. Si el Espíritu Santo estuviera presente en sus corazones, los reprendería, con toda seguridad, por su inmortificación. Pues cuando está verdaderamente presente, muestra claramente al hombre sus defectos, le enseña el verdadero abandono, humildad y todas las demás cosas necesarias para su salvación.

EL JUICIO

Después, el Evangelio sigue diciendo que el «*Paráclito convencerá al mundo de juicio*». ¿Cuál es ese juicio? Hay muchos que se arrojan el papel de jueces de los demás y, negándose a ver sus propios defectos y pecados, olvidan juzgarse a sí mismos. Sin embargo,

la Verdad infalible dice: «*No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados... Con la medida con que midáis, se os medirá*» (Lc 6,37-38). Un santo dice: «*Cuantos hayas condenado con tu juicio, por tantos serás tú despreciado*». Todos, no sólo seglares, sino también religiosos y eclesiásticos, quieren ser obispos, prelados y jueces de sus prójimos, cuando ni siquiera se conocen a sí mismos. Con este proceder, levantan e interponen gruesas murallas entre Dios y sus almas.

Por eso, hijos míos, si amáis a Dios y os importa vuestra salvación y felicidad eternas, os exhorto con todas mis fuerzas y os pido que no juzguéis a los demás, sino a vosotros mismos. Esto es de suma importancia para vosotros, si deseáis ser salvos y no ser juzgados por Dios y todos los santos. Que nadie se atreva a juzgar nada, salvo que sea manifiesto pecado mortal. Es mucho mejor morderme la lengua que juzgar a otro a la ligera. ¿Quién no ve que este juicio sobre los otros, nacido de la propia soberbia y autocomplacencia, es semilla oculta del diablo? El Espíritu Santo no puede habitar en aquellos en cuyos corazones germina y crece esta semilla.

Por lo demás, cuando el Espíritu Santo juzga por medio de los hombres allí donde es necesario, espera el momento y lugar oportunos para hacerlo. Pues nadie debe ser reprendido con tal vehemencia y ardor que, en lugar de curar una herida, inflija otras tres o cuatro. Tampoco haga uso de palabras duras, no le ponga mala cara ni le muestre animadversión, no sea que se haga despreciable en los corazones de los otros. Por el contrario, toda reprensión debe hacerse

con amor y mansedumbre. De este modo, el que re-
prende guarda en sí mismo la humildad y la pobreza
de espíritu, y tomándolas como guía en todo lugar y
en toda obra, tanto en presencia de otros como en la
soledad, dejado a un lado todo lo que no le ha sido
confiado ni le atañe, se guarda a sí mismo en verda-
dera simplicidad.

VARIOS CONSEJOS

Y vosotros, hijos míos, no aspiréis al conocimiento
de ciencias y artes sutiles y elevadas, sino que, entran-
do en vuestro fondo interior, aprended allí a conocer
a vosotros mismos. No os preocupe en absoluto cono-
cer los misterios de Dios, el flujo y reflujo del Ser, el ser
y la nada, la chispa del alma en su esencia. No se os
ha confiado a vosotros conocer los misterios de Dios.

Nada hay más útil que una fe simple, íntegra y
verdadera en un solo Dios en Trinidad de personas,
no múltiple, sino simple y puro. Pues ignoramos por
completo dónde están Arrio y Sabelio, que compren-
dían maravillas sobre la Trinidad, y lo mismo el sabio
Salomón y Orígenes, que legaron a la santa Iglesia
obras admirables y óptimas enseñanzas. Por eso, mi-
raos a vosotros mismos y que cada uno se preocupe
de lo suyo, seguros de que nadie responderá por voso-
tros, sino que cada uno llevará su propia carga.

Buscad a Dios y guardad su voluntad. Atended a
vuestra vocación, cuidando de ella día y noche, de for-
ma que agradéis a Dios y le sigáis pronta y alegremen-
te adondequiera que os llame. Y si aún no conocéis su

beneplácito, acudid a guías experimentados e iluminados por la gracia del Espíritu Santo, y seguid sus consejos. Pero, si ni siquiera tenéis tal posibilidad, refugiaos simplemente en Dios. Él os dará cuanto os sea necesario, con tal de que perseveréis en la oración. Y si con eso no os basta, haced lo siguiente: inclinaos a hacer aquello que más fastidie a vuestra naturaleza, aquello por lo que sienta menos apego. No te quepa la menor duda: cada vez que la naturaleza es mortificada, Dios todopoderoso empieza a vivir y a ser más verdaderamente en nosotros.

El Evangelio, al afirmar que el Espíritu Santo no pudo ser enviado a sus discípulos en tanto no les hubiese sido sustraída la presencia corporal de Cristo, nos está invitando a preguntarnos seriamente cuáles son nuestras preferencias, qué cosas nos atraen y por cuáles sentimos más apego. Yo mismo os exhorto, hijos míos, a que renunciéis a todo por amor a Dios, pues renunciando a todo lo recibiréis todo. Creedme: si lo hacéis, Dios os otorgará una dulce recompensa en esta vida.

LA VERDAD

Por último, el Evangelio dice: «*Cuando venga el Espíritu de la verdad, él os enseñará toda verdad... y os anunciará lo que ha de venir*» (Jn 16,13). No nos lo enseñará todo, es decir, si la tierra producirá abundantes cosechas, si los frutos se comprarán a bajo precio, si cesará el estruendo de las guerras. No, cosas así no nos las enseñará el Espíritu Santo, sino que nos sugerirá todo lo necesario para alcanzar una vida perfecta

y el conocimiento oculto de la verdad, de la maldad de la naturaleza, de la falsedad del mundo y de la astucia de los demonios.

Hijos míos, de nuevo os digo: seguid el camino recto del Señor con diligencia, seriedad y sabiduría. No como algunos, que cuando Dios los llama adentro, se van afuera, y cuando Dios los llama afuera, se van adentro. Lamentable y perversa es la condición de estos.

«*Y os enseñará –dice el Señor– toda verdad*». Pues cuando el Espíritu Santo entra en nuestro corazón como huésped, nos enseña toda la verdad, es decir, todo lo que necesitamos para la vida interior y exterior; nos muestra también, de una forma íntima y pura, clara y profunda, nuestros defectos y nos reprende severamente; y nos hace ver nuestra nada por no ser fieles a la verdad y seguir culpablemente lo que no tiene valor. Nos enseña, asimismo, que debemos sumirnos en una profundísima humildad y someternos totalmente a Dios y a todas las criaturas. Esta humildad esencial es un arte y una ciencia en la que están contenidas todas las artes y toda la sabiduría necesarias para la santidad. Esta humildad ha de residir no en las solas palabras, sino en el interior, en el fondo del alma.

El Señor, Dios nuestro, nos conceda prepararnos de tal manera, que el Espíritu Santo nos posea por medio de su gracia y nos enseñe toda la verdad. Amén.

FRAY JUAN TAULERO

Oración al Espíritu Santo¹

Espíritu Santo consolador, que en el día santo de Pentecostés descendiste sobre los Apóstoles y henchiste aquellos sagrados pechos de caridad, de gracia y de sabiduría, suplícame, Señor, por esta inefable largueza y misericordia, hinches mi alma de tu gracia, y todas mis entrañas de la dulzura inefable de tu amor.

Ven, oh Espíritu Santísimo, y envíanos desde el cielo un rayo de tu luz. Ven, oh Padre de los pobres. Ven, dador de las lumbres y lumbre de los corazones. Ven, consolador muy bueno, dulce esposo de las almas y dulce refrigerio de ellas.

Ven a mí, limpieza de los pecados y médico de las enfermedades. Ven, fortaleza de débiles y remedio de caídos. Ven, maestro de los humildes y destructor de los soberbios. Ven, singular gloria de los que viven, y salud única de los que mueren.

Ven, Dios mío, y aparéjame para ti con la riqueza de tus dones y misericordias. Embriágame con el don de la sabiduría, alumbrame con el don del entendimiento, rígeme con el don del consejo, confírmame con el don de la fortaleza, enséñame con el don de la

1. Esta oración pertenece al *Tratado de algunas muy devotas oraciones para provocar al amor de Dios y de las otras virtudes* y ha sido tomada de Fray Luis de Granada, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentenebro, Madrid 1906, 330-331. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

ciencia, hiéreme con el don de la piedad, y traspasa mi corazón con el don del temor.

Oh dulcísimo amador de los limpios de corazón, enciende y abrasa todas mis entrañas con aquel suavísimo y preciosísimo fuego de tu amor, para que todas ellas así abrasadas sean arrebatadas y llevadas a ti, que eres mi último fin y abismo de todos los bienes.

Oh, dulcísimo amador de las almas limpias, pues tú sabes, Señor, que yo de mí ninguna cosa puedo, extiende tu piadosa mano sobre mí, y hazme salir de mí, para que así pueda pasar a ti. Y para esto, Señor, derriba, mortifica, aniquila y deshaz en mí todo lo que quisieres, para que del todo me hagas a tu voluntad, para que toda mi vida sea un sacrificio perfecto. Que todo se abraza en el fuego de tu amor.

¡Oh, quién me diese que a tan grande bien me quisieses admitir! Mira que a ti suspira esta pobre y miserable criatura tuya día y noche. Tuvo sed mi alma del Dios vivo. ¿Cuándo vendré y apareceré ante la cara de todas las gracias? ¿Cuándo entraré en el lugar de aquel tabernáculo admirable hasta la casa de mi Dios? ¿Cuándo me henchirás de alegría con tu rostro? ¿Cuándo me veré saciado con tu gloriosa presencia? ¿Cuándo por ti seré librado de la tentación, y en ti traspasaré el muro de esta mortalidad?

¡Oh, fuente de resplandores eternos! Devuélveme, Señor, a aquel abismo de donde procedí, donde te conozca de la manera que me conociste, y te ame como me amaste, y te vea para siempre en compañía de todos los escogidos. Amen.

POESÍA

Este deseo, Dios, esta agonía

Este deseo, Dios, esta agonía
de no saberte cerca me enloquece,
me muerde el corazón, me lo flagela
y se esculpe mi grito en plena noche.

Vivo con estas horas desangradas
prisionera del llanto y la tristeza,
hasta cuándo mi barca será carne
llagada por tu rayo enamorado.
Nací para vivir, para tenerte,
desde mi pobre lágrima te invoco:
Señor, hazte Pañuelo, Voz, Figura,
que ya mis ojos tiemblan esperándote.

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

Bibliografía

MANUEL LÓPEZ CASQUETE, *La tienda del encuentro. A Jesús por el camino del Silencio*. Editorial Desclée De Brouwer, Bilbao 2013. 91 pp.

El autor es un laico perteneciente a la Comunidad de Vida Cristiana (CVX) –de espiritualidad ignaciana–, y seguidor de la Escuela del Silencio fundada por el P. Moratiel. Éste es su tercer libro en el que trata de ayudar a los lectores a conocer y profundizar en el Silencio.

Además de seguir el pensamiento de Moratiel, lo enriquece con aportaciones de santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola y otros maestros espirituales. También se apoya en la sabiduría del budismo Zen y de otras religiones, aunque siempre en consonancia con el Evangelio. De hecho, lo que más cita son textos bíblicos.

El libro se divide en dos partes. En la primera, Manuel nos habla del encuentro con Dios en la «Tienda del Encuentro» (cf. Ex 33,7-11), es decir, en el fondo del alma, pues «*cada ser humano está invitado a descubrir su verdadera identidad mediante la contemplación de lo infinito en lo más profundo de su oración*» (p. 20). En la segunda parte nos anima a hacer fructificar el Silencio saliendo al mundo, al encuentro de los demás: «*La experiencia del Silencio para un cristiano es*

encontrar al Señor en lo profundo, en el misterio interior, y desde ahí lanzarnos al encuentro con la vida, entregarnos al servicio de los demás, como Jesús en la última cena, cuando se arrodilló para lavar los pies a sus discípulos» (p. 82). El libro acaba con un apéndice en el que explica la técnica para hacer oración de Silencio.

Se trata de una obra que se lee muy bien. Manuel escribe con gran belleza y sencillez. Los capítulos son cortos, de dos o tres páginas, lo que ayuda a meditar su rico contenido poco a poco. Este libro es muy recomendable para los discípulos de la Escuela del Silencio, pero también para todo aquel que quiera conocer un camino de oración que le lleve al encuentro con Dios en el corazón y quiera después compartir con todos ese «tesoro» que ha encontrado.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ CREMADES, *Una vida según el Evangelio*.

Editorial Noticias Cristianas, Barcelona 2012. 158 pp.

Se trata de un pequeño libro, lleno de densidad a la vez que sencillez evangélica, donde el autor, José María Cremades, ha sabido recoger y desarrollar con meridiana claridad los principales fundamentos de nuestra fe. Digamos que es un buen resumen del Catecismo de la Iglesia.

A lo largo de 31 breves reflexiones, el autor va explicitando y exponiendo las claves de nuestra fe, arropadas por continuas citas bíblicas, por el pensa-

miento de los más destacados pensadores cristianos como san Agustín, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola..., y por la orientación de los mensajes de los Papas Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI.

Se trata, en definitiva, de un libro muy aconsejable para la iniciación y reflexión de personas interesadas en el conocimiento y práctica responsable de nuestra fe cristiana. Puede resultar muy útil para un catecuminado de adultos, y también para un reciclaje en la fe de personas que, por circunstancias de la vida, han vivido su pertenencia a la Iglesia de una manera rutinaria.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

JESÚS ESPEJA. *Huellas con futuro en algunos signos de nuestro tiempo.*

Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2013. 160 pp.

Huellas con futuro en algunos signos de nuestro tiempo, es un libro que refleja y sintetiza una vez más la permanente inquietud del dominico Jesús Espeja por captar los desafíos que la realidad de nuestro mundo presenta a nuestra fe. Los nuevos horizontes, que cada generación humana va descubriendo en su evolución tanto material como espiritualmente, llevan pegados consigo una serie de logros y limitaciones. Indudablemente que el acelerado desarrollo tecnológico de estas últimas décadas, junto a los indudables beneficios que han reportado a las sociedades humanas, han traído consigo nuevos desafíos morales, a los que muchas veces no se ha sabido dar respuesta, quedando desacompasada o marginada la dignidad

humana, dando lugar de esta manera a nuevos sufrimientos y creando un gran vacío espiritual, incapaz de satisfacer el desarrollo material.

En plena madurez de su pensamiento teológico y con una mirada atenta a toda la realidad, Jesús Espeja hace un diagnóstico preciso y sereno de los grandes problemas, tales como la globalización de una economía neoliberal, en donde la ley del más fuerte está generando una ingente cantidad de gentes pobres e indefensas, al margen de un sistema que favorece a una minoría poderosa. Hace también una acertada reflexión sobre la manipulación que ejercen los medios de comunicación, el problema de la emigración, la secularización de nuestra sociedad, la emancipación de la mujer..., para terminar con una invitación a la esperanza tan enraizada en nuestra fe cristiana.

Huellas con futuro... es un estupendo manual, conciso y preciso, que debiéramos leer todos los que tenemos preocupación por buscar una salida responsable a los difíciles retos que cada mañana nos presenta esta sociedad.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

MANUEL DIEGO SÁNCHEZ (ED.), *Castillo de cristal. Escuchar y acompañar a Teresa de Jesús*.
Editorial de Espiritualidad, Madrid 2013. 433 pp.

Fray Manuel Diego Sánchez, carmelita descalzo y director de la Editorial de Espiritualidad ha tenido la gran idea de concentrar en un librito de bolsillo lo fundamental del pensamiento teresiano, con el fin de

que podamos tenerlo a mano en nuestro día a día y así poder meditarlo, por ejemplo, mientras vamos en autobús al trabajo o en la cama antes de dormir. También puede resultar útil en oraciones comunitarias o para hacer unos ejercicios espirituales teresianos.

Éste es el contenido del libro explicado por el propio autor en la contraportada: «*Una antología o selección de pensamientos teresianos, con índice de materias e índice litúrgico*». Éste es el núcleo principal del libro. Son en total 587 breves pensamientos de la Santa que ocupan más de la mitad de la obra. Asimismo, nos ofrece: «*Propuestas e información acerca de diversas rutas teresianas en forma de peregrinación. Textos de la liturgia teresiana, bien introducidos y explicados, junto a otro material nuevo. Un devocionario teresiano para vivir jornadas de preparación o acción de gracias en torno a santa Teresa. Un repertorio poético con lo mejor de la poesía castellana en torno a ella. Y hasta se reproducen los retratos morales o literarios de su personalidad, según la conocieron quienes convivieron con ella*».

En definitiva, mediante esta magnífica obra, santa Teresa nos ayuda a buscar, encontrar y disfrutar de la presencia del Amado en nuestro corazón.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

JOSÉ MIGUEL PERO-SANZ, *Aguardando al Cielo. En torno a la esperanza.*

Ediciones Palabra, Madrid 2013. 140 pp.

Es un libro sobre el Cielo. Sobre lo que es y sobre cómo caminar hacia él. Lo primero que se percibe en

la lectura de esta obra es su estilo ágil, fácil, a pesar de que trata de asuntos que se sitúan en el misterio, como es el Cielo. La seguridad con la que expone sus tesis facilita ese estilo.

Saber qué es el Cielo puede ser un tanto pretencioso. Pero el autor se acoge a tesis clásicas que nos hablan de la gloria *esencial*, que entra en el ámbito de lo divino, y de las *glorias accidentales*, que responden a mejorar lo bueno y bello que aquí disfrutamos los seres humanos. No es un libro para plantearse problemas. Es, más bien, un libro de respuestas sencillas a esos problemas. Un libro de espiritualidad que continúa el espíritu ético y espiritual de san Josemaría Escrivá, de quien se siente el autor profundamente devoto y al que cita con frecuencia.

El libro ofrece una visión esperanzada del ser humano (sin ahondar mucho en lo que implica la esperanza), por el fin al que está llamado: el Cielo, y porque merece la pena, y produce alegría, seguir el camino que nos lleva hacia él. Son múltiples las referencias bíblicas, fijándose en personajes de la Sagrada Escritura más que en palabras. Está aderezado por episodios que el autor relata con estilo agradable.

En fin, esta obra pretende divulgar la espiritualidad vivida en el ámbito del Opus Dei, que el autor entiende que haría feliz a quien se acerca a ella en esta vida y le permitiría alcanzar el Cielo.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

La vocación a la vida solitaria

La actual sociedad posmoderna «produce» cada vez más gente solitaria. En los países desarrollados, muchas personas viven solas porque así lo prefieren, ya que les cuesta mucho convivir con otros.

Dentro de estos «solitarios» los hay que buscan seguir a Cristo lo mejor posible. Pero la vida comunitaria les genera problemas. No es porque sean «raros» ni porque tengan problemas psicológicos: simplemente han concurrido en ellos ciertas circunstancias que les han hecho así: solitarios. Su vida consiste básicamente en ir a trabajar y en vivir solos en su casa. De vez en cuando van al cine, quedan con un amigo o visitan a sus familiares. Son felices así. Pero, como nosotros, también necesitan tener experiencia de Dios.

Sabemos que la vida solitaria es una vocación muy especial, pues la Iglesia es esencialmente comunitaria: está formada por la comunidad de bautizados. San Pablo nos dice que cada uno de los bautizados somos miembros de un Cuerpo, que es Cristo (cf.

1Cor 10,12-31; Rm 12,4-8). Por eso los bautizados que viven en solitario y no tienen una comunidad de referencia, han de hacer un esfuerzo por vivir en comunión con la Iglesia.

Entre ellos hay algunos a los que les gustaría poder comprometerse fuertemente con Jesús y tener una vida lo más «religiosa» posible, pero, obviamente, no pueden entrar en un Instituto religioso porque son incapaces de vivir en comunidad. Pues bien, podríamos decir que, muy probablemente, a algunas de estas personas Dios les ha llamado a la vida eremítica, no para dejar todo e ir a vivir a una choza en medio del campo –al modo de los antiguos ermitaños– sino para vivir la soledad en su propia casa, sin tener que dejar el trabajo ni su vida normal.

Siendo yo capellán de monjas en el sur de Francia, tuve que vivir en soledad durante tres años y conocí a varias personas que también vivían solas, y que buscaban una fuerte experiencia de Dios. Yo les invitaba a practicar la vida eremítica en su casa.

Para una persona que quiera emprender esta forma de vida, es importante que tenga en cuenta lo siguiente:

Toda su casa, o al menos la sala donde duerme, ha de estar acondicionada como un oratorio, es decir, con un ambiente que invite al recogimiento y el encuentro con Dios. Para ello es bueno que coloque un icono, un crucifijo o una imagen de la Virgen, por ejemplo. Asimismo ha de quitar todo aquello que le pueda distanciar de Dios, por ejemplo, fotos o dibujos inapropiados para un oratorio. También es importan-

te que haya una cierta armonía en la sala, porque el orden externo nos ayuda a que tengamos orden interno, en nuestro corazón.

Dice Jesús: *«Tú, en cambio, cuando ores, retírate a tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará»* (Mt 6,6).

Asimismo, esta persona ha de seguir un horario fijo de rezos: al menos Laudes, Vísperas y Completas. Y cuando ore, ha de tener presente que lo hace en comunión con toda la Iglesia.

Así se nos dice en los Hechos de los Apóstoles: *«Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común»* (Hch 2,44)

A nivel sacramental, es muy importante que vaya todos los días a Misa y se confiese asiduamente.

Hechos de los Apóstoles vuelve a darnos la clave: *«Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón»* (Hch 2,46).

La persona solitaria ha de buscar buenas lecturas espirituales que le ayuden a tener una profunda experiencia de Dios.

Como dice el salmista: *«Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero»* (Sal 118,105).

También necesita un buen acompañante espiritual. Puede ser, por ejemplo, una monja, el párroco o un seglar maduro y bien formado.

Así se lo dice Tobit a su hijo Tobías: «*Sigue el consejo de los prudentes y no desprecies ningún buen consejo*» (Tob 4,18).

Asimismo, sería bueno que esta persona realizara alguna labor caritativa una vez a la semana o al mes. Por ejemplo, puede colaborar en un comedor para indigentes o en el despacho parroquial de Cáritas, o ayudar a un vecino anciano que vive solo.

Recordemos la parábola del Juicio Final: «*Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?*». El Rey les responderá: “*Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, lo hicisteis conmigo*”» (Mt 25,40).

El que vive en solitario ha de cuidar a quién invita a su casa, pues ésta es ahora un «pequeño monasterio», y a un monasterio no entra cualquiera, pues en él ha de haber una santa clausura.

El salmista nos dice quién puede entrar en clausura: «*Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo? El que procede honradamente y práctica la justicia, el que tiene intenciones leales y no calumnia con su lengua, el que no hace mal a su prójimo ni difama al vecino*» (Sal 14,1-3).

Obviamente, la persona solitaria ha de evitar hacer cualquier cosa que le pueda desordenar interiormente.

Éste es el consejo del salmista: «*Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la*

senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos; sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche» (Sal 1,1-2).

Y, por último, lo más importante, el solitario ha de tener bien claro cuál es su vocación principal: orar por la Iglesia y la humanidad, intentando vivir siempre en la presencia de Dios.

Así se lo decía Jesús a sus discípulos: *«Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis» (Jn 15,7).*

En conclusión, el eremitismo es una forma muy especial de vida dentro de la Iglesia. Son pocos a los que Jesús llama a seguir este camino. Pero a los que llama, y son fieles a Él, Jesús les colma de gracia.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

La fe, carisma de la Orden de Predicadores

Consideramos que es muy lógico recordar y reflexionar sobre la fe como elemento fundamental del carisma de la «Orden de Predicadores», es decir, de la Orden constituida por las dominicas y los dominicos. Porque, como dice San Pablo: «*La fe viene de la predicación, y la predicación, por la palabra de Cristo*» (Rm 10,17). Por eso, el carisma de esta Orden es vivir y transmitir la fe, la fe en Cristo, Palabra de Dios; que eso es lo que significa evangelizar según el mismo Apóstol (cf. 1 Cor 1,17-24). Y eso mismo es lo que establece la *Constitución Fundamental*¹ de la Orden de Predicadores; siendo confirmado todo esto por la Liturgia, que designa a los miembros de la Orden como «defensores y campeones de la fe»².

LA FE, UNIDA A LA CARIDAD

Ahora bien, como dice Benedicto XVI en su profundo mensaje cuaresmal de 2013: «*Toda la vida cristiana consiste en responder al amor de Dios. Y la primera respuesta es precisamente la fe, acoger llenos*

1. Cf. ORDEN DE PREDICADORES, «Constitución Fundamental», en *Libro de las Constituciones y Ordenaciones de los frailes de la Orden de Predicadores*, Sevilla 2010, 31-34, § I-V. A este libro lo citaremos a partir de ahora por sus siglas: LCO.

2. Cf. ORDEN DE PREDICADORES, *Misal de la Orden*, Fiesta de Nuestro Padre Santo Domingo, Oración sobre las ofrendas y prefacio.

*de estupor y gratitud una inaudita iniciativa divina que nos precede y nos reclama. Y el sí de la fe marca el comienzo de una luminosa historia de amistad con el Señor, que llena toda nuestra existencia y le da pleno sentido»*³. Pero fijémonos que se trata de una fe auténtica, viva, que, como Benedicto XVI explica con detalle en su mensaje, ha de estar animada por el amor, por la caridad, que resume todo el Evangelio (cf. Mt 22,40; Rm 13,10; 1Cor 13). Y de ello el Papa Francisco hace aplicaciones muy prácticas, animándonos a amar al Cristo Total, Cabeza y Cuerpo con sus miembros (cf. Mt 25,31-46; 1Jn 3,17).

LA FE, CAMINO DE LIBERACIÓN

Por todo lo cual, la Iglesia pide en la oración del Primer Domingo de Cuaresma: «... *avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud*». Y Cristo es «*el Camino, la Verdad –lema de la Orden de Predicadores– y la Vida*» (Jn 14, 6). Por eso queremos *mantenernos en su Palabra, ser de verdad sus discípulos, conocer la verdad, y la verdad nos hará libres* (cf. Jn 8,31-32). Libres personalmente, libres las familias y libre la sociedad. La auténtica teología (sabiduría de Dios y de Cristo, Hombre-Dios) siempre ha sido y será liberadora, porque «*ayer, como hoy, Jesucristo es el mismo, y lo será siempre*» (Hb 13,8).

Es la fe que predicaron, entre otros, Santo Domingo de Guzmán en el siglo XIII, San Vicente Ferrer en

3. BENEDICTO XVI, *Mensaje de Cuaresma de 2013*, n° 2. «La caridad como vida en la fe».

los siglos XIV-XV y fray Antón de Montesinos y fray Bartolomé de las Casas en el siglo XVI. También esa es la fe anunciada en las encíclicas sociales de los Papas en los siglos XIX-XXI, cumpliéndose así el mandato imperecedero (cf. Lc 21,33) de Cristo a Pedro y a sus sucesores: «...*confirma en la fe a tus hermanos*» (Lc 22,32).

LA FE, VICTORIA DE LAS TENTACIONES

El Evangelio nos recuerda que Jesús empezó su vida público-mesiánica en un clima de austeridad y oración (sus cuarenta días en el desierto), superando las tres tentaciones del Maligno (cf. Mt 4,1-10; Lc 4,1-13), tras lo cual, añade San Lucas: «*Acabada toda tentación, el demonio se marchó hasta otra ocasión*» (Lc 4,13).

A nosotros, que somos su «Cuerpo místico» o sus «miembros» (cf. Ef 1,23; 5,30), nos pueden acechar también esas tentaciones, como declara San Juan: «... *concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida...*» (1Jn 2,16); dicho en lenguaje corriente: «sibaritismo/sexualismo, bienes materiales y orgullo egoísta».

Esa ideología y práctica mundana está gráficamente descrita en el capítulo 2 del libro de la Sabiduría; y esa mundanidad se manifiesta, en gran parte, en ciertos medios de comunicación. Por eso hemos de colaborar con los medios de comunicación de orientación cristiana. El mismo San Juan escribió: «*¿Quién es el que vence al mundo [y sus tentaciones], sino el que*

cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (1Jn 5,5). Y aunque es verdad que «*sin Él nada podemos*» (Jn 15,5); sin embargo, «*todo lo podemos en Aquél que nos conforta*» (Flp 4,13).

Precisamente los votos de castidad, pobreza y obediencia se ordenan a superar esas tres tentaciones, esos tres ídolos del mundo; además de asemejarnos sobre todo a Jesucristo, según nos dice San Pablo: «*Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo*» (Flp 2, 5); y «*revestíos del Señor Jesucristo*» (Rm 13, 14). En esta misma línea está formulado el llamado «*Testamento de Santo Domingo*»⁴ en el que se presenta una trilogía de virtudes: «*amor verdadero, humildad y pobreza*», que sintetizan el «*camino de Cristo*», que se contrapone a la senda mundana (cf. 1Jn 2,16).

LA FE, CONOCIMIENTO DEL DIOS-AMOR

Ahora bien, lo medular de nuestra fe, lo que irá transformando nuestra vida, y lo que hemos de transmitir para que el pueblo cristiano y todos vivamos esa conversión constante de que nos habla Jesús (cf. Mc 1,15), y creamos coherentemente en el Evangelio (cf. Mt 7,24-25), es lo que nos declara el Espíritu Santo por medio de San Juan: «*Y nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene*» (1Jn 4,16). Y unos pocos versículos antes dice: «*Queridos, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios,*

4. Cf. PEDRO FERRANDO, cap. 36, BAC; y Edibesa, n. 50, págs. 424-425

y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es Amor» (1Jn 4,7-8).

En efecto, si Jesús nos dice: *«Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros»* (Jn 15,9). ¿Habrá alguien que dude de que Dios Padre ame a su Hijo Jesucristo? Pues lo mismo que creemos lo primero, hemos de creer también lo segundo, ya que es el mismo Jesús quien nos dice ambas cosas. Eco de esta verdad es la afirmación del Apóstol: *«...vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí»* (Gal 2,20). Y dice también: *«El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas?»* (Rm 8,32). Y lo mismo nos enseña el Evangelio de San Juan (cf. Jn 3,16).

Efectivamente, ya en el Antiguo Testamento –que es preparación del Nuevo– Dios nuestro Señor nos manifestaba un amor entrañable por medio del profeta Isaías: *«¿Acaso olvida una madre a su niño de pecho, y deja de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré»* (Is 49,15). Y dice el profeta Zacarías: *«Así dice el Señor Todopoderoso: Siento un amor extremado por Sión y me consumo de pasión por ella»* (Zac 8,2).

Quizá alguien pueda pensar: «esas verdades tan bellas y sublimes bien están para los místicos y los santos..., pero para los cristianos de a pie nos vienen algo anchas». Sin embargo, Jesús quiere que todos aprendamos de la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18,9-14), y que tengamos presentes sus palabras:

«No necesitan médico los que están sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a conversión a los justos, sino a los pecadores» (Lc 5,31-32). «Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10).

En este sentido escribe San Pedro: «Dios da su gracia a los humildes» (1Pe 5,5). Se trata de la gracia de la fe, del amor, de la oración.... Del mismo modo se expresa San Juan (1Jn 1,8-10). Y, en la misma línea, el Papa Francisco suele tener, en sus alocuciones, aplicaciones prácticas muy concretas.

ORACIÓN Y ESTUDIO, FUENTES DE FE

Estas verdades fundamentales y llenas de vida las asimilan los miembros de la Orden de Predicadores a lo largo de su existencia por medio de la oración y el estudio. Así, los Apóstoles afirmaron: «...nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra» (Hch 6,4). Como vemos, se trata de un programa que está en consonancia con el «*Contemplari et contemplata aliis tradere*» –es decir, del «Contemplar y ofrecer a los demás lo contemplado»– que propone Santo Tomás de Aquino, y que pasó a ser el lema de la Orden de Predicadores.

Este programa de los Apóstoles lo explica de este modo Santo Tomás: «Así como es más perfecto iluminar que ver la luz solamente, así también [es más perfecto] comunicar a los demás lo que se ha contemplado que solamente contemplar» (ST II-II, q. 188, a. 6, c.).

Y en el artículo anterior (el 5) enseña que el «*contemplari*» incluye, además de la oración, el estudio; y,

citando a San Jerónimo, afirma que «*el Espíritu Santo suplía en los Apóstoles la necesidad del estudio*». Por eso concluye el Santo Doctor que la Orden de Predicadores –y las que tengan equivalente finalidad– gozan del mayor rango en la Iglesia, por ser las más cercanas a la función apostólica⁵.

APOSTOLICIDAD DE LA ORDEN

Santo Domingo de Guzmán fundó la primera Orden a la que la Santa Sede le permite predicar el Evangelio y difundir íntegramente la doctrina católica, labor que hasta entonces estaba restringida a los Obispos. Por ello es considerada la primera Orden apostólica de la Iglesia, prototipo de las demás que han seguido su ejemplo. Esta realidad histórica se la recordaba el venerable Pablo VI al Maestro de la Orden, con motivo del Capítulo General de Bogotá del año 1965. Al respecto, afirmaba Pablo VI: «*Nos es grato recordar también el hecho de que, desde vuestra fundación, habéis estado de muy especial modo unidos a la Iglesia universal. [...] Fuisteis vosotros quienes, gracias a vuestro Padre y Fundador Santo Domingo, iniciasteis esa consagración a la Iglesia universal por el ejercicio de un nuevo y extraordinario apostolado, consistente ante todo en el ministerio de la Palabra*»⁶.

5. «*Sic ergo summum gradum in religionibus tenent quae ordinantur ad docendum et praedicandum. Quae et propinquissimae sunt perfectioni episcoporum*» (ST II-II, q. 188, a. 6, c.). A los obispos la Iglesia les presenta como sucesores de los Apóstoles (cf. *Lumen gentium*, n° 20).

6. PABLO VI, *Carta del 30 de junio de 1965*, inserta en las Actas del Capítulo General de Bogotá de 1965.

Como vemos, Pablo VI dice de la Orden de Predicadores lo mismo que dice San Lucas acerca de los Apóstoles: «...*nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra*» (Hch 6,4). Efectivamente, esto es lo que dice la *Constitución Fundamental* de la Orden de Predicadores: «...*hablando con Dios [en la oración] o de Dios [por medio de la predicación]*» (§ II). «*Por eso, en los comienzos de la Orden, al convento se le llamaba “sagrada predicación”*» (§ I).

ECLESIALIDAD DOMINICANA

Más aún, si estudiamos y analizamos la sapientísima *Constitución Fundamental* nos daremos cuenta de que es un eco fiel de la vida de la Iglesia, que nació en Pentecostés, tal como nos la presenta San Lucas en los Hechos de los Apóstoles. Expresamente se nos declara lo siguiente: «*Como en la Iglesia apostólica, así entre nosotros la comunión se funda, construye y reafirma en aquel mismo Espíritu en el que de Dios Padre recibimos al Verbo en una sola fe, lo contemplamos con un solo corazón y lo alabamos con una sola voz; [en el mismo Espíritu] en el que somos hechos también un solo cuerpo los que participamos de un solo pan [cf. 1 Cor 10,17]; en el que finalmente tenemos todas las cosas en común y somos destinados a la misma obra de evangelización*» (I). San Lucas, efectivamente, al describir la vida de los primeros cristianos, nos habla así: «*Los que habían sido bautizados se dedicaban con perseverancia a escuchar la enseñanza de los Apóstoles, vivían unidos, y participaban en la fracción del pan y en las oraciones*» (Hch 2,42). Y esto mismo es lo que

expresa y pide la *Constitución Fundamental* a los dominicos y dominicas.

En Hechos 2,42 encontramos estos cuatro elementos: 1º «enseñanza de los Apóstoles» (el Credo o Símbolo de los Apóstoles, que es la *Fe*); 2º «unión fraterna o comunión» (los Mandamientos de Dios, que son la *Caridad*); 3º «fracción del pan» (que es la *Eucaristía* y los demás *Sacramentos*); y 4º «oraciones» (que son el *Padrenuestro*, la oración vocal, mental, personal, comunitaria, etc.). Pues bien, estos cuatro elementos constituyen la síntesis de la vida cristiana y la base de los catecismos, hasta de los más rudimentarios o de los niños de Primera Comunión.

Incluso el *Catecismo de la Iglesia Católica*, reflejo fiel de la Fe de la Iglesia y del Concilio Vaticano II, se desarrolla en cuatro partes según esos cuatro elementos. Al comienzo de la Cuarta Parte, el Catecismo nos presenta esta bella visión sintética del mismo: «*Este es el Misterio de la Fe. La Iglesia lo profesa en el Símbolo de los Apóstoles [que es la Primera Parte del Catecismo] y lo celebra en la Liturgia sacramental [la Segunda Parte], para que la vida de los fieles se conforme con Cristo en el Espíritu Santo para gloria de Dios Padre [la Tercera Parte]. Por tanto, este Misterio exige que los fieles crean en él, lo celebren y vivan de él en una relación viviente y personal con Dios vivo y verdadero: esta relación es la oración [la Cuarta Parte]*» (nº 2558).

EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, MANANTIAL DE FE

Benedicto XVI, en la carta apostólica *Porta Fidei* con la que convocó el «Año de la Fe», escribe: «*Para*

acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe, todos pueden encontrar en el Catecismo de la Iglesia Católica un subsidio precioso e indispensable. Es uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II. En la Constitución apostólica Fidei depositum, firmada precisamente al cumplirse el trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, el Beato Juan Pablo II escribía: “Este Catecismo es una contribución importantísima a la obra de renovación de la vida eclesial... Lo declaro como regla segura para la enseñanza de la fe y como instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial”⁷.

Precisamente en este horizonte, el Año de la fe deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el Catecismo de la Iglesia Católica. En efecto, en él se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los Santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe. [...] A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia» (nº 11).

7. JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), 115 y 117.

Y añade Benedicto XVI: «Así, pues, el Catecismo de la Iglesia Católica podrá ser en este Año un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos» (nº 12).

CRISTO INSEPARABLE DE SU CUERPO, LA IGLESIA

Es bueno que recordemos lo que, en la asamblea plenaria de la Unión Internacional de Superioras Generales (8 de mayo de 2013), el Papa Francisco les decía casi al término de su discurso, (muy en armonía con la legislación y espiritualidad dominicana): «... el anuncio y el testimonio del Evangelio, para todo cristiano, nunca es un acto aislado o de grupo, y ningún evangelizador obra, como recordaba muy bien Pablo VI, “por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre”⁸. Y proseguía Pablo VI: “Es una dicotomía absurda pensar en vivir con Jesús sin la Iglesia, en seguir a Jesús sin la Iglesia, en amar a Jesús al margen de la Iglesia, en amar a Jesús sin amar a la Iglesia”⁹. Sentid la responsabilidad que tenéis de cuidar la formación de vuestros Institutos en la sana doctrina de la Iglesia y el espíritu eclesial. En definitiva: centralidad de Cristo y de su Evangelio, autoridad como servicio de amor, sentir en y con la Madre Iglesia».

Para refrescar nuestra memoria sobre lo que es y significa la Iglesia, sería recomendable que releyéramos la constitución dogmática sobre la Iglesia –la

8. PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 80.

9. *Ibid.*, 16.

Lumen Gentium– considerada como la columna vertebral del Vaticano II.

También hemos de acoger con gratitud y alegría la promesa que Jesús hizo a Pedro y sus sucesores: «*Tú eres Cefas [es decir, Roca], y sobre esta Roca edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no podrá contra ella*» (Mt 16,18). Asimismo, Jesús tiene estas palabras para los Apóstoles: «*Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28,20); «*Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado*» (Lc 10,16).

En esta línea se expresan las Constituciones de los frailes de la Orden de Predicadores: «*El ministerio de la palabra es una participación de la función profética del cuerpo de los obispos; por ello, ante todo, los predicadores deben recibir íntegro el Evangelio y deben buscar una comprensión viva del misterio de la salvación a tenor de la tradición y explicación dadas por la Iglesia. Con este espíritu evangélico y con esta sólida doctrina debe ir sellada la predicación dominicana*»¹⁰.

De modo que los «francotiradores» en teología quedan excluidos por el Evangelio.

MIRADA FILIAL A LA VIRGEN MARÍA

Para concluir, siguiendo el ejemplo del Concilio, pongamos los ojos en la Virgen María: «*...ejemplar acabadísimo de la Iglesia en la fe y en la caridad, y a*

10. LCO, n° 99, § I.

quien la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, venera, como a Madre amantísima, con afecto de piedad filial» (LG 53).

Que ella, «*la que ha creído*» (Lc 1,45), y la que «*conservaba todas estas cosas [de Jesús], meditándolas en su corazón*» (Lc 2,19) –en esto consiste el rezo del Rosario, tan requerido por ella en Lourdes y Fátima–, nos enseñe la sabiduría de la oración, fruto y alimento de la fe.

Pues una madre es la que enseña a hablar a sus hijos: y, como dice el Concilio: «*...a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración, para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues “a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras”*»¹¹ (DV 25).

Muy en sintonía con el Concilio, las Constituciones de los frailes de la Orden de Predicadores¹², subrayan, en primer lugar, el culto a Cristo en el misterio eucarístico, y hablan también de la estima por el rezo del Rosario y su recitación diaria, porque: «*Esta forma de orar nos lleva a la contemplación del misterio de la salvación, en el que la Virgen María está íntimamente unida a la obra de su Hijo*»¹³.

El santo Rosario ha sido llamado por los últimos Papas «*compendio de todo el Evangelio*»¹⁴. Por ello, así como aquel discípulo le dijo a Jesús: «*Señor, enséñanos a orar*» (Lc 11,1), así también nosotros pidámosle

11. SAN AMBROSIO, *De officiis ministrorum*, I, 20, 88: PL 16, 5.

12. Cf. LCO, n° 67.

13. *Ibid*, n° 67, § II.

14. PABLO VI, *Marialis cultus*, n° 42.

a la Madre de la Iglesia y de todos nosotros que aprendamos a orar y «*meditar los misterios de la vida del Señor, vistos a través de su Corazón maternal*»¹⁵; a fin de que sepamos, cada día mejor, dedicarnos, como los Apóstoles «*a la oración y al ministerio de la palabra*» (Hch 6,4).

FRAY FRANCISCO FEMENÍA BERTOMEU, O.P.
Torrent (España).

15. LCO, nº 47.

El frondoso jardín del progreso humano

El derecho a la vida de los concebidos no nacidos

Cuando visitamos una ciudad o un simple pueblecito, a todos nos encanta contemplar esos hermosos jardines que sus habitantes han ido embelleciendo a través de los años. Se trata de hermosos parques con toda una serie de variados árboles y vistosas flores que, a la vez que alegran nuestro espíritu, disponen nuestro ánimo a la admiración de los habitantes de esa localidad. Estos adornos suelen estar a veces presididos por una o varias estatuas que mantienen la memoria de sus personajes ilustres. Percibimos, al verlos, que, ciertamente, sus habitantes se sienten muy honrados y encantados con el lugar en el que viven.

El tiempo también va abriendo espacios en la historia humana en donde han comenzado a florecer diversos «jardines» que continuamente se van enriqueciendo con la más variada floresta, como ocurre en los jardines de nuestros pueblos y ciudades. Pero, desgraciadamente, mucho sudor y sangre le sigue costando al ser humano el poder plantar cada nuevo «árbol» en los «jardines» del progreso de nuestra historia, en su continuo y monótono transcurrir.

La misma vida humana, en sí misma considerada, nunca ha dejado de ser objeto de una especial atención por parte del ser humano. No podemos evadir esta tan importante realidad. Nuestro ser está asentado en una existencia que continuamente requiere y exige su mejora.

La naturaleza tiene establecido sus cauces en los que el hombre y la mujer se constituyen en los indispensables instrumentos de la transmisión de la propia vida humana. Asimismo, en el ámbito social, se ha tratado de encauzar debidamente esta potencialidad humana mediante diversas leyes.

Pero, con el paso del tiempo, han ido surgiendo leyes contradictorias que han conducido al ser humano a un conflicto ideológico. Concretamente, la mujer ha venido a situarse en un punto clave y central, pues es ella la que puede albergar en su cuerpo el proceso de la gestación humana y, por tanto, de la llegada al mundo de nuevas personas.

Ante esta situación podemos preguntarnos: ¿le compete a las madres el control y dominio absoluto sobre este proceso?

Sabemos que si se promulgan leyes que limitan este control y dominio, se levantan entonces potentes voces que protestan porque –supuestamente– se está coartando la libertad que la mujer tiene sobre su propio cuerpo.

Con objeto de matizar más este tema y, por consiguiente, de profundizar en nuestra reflexión, conviene hacer una distinción entre lo que puede ser tomado

en sí mismo como algo *absoluto* y lo que puede ser tomado como algo meramente *relativo*. Cualquier ser humano es dueño de su cuerpo *en relación* a los demás, pero para proclamarse dueño de su propio ser de un modo *absoluto*, tendría que cumplirse una condición indispensable: *que el ser humano se dé a sí mismo el ser y la existencia*. Y es bien sabido que esto no es así. No nos hemos dado nuestro propio ser. Todos hemos recibido nuestra corporalidad.

Los creyentes sabemos Quién nos la ha dado, pero los ateos o los agnósticos ignoran el verdadero origen de su propia existencia. No obstante, es suficiente con que lleguen a ser conscientes de que no son la causa de su propio ser.

En el siglo primero de la era cristiana, en los tiempos del emperador Nerón, un prisionero griego perteneciente a la escuela de pensamiento estoico, y que entró en la historia con el nombre de Epicteto, fue llevado a Roma como esclavo. Este filósofo griego nos legó en su *Manual* un pensamiento muy sencillo y al alcance de cualquier ser humano. En él nos invita a saber distinguir, simplemente, cada uno en nuestra propia vida, lo que depende de uno mismo de aquello que no depende nosotros.

Tiempo atrás, en el siglo V antes de Cristo, el médico griego Hipócrates, considerado como el padre de la medicina, y famoso por su código ético –el llamado «juramento hipocrático»– abogaba por la lucha en pro de la vida hasta que ésta llegue a su final. Obviamente, todo médico sabe perfectamente que no está en su potestad el poder cambiar la condición mortal

del ser humano, pero sí puede elegir por luchar en favor de la vida.

La base de nuestra postura debe quedar demarcada por un principio que es producto del más puro y correcto razonamiento: *todo ser humano tiene derecho a la vida, y en modo alguno se puede condenar a muerte a un inocente.*

Por ello, es lógico pensar que a la madre no se le coartan injustamente sus derechos cuando se les anteponen los derechos de su hijo no nacido.

Al alcance de todo ingenio humano está también el poder distinguir el árbol bueno del malo por medio de la simple observación de sus frutos. El fruto del árbol de la vida se distingue perfectamente del fruto del árbol de la muerte. Este último árbol no podemos plantarlo en el frondoso jardín del progreso humano, sencillamente porque ese no es el lugar que le corresponde.

En esta lucha en pro de la vida, ésta nos llega a exigir a veces el tener que superar grandes escollos o dificultades que requieren actos heroicos, que sólo con una gran dosis de coraje y de fe podremos llegar a superar.

Podemos limitarnos a contemplar pasivamente esta lucha por la vida de aquellas personas que aún habitan el vientre de sus madres. O podemos hacer algo. Dios nos ha hecho libres para que hagamos un buen uso de nuestra libertad.

Pues bien, como cristianos, debemos aceptar la responsabilidad humanitaria, ética y moral de implicarnos material y espiritualmente para que esta pesada carga no recaiga únicamente sobre los hombros de una simple familia o sobre la impotencia de una indefensa madre.

Porque la vida humana es responsabilidad de todos nosotros.

FRAY CARLOS GIJÓN, O.P.
Valladolid (España)

El nombre de Dios como itinerario místico:

2. El nombre del Hijo

En el anterior artículo de este itinerario místico planteábamos cómo, a lo largo de todo el Antiguo Testamento, el pueblo de Israel busca con ahínco el *nombre* de Dios. Sin embargo, como decíamos, el Señor no se deja apresar por ningún concepto, sino que deja a su pueblo a las puertas de un misterio: «*Yo soy el que soy*» (Ex. 3, 4). Pero, llegada la plenitud de los tiempos, se inaugura una nueva etapa en la historia de la salvación: el tiempo del Hijo en el que Dios revela su nombre en Jesús.

Desde el mismo anuncio del ángel se determina cuál habría de ser el nombre del Mesías; se diría que su nombre hubiera estado cuidadosamente previsto en el plan de salvación del Señor: «*Le pondrás por nombre Jesús*» (Lc 1,31). En hebreo, el nombre de Jesús es «*Yoshua*»: *Yahvé es salvación*.

Con Jesús, Dios no sólo revela su nombre, sino que además lo encarna en la presencia humana. Por primera vez en la historia de la salvación, el nombre de Dios es el de un hombre, un humilde carpintero de Nazaret. Desde ese momento, Dios pone su tienda en medio de nosotros, y nos invita cada día a descubrir su Presencia en nuestra naturaleza humana.

En Jesús, el Señor da un paso adelante en la historia de la salvación. Un paso que es toda una declaración de amor a su pueblo. Todo el amor que el Padre deposita sobre el Hijo, toda la plenitud y toda la belleza, son desde ese momento *patrimonio de la humanidad*. Se abre de este modo una nueva era en la que no se trata ya de buscar a un Dios extraño a nosotros, un Dios cuya naturaleza es tan distinta a la nuestra que nos resulta imposible contemplarlo sin sentir vergüenza de nuestra propia indignidad. Al contrario, en Jesús, Dios adquiere nombre humano, y nuestro pueblo puede sentirse abrazado en su dignidad, en su belleza de criatura amada. La humanidad alcanza así el culmen en su experiencia de amor.

Si Jesús es uno de nosotros, nuestra estirpe es sagrada, nuestro corazón es puro y nuestros brazos son estrechados por el Padre en un gesto de amor que reconoce nuestra propia dignidad.

Tal y como indica el significado de su nombre, en Jesús, *Dios es salvación*. Esa fue también la experiencia de los apóstoles, de quienes la Escritura nos dice que se sentían movidos por el amor al nombre de Jesús. Así, en Hechos 5,41 se nos dice: «*Ellos se marcharon del tribunal contentos de haber sido considerados dignos de sufrir desprecios por el nombre de Jesús*». O en Hechos 9,28, donde se dice que Pablo «*anunciaba valientemente el nombre de Jesús*». El propio Pablo afirma que Dios exaltó a Jesús «*y le concedió un nombre superior a todo nombre, para que, ante el nombre de Jesús, toda rodilla se doble, en el cielo, la tierra y el abismo*» (Fil 2,9-10).

Con la revelación del nombre de Dios en Jesús, también nuestro itinerario de oración inaugura un tiempo nuevo. Dios sigue siendo un misterio, pero es ya un misterio revelado, encarnado, *con nombre*. Así, para nosotros se abre la posibilidad de dirigirnos a Dios de un modo nuevo; es el tiempo de la contemplación del rostro de Jesús, que recoge en sí el misterio de nuestra propia identidad.

Contemplar el nombre de Jesús nos revela el misterio de un encuentro: en Jesús, lo divino y lo humano se hacen uno, igual que en el corazón de cada hombre y de cada mujer. En lo más profundo de nuestra identidad, nos ha nacido la presencia de un Dios que ya no es extraño a nosotros. En nuestra más profunda interioridad, en el hondón de nuestra alma, nos brota un manantial de Presencia de Dios.

El nombre de Jesús nos invita a contemplar el misterio de nuestra identidad, divina y humana a un tiempo. En Jesús resuena como un eco del libro del Génesis; en el relato de la creación, Dios modela al hombre de barro y después exhala su aliento sobre él (cf. Gn 2,7). La tierra y el cielo, lo pequeño y lo ilimitado, lo divino y lo humano se unen misteriosamente en el corazón de cada hombre. En Jesús, el Señor renueva esa alianza, ese misterio de encuentro, y ningún modo podría haber sido más hermoso que revelándose en el nombre de Jesús.

Esta es la segunda etapa en nuestro itinerario místico a través del nombre de Dios. Dejemos que la contemplación del rostro y el nombre de Jesús inunde nuestro corazón de dicha, de la dicha de sabernos

íntimamente amados, abrazados en nuestra naturaleza humana, dignificada hasta el extremo en Jesús.

Contemplemos su rostro, descubriendo en el misterio de su Persona ese otro misterio cotidiano: el de todo un Dios que viene a habitar la humilde pequeñez del corazón humano. Como decía el P. José Fernández Moratiel O.P.: *«en una gota de rocío cabe el sol»*.

MANUEL LÓPEZ CASQUETE, CVX
Sevilla (España)

Experiencia de Dios

Una mañana leía el Salmo 139,16, donde dice: «*Mi embrión tus ojos lo veían; en tu libro están inscritos todos los días que han sido señalados, sin que aún exista uno solo de ellos*». Sin orientarme por pasos exegeticos, y deteniéndome en lo que estas palabras me inspiran, aquí les comparto algunas pautas de reflexión.

Con esas palabras sapienciales estamos incrustados en la tradición profética: «*Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado*» (Jr 1,5). Observo que las dos citas se complementan. Dios se presenta como autor de la gestación y, al mismo tiempo, como guardián que preserva la vida. En el embrión, en el misterio de la pequeñez y la aparente insignificancia, Dios va perfilando su sueño, porque tiene planes con la vida que apenas comienza.

El v.16 del Salmo destaca la mirada divina cuidando ese pequeño proyecto con dedicación y paciencia. Observemos que el Dios bíblico es un Dios que «ve». De hecho, hay más literatura referente a sus ojos que a sus oídos. Esta mirada no se detiene en lo «aparente» y lo «visible», va más lejos. Su mirar está relacionado con su «conocimiento». Dios observa y conoce lo que sueña. Hay más que sabiduría, y nuestra capacidad intelectual es limitada ante esta afirmación teológica.

Dios mira constantemente la gestación de los suyos. En su misericordia, no procura manipular, controlar, agobiar, sino «bendecir» y «conservar» (cf. Gn 22,14). La percepción sapiencial recuerda que Dios no desvía la mirada de sus amigos (cf. Job 36,6-7). Pero, de manera interesante, el Dios que «ve» es también el Dios que se deja ver y experimentar: «*Dio Agar a Yahve, que le había hablado, el nombre de: Tú eres el Dios que ve*» (Gn 16,13). En Gn 16,16 se constata que Dios «ve» desde el pozo. No tanto desde arriba, sino desde abajo, a partir del pozo, de la fuente, del espejo del agua. Esto no es una coincidencia si observamos que dentro del pozo está la fuente de donde emana la vida y la vista. La fuente es como el ojo de Dios. Las aguas, en este relato, son su gesto de vernos, son su manera de cuidarnos. Esto se actualiza siempre mediante el mismo Dios y la misma humanidad. Por ello, vale preguntarnos: ¿desde dónde Dios me ve? y ¿desde dónde yo le veo?

Si Dios nos ha soñado, lo ha hecho a partir de su esencia: el Dios bíblico es el Dios de la Liberación (cf. Ex 3,17). No se comprende nuestra mirada sin que, como la suya, no recaiga en un posterior compromiso con su pueblo. En este aspecto, también nos incrustamos con la tradición profética y la destacada fórmula de confianza: «*Yo estoy contigo*» (Is 43,5). Es Dios quien defiende a sus amigos. La experiencia de Dios es radical al demostrarnos que no nos hemos equivocado al depositar en Él nuestra confianza.

La presencia de esta mirada sobre nosotros la podemos sentir de varias maneras. Algunas veces es comparada a una pulsión interior que nos conduce

a aguas de niveles cada vez más profundos, sin límite de llegada. Sintonizar con su mirada es armonizar nuestros pasos con la Luz de sus ojos.

Que esta parte, acogida libremente, no sea por nadie quitada, según lo testimonia Jesús (cf. Lc 10,42).

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

La revelación del Evangelio según San Juan:

Dios es amor

La revelación central del *Evangelio según San Juan* es que si «*el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios*» (1Jn 4,7), es porque «*Dios es amor*» (1 Jn 4,8). Pero, ¿cómo interpretar el sentido de la revelación de donde surge nuestra identidad como cristianos?

Para San Juan, el ser de Dios se ha manifestado plenamente en Cristo como entrega espontánea, gratuita e incondicional, que sale al encuentro de cada hombre para invitarlo a participar de la unión de semejanza consigo. El fin es convocarlo a la realización del fin sobrenatural para el cual fue creado: el ejercicio del amor perfecto, que se manifestó en la cruz.

Ante el misterio de la cruz, la pregunta obligada es: ¿por qué, siendo lo *que somos* –como género– y *quienes somos* –cada uno de nosotros, con todas nuestras imperfecciones– Dios nos amó y nos sigue amando? El carácter incomprensible de la cruz radica en que aun cuando podemos comprender la trascendencia de Dios, su perfección y su infinitud, no somos capaces de comprender racionalmente su amor ilimitado, inmerecido y universal. Y no lo somos, fundamentalmente, porque nos desborda. Porque nuestro limi-

tado entendimiento no puede abarcar el Misterio de Dios. A partir de nuestra experiencia cotidiana, guiados por la razón, podemos caer en la cuenta de que la perfección, la bondad y la belleza de lo creado –y de nosotros mismos como criaturas– apuntan a la existencia de un Creador que tiene en sí mismo todas esas perfecciones en grado eminente. Pero no hay camino racional capaz de conducirnos a la comprensión del amor que se manifestó en el acontecimiento inaudito de la cruz.

Si la comparamos con otras religiones, la grandeza del cristianismo radica en que no son los hombres quienes tienen que hacer ofrendas y sacrificios a los dioses para conservar la energía del universo, para fortalecer el poder divino o para corresponder a lo que les ha sido otorgado; sino que es Dios mismo quien, por amor al hombre, se encarnó, habitó entre nosotros y se entregó a la muerte para el perdón de nuestros pecados, a fin de otorgarnos la liberación del mal y la esperanza de la resurrección.

Si Dios nos ama, no es a causa de nuestros méritos, ni porque requiera de nuestra adoración; nos ama por ser *el que es*. Más aun, Dios nos ama a pesar de nosotros mismos, incluso cuando estamos inmersos en el error de pensar que no lo necesitamos; que nos bastamos a nosotros mismos para vivir plenamente y realizarnos como personas. Nos ama a todos, sin restricción, incluso cuando lo rechazamos y nos alejamos de su presencia. Entonces, espera pacientemente a que volvamos a su encuentro, como el hijo pródigo. Cuando lo hacemos, en vez de recriminarnos por nuestras faltas, nos perdona. Y al perdonarlos,

nos infunde la gracia necesaria para vivir de otro modo; para participar de la renovación de su amor y no pecar más.

El amor-ágape que Dios es consiste «no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó» (1Jn 4,10). El amor que el hombre tiene a Dios es respuesta y no llamada, toda vez que «nosotros amamos porque Él nos amó primero» (1Jn 4,19). Dios «nos amó primero para que nosotros, los amados, le amásemos a Él (cf. 1 Jn 4, 19) [...] Y aunque alguien se atribuya a sí mismo el obedecer a quien lo llama, nadie podrá atribuirse el haber sido llamado»¹.

El centro de la revelación del *Evangelio según San Juan* es que Dios creó al hombre por amor y para amar en perfección. Puede parecernos que el ejercicio del amor perfecto es una exigencia demasiado radical; que no estamos a la altura de ella. No obstante, si no es en la participación del amor perfecto de Dios, ¿en qué principio radica nuestra identidad? ¿Acaso ser cristiano consiste en conformarse con amar hasta donde nos lo permiten nuestras limitadas fuerzas y nuestra imperfección natural? Al pensar así, ¿no estamos olvidando que al infundirnos su gracia salvadora, Dios nos otorga la fuerza necesaria para amarlo y amarnos unos a otros con el mismo amor con el que Cristo nos amó en la cruz?

Tal vez convenga que todos juntos, como Iglesia, recordemos que la salvación es don, pero al mismo tiempo es una exigencia. Que la llamada a la santi-

1. SAN AGUSTÍN, *Expositio Quarundam propositionum ex epistola apostoli ad romanos*, 7 [1, 1-7].

dad, que consiste en el ejercicio del amor, exige de nosotros la humildad necesaria para reconocer que somos demasiado imperfectos para ser santos; pero, al mismo tiempo, nos consuela con la certeza de que la gracia divina que Dios nos ha otorgado a todos, es suficiente para transformar nuestra imperfección y limitación natural. Así, descubrimos que la santidad es la vocación de todo cristiano y no sólo de algunos seres excepcionales.

Puesto que no hay obra virtuosa cuyo mérito baste para corresponder al amor divino, podría pensarse, a semejanza de San Agustín, que si la gracia no corresponde a los méritos de aquel en quien se infunde, dicha infusión está condicionada por la fe de éste. No obstante, como el mismo San Agustín admite al escribir las *Retractaciones*, si la fe es un acto sobrenatural es también un don y no proviene de ninguna cualidad ni operación humana.

En el pecador, *«la gracia precede al mérito del arrepentimiento: nadie podría arrepentirse de sus pecados, si de alguna manera Dios no lo hubiera invitado con una llamada»*². Arrepentirse de los propios pecados es ya un acto meritorio por ser el primer movimiento de la conversión; es el despertar de la conciencia religiosa, que culmina en la adopción de la actitud teologal. Pero incluso en ese acto hay que reconocer la presencia escondida de la gracia, que llama a la conversión.

Hablando con sus discípulos, Jesús dice: *«No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a*

2. *Ibidem.*, 9 [1, 1-7].

vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto» (Jn 16,16). El amor-ágape es auto-donación y gracia plena. Del amor-ágape cabe sostener que «forma parte de su naturaleza el hecho de no admitir limitación: está dirigido hacia el exterior»³. Sólo comprendiendo lo anterior, cobra sentido la afirmación de que la cruz es el lugar donde acontece la revelación de Dios en su ser para nosotros y en sí mismo. «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

En este sentido, «Jesús crucificado es punto de referencia básico y obligado para entender el amor teologal en esta dimensión de renuncia. Amar es darse a sí mismo en la desposesión total, dar la vida, perderla»⁴.

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

3. NYGREN, A., *Eros y ágape. La noción cristiana del amor y sus transformaciones*, Sagitario S. A., Barcelona 1969, p. 61.

4. RUIZ, F., *Místico y maestro. San Juan de la Cruz*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2006, p. 123.

Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:

2. Sara y María

Hablar de Sara es hablar de Abraham, ya que las historias de ambos están mutuamente implicadas. Cuando Abraham dejó su tierra y todo lo suyo, emprendiendo el camino hacia la tierra de la promesa, en esta aventura de fe implicó a su mujer Sara. Ella fue en verdad su compañera en todas las vicisitudes por donde le iba a llevar aquella peregrinación de fe. La promesa hecha por Yahvé a Abraham no implicaba únicamente la posesión de una tierra, incluía también contar con una descendencia numerosa: «*Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas... Así será tu descendencia*» (Gn 15,5).

De esta manera Yahvé está prometiendo a Abraham un hijo salido de sus entrañas; de sus entrañas y de las entrañas ya consumidas de su mujer Sara. Así se lo hace saber Yahvé a Abraham: «*A Saray, tu mujer, no la llamarás más Saray, sino que su nombre será Sara. Yo la bendeciré y de ella también te daré un hijo. La bendeciré y se convertirá en naciones; reyes de pueblos procederán de ella*» (Gen 17,15).

Un día Abraham recibe bajo una encina a tres personajes misteriosos que, hablando en singular, le

dicen: «*Volveré sin falta a ti, pasado el tiempo de un embarazo y, para entonces, tu mujer Sara tendrá un hijo*» (Gn 18,10). Sara lo oyó y se rió para sus adentros, porque no lo creía. Pero los hechos la convencieron de la veracidad de la promesa: «*Concibió Sara y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el plazo predicho por Dios. Abraham puso al hijo que le había nacido, y que le trajo Sara, el nombre de Isaac*» (Gn 21, 2-3).

¿Qué pensaría Sara cuando vio partir a Abraham con Isaac hacia el monte donde tendría lugar el sacrificio del hijo de la promesa (cf. Gn 22,3)? Abraham y Sara estaban dispuestos a llevar hasta las últimas consecuencias su fe en Yahvé.

La poca o mucha fe de Sara palidece al lado de la fe de María. La vida entera de María fue una peregrinación y aventura de fe, jalonada de pruebas que, a modo de eslabones, forman toda una cadena de fe. El primer eslabón hay que situarlo en el momento de la Anunciación (cf. Lc 1,26-38), cuando Dios le pide que consienta en venir a ser la Madre del Mesías e Hijo de Dios; aunque la petición más radical que Dios le estaba haciendo era que se fiara de Él y creyera. María contestó asintiendo y eso fue un verdadero acto de fe. Aquí descansa la grandeza más profunda de María.

Grande fue María por ser la Madre del Mesías esperado e Hijo de Dios, y en eso nadie podrá igualarla, pero más grande fue María por haber creído en Dios, y en eso sí que podemos imitarla. Esta grandeza más radical de María la reconoció su prima Isabel al decirle: «*Feliz tú porque has creído*» (Lc 1,45). Este sí creyente de la Anunciación fue el primer paso de

toda una larga caminata. Siguieron luego otros muchos pasos: el desconcierto de José, el parto en un establo, la huida al extranjero, la vida oculta, el Niño que se pierde, el Hijo que se va, las actuaciones del Hijo que no se comprenden (cf. Lc 2; Mt 1,18-2,23). La fe de María fue dolorosamente pura y limpia, sin apoyos ni pruebas; desnuda y radical, sin indicios ni confirmaciones.

Otra prueba de fe la vivió María en la pasión y muerte del Hijo. ¿Dónde quedaban entonces las promesas de Dios? Pero ella no huye, no se rebela, calla y asiente y sin palabras vuelve a decir: *«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»* (Lc 1,38). Porque creyó, María se ha convertido en verdadera Madre de todos los discípulos de su Hijo, que le siguen por los caminos de la fe. Sin su fe hoy nosotros no seríamos creyentes. Gracias a su fe hoy creemos en Cristo y podemos emprender la difícil peregrinación de la fe.

La fe de María fue causa de bienaventuranza para Ella y también para nosotros, que hemos salido beneficiados de su fe. Desde sus mismos comienzos, la Iglesia ha considerado a María como Madre de la fe. Cuando la fe de los discípulos era débil y titubeante antes de Pentecostés, allí estaba en medio de ellos María. El respaldo que, con su cercanía y presencia, dio a la fe de la primitiva Iglesia, María lo sigue ofreciendo a la Iglesia con el discurrir del tiempo. Ella es la Madre de la fe de cada uno de nosotros, pues nos ha engendrado a la fe el día de nuestro Bautismo. Su ejemplo nos anima a creer y seguir creyendo a la manera como Ella creyó. En Ella encontramos los

creyentes un referente nítido de cómo hemos de creer cuando pasemos por situaciones parecidas a las que Ella vivió. Ella nos ha enseñado a todos que la verdadera grandeza está en creer en Dios.

¿Para qué valen los puestos importantes, las misiones extraordinarias, los cometidos claves –aunque sean por Dios–, si uno no cree? ¿De qué le hubiera servido a María ser la Madre del Mesías e Hijo de Dios, si no hubiera creído en Él? No olvidemos, siguiendo el ejemplo mismo de María, que la comprobación de nuestra fe se logra en la prueba y en el dolor, pues es entonces cuando aquélla se vuelve recia y auténtica.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Madrid (España)

Los nuevos fariseos

Sobre el Sermón v. 54 de fray Juan Taulero

«Respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”» (Lc 10,27).

Taulero (ca. 1300-1361) en su sermón 54 comenta el texto de Lc 10,27. El texto trata sobre la prueba que le hacen los fariseos a Jesús. Le preguntan sobre lo que se debe de hacer para obtener la vida eterna. A la luz de la enseñanza de Jesús, Taulero nos explica cómo los fariseos que tentaban al Hijo de Dios en su tiempo, se manifiestan en tiempos de Taulero como los falsos profetas que predicaban en nombre de Jesús y se hacen pasar por buenos. Parece ser que se refería a los seguidores de la secta del «Libre Espíritu». Desgraciadamente, también hay «nuevos fariseos» en la actualidad.

En primer lugar, Taulero nos hace una descripción de estos nuevos fariseos. Nos dice que son aquellos que aunque aparentan estar muy ilustrados en las ciencias sagradas, no buscan de verdad a Dios, sino que sólo les gusta mostrarse como buenos en público.

Según Taulero, existen fariseos «externos». Unos parecen buenos, muy piadosos y, en realidad, por dentro no les mueve el amor a Dios sino su propio

egoísmo. Asimismo, hay otros que no tienen malas intenciones y no son tan egoístas como los fariseos de la época de Jesús. Éstos viven su vida religiosa sólo en los sentidos externos. Ellos hacen sus tareas no por la perfección interior sino por la satisfacción exterior. Se glorían de sus obras pero no hay amor y ni provecho en ellas.

Después, Taulero define tres tipos de amor para exponer el error de los nuevos fariseos: el «amor suave», el «amor sabio» y el «amor fuerte». El primero, el amor suave, es un amor de imagen. Sólo causa deleite a los sentidos. No trasciende y no entra en lo más íntimo del alma. El segundo, el amor sabio, es un amor basado en el espíritu. Aplica el impulso interior a las cosas trascendentes. Se trata del segundo paso en la búsqueda de Dios de un modo más eminente, conduciéndonos hacia el desprendimiento –o desasimiento– y por tanto, hacia el tercer amor, el amor fuerte, donde trascendemos cualquier imagen. Aquí, al desprendernos de las cosas exteriores, actuamos conforme a nuestro «hombre interior». Es un amor absolutamente trascendente. En este amor encontramos la humildad por la cual nos damos cuenta de nuestra pequeñez.

Taulero nos habla de tres propiedades que tiene el amor fuerte: 1. Rebosa los límites humanos hasta alcanzar a Dios en el desprendimiento. 2. Baja el espíritu hasta el fondo, es decir, le llena de humildad. 3. Da a la persona una hondura maravillosa para enfrentarse al sufrimiento y las tentaciones. Pues bien, la persona que llega a este grado de amor obtiene estas tres propiedades.

Taulero quiere mostrar que cuando nos abandonamos a Dios –es decir, cuando interiorizamos– vivimos la paz en cualquier situación. Entonces cooperamos con Dios y le entregamos nuestra voluntad. Pero hacer la voluntad de Dios por medio del abandono no significa que quedemos excluidos de las tentaciones. Éstas siguen atacándonos, pero nos hacemos más fuertes contra ellas si tenemos una vida de interiorización.

En conclusión, podemos decir que el abandono en Dios consiste en que nuestro hombre exterior ha de ser congruente con nuestro hombre interior. Cuando logramos abandonarnos en Dios, dejamos entonces de buscar dar una buena imagen o de pasar por buenas personas, y –por el contrario– nos volcamos en actuar siempre por amor, amando al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra mente; y a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Sin embargo, todos aquellos que actúan contrariamente a la voluntad de Dios y buscan sólo su propia complacencia, son ahora, según Taulero, los nuevos fariseos.

FRAY JAVIER ARMENTA, O.P.
Oaxaca (México)

En torno a la fe

La fe es una vivencia que nos eleva por encima de las apariencias y nos sumerge en la órbita de Dios. Aunque, como es sabido, la principal de las virtudes teologales es la caridad, la fe es la virtud básica ya que sin ella no puede existir ninguna otra.

Y decimos vivencia porque no consiste en la sola adhesión a las verdades reveladas ni en una doctrina o conjunto de normas morales, sino que es vida: es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo.

En la encíclica *Deus Caritas est* dice el Papa Benedicto XVI «*No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un sentido nuevo al horizonte de la vida y, con ello, una orientación decisiva*».

La carta a los Hebreos abunda en la misma idea cuando nos dice que «*el justo vivirá por la fe*» (Hb 10,38; cf. Ha 2,4). Dice «vivirá», luego no consiste sólo en confesarla de palabra, lo cual es bueno y necesario pero insuficiente. Es mucho más, es apoyarse en Alguien, es la «fe fiducial» que conlleva fiarse de Alguien y entregarle la vida.

Decía Carlos de Foucauld: «*Si es cierto que Dios existe, ese Dios todo amor, no tengo más remedio que entregarme a Él. Mi vocación data desde el mismo momento en el que recuperé la fe*».

Como dice Benedicto XVI, esta fe viva es experiencia de gracia y gozo (cf. *Porta Fidei* 7). En la misma carta habla repetidamente del gozo que proporciona el encuentro con Cristo a través de la fe y nos dice en el número 10 que «*la fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con Él*». Todas estas expresiones están muy lejos de significar una simple adhesión intelectual a las verdades reveladas.

Al comienzo de la citada carta *Porta Fidei*, encontramos estas palabras del Papa: «*La puerta de la fe, que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en la Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma*». Es preciso, por tanto, no solo recibir el anuncio de la fe sino dejarse plasmar por esa gracia que transforma, que llena de vida, que proporciona un corazón nuevo.

Eso era lo que Jesús, en su vida pública, exigía para realizar los milagros –o signos– de la llegada del Reino, y se admiraba cuando encontraba personas animadas por esa fe fiducial: el centurión romano (cf. Mt 8,5-13), la mujer cananea (cf. Mt 15,21-28), la hemorroisa (cf. Lc 8,43-48) que fue la que logró tocarle; la única que le tocó cuando no le «tocaban» los que le apretujaban y oprimían. Nosotros también le «tocaremos» cuando nos acerquemos a Él con fe; con esa fe confiada que le arranca la salud espiritual y le hace preguntar: «*¿Quién me ha tocado?*» (Lc 8,45).

Esta fe que recibimos en el bautismo como un don precioso, ha de crecer porque encierra dentro de sí misma un dinamismo que la empuja a expansionarse.

Jesús la comparó a un grano de mostaza (cf. Mt 17,20), no a un grano de arena que es igual de pequeño pero inerte y sin vida. En efecto, según la carta *Porta Fidei*, la fe «*crece cuando se vive como expresión de un amor que se recibe y se comunica como expresión de gracia y gozo*» (n. 7). Ciertamente, es preciso comunicarla para que pueda crecer, por eso el encuentro vivo con el Señor está exigiendo una evangelización tan necesaria ahora, cuando en nuestra sociedad, fría ante lo religioso, la fe parece una pequeña llama próxima a extinguirse porque no encuentra su alimento, como asegura Benedicto XVI.

Los cristianos tenemos que despertar de nuestro letargo y, además de confesar la fe de palabra, debemos confesarla con la vida: dando testimonio de que el encuentro con Cristo vivo merece la pena y cambia nuestra mentalidad convirtiéndonos en una luz para los hombres que buscan, a veces sin darse cuenta, una razón para vivir.

Que nuestra oración sea también un grito que atraiga el gozo de la fe para todos aquellos que estén necesitando la alegría inmensa de ser curados y transformados.

SOR MARÍA EUGENIA MAESO, O. P.
Salamanca (España)

LITURGIA

Liturgia de las Horas:

10. La Hora intermedia

(OGLH 74-83)

Hasta la renovación litúrgica post-conciliar existían en el «Oficio divino» cuatro Horas menores: Prima, Tercia, Sexta y Nona. Tras el Concilio, la primera de ellas fue suprimida y asimilada a los Laudes debido a que se celebraba al amanecer. Quedaron las otras tres, correspondiendo Tercia a alrededor de las 9 de la mañana; Sexta al mediodía y Nona a primeras horas de la tarde.

Sabemos que en los primeros tiempos era costumbre que los cristianos, por devoción personal, interrumpieran sus tareas en ciertos momentos del día para orar. Este hecho, realizado por inclinaciones particulares de tal o cual persona o grupo, se concretó en momentos litúrgicos determinados, naciendo así las «Horas canónicas» dentro del Oficio divino (cf. OGLH 74).

La Tradición, tanto en Oriente como en Occidente, fue mantener estas tres Horas, asociándolas a momentos de la vida y pasión de Jesús. Sabemos que fue puesto sobre la cruz a la hora de Sexta, y que murió a la de Nona (cf. Mt 27,45).

Estas Horas fueron mantenidas por la última renovación litúrgica, de modo que todas las incorporadas en los libros de la Liturgia deben ser celebradas de modo especial en la celebración coral del Oficio. Fuera de este caso, puede elegirse una de ellas.

Cada una de estas Horas, de modo especial en sus Himnos y oraciones, hace referencia al momento del día en el que se la celebra o a tal o cual circunstancia vivida por el Señor Jesús.

En el libro de la Liturgia de las Horas encontraremos, en el día correspondiente, los textos de los salmos a ser celebraos y, en sector aparte, lo que llama «salmodia complementaría», destinada a quienes celebran sólo una de esas Horas menores, también llamada «Hora intermedia», por su celebración entre las dos Horas «mayores»: Laudes y Vísperas.

Es más que evidente que la Iglesia quiere acentuar en los Laudes y las Vísperas la fuerza del Oficio, como oraciones principales de la mañana y de la tarde. Los Laudes se emplazan al comienzo de la jornada y de sus trabajos, «con la vida por delante», deseando vivirla desde la luz de Cristo. Y las Vísperas ocupan el lugar de un día que declina y fenece. Es como la vida humana que comienza con el vigor de lo que debe desarrollarse y crecer, mientras que, de modo especial en un creyente, debe morir con la paz y la acción de gracias que brotan de quienes libraron el buen combate, a la espera de la recompensa prometida.

Las Horas menores quieren mantener un «clima», el de la sintonía con Dios, que nos habla y que espera nuestra respuesta veinticuatro horas al día, invitándo-

nos a esa «alerta espiritual» que se posee con el contacto asiduo y amistoso con Aquel que nos alienta y conforta, logrando que no perdamos la conexión con la Iglesia primitiva, en la que los Apóstoles, a diversas horas del día, «subían al Templo a orar» (Hch 3,1).

Sin omitir estas Horas, por más que no tengan la misma importancia y jerarquía que Laudes y Vísperas, nos acercaremos al ideal de orar siempre y sin desfallecer.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Vida de la Madre María Antonia de Jesús Pereira y Andrade, O.C.D. (1700-1760):

2. De 1730 hasta su muerte

En la primera parte de la vida de la Madre María Antonia vimos su niñez, cómo se casó con Juan Antonio y éste decide dejarla con sus dos hijos para ir a vivir a Sevilla. Pero el Señor le tenía reservada a María Antonia una especial vocación: le asegura que será la fundadora de un monasterio. Obviamente, esto marcará desde entonces toda su vida. Veamos ahora cómo el Señor lleva a cabo esta promesa.

Una vez que María Antonia y su esposo Juan Antonio se dan mutua «carta de separación» en Sevilla en 1730, los acontecimientos cambian de rumbo y de tono.

María Antonia y sus compañeras están felices, y se ponen en marcha con el fin de procurar la fundación de un Carmelo en Galicia. Salen de Sevilla en busca del Rey, Felipe V, para solicitar la licencia de fundación. Éste se encuentra en el Soto de Roma, en Granada. Allí encuentran personas relevantes que les prometen ayuda, y siguen hasta Madrid, donde María Antonia trabaja intensamente en la realización de todos los trámites necesarios. Se gana muchas amistades influyentes, incluyendo un bienhechor que ya

durante toda su vida la asistirá con su amistad y su dinero.

Con muy buenas esperanzas, salen por fin de Madrid con la intención de fundar en Santiago de Compostela, a donde llegan al atardecer del 15 de septiembre.

Pero ya durante el camino comienza a vislumbrar María Antonia las sombras de la tormenta que el Señor le mostró en Sevilla, y nada más llegar se ve rodeada de contrariedades. Este primer intento de fundación se convierte en un crisol tan duro de su virtud, que en esta etapa alcanza, en cierta manera, una cumbre única en su vida. La cruz más amarga se le da a gustar en el cuerpo y en el alma, junto con experiencias místicas elevadísimas.

En Santiago le acompañan, además de las discípulas que salieron con ella de Bayona, otras dos jóvenes que se le unieron en Madrid. Una de ellas se convierte en instrumento de su sacrificio, causando graves situaciones en el grupo. El Arzobispo interviene probándola hasta extremos incomprensibles. Su salud se quebranta aún más y el sufrimiento se hace su pan de cada día. En medio de todo, y para fortalecerla antes de lo peor, el Señor obra en ella un éxtasis extraordinario que le dura por nueve días continuos.

«¡Válgame Dios! que parecía estaba su amor en esta ocasión conmigo de fiesta, enseñándome por un lado su gloria y diciéndome que me quería llevar consigo; y por otro lado poniéndome delante la aflicción con que estaban aquellas almas pidiendo al Señor que no me llevase entonces. Y por último me decía que haría lo que yo quisiese.

¿Qué respuesta había de dar mi alma enamorada de su divino Dueño a este favor de que haría lo que yo quisiese? Porque yo no quería hacer mi voluntad sino la suya, ni en vida ni en muerte. Con todos aquellos deseos que yo tenía de acabar de verle fuera de este cuerpo, y al mismo paso que me decía haría lo que yo quisiese, me estaba el Señor mostrando mucha de su gloria.

[...] le dije a mi divino Esposo que yo no quería vida ni muerte si no era hacer su divina voluntad. Pero si era la suya el que todavía viviese en esta vida para padecer trabajos, que desde luego admitía el vivir, que toda la gloria que me estaba enseñando a ella renunciaba por un solo poquito de gloria que podía tener su divina Majestad accidental con mi vida. Y, así, que elegía mejor el vivir para padecer que el morir entonces para gozar, pero de manera que no quería nada sin su divina voluntad.

Fue de tan cordial gusto para mi divino Esposo esta renuncia que hice por entonces de la gloria que me estaba mostrando, que en retorno de mi sacrificio soltó los ríos de sus finezas sobre las que me estaba comunicando» (Autobiografía, T.I, P.I, f.627v-628v)¹.

1. Las citas corresponden en su mayoría a la Autobiografía inédita de la Madre María Antonia de Jesús, y se citan conforme a la paginación con que la misma fue presentada en los Documentos del Proceso de Canonización. La Autobiografía se compone de: Primer Trozo, con dos partes (que se citan T.I, P.I y T.I, P.II, más el folio, recto o verso), y un Segundo Trozo (que se cita T.II más el folio).

Las citas de sus cartas van especificadas en su lugar.

Las escasas citas restantes proceden de las declaraciones de los testigos del primer proceso informativo (año 1761), y se omiten los detalles por no parecer necesarios.

Hemos modificado algunas expresiones de la Madre María Antonia para su mejor comprensión.

No es posible resumir en pocas líneas ni las gracias particularísimas que el Señor le concede ni las tribulaciones que ha de padecer en este año terrible que pasa en Santiago de Compostela. Todo culmina con la decisión del Sr. Arzobispo de dispersar el grupo, enviando a las tres discípulas gallegas a sus casas, tras despojarlas a todas del hábito que llevaban y confiscar todo lo que tenían.

«Echaron su sentimiento por los ojos, que no había quién acallarlas. Yo les decía: “Ahora es la ocasión, hermanas mías, de mostrarse más finas para con su Esposo, llevando este golpe por tantos como su divina Majestad llevó de aquellos enemigos por nosotras. Ya os tengo dicho que el Señor os ha de recompensar esta tribulación que por Él padecéis con la mayor fineza de su amor, sustentándoos en este mundo con su gracia y vuestra vocación; y después os cumplirá vuestros deseos. Que espero en su bondad, que habéis de volver a poner el santo hábito con perfección y con más honras de vuestro divino Esposo de lo que ahora ignoráis”» (Autobiografía, T.I, P.I, f.701).

Es evidente que la fundación no se hará, al menos por esta vez. María Antonia decide, por último, regresar a Madrid para intentar cumplir allí su voto de religión, abandonando en las manos de Dios la idea de fundar en Santiago de Compostela. Sale de la ciudad justo un año después de su llegada. Va acompañada de una de las dos jóvenes que se le habían unido en Madrid. La otra, que *«había hecho para ella el papel de Judas»*, quedaba en Santiago. Lleva consigo también a su hija Leonor, que a petición propia le había sido enviada desde Bayona por la abuela.

Llegada a Madrid, se hospeda en casa de su gran bienhechor, Don Miguel, que le ofrece todo el apoyo de su amistad y la ayuda económica que necesite para ser religiosa. Busca entre mil avatares cuál será el monasterio que el Señor le tiene destinado para ser carmelita descalza. Otro matrimonio, gran bienhechor también, se hace cargo de la crianza y educación de la niña Leonor. Mientras, su hijo Sebastián está en Roma con su confesor de Bayona.

María Antonia pasa ratos amargos en el discernimiento de su responsabilidad respecto a sus hijos. Todo lo hace con intensa búsqueda de la voluntad de Dios, consultando exhaustivamente a los sujetos más autorizados de Madrid y de la Universidad de Alcalá de Henares.

Afortunadamente, el Señor le asegura que Él cuidará de sus hijos: *«Estando como he dicho con mis temores y representando al Señor la aflicción en que se hallaba mi alma, me dio el Señor a entender que no tuviese cuidado alguno sobre lo que ya le había entregado a su divina Majestad, porque los niños, una vez que se los había dado para que los cuidara como Padre verdadero de ellos, que ya corrían por cuenta de su divina Majestad, y que así echase todos mis cuidados en sus divinas manos; que cumpliría su palabra»* (Autobiografía, T.I, P.I, f.748).

Así lo cumplió el Señor como se lo había prometido. Cuando más adelante los dos hijos entren en la Orden de Predicadores, María Antonia, ya religiosa, escribirá:

«...por quedar ya mi monjita del todo asegurada en la casa y religión sagrada de mi gran padre santo Domingo: pues el mismo santo me había ofrecido en una visión en que se me apareció, [...] que me dijo me ayudaría; conque así lo cumplió mi gran patriarca, llevándose para su santa religión a mis dos hijitos, y una de las tres que salieron en mi compañía desde esta nuestra tierra de Galicia» (Autobiografía, T.2, f.69).

Sea nuestro Señor alabado por sus divinas disposiciones y altísimas providencias como ha tenido para dichas dos almas y para pagarme a mí y a su padre en esta vida aún, el sacrificio que su Majestad misma nos hizo hacer de ellos, dejándolos a su divino cuidado como verdadero Padre, que así los cuidó y amparó entrándolos en una tan ilustrísima y santísima Orden; [...] a cuya sagrada Orden debo, por muchos títulos, el vivirle muy agradecida a los muchos favores que me ha hecho, que no sólo se dignó de que vistieran mis hijos el santo hábito de mi gran padre santo Domingo, sino el haberlos recibido en tan tierna edad, criarlos, y sufrir sus niñeces, como si les tocara algo de cosa propia. Todo se lo premiará en el cielo» (Autobiografía, T.2, f.71v-72).

Después de muchos avatares en la búsqueda, entra por fin en el monasterio de carmelitas descalzas del Corpus Christi de Alcalá de Henares, el día 15 de marzo del año 1733, tal y como el Señor se lo había mostrado muchos años antes. En aquel entonces, se recibía el hábito el mismo día de la entrada. María Antonia lo vistió esa tarde en una solemne ceremonia concurrida de numerosísima gente, que acudió a la novedad de ver entrar en la vida religiosa a una mujer casada. Esa misma mañana, en el colegio de los

carmelitas descalzos de la misma ciudad, había recibido el hábito del Carmen su marido Juan Antonio, que asistió, ya fraile, a la ceremonia de su mujer.

Inicia, pues, esta nueva etapa de su vida, no sin algunas sorpresas, pero cada día más feliz y centrada. En el momento de entrar en el Monasterio suplica al Señor que no haya más exterioridades en su vida, sino que le permita pasar en todo desapercibida entre las hermanas.

«Me hizo el Señor una merced muy singular como se la había pedido antes de entrar en la vida religiosa, que fue que me había de quitar todos los excesos que redundaban del espíritu interior en lo exterior de mi persona [...] que podían conocerse en lo exterior y dar a las monjas en qué entender con las dichas exterioridades» (Autobiografía, T.2, f.131).

«Que en esto ya he dicho que me ha hecho y cumplido todo lo que le he pedido al entrar en esta su santa casa, que no padezco exterioridades como lo solía hacer conmigo allá fuera. Y así obra Dios con tanto secreto en mi alma, que no se perciba nada por lo exterior de mi cuerpo y acciones, porque toda la sustancia de aquella máquina de cosas que solía tener en la vida de seclar, está recogida en lo interior de mi alma» (Autobiografía, T.I, P.II f.67-67v).

Resulta impresionante constatar la verdad de este hecho en las declaraciones hechas años más tarde por las religiosas que convivieron con ella. Todas aseguran que, aunque sobresalía su ejemplo de virtud, nunca se advirtió en ella nada que denotase gracias especiales ni que llamase la atención.

Profesan por fin María Antonia y Juan Antonio el mismo día de San José del año 1734.

«Con mucho gozo y consuelo de mi alma, me sacrificué a mi divino Esposo de nuevo. Con que di fin a mis deseos en esta vida, con especial júbilo de mi alma, dando muchas gracias a mi divino Esposo por tan incomparable beneficio como me ha hecho en recibirme en su casa y cumpliéndome todo lo que me había ofrecido en otro tiempo» (Autobiografía, T.I, P.II, f.18).

María Antonia se aplica a vivir con toda perfección su nueva vida de carmelita, entregada a la oración y a la caridad fraterna. A pesar de que el Señor ya no le hace padecer fenómenos exteriores, no han cesado las gracias de excepción que jalonan su vida. Así, cuatro años después de profesar, el Señor comienza a moverla de nuevo a desear que se realice la fundación del Carmelo en Santiago de Compostela. Ella comienza a interesarse por ello, en contacto con sus antiguos bienhechores, y otra vez surgen dificultades por todas partes.

Un buen día, cuando se encontraba apenada por los problemas que surgían, entiende del Señor estas palabras: *«Hija, no te aflijas tanto. ¿No sabes que soy el que lo puedo todo, y que no faltarán mis palabras? ¿Cuántas veces te he dicho que la fundación que has concebido de mi amor, se ha de hacer? Pero quiero, primero, que seas aquí priora»* (Autobiografía, T.II, f.23 v).

Efectivamente, suceden cosas sorprendentes antes de que finalmente se cumpla lo que el Señor le ha hecho saber. Así, el 12 de diciembre de 1741, cuando no lleva más que siete años de profesa, es elegida priora.

En este oficio brilla aún más su virtud, especialmente su caridad y humildad, sin perder por eso la energía necesaria con que estimulaba el crecimiento de la comunidad en la perfección religiosa. Los testimonios de las religiosas que convivieron con ella en esta época son profundamente elocuentes en este sentido.

Tampoco quedó olvidado el asunto de la fundación. Durante su priorato, y en total dependencia de los superiores de la Orden (aunque esto le costará también grandes pruebas), va preparando los caminos. Terminado su tiempo de priora y, siempre bajo el sello de la Cruz, la obra va cobrando forma hasta que por fin se fija la fecha de la partida.

Sale la Madre María Antonia de Alcalá de Henares el 5 de septiembre de 1748. Los superiores habían determinado que se detuviese en el monasterio de Santa Ana de Madrid, y allí se dirige. El Padre General quiere disponer de tiempo para poder hablar tranquilamente con ella y también los definidores vienen a despedirla. Además, entre otras muchas personas que también solicitan poder hacerlo, se encuentra la reina Doña Bárbara de Braganza, que entra en el monasterio acompañada de muchas damas. La reina ha oído la historia de la Madre María Antonia y quiere conocerla personalmente.

«Supo también que yo no había venido por Loeches a ver a mi hija, y a despedirme de ella estando tan cerca, sabiendo que no se rodeaba mucho para llegar a ese monasterio. Y con estas noticias que tenía dicha reina, empezó a dar tras de mi ánimo y dijo: “¿Es posible que haya tenido corazón para no ir a ver y despedirse de

aquella niña tan linda como Dios le ha dado, estando en el camino, casi? Dígola que tiene ánimo más que de mujer”.

Yo creo que le dije: “Señora, una vez que se ha dejado por Dios una cosa, no es bueno que se la volvamos a quitar. Yo cuando entré en mi santo convento, así a padre como a hijos, los dejé del todo por su Majestad, y también el privarme de volver a verlos. Y ¿qué había yo de hacer con venir a ver, y despedirme de mi hija? Darle, acaso, motivo de alguna tentación, de ver que yo me voy tan lejos, y ella no poder venir en la compañía de su madre ya estando profesada en aquel santo convento donde está muy gustosa y contenta”» (Autobiografía, T.II, f.226 v-227).

El grupo de las siete fundadoras fue nombrado por los superiores de la Orden. Todas ellas, excepto la Madre María Antonia, pertenecían a la Provincia de Castilla la Vieja. Reunidas todas en el Monasterio de Rioseco, emprenden el camino el 28 de septiembre acompañadas de varios padres carmelitas y algunas personas más.

Como siempre, la Madre narra el viaje en su autobiografía con profusión de detalles y anécdotas. Santiago es para ella una «tierra prometida», y todo este itinerario tuvo que evocarle los amargos acontecimientos de años atrás, pero ella apenas hace alguna vaga referencia al pasado. Entran en la ciudad del Apóstol el día de la fiesta de Santa Teresa, entre una multitud de gente que sale a recibirlas por las calles. Cuando, agotadas, pueden retirarse a la casa que les han preparado, descubren que es estrecha e incómoda

para el estilo de vida de las carmelitas, de manera que la Madre comenta con buen humor:

«Lo que empezamos a ver de la casa no era para causar mucha alegría, sino una devoción fúnebre [...]. Ello nos dio motivo de acordarnos del portal de Belén, pues aquel sería más estrecho y desacomodado para habitar y nacer en él el Rey de cielos y tierra» (Autobiografía, T.II, f.262v).

Yo no cabía en mí de gozo de ver llegado aquel tan feliz y deseado día de mis ansias y anhelos, trabajos, suspiros de tantos años, por llegar a ver cumplido lo que Dios me intimó que quería hiciese y pretendiese, a costa de los trabajos que quedan dichos, sin otros muchos, que no se pueden decir todos» (Autobiografía, T.II, f.265v).

Gozo, consuelo y alabanza continua al Dador de todos los bienes por la maravillosa manera en que ha guiado su vida hasta el cumplimiento de todas sus promesas. Sus compañeras testificarán después que uno de sus dichos frecuentes era exclamar: *«¡Qué fiel eres Señor!... ¡Todo se cumplió!»*.

Pero no por eso se acaba la cruz. Diez años permanecieron en esa casa sufriendo incomodidades que ponían a prueba su resistencia y daban lugar a tensiones internas. Resultaba muy difícil establecer el orden de la vida carmelitana en un marco tan poco apropiado. Las vocaciones, sin embargo, vinieron pronto.

Cuando la comunidad estaba atravesando un momento difícil, hasta el extremo de que la Madre María

Antonia se sentía tentada de regresar a su comunidad de origen, relata lo siguiente: *«Me fui a quejar un día que me hallé sumamente atribulada a mi Dios y Señor. El que, con más amor que otras veces, a mi parecer, que me hablaba, me dijo: “María, Yo me hice el dormido en el centro de tu alma, adonde estoy reclinado descansando siempre, a ver cómo peleabas con tus enemigos. Y ahora, hija, cuándo habías de estar más fuerte, ¿desmayas? Sabe que Yo he sido el que te he traído. Y quiero que perseveres con valor. No temas; que el enemigo nuestro, como no se puede vengar de mí, echa toda su rabia y furor contra el instrumento que tomé para esta mi obra, que eres tú, esposa mía y madre suya. Y quiero entregar el cuidado de este hijo a su propia madre»* (Autobiografía, T.II, f.299v).

Así, efectivamente, lo cumplió también esta vez el Señor, siendo ella elegida primera priora de la comunidad el 5 de agosto de 1750, un año y medio después de la llegada de las fundadoras, tras haber profesado las primeras novicias hasta completar el número necesario para tener elecciones. Las que entonces convivieron con ella, declararán algunos años después que *«pronto puso todas las cosas en orden; se la veía solícita en todo, como verdadera madre [...] en medio de ser mansa y apacible, era enterísima en celar la perfección»*.

Era urgente encontrar lugar y medios para edificar un monasterio de nueva planta, pero las dificultades y contradicciones parecían no terminar nunca. Después de innumerables vicisitudes, se puso por fin la primera piedra un 20 de agosto del año 1753.

Fue un grandísimo consuelo, pero todavía le quedaban cruces por gustar, y una de ellas bastante sorprendente. Pocos días antes del comienzo de las obras, la Madre María Antonia había terminado su trienio de priora. Como era costumbre entonces que no se repitiese en el priorato, otra hermana fue elegida para el cargo. Pero al terminar esta hermana su trienio como priora, sin que sepamos la causa, el Padre General impuso a la Madre María Antonia por obediencia el cargo de Vicaria, impidiendo la elección ordinaria que había de tener lugar. Como es de comprender, esto fue costoso para la comunidad, pero para la Madre María Antonia se convirtió en una tribulación amarguísima, viendo el descontento de las hermanas que no se apaciguaba con nada. Durante más de un año se prolongó una situación saturada de tensiones y pesadumbre, de la cual ella se culpaba a sí misma.

Sin embargo, quedó claro que el disgusto de la comunidad no se debía a ella pues, al autorizar el Padre General por fin la elección, salió elegida la Madre María Antonia por unanimidad, el 2 de diciembre de 1757. Así lo cuenta ella, todavía sorprendida, en carta a su director espiritual:

«Todo se ha hecho como nunca se podía esperar, según las tempestades pasadas, sosegando el Señor la mar y los furiosos aires que el enemigo levantó contra esta pobre navecilla, aunque a costa mía. Pero el Señor que así lo ha dispuesto, convendrá para su gloria y mayor mérito mío, si yo sé aprovecharme de la cruz de esta carga» (Carta al P. José de Jesús María, 6 diciembre 1757).

Por falta de dinero, las obras avanzaban lentamente y hubo que esperar cinco años para que la casa estuviese mínimamente habitable. Cuando aún no estaba todo concluido, tuvo lugar la traslación de la comunidad al nuevo monasterio, el 22 de octubre de 1758. La Madre, que se encontraba muy enferma por entonces, nos narra el acontecimiento casi al filo de los hechos:

«...pues con calentura y el dolor en el costado, que vine de este modo, a pie por acompañar a nuestro divino Esposo y mis hermanas, esforzándome más de lo que podía mi pobre natural; que a no haber concurrido la fortaleza de mi Dios en mí, no pudiera [...]. Y toda yo temblando con mi mal y dolor en el costado,[...] como llevaba a mi divino Esposo delante, no hice caso de mi mal sino de acompañarle, como las sanas a lo menos, ya que [...] debía yo hacer todo el camino de rodillas, si no fuera por el “qué dirán” de las gentes; y por esto mismo a la entrada de los umbrales de este nuevo templo de mi Dios y su santísima Madre, no me postré a besar esta santa tierra» (Carta al P. José de Jesús María, 12 diciembre 1758).

Aunque quedaba todavía mucho por hacer en el monasterio, estaba sin embargo suficientemente acondicionado para poder vivir en él. Por tanto, la Madre, enferma y cansada, consideró que ya su misión estaba cumplida y presentó la renuncia al cargo de priora. El P. General se resistió a concedérsela, pero viendo su insistencia y la realidad de sus enfermedades, cedió al fin, y la aceptó el 8 de junio de 1759.

Su consuelo de quedar libre del cargo se vio no poco aguado por el nuevo oficio a que la destinaron: el torno, con un continuo contacto con las gentes que, conociendo su fama de santidad, buscaban su trato. En realidad, varias de las personas que la conocieron más de cerca testificaron más tarde que su aceptación de este oficio fue un acto heroico.

El Señor le había revelado, treinta años antes, que llegaría hasta los sesenta años. Ella espera el encuentro con su Esposo llena de alegría, y durante estos meses, que ella considera de preparación para su marcha, se entrega intensamente a la vida de oración y a la caridad, tanto en su trato con las hermanas de la comunidad, como en su relación con las personas de fuera. Innumerables testimonios nos han conservado los rasgos entrañables de su afabilidad, su compasión por los pobres y los que sufren, su alegría y sencillez, su olvido propio y una confianza en Dios que obraba milagros.

Su salud siempre frágil, está ya tan quebrantada que, según dice su confesor de ésta época, parecía un milagro que pudiese vivir. Poco a poco va empeorando hasta que al fin se apaga su vida, sin haber apenas guardado cama, un 10 de marzo de 1760.

Quedó su cadáver tan hermoso y flexible que los médicos no se determinaban a enterrarlo, y se pospuso el sepelio dos días. Durante ese tiempo, al correr la noticia de su muerte, acudió multitud de gente a venerarla, mientras la comunidad, conmocionada, lloraba su pérdida y recordaba sus ejemplos de santidad.

Sin que hubiera pasado un año de su muerte, el Padre General de los carmelitas descalzos dio orden de que se iniciase un proceso informativo en vistas a su canonización, encargando de ello al P. José de Jesús María, que fuera director espiritual de la Madre durante los últimos años de su vida, y que había sido quien le ordenó redactar su autobiografía y un escrito doctrinal que ella tituló «Edificio Espiritual».

En este primer proceso declararon sobre las virtudes de la Madre más de 130 personas de diversas partes de España, muchas de las cuales la trataron de cerca en distintos tiempos y lugares. Es un documento único, que deja una maravillosa constancia de la fama de santidad de la Madre entre los más diversos géneros de gentes, testigos de su vida. Esta reputación de santidad se extendió por los lugares donde ella vivió, y perseveró a través de los siglos, llegando hasta nosotros.

El proyecto, sin embargo, fue interrumpido por diversas causas hasta que el año 1993 fue introducida la Causa oficialmente, clausurándose el Proceso Diocesano en 1996.

Esperamos ahora el fallo supremo de la Iglesia, que al presente examina la Causa.

CARMELITAS DESCALZAS
Santiago de Compostela (España)

Selección de sermones espirituales:

5. Dios habita nuestro interior¹

«*Mi tiempo aún no ha llegado*» (Jn 7,6)

En el mismo capítulo del que he tomado el tema para este sermón, se lee que el Señor dijo a sus discípulos: «*Vosotros subid a la fiesta; yo no subo a esta fiesta*» (Jn 7,8); y poco antes de estas palabras había dicho: «*Mi tiempo aún no ha llegado; vuestro tiempo siempre está a punto*» (Jn 7,6).

LA BIENAVENTURANZA

Veamos ahora qué significa aquella fiesta a la que el Señor ordenó subir a sus discípulos, cuyo tiempo siempre está a punto. Es la fiesta de la vida eterna, que con toda razón es llamada «vida bienaventurada». Ésta es la verdadera, suprema y última fiesta, en la que Dios ya no es contemplado en enigma, sino abiertamente, cara a cara (cf. 1Cor 13,12). Pero esta fiesta no pertenece al tiempo presente, mientras vivimos en este cuerpo mortal.

1. Corresponde al sermón 12 de la edición de Vetter. Hemos añadido los epígrafes y las referencias bíblicas.

Es otra la fiesta a la que hemos de acudir en este mundo: es un pregusto y experiencia de aquella fiesta eterna en la fruición interior y el sentimiento de la presencia divina en el espíritu. Éste es el tiempo que siempre es nuestro, el de buscar a Dios y estar atentos a su presencia en todo lo que hacemos, vivimos, amamos y deseamos; el tiempo de trascendernos a nosotros mismos y todo lo que no es Dios para amarlo en pureza a Él solo, y a ninguna otra cosa, con todas nuestras fuerzas. Éste tiempo siempre está a punto.

Ciertamente, todos desean por naturaleza la bienaventuranza de la vida eterna; nadie hay a quien su propia naturaleza no le exija ser feliz. Pero desearlo no basta para alcanzar la bienaventuranza. Hay que buscar y desear a Dios únicamente por Él mismo. Muchos ansían experimentar también este pregusto de la vida eterna, pero se quejan de que se les niega. Cuando están en oración o en otros ejercicios de piedad y no experimentan en su fondo fiesta alguna ni la presencia de Dios, lo llevan a mal y, afectados de tedio, se vuelven tibios argumentando que no sienten a Dios y que, por ello, todas sus devociones y el deseo de orar se les hacen cuesta arriba. Pero esto es en lo que nunca se ha de caer. No debemos dejar de ejercitarnos en nuestras devociones y en buenas obras. Pues, aunque no sintamos a Dios, Él está siempre muy presente.

En aquel entonces, el Señor subió a la fiesta después de sus discípulos, no públicamente, sino en secreto. Pues, en verdad, donde está Dios, allí hay fiesta. Él no puede negarse ni mantenerse alejado de quien tiene una fe y un deseo sinceros, ya sea que se muestre abiertamente o se mantenga oculto. Sea como fuere, Dios está presente.

LA BÚSQUEDA DE DIOS

Buscar a Dios y desearlo con corazón puro en todas nuestras obras, habitar nuestra morada interior y elevarnos sobre nosotros mismos, éste es el tiempo del que dijo el Señor: «*Vuestro tiempo siempre está a punto*». Pues siempre nos está permitido subir [a esa fiesta]. Pero el tiempo de que Él se nos muestre claramente y nos infunda su consuelo no siempre está a punto. Éste es suyo y a su arbitrio hay que dejarlo. Mas si lo buscamos puramente, si Dios es el punto que centra toda nuestra atención, sin duda alguna está presente, aunque de un modo oculto. Por esta razón debemos persistir en nuestras buenas obras y prácticas. Si perseveramos, no hay duda de que alguna vez lo encontraremos. Dios está presente, pues, pero difiere la manifestación clara de su presencia.

Ésta es la meta y el sentido de todos los ritos, obras y prácticas de nuestra Orden y de todas las demás órdenes, sean cuales sean, y éste es el objetivo que persiguen: que busquemos en pureza a Dios solo para que Él celebre dentro de nosotros su fiesta, y que nosotros tengamos el fondo [del alma] libre de cualquier obstáculo que entorpezca su operación y nada lo ocupe sino Dios solo. Y cuanto más sirven a este fin todas nuestras prácticas y ritos, tanto más laudables, santos y útiles son. Pero si en lugar de referirlas a Dios, convertimos esas prácticas en un fin en sí mismas, no somos sino una sinagoga de judíos.

El Antiguo Testamento contenía gran cantidad de leyes, ritos, ceremonias y grandes obras; por este motivo, tenía también diversas prácticas muy penosas.

Pero, por medio de ellas, cuantos estaban sujetos a la ley no podían alcanzar todos los gozos de la patria celestial, puesto que todas estas cosas no eran sino una «*parasceve*» o preparación al Nuevo Testamento, al que se le ha abierto la puerta del reino de los cielos, tantos miles de años cerrada. Y esto es lo que debemos pensar sobre las prácticas exteriores, que son únicamente una preparación a la fiesta interior del espíritu. Dicha fiesta no se encuentra en las devociones externas, a no ser que lo viejo se adapte y tenga su cumplimiento en lo nuevo, es decir, que los ejercicios externos de piedad sean referidos al fondo interior y a la verdadera pureza de corazón. De otro modo, poco o nada aprovecharán.

LA ESENCIA DE LA VIDA RELIGIOSA

Hijos míos, todos nosotros, el día en que renunciamos al mundo en nuestra profesión religiosa, hicimos promesa a Dios todopoderoso de buscarlo, amarlo y servirle fielmente hasta la muerte. De esta promesa no podrían liberarnos ni pontífices ni sacerdotes. Y si ha de creerse a los santos doctores, esta promesa obliga más que cualquier juramento prestado ante un tribunal. En consecuencia, cuando voluntaria y deliberadamente entregamos a una criatura todo el corazón y el amor que hemos consagrado a Dios, incurrimos en un delito de perjurio mucho más que si violásemos un juramento. Por esto ha sido instituida nuestra Orden y éste es el fin de todas las constituciones religiosas.

Por este motivo, algunos hermanos pedían a Nuestro Padre Santo Domingo, próximo ya a la muerte,

que les mostrara el verdadero «*subjectum*»², la esencia y el fundamento de la santa Orden por él creada, y les explicara con qué fin había compuesto todos sus estatutos. Ellos conocían lo accidental, pero querían saber lo sustancial.

Lo mismo nos pasa a nosotros: conocemos bien todas las leyes y estatutos. Él, entonces, les dijo que el fundamento y la esencia eran un amor verdadero a Dios, humildad profunda y pobreza espiritual y material. Éste es el fundamento de la santidad: amar a Dios con todo el corazón y despreciar todo lo que estorba este amor; conforme a la caridad fraterna, amar a todos nuestros hermanos como a nosotros mismos, con espíritu humilde y sujeto a Dios, mostrándonos afectuosos los unos con los otros; finalmente, renunciar a toda propiedad tanto sobre nosotros mismos como sobre los bienes creados, y hasta sobre la misma voluntad, y estar desnudos y libres de todo aquello, fuese lo que fuese, que pueda apartar a Dios de nosotros, a fin de que Él pueda poseer libremente y con pleno poder nuestro muy noble fondo, en el que ha impreso su imagen. Estas cosas son sus delicias y su gozo, como Él mismo dice: «*Mis delicias son estar con los hijos de los hombres*» (Prov 8,31).

Hijos míos, ésta es sin duda la meta de nuestra Orden, ésta es su finalidad, ésta es su intención. Para este fin se han creado, aprobado y recibido todas las órdenes y congregaciones religiosas, todos los monasterios, eremitorios, reglas, ritos, observancias y

2. Es decir, el sentido y la meta fundamentales.

cualquier género de vida religiosa, llámese como se llame. A este punto miran todas las constituciones de nuestra Orden, y cuanto más sirvan a esta meta, tanto más útiles son y con más amor e interés han de ser observadas y honradas.

Por esta causa, con este fin e intención nos hemos consagrado totalmente a Dios y más comprometidos con Él estamos. Y si no honramos y observamos esta Orden, somos perjuros y violamos la fidelidad prometida a Dios; mas si conservamos ese fin y esa intención, poseemos la misma sustancia y fundamento de nuestra Orden que tuvo Nuestro Padre Santo Domingo y otros muchos santos y venerables fundadores de órdenes religiosas, como San Benito, San Agustín, San Bernardo y San Francisco. Todos ellos tenían a la vista y honraban esta esencia de la vida religiosa, a ella sirven todos los ritos, constituciones y observancias, y por ella han sido instituidas.

Hijos míos, os ruego que sigáis esta esencia de nuestra Orden: amad a Dios desde el fondo del corazón, buscadlo con amor y atención, y que todo lo demás, sea del género que sea, no sirva sino de apoyo y ayuda para este propósito. Si hacéis esto, os aseguro que Dios celebrará en vuestras almas una fiesta grande y perfecta.

Como bien sabéis, son muchas las disposiciones a que nos obliga la regla. Queramos o no, hemos de ir al coro, leer y salmodiar. ¿No es preferible, por lo tanto, hacerlo con la alegría del que va a una fiesta que con una mente árida, seca, plúmbea, para no ser excluidos de la fiesta eterna?

Ciertamente, quien tiene la conciencia limpia de pecado mortal y una voluntad firme de no ofender a Dios en modo alguno, ése alcanza la bienaventuranza y la salvación en la santa fe católica. Pero todo el que desee experimentar dentro de sí aquella gozosa fiesta en la que se siente y gusta la feliz presencia de Dios, ha de ofrecer a Éste un fondo puro, libre y desnudo. Así podrá sentir a Dios gozando de Él, pues ésta es la única y auténtica devoción: no encontrar gusto ni placer en nada salvo en Dios. Ésta es precisamente la finalidad de la vocación por la que Dios, en su inestimable piedad, nos ha llamado y atraído a esta santa Orden: buscarlo a Él solo por medio del amor y la atención. Respondamos a esta vocación.

LA VIDA PENITENTE

A quienes somos por naturaleza hijos de la ira y reos de condenación eterna por nuestras maldades y pecados, apartándonos de este mundo falso y corrupto, nos ha conducido a esta santa vida de verdadera penitencia. Así lo afirma San Agustín: «*El hombre nace de materia vil, sórdida y corrupta, tierra pútrida cuyo fin es la muerte eterna*». Pero evitamos este destino por medio de una vida de penitencia, a la que Dios nuestro Señor nos ha llamado no por nuestros méritos, sino por su bondad gratuita y amor purísimo.

Quizá alguien se pregunte cuál es la esencia y la verdad de una vida penitente. Yo le respondo: no es otra que una verdadera renuncia a todo lo que no es Dios y una conversión íntegra y perfecta al Bien puro y cierto que es Dios mismo. Quien pone en esto más

empeño y generosidad, más penitencia hace. Por eso, cuantos hemos abrazado la vida religiosa debemos ofrecer, desde las mismas entrañas del alma, sinceras acciones de gracias a nuestro Creador porque se ha dignado llamarnos e invitarnos a este género de vida. Esto ha de proporcionarnos una confianza grande y una esperanza cierta en que aquellos a quienes ha apartado de este mundo falso y turbulento y ha reunido en un mismo lugar, reinaremos con Él. Con un amor especial, Dios ha elegido nuestras almas como esposas y amigas y las ha invitado a una particular intimidad con Él.

¿Qué signo más evidente puede haber de la presencia de Dios en esta elección que el hecho de que muchos de entre nosotros, en plena juventud, edad especialmente rebelde, incapaz de soportar cualquier disciplina y entregada a los placeres del mundo, se sometan a la voluntad de otro, obren de acuerdo con unos preceptos y consejos, soporten ser dirigidos y digan adiós al mundo para entregarse a su Dios y Señor? Y aunque no tengan una gran experiencia de Dios, son pacientes y esperan al Señor. Esto sería imposible si Dios no estuviese presente ahí, aunque ocultamente.

CONCLUSIÓN

Ahora, pues, es tarea de todos emplear la máxima energía y el esfuerzo en experimentar dentro de nosotros esta gozosa fiesta en la que Dios se nos revela verdaderamente, de modo que podamos sentir en lo más profundo esa fiesta perfecta y el gozo auténtico

de la presencia de Dios siempre que queramos y entremos en nosotros mismos, en la oración y en las demás devociones y obras que tenemos la obligación de cumplir.

Disfrutan de esta fiesta los que sólo a Dios pertenecen, y a nadie más. Y Dios mismo les pertenece como ellos le pertenecen a Él, y jamás los abandona ni les retira su presencia. ¿Qué vida hay más feliz, más gozosa y, por así decir, más festiva que aquella en la que nosotros estamos en Dios y Dios está en nosotros, ahora en el tiempo, después en la eternidad y en una inefable bienaventuranza?

Que la misericordia de Dios nuestro Salvador nos conceda esta bienaventuranza. Amén.

FRAY JUAN TAULERO

POESÍA

Solo quiero la luz que nos mantenga

Solo quiero la luz que nos mantenga
el lazo transparente de la fe
este incendio que irradia nuestro tiempo
uniendo nuestras almas, en lucha contra el hombre.
Tú que penetras las honduras no permitas
que la oruga carcoma mi flaco corazón,
dale el soplo de forza y de pureza
porque yo nada puedo en esta hora
que me asisten millones de diablos
y me enturbian la casa.
A tu merced me rindo porque te amo
y te ofrezco mi humilde poquedad,
que el camino es estrecho y polvoroso
y me siento morir,
que mi culpa me pesa y me hiere los rincones
de este barro que cae, despavorido...

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

Bibliografía

CARLOS LUNA CALVO, *Sé más persuasivo. Aumenta tu capacidad de influir en los demás.* Editorial ESIC, Madrid 2013. 232 pp.

En la sociedad actual, las personas reciben decenas de mensajes impactantes al día. ¿Cómo podemos competir ante semejante competencia a la hora de dar testimonio del Reino de Dios? Este libro nos ofrece un buen número de sugerencias para ello.

Carlos Luna es un laico dominico español que, a nivel profesional, es profesor de creatividad, marketing y comunicación para clientes en la Universidad Francisco de Vitoria de Madrid y ha recibido varios premios a nivel nacional y europeo por campañas de marketing en sus más de 10 años de experiencia profesional. Ciertamente, este libro está orientado al marketing, es decir, a aumentar las ventas de un determinado producto, pero esas mismas técnicas pueden ser muy útiles para predicar o para promover, por ejemplo, un rastrillo solidario, un grupo de oración contemplativa o la celebración de una Eucaristía. También, obviamente, aporta ideas muy eficaces para una campaña vocacional.

A través de 24 pequeños capítulos, Carlos Luna va exponiendo los elementos más importantes que debemos tener en cuenta para persuadir a otras personas de

las bondades de lo que les estamos proponiendo. El lenguaje que emplea es claro y comprensible, y se apoya en ejemplos reales que complementa con fotos y gráficos.

Estos son algunos temas que trata: «en marketing, realidad que no se percibe, realidad que no existe»; «ante lo evidente, todo (co)razón dice: “sí”»; «cuanto más se estructure el mensaje, más influye en el otro»; «hazle sentirse protagonista»; «cualquier cosa es cara si no le dices cuánto “vale”»; «no comuniqués mensajes, comunica estados de ánimo»; «cómo lograr que nuestro público quiera escucharnos... más»; «no le hables a él, háblale a sus motivaciones». Así resume Carlos Luna el contenido de este libro: «No actúes desde ti sino desde lo que le mueve e interesa al otro, siendo positivo, bondadoso y procurando instalar un pensamiento interno en tu receptor que le invite a decir “sí”. El lenguaje es muy poderoso, pero más poderosas son las *imágenes mentales que podemos crear a través del mismo*» (p. 229).

Como vemos, este libro es una gran ayuda para predicar el Evangelio en la sociedad actual.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

MONS. CARLOS AMIGO VALLEJO, *Diccionario de religiosidad popular*
Editorial PPC, Madrid 2013. 252 pp.

Bien conocido es el cardenal Carlos Amigo. Y aunque fuera sólo por sus muchos años como Arzobispo de Sevilla, tiene autoridad reconocida para hablar de

religiosidad popular. A ésta se ha referido en varias páginas el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, como un aspecto de la cultura cristiana digno de ser valorado en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Mons. Carlos Amigo repasa en este libro los conceptos teológicos de las diferentes realidades, símbolos, celebraciones..., que están implicadas en la religiosidad popular. Construye así lo que él llama un «diccionario» que puede dar respuesta a las preguntas que a veces suscitan no pocas formas de religiosidad popular. Y, a su vez, cuando no se formulan preguntas, para orientar a tantos desorientados en la práctica de esa religiosidad.

Son muchos los cristianos que lo son bajo las diversas formas de lo que llamamos «religiosidad popular». Es su manera de vivir su fe. Nuestra cultura está impregnada de religión popular. No sirve el «despotismo ilustrado» de los que pretenden aleccionar al pueblo sobre lo que realiza en el ámbito de lo religioso, sin escucharle a él y sin analizar los porqués y paraqués de su religiosidad. A la vez, no podemos dejarnos llevar por la simple costumbre, por actos religiosos aceptados acríticamente, que en bastantes casos se han apartado de su origen religioso para derivar a actividades culturales, donde lo religioso es una dimensión casi perdida.

Bien está, pues, la ocasión que ofrece el Cardenal Amigo de revisar con referencias teológicas los muchos conceptos que están implicados en la religiosidad popular. Es necesario, cierto, sanearla, o, mejor, orientarla a lo esencial de la fe y la religión, para que

los actos culturales, procesiones, devociones y las diversas formas de manifestación de esa religiosidad, nos lleven a Cristo y una vida acorde con la fe que profesamos.

Se trata, pues, de un libro necesario y asequible para cualquiera que esté interesado por ahondar en la religiosidad popular. Ha sido escrito para ayudar a comprender antes que a juzgar y para vivir todo lo que la religiosidad tiene en lo hondo y, por lo tanto, en la verdad de lo que debe ser.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

FERNANDO BERMÚDEZ LÓPEZ, *Espiritualidad en un mundo globalizado. Un desafío ético-profético*. Editorial San Pablo, Madrid 2011. 197 pp.

Esta afirmación resume bastante bien el mensaje central de este libro: «*Necesitamos descubrir y trazar un camino nuevo, más limpio, más feliz, más esperanzador y espiritual. Urge ver y vivir la vida sin ambición de lucro y de poder, y reconstruir el espíritu de justicia, de solidaridad, de ternura y de gratuidad contemplativa*» (p. 11).

Para ello, Fernando Bermúdez, teólogo español afincado en Centroamérica, se apoya en su larga experiencia en comunidades de base de Chiapas (sur de México) y Guatemala, compartiendo con el pueblo llano sus sufrimientos, alegrías y esperanzas. Este autor fundamenta su pensamiento en la Teología de la Liberación, cuya espiritualidad busca romper las ataduras que nos esclavizan, viviendo la presencia de Dios en nuestra

vida y construyendo una sociedad más justa y solidaria. Por ello, la «espiritualidad viene a ser como un clima, una forma de pensar y actuar en nuestras relaciones con los demás, con el mundo y con Dios» (p. 17).

Fernando Bermúdez afirma que nuestro gran enemigo es el *sistema capitalista neoliberal globalizado*. Es el «monstruo», la «Babilonia» actual, que, por medio de las grandes empresas internacionales –o transnacionales– y de los gobiernos afines, esclaviza y deshumaniza a las personas y destruye la naturaleza. Esta temática la desarrolla sobre todo en la segunda mitad del libro. También defiende la espiritualidad ecologista de carácter franciscano, que siente a todos los seres como a hermanos a los que debemos proteger y contemplar. También trata otros interesantes temas como el discernimiento espiritual, la «oración reino-céntrica» y concluye exhortándonos a amar, pues eso es lo importante.

Se trata, en suma, de una obra que nos propone la espiritualidad de la Teología de la Liberación como camino para hacer de este mundo un lugar más humano y fraterno, de acuerdo con la voluntad de Dios.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

PEDRO BLANCO Y RAFAEL D. GARCÍA (eds.), *Benedicto XVI habla de cultura y sociedad*. Ediciones Palabra, Madrid 2013. 200 pp.

Si siempre tuvo sumo interés el pensamiento teológico del Papa Benedicto, sus reflexiones teológicas

cobran mucha más importancia cuando desde su magisterio pontificio han tratado problemas tan importantes como la relación entre razón y fe, secularización y religión, ética laica y ética cristiana... Sin duda, del buen entendimiento entre estas posturas o mentalidades –a veces tan distanciadas y contrapuestas–, alcanzaríamos una mejor armonía ética que conduciría a una convivencia más humana y a una solidaridad más justa.

En foros de gran prestigio y no siempre muy favorables a la presencia del pensamiento religioso, el Papa Benedicto ha sabido manifestar con extraordinaria solvencia, rigor intelectual y gran claridad expositiva, la necesidad de la fe para iluminar el comportamiento ético meramente humano o secularizado, así como también la necesidad de la razón y del conocimiento de la problemática actual humana para que la fe no se desvíe hacia un iluminismo engañoso e irreal.

En la segunda parte del libro estas reflexiones del Papa Benedicto son comentadas, con acierto y sobriedad, por los autores arriba indicados, haciendo hincapié en los puntos fundamentales. Se trata, pues, de un libro valioso y profundo, que se lee con gusto, ya que ofrece respuestas clarividentes a los problemas fundamentales que afectan especialmente a una buena parte de nuestra sociedad que se ha distanciado de la Iglesia, o ha abandonado, por prejuicios equivocados, la fe cristiana.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

AURELIO FERNÁNDEZ, *Yo soy cristiano ¿Cómo viven los cristianos?*

Ediciones Palabra, Madrid 2013. 221 pp.

El profesor Aurelio Fernández presenta en este libro las líneas generales de la moral cristiana. Lo mismo hizo acerca de la dimensión dogmática en otra publicación. De modo preciso, y a la vez conciso, desgana la moral tal y como la presenta la Iglesia. Aborda el tema desde la necesidad propia de la condición humana de preocuparse por los valores éticos, y su punto de partida es que éstos surgen y han de desarrollarse en el interior de la persona. Desde ahí se han de manifestar en acciones concretas. Un ejemplo de hoy: la crisis económica tiene su origen en actitudes interiores de codicia, de falta de honradez y de despreocupación por el otro.

Gusta al autor exponer las bases naturales del bien y del mal moral, que se pueden apreciar en lo que enseñaban ciertos filósofos anteriores a Cristo. Esas bases naturales impiden el relativismo, que niega que haya valores absolutos. Asimismo, nuestro autor afirma que el cristianismo no es una religión «moralista», sino que proclama la dignidad de la persona humana, lo cual conlleva no estar pendiente de lo que es «pecado», sino que invita a obrar de acuerdo con esa dignidad, es decir, a obrar el bien. En la más pura línea tomista, Aurelio Fernández afirma que la búsqueda del bien encaja en el deseo natural de todo hombre de buscar la felicidad.

A partir de estos principios, desarrolla las tesis clásicas acerca de las bases y fuentes de la moral. Éstas, que se pueden decir de todo hombre y mujer, en la

fe cristiana están potenciadas por la propia antropología cristiana, que ve en el ser humano a un hijo de Dios, y que establece el amor como referencia valorativa fundamental del acto humano.

A partir de estas ideas básicas, el autor desarrolla ciertos aspectos de la vida moral humana. Comienza con las exigencias de nuestra relación con Dios y la virtud de la religión, que en nuestra fe tiene su culmen en la Eucaristía. En esa referencia a Dios, son valores fundamentales cristianos la fe, la esperanza y la caridad. En el ámbito más concreto de la moral, desarrolla la doctrina clásica sobre la familia, la sexualidad y el valor de la vida humana. Y, finalmente, expone la moral social apoyándose en la doctrina social de la Iglesia.

El libro es, pues, un compendio bien organizado y al alcance del gran público, de lo que secularmente ha venido siendo la enseñanza moral de la Iglesia, a lo que el autor ha complementado con referencias directas al Magisterio de la Iglesia en puntos actuales y controvertidos.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

JUAN MOYA (ed.), *Devocionario eucarístico. Con cincuenta momentos de adoración*. Editorial Palabra, Madrid 2013. 334 pp.

Tomando como punto de partida algunas reflexiones del papa Francisco sobre la importancia de la

adoración eucarística, los sacerdotes que atienden el Oratorio del Caballero de Gracia (Madrid) han recopilado en este libro no sólo los momentos de adoración sino algunos otros elementos oracionales interesantes.

Comienza el texto con un breve resumen doctrinal elaborado con textos de los últimos papas (Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco) y del Vaticano II sobre el sentido y la importancia de la adoración (pp. 13-22) y la transcripción de los números referentes a este tema del compendio del Catecismo (pp. 23-32).

A continuación, se recopilan algunas de las devociones eucarísticas (comunión espiritual, visita al Santísimo, acto de desagravio, exposición y bendición con el Santísimo, Rosario eucarístico, Hora Santa del Jueves Santo,...) proponiendo algunos textos que pueden ser utilizados en esas circunstancias (pp. 33-94). En el capítulo siguiente se presentan los textos que dan origen al subtítulo de la obra, los cincuenta momentos de adoración, elaborados con textos bíblicos, litúrgicos, doctrinales, patrísticos y de autores espirituales (pp. 95-228). Los últimos capítulos ofrecen una recopilación de himnos eucarísticos, canciones y motetes, y oraciones eucarísticas y de adoración (pp. 229-322).

Se trata de una publicación con finalidad pastoral elaborada por personas que han utilizado lo que nos proponen, con lo cual se convierte en una buena ayuda para la adoración eucarística personal y comunitaria, así como para la meditación sobre la Eucaristía.

FRAY MIGUEL ÁNGEL DEL RÍO, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

Contemplar la virginidad de María en el rezo del Rosario

El dogma de la virginidad de María está muy presente en el rezo del Rosario, sobre todo en los Misterios Gozosos. Hagamos un pequeño recorrido:

En el Primer Misterio Gozoso: la Anunciación (cf. Lc 1,26-38), el Ángel del Señor comunica a la Virgen María que concebirá al Hijo de Dios. Sabemos muy bien lo que María responde: *«he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»* (Lc 1,38), aceptando así la concepción virginal de nuestro Salvador.

No es que la concepción natural de un ser humano sea en sí pecaminosa, ni mucho menos, pero es que la concepción de Aquel que es infinitamente puro requiere la mayor de las purezas, y ésta, a nivel humano, la aporta de virginidad de un cuerpo y un corazón que jamás han sido invadidos por otro ser que no sea Dios. Efectivamente, el estado más puro al que una persona puede llegar es de la virginidad consagrada

a Dios, para que sea sólo Él quien llene y fecunde a dicha persona con su amor.

En el Segundo Misterio Gozoso contemplamos cómo una joven que ha sido llamada a consagrar su virginidad a Dios necesita compartir esta alegre noticia con aquellas personas de confianza que saben comprender y valorar el sagrado sentido de esta forma de vida. Por eso María se encamina a la montaña de Judá para comunicar a su prima Isabel lo sucedido, ya que nadie como ella lo va entender, pues gracias a la acción misericordiosa de Dios ha concebido a su hijo siendo una anciana.

Contemplar la escena de la Visitación (cf. Lc 1,39-56) nos llena de la sana y pura alegría que dos mujeres sienten cuando comparten el haber sido llamadas por Dios a desempeñar un papel especial en la Historia de Salvación. Asimismo lo celebran las criaturas que llevan en su vientre. Entonces María entona un canto de alabanza a Dios porque «*se ha fijado en la humillación de su esclava*» (Lc 1,48). En efecto, la verdadera virginidad, la que también es espiritual, sólo puede darse en un corazón modesto, sencillo y humilde.

La modestia, la sencillez y la humildad de María las podemos contemplar también en el Tercer Misterio Gozoso: el nacimiento del Hijo de Dios en un establo de la pequeña ciudad de Belén (cf. Lc 2,1-20). El dogma de la virginidad de María nos dice que ella mantuvo su estado virginal antes, durante y después del parto. Y esto es así porque, según el sentir común del pueblo fiel que forma la Iglesia, aquella que ha sido elegida para ser la Madre de Dios, ha de mantener

para siempre el estado de máxima pureza. Al contemplar este Misterio sentimos en nuestro corazón que, efectivamente, Dios preservó milagrosamente a María de toda corrupción.

Las personas que han sido llamadas por Dios a entregarle su virginidad, han de conservarla toda la vida. Como María, han de evitar en todo momento que su corazón y su cuerpo se consagren a alguien que no sea Dios, pues sólo así pueden realmente dedicar su vida a todos. Cuando rezamos a María, sabemos que ella intercede por nosotros –y por todos– gracias a su santa pureza. Su virginal persona es como un cristal transparente que mira a todos por igual. Ese es el modelo a seguir para aquellos que han ofrecido su virginidad a Dios.

En el Cuarto Misterio Gozoso María acude al Templo para presentar ante Dios el fruto de su virginidad: nuestro Redentor (cf. Lc 2,22-38). María sabe muy bien que ese don divino no es sólo para ella, sino que es ante todo para Dios y para todos nosotros. Cuando ella aceptó ser la Madre de Dios lo hizo pensando en todo el género humano, pues deseaba nuestra salvación.

Dios concede la vocación virginal para que sea fructífera ante Él y ante todos los seres humanos. No tiene sentido evangélico vivir en virginidad egoístamente, pensando fundamentalmente en uno mismo. Para que el don de la virginidad produzca frutos en abundancia ha de enraizarse en una tierra caritativa y generosa. María nos muestra que nuestra vida es verdaderamente fértil y útil cuando nos damos a los demás.

Resulta que, pasados unos años, a María y a José se les perdió el Niño Jesús a la vuelta de una peregrinación a Jerusalén. Entonces regresaron sobre sus pasos y lo encontraron en el Templo (cf. Lc 2,41-51). Esto lo contemplamos en el Quinto Misterio Gozoso. Curiosamente, en esta escena el único que no está perdido es Jesús, pues se halla en «la casa de su Padre». En cambio, podemos imaginar cómo María y José se sintieron perdidos y angustiados sin su Hijo, pues era el centro de su vida. Afortunadamente, todo acabó bien porque acudieron al Templo.

Cuando nos sentimos «perdidos» a causa de nuestros problemas o porque nuestra vida parece que no tiene sentido, lo mejor que podemos hacer es acudir al reposo y la paz de nuestro «templo», es decir, a nuestro interior, pues nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo (cf. 1Cor 6,19). Pero no siempre es fácil entrar en nuestro corazón, pues las impurezas y las preocupaciones de nuestra vida nos lo dificultan. Por eso desde muy antiguo en la Iglesia se ha visto una estrecha relación entre la virginidad y la vida contemplativa, pues la persona que se consagra totalmente a Dios encuentra menos impedimentos para permanecer interiormente en Él (cf. 1Cor 7,32-38).

La Virgen María es el modelo perfecto de aquellos que se consagran totalmente a Dios. Las personas que han sido llamadas a la santa vocación del matrimonio también pueden participar, en cierto modo, del don de la virginidad en la medida en que consagran a Dios su dedicación a su familia. Pues María es Madre y Maestra para todos.

Como vemos, el rezo del Rosario nos ayuda a comprender y dar sentido a la virginidad de María. Lo importante es que cada uno de nosotros sepamos enriquecernos con ella desde la vocación y la forma de vida a la que Dios nos ha llamado.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Mística apofática y fe en San Juan de la Cruz

UN COTEJO CON LA TEOLOGÍA DE ESCUELA

La «teología negativa», el otro nombre de la «mística apofática», reviste hoy una actualidad nueva. Un autor tan significado en mística musulmana como Henry Corbin (1903-1978) ve en la teología apofática el antídoto contra el nihilismo –es decir, de la negación de toda creencia– que acompaña a la proclamación nietzscheana de «la muerte de Dios».

La teología negativa o apofática ejerce una función crítica en relación con la tendencia a identificar a Dios con nuestras representaciones conceptuales y su correspondiente traducción lingüística.

Para combatir de raíz esa tentación de identificación, la teología negativa no se anda por las ramas, y saca la realidad divina de la categoría en la que se mueve, por su naturaleza, el discurso humano (por lo menos el discurso occidental): la categoría del «ser». Para la teología negativa, Dios no es siquiera el «ser trascendente», sino la realidad que *trasciende el ser*. El Dios vivo, dirá el Maestro Eckhart (ca. 1260-ca. 1327), es «la Nada», o «el Super-existente *no-ser*».

Jean Luc Marion, nombre que suena cada vez más fuerte en el panorama filosófico actual, escribió ya hace años un extraordinario libro titulado «Dios sin

el ser», situándose en la corriente del Pseudo-Dionisio Areopagita (ca. 480-530), y culpando de la muerte filosófico-teológica de Dios, como ya había hecho Heidegger (1889-1976), a la metafísica aristotélico-escolástica del «Ser».

El Pseudo-Dionisio, en el que se inspira principalmente la teología apofática cristiana –ya iniciada por Gregorio de Nisa (ca. 330-ca. 395) en su obra la *Vida de Moisés*– es rotundo. En su libro *Los nombres divinos* tiene un largo párrafo del que extraigo sólo algunas afirmaciones (valga la paradoja, porque todas son negaciones): «*He aquí lo que decimos elevando nuestro lenguaje: Dios no es ni alma, ni inteligencia; no está en movimiento ni en reposo; no es poder ni luz; no vive ni es la vida; no es ni esencia, ni eternidad, ni tiempo; no hay en él percepción, no es ciencia, verdad, imperio o sabiduría ; no es ni uno, ni unidad, ni divinidad, ni bondad. No es nada de lo que no es, ni incluso nada de lo que es. Ninguna de las cosas que existen le conoce como es. No se debe hacer de él ni afirmación, ni negación absoluta. Sobrepasa nuestras afirmaciones y nuestras negaciones... En su naturaleza íntima, este Secreto se ofrece a nuestro anhelo sólo por el abandono de toda operación intelectual*». En otro lugar dirá: «*en humilde silencio adoramos lo inefable*».

Cercana, aunque no idéntica, a la teología negativa del Pseudo-Dionisio es la teología de los Padres de la Iglesia con su interpretación simbólica y alegórica de la Sagrada Escritura. La teología de los Padres va a tener su continuación en el siglo XII en la «teología monástica», así llamada por haber nacido en los monasterios. Su método teológico era la *lectura, medi-*

tación y contemplación. No buscaba el conocimiento «científico» de la verdad de Dios con su exigencia de racionalidad, sino el conocimiento «sapiencial», la sabiduría que lleva a «saborear» a Dios en el corazón, lo que consideraban el verdadero conocimiento de Dios. Su lenguaje era el de los símbolos e imágenes, porque decían: las imágenes sugieren, no explican, imponen su presencia sin razonar, son luz y oscuridad a la vez, son el lenguaje apropiado para hablar de lo inefable. «*Con imágenes conocidas y tomadas de las criaturas sensibles, como si fuera una bebida de composición vulgar, la Sagrada Escritura nos brinda al espíritu humano lo más maravilloso, desconocido e invisible de Dios*», dice San Bernardo (1090-1153).

Lógicamente la «teología monástica» se opuso rotundamente al racionalismo de Abelardo (1079-1142), que «*no contempla nada confusamente como en un espejo, sino que lo quiere ver todo cara a cara*» (San Bernardo). Pero se opuso igualmente a la teología escolástica o «de escuela», así llamada porque se enseñaba en las «escuelas teológicas» que surgieron alrededor de las grandes catedrales.

La teología de escuela no consideraba las imágenes y los símbolos como medio de conocimiento de Dios, sino que escogió el camino de los conceptos universales como la escala a través de la cual se le podía conocer «analógicamente». La «teología monástica» consideraba ese camino como una ciencia vana, vacía, que enfriaba el corazón en vez de calentarlo.

Pero en una época en la que el saber era cada vez más apreciado, y el aristotelismo lo dominaba todo,

la «teología monástica» terminó desapareciendo en favor de la teología escolástica, porque Santo Tomás de Aquino (ca. 1224-1274) había logrado darle el carácter de «ciencia», única forma de concederle un lugar en el conjunto del saber de entonces. Santo Tomás estableció como base del saber filosófico-teológico escolástico el concepto aristotélico de «ciencia».

Se produce ya en el siglo XII el famoso divorcio entre «ciencia teológica» y «experiencia mística» que todavía se mantienen unidas por un delgado hilo en Santo Tomás en el siglo XIII; pero en el siglo XV un teólogo llega ya a decir que la escolástica y la mística tienen tan poco en común como el arte de pintar y el oficio de zapatero.

La teología de escuela no sólo se independizó de la experiencia cristiana, sino que, declarada teología oficial de la Iglesia, se constituyó en el tribunal encargado de juzgar dicha experiencia, de forma que, o respondía a sus principios, o era declarada heterodoxa. Pocos místicos se libraron de su dominio. En su obra *Teología de la Perfección cristiana*, el P. Royo Marín (1913-2005) afirma rotundamente: «*Los datos de los místicos serán siempre acogidos con gran interés y veneración, pero sólo en cuanto compatibles con las verdades "ciertas", deducidas "ciertamente" de principios "ciertos"*». Con estas orejeras por defensa, difícilmente pudo el teólogo escolástico sentirse interpelado y sacudido en sus incommovibles certezas teológicas por la originalidad de tantas experiencias cristianas a lo largo de la historia de la Iglesia.

A pesar de ese divorcio, que constituyó durante muchos siglos, prácticamente hasta las puertas del

Vaticano II, una verdadera tragedia por la exclusión mutua –de la experiencia cristiana en la teología y de la teología en la experiencia cristiana–, en la misma Edad Media (siglo XIV) la corriente de la «Devotio Moderna» retomará la línea de la «teología monástica» y reivindicará la experiencia mística como el verdadero conocimiento de Dios.

Anteriormente, a finales del siglo XIII, el cartujo Hugo de Balma († ca. 1304) escribió la obra *Gimen los caminos de Sión* –también conocida como *Teología mística*–, en la que no niega la validez de la teología escolástica que trabaja con conceptos abstractos, pero prefiere la vía que accede «por la secreta escala» hacia la purificadora y transformadora unión amorosa con Dios. El propio Santo Tomás, sin duda desde su experiencia de santo, enseñó explícitamente que hay «un conocimiento por amor» que va más allá de los razonamientos teológicos. Pero juzgó que ese «conocimiento por amor» no pertenecía a la teología como conocimiento «científico» (aunque analógico) de Dios.

LA FE COMO NOCHE OSCURA

El año 1968 el Cardenal König (1905-2004), Arzobispo de Viena y gran intelectual, decía: «*Muchos son los que ven en la obra del místico Juan de la Cruz una concepción de la fe capaz de iluminar la experiencia más profunda del hombre contemporáneo. Es el hombre de la fe pura que sabe distinguirse de todos sus apoyos sensibles, es el profeta moderno de la Noche Oscura, de la convicción sobria, íntima y personal de Dios, convicción que desborda todos nuestros condi-*

cionamientos psicológicos. ¿No tendríais en él la mejor invitación a educar la fe de vuestro pueblo y a guiarle a la madurez y “personalidad” exigida por la situación de la fe en el mundo contemporáneo?».

A primera vista, nada especialmente nuevo en relación con la teología de escuela parecería aportar la doctrina de Juan de la Cruz sobre la fe. Común es su afirmación de que su objeto y contenido son «*los misterios y verdades... que propone la Iglesia*» (2S, 29,12)¹ y de que «*exceden todo juicio y razón, aunque no están contra ella*» (2S, 22,13).

Es escolástica su definición de la fe como «*hábito del alma cierto y oscuro... porque hace creer verdades reveladas por el mismo Dios, las cuáles son sobre toda luz natural y exceden todo humano entendimiento sin alguna proporción*» (2S, 3,1). Recurre de vez en cuando a la teología de escuela para apoyar su propio discurso: «*Los teólogos dicen...*», «*Según dicen Aristóteles y los teólogos...*». Nada, al parecer, que no sea distinto de aquella concepción intelectualista, objetivista, esencialista y proposicional de la fe, a cuyo contenido hay que prestar el humilde «*homenaje razonable*» (Rm 12,1).

Tanto la teología de escuela como Juan de la Cruz ponen la fe en relación con el entendimiento. Pero, en cambio, una y otro van a ver muy distinta esa re-

1. Siglas de las obras de San Juan de la Cruz:
 - Subida del Monte Carmelo, Libro primero: 1S; Libro segundo: 2S.
 - Noche oscura, Libro primero: 1N; Libro segundo: 2N.
 - Cántico espiritual B: CB.
 - Llama de Amor viva B: LB.

lación. Partiendo los dos, como hemos dicho, de que el contenido de la fe excede todo humano entendimiento, la teología escolástica, al concebirse y moverse como ciencia, trata de aquilatar los contenidos de la fe en su verdadero sentido mediante el análisis y penetración intelectual, resguardándolos al mismo tiempo de cualquier herejía o de cualquier arbitraria interpretación. A través de una argumentación lógica sin fisura ni grieta alguna llega a conclusiones ciertas, e incluso a deducir intelectualmente nuevos dogmas.

En este sentido, Teilhard de Chardin (1881-1955) lamentaba que la evolución del dogma continuara siendo explicada por los teólogos «*siguiendo una teoría minimizante, puerilmente intelectualista. Según estos hombres, evolucionaría por simple análisis racional de sus fórmulas. Esto es insostenible*»².

«*El objeto del entendimiento es la fe*», dice Juan de la Cruz. Pero no busca el análisis y la penetración intelectual de su contenido, ni su propósito primordial es ayudar a provocar el «*homenaje razonable*». Para él la fe es ante todo «*el medio próximo para la unión con Dios*». Que la fe exceda la luz del entendimiento natural lleva consigo «*la noche oscura*» del mismo. Pero la noche oscura del entendimiento en San Juan de la Cruz no es directamente entendida como su falta de luz para entender; por ejemplo, el misterio de Dios Trino y uno. La noche oscura sanjuanista es el estado o el horno de fundición en que es metido el entendi-

2 TEILHARD DE CHARDIN, «Sobre mi actitud respecto de la Iglesia oficial», en *El corazón de la materia*, Sal Terrae, Santander 2002, p. 123.

miento para que suelte el lastre que le impide precisamente tener a la fe por su objeto. Y ese lastre es precisamente la ocupación del entendimiento por el saber racional, del que tendrá, por tanto, que vaciarse para ser ocupado por la fe teologal.

ENTRÉME DONDE NO SUPE...

Todo esto lo expresa Juan de la Cruz en la primera de sus poesías conocidas: «*Entréme donde no supe / y quedéme no sabiendo / toda ciencia trascendiendo*». Una poesía de juventud, compuesta entre los treinta y treinta y cinco años de edad, en la que, además de una extraordinaria inspiración y una profunda experiencia mística («*coplas hechas sobre un éxtasis de harta contemplación*», la titula él), muestra el armazón esencial de la doctrina que posteriormente desarrollará en los comentarios en prosa a sus tres principales poemas: *Noche oscura*, *Cántico Espiritual* y *Llama de amor viva*.

Recogiendo en ella la tradición mística apofática, pero también desde su propia experiencia, el Santo afirma que es «*no sabiendo como se llega al saber perfecto*», que es el de la fe. Y no falta en ella una fina crítica a la teología escolástica que conoció en Salamanca. «*Este saber no sabiendo / es de tan alto poder / que los sabios arguyendo / jamás le pueden vencer; / que no llega su saber / a no entender entendiendo, / toda ciencia trascendiendo. Y es de tan alta excelencia / a queste sumo saber / que no hay facultad ni ciencia que le puedan comprender*» (*Coplas hechas sobre un éxtasis de harta contemplación*, 6-7).

La poesía comienza como la podría comenzar un agnóstico: «*Entréme donde no supe / y quedéme no sabiendo*». El agnóstico se para ante el límite del saber racional kantiano, limitado al mundo fenoménico, y de un conocimiento «más allá» se queda «no sabiendo». En este sentido quizá el agnóstico esté más cerca de San Juan de la Cruz que el antiguo filósofo-teólogo escolástico que se adentraba en la región de los pretendidos saberes metafísicos, que es la «*ilusión trascendental*» según Kant (1724-1804). Pero a la vez se da un antagonismo entre el agnóstico y Juan de la Cruz: mientras el agnóstico comienza por un camino de saberes racionales kantianos y termina en «no saber» más allá, Juan de la Cruz entra por un camino de progresivos «no saberes racionales» que le abre el camino de la «ciencia perfecta» que trasciende toda ciencia.

Contra toda forma de quietismo, Juan de la Cruz exige que el alma pase primero por la meditación discursiva para ir entrando de alguna forma en el mundo de Dios y asimilando la fe «*que entra por el oído*», pero debe «*irse desarrimando*» de todas las aprehensiones naturales de nuestro entendimiento, de toda «*noticia particular*» (porque «*Dios no cae en noticia particular*»), para que el entendimiento vacío de todas «sus» aprehensiones pueda ser receptáculo de la fe pura y purificada que es Dios mismo *infundiéndose en el alma* como presencia saciante de sabiduría y amor: «*Y si lo queréis oír, / consiste esta suma ciencia / en un subido sentir / de la divinal esencia; / es obra de su clemencia / hacer quedar no entendiendo, / toda ciencia trascendiendo*» (*Coplas hechas sobre un éxtasis de*

harta contemplación, 8). La persona se mueve ahora en su vida desde esa ciencia perfecta, es decir, desde ese «conocimiento infuso» de Dios mismo, un conocimiento nuevo que nada tiene que ver con el conocimiento que el entendimiento pensaba poder tener de Dios desde sus propios conceptos, por profundos que sean.

Juan de la Cruz dirá que es necesario que al creyente se le vaya muriendo «su» Dios, el Dios de «sus» conceptos y representaciones, inevitablemente idolátricos, a medida que se va adentrando más en la Noche. Y no se trata de cambiar los conceptos falsos de Dios por otros más verdaderos, sino de vaciarse de todos ellos, porque no hay Dios real, vivo y verdadero, detrás de concepto alguno. «*Todo concepto de Dios es un ídolo*», dijo Gregorio de Nisa.

Dios es una «presencia» o no es nada; y la «presencia» se muestra; nunca puede ser deducida ni mediada por concepto alguno.

DE LAS «PALABRAS» A LA «PALABRA»

La helenización de la fe y la teología, sobre todo desde el aristotelismo escolástico, conceptualizó a Dios y conceptualizó también inevitablemente la palabra, entendiéndola como la expresión lingüística de una idea o una verdad conceptual.

En consecuencia, la «Palabra de Dios», también llamada «revelación divina», además de ser entendida como algo posterior a Dios mismo (es decir: Dios existe, crea al hombre y *después* libremente le habla o

revela) significó la comunicación de *verdades* dirigidas al entendimiento para ser admitidas por éste, como decíamos, en un acto de «*homenaje razonable*».

Esto llevó consigo muchas cosas:

1. Que la «Palabra de Dios» se convirtió en «palabras de Dios»: tantas como fueran las *verdades*.

2. Que el «misterio de Dios» se convirtió en un cúmulo de «misterios» (que son «dogma» cuando la Iglesia los proclama como tal), y que estos misterios no se diferenciaron esencialmente de los «enigmas intelectuales», que tanto más dejan de serlo cuanto más se los descifra. La teología de escuela trató de descifrarlos en lo posible mediante la «razón teológica» como si se quisiera hacerlos «menos misteriosos». Pero el «misterio» es más misterio cuanto más el hombre se acerca a él.

3. Que Dios como el «misterio del amor interpersonal» dejó de ser el centro de gravedad de la fe para convertirse en garante autoritario o autorizado de la misma como conjunto de dogmas a creer y de mandamientos a cumplir. La fe, como virtud teologal que tiene como objeto directo a Dios, se identificó con el neutro «creer *lo que no vimos*», con «*lo que hay que creer*», o con las *verdades de fe*.

4. Que éstas se consideraron como «*verdades caídas del cielo*»³, y por lo mismo eternas e inmutables, puramente objetivas, sin contexto ni mediación alguna de hombre, cultura o historia, lo que lleva al fundamentalismo de la verdad supuestamente revelada.

3 Decreto *Lamentabili* contra los modernistas.

5. Que la confesión de fe se redujo a «confesar algo como verdadero» bajo pena de *sea anatema*: ortodoxia rigurosamente exigida que no incluía como momento interior la *ortopraxis* (es decir, la acción correcta), sin la cual ciertamente se la consideraba fe muerta, pero fe y ortodoxia al fin y al cabo.

Frente a la identificación del objeto material de la teología de escuela con «la suma de las verdades reveladas», Juan de la Cruz, como toda la anterior mística apofática y la propia «teología monástica», se centra en la «Palabra» frente a las «palabras»: «*Una Palabra habló el Padre, y ésta fue su Hijo...*» (*Dichos de luz y amor*).

Aunque ateniéndose al lenguaje oficial, Juan de la Cruz hablará de «verdades *reveladas por el mismo Dios*», su concepción de la revelación no es propiamente el de revelación de *verdades* divinas ante las que asentir, sino el de autocomunicación de sí mismo en su Hijo, en el que nos ha dicho todo: «*Porque en darnos, como nos dio, a su Hijo, que es única Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta Palabra, y no tiene más que hablar*» (2S, 22,3).

DIOS, SUSTANCIA DE LA FE

Por eso, Dios mismo cristocéntrico y trinitario es la «*sustancia de la fe y el concepto de ella*» (CB, 1,10). Pasa así Dios al centro de la fe y es propiamente su objeto, no el amplio espectro de verdades o dogmas, todos de igual importancia y todos exigiendo la misma rendida obediencia para poder salvarse, sea el dogma trinitario o el de la Inmaculada Concepción.

El Dios sustancia de la fe no es el acto puro, el único ser, el motor inmóvil, la causa primera del Universo que nos presentaba la teología racional, sino «el Misterio». Y «el Misterio sin más», no una *verdad* relevada, sino la *realidad y presencia* misma de Dios en Cristo como «lo sagrado», y lo sagrado como «lo santo» no en sentido moral ni como atributo de Dios, sino como *el ser mismo de Dios*, y lo santo como lo «numinoso», y lo numinoso como lo «*fascinante y tremendo*» (Rudolf Otto), cuya experiencia hace exclamar a Juan de la Cruz en la *Llama de amor viva*: «*Oh llama de amor viva... Oh cauterio suave... Oh regalada llaga... Oh mano blanda, oh toque delicado... Oh lámparas de fuego*».

EL DIOS DE LA FE, NOTICIA MATUTINA Y ESENCIAL

San Juan de la Cruz habla de dos modos de conocimiento o noticia de Dios: «la noticia vespertina y trasera» y «la noticia matutina y esencial» (ya San Agustín y Santo Tomás habían hablado del conocimiento vespertino y matutino de los ángeles). «Noticia vespertina y trasera» es el conocimiento de Dios *por las criaturas*, que es «ver la causa por sus efectos», por la «*sabiduría de Dios en sus criaturas y obras y ordenaciones admirables*». «Noticia matutina y esencial» es conocer *por Dios* las criaturas, que es ver los efectos por la causa, a las criaturas desde Dios o en Dios (cf. CB, 36,6).

Toda la primera parte del *Cantico Espiritual* se refiere claramente al conocimiento vespertino de Dios. Habiéndose escondido el Amado y dejándola con ge-

mido, la Amada sale en su busca y va preguntando a las criaturas si ha pasado por ellas. Las criaturas dicen que sí, que ha pasado: «*Mil gracias derramando / pasó por estos sotos con presura / y yéndolos mirando / con sola su figura / vestidos los dejó de su hermosura*» (CB, 5).

Pero la Amada no se extasía ante los sotos vestidos de la hermosura de su Amado, sino que, por el contrario, gime: «*¡Ay, ¿quién podrá sanarme? / Acaba de entregarte ya de vero / no quieras enviarme / de hoy más ya mensajero / que no saben decirme lo que quiero. Y todos cuantos vagan / de ti me van mil gracias refiriendo / y todos más me llagan / y déjame muriendo / un no sé qué que quedan balbuciendo*» (CB, 6).

Sólo la presencia misma del Amado podrá sanar el corazón que él llagó: «*Descubre tu presencia / y máteme tu vista y hermosura / mira que la dolencia / de amor, que no se cura / sino con la presencia y la figura*» (CB, 11).

Y esa presencia la encuentra en la cristalina fuente que es la fe: «*Llama cristalina a la fe por dos cosas: la primera porque es de Cristo su Esposo⁴, y la segunda porque tiene las propiedades del cristal en ser pura en las verdades y fuerte y clara. Y llámala fuente, porque de ella le manan al alma las aguas de todos los bienes espirituales*» (CB, 12,3).

La Amada anhela que «*en esos tus semblantes plateados*» se formen de repente «*los ojos deseados / que tengo en mis entrañas dibujados*». Y el Amado descu-

4 Una «curiosa» interpretación sin ninguna base filológica

bre «*algunos rayos de su grandeza y divinidad, según ella deseaba. Los cuales fueron de tanta alteza y con tanta fuerza comunicados, que la hizo salir por arro- bamiento y éxtasis. Y así, no pudiendo sufrir el exceso en sujeto tan flaco, dice en la siguiente canción: ¡Apár- talos, Amado!, es a saber, esos tus ojos divinos, porque me hacen volar –saliendo de mí– a suma contempla- ción, sobre lo que sufre el natural*» (CB, 13,2).

Atrájole el Esposo diciendo: «*Vuélvete, paloma / que el ciervo vulnerado por el otero asoma / al aire de tu vuelo / y fresco toma*» (CB 13). No voy a detenerme en el comentario del Santo a esta estrofa. Sólo señalar que, habiendo hallado al Esposo en la cristalina fuente, la Esposa irrumpe ya a cantar: «*Mi amado: las montañas / los valles solitarios nemorosos / las ínsulas extrañas / los ríos sonorosos / el silbo de los aires amo- rosos*» (CB 14).

Ahora tiene lugar «la noticia matutina y esencial», que es conocer el efecto en la causa, las criaturas *por Dios*, desde Dios y en Dios, y, por eso, *serle Dios o Cristo mismo*. «*Estas montañas son mi Amado para mí*»..., «*estos valles son mi amado para mí*» (CB, 14, 6 y 7) dice la Amada. No ve ya al Amado en las montañas (noticia vespertina y trasera), sino que las montañas «son su Amado» (noticia matutina y esencial). Dice Juan de la Cruz: «*Que, por cuanto en este caso se une el alma con Dios, siente ser todas las cosas Dios, según lo sintió San Juan cuando dijo: Lo que fue hecho, en él era vida [cf. Jn 1,3-4]. Y así, no se ha de entender que lo que aquí se dice que siente el alma es como ver las cosas en la luz o las criaturas en Dios, sino que en aquella posesión siente serle todas las cosas Dios*» (CB, 14,5).

La creación entera, que primero debió ser sobrepasada porque «no era Dios», sino sólo su huella, y por lo mismo no servía de medio próximo para unirse a él, se hace ahora personal-divina. Y el alma ve a Dios «*con su rostro lleno de gracias de todas las criaturas*» (LB, 4,11). No se trata, por tanto, de una vivencia cósmica impersonal de Dios, sino de una vivencia plenamente divina de la creación.

Podemos preguntarnos si la teología de escuela no es una teología de Dios desde las criaturas, y por tanto, del conocimiento divino «vespertino y trasero», que no es el conocimiento de la fe pura. Y podemos afirmar que el conocimiento analógico de Dios, rotundamente afirmado en esa teología contra el unívoco y equívoco, es un conocimiento de Dios desde las criaturas.

En el método teológico de las tres vías –la vía afirmativa, la vía negativa y la vía de la eminencia, inseparables las tres– el contenido de la fe se presenta primero traducido a un concepto humano. Por ejemplo, la fe nos dice que «Dios es bueno»:

1. La teología afirma: Dios es bueno (vía afirmativa), entendiendo por «bueno» el concepto de «bondad» que deducimos de nuestra experiencia.

2. Pero esa afirmación debe ser corregida con la segunda vía, la negativa: «Dios no es bueno» (se entiende: según nuestro concepto de bondad). Es la introducción de la «teología negativa o apofática» dentro de una teología que, a diferencia del Pseudo-Dionisio, comienza con una afirmación, pero que –de esta forma y en este sentido– la incorpora. Hasta

se podría decir que es «el necesario momento teológico de ateísmo» en el camino del conocimiento de Dios.

3. Pero finalmente se llega a la tercera vía nuevamente afirmativa: Dios es bueno de forma eminente. No se trata de una eminencia principalmente cuantitativa, que equivaldría a que Dios, a diferencia del hombre, es ilimitada o infinitamente bueno, sino de una eminencia *cualitativa*, lo que constituye propiamente el conocimiento analógico, en el que, en palabras del Concilio IV de Letrán (1215) «*la semejanza incluye una mayor desemejanza*», «*porque del Creador a la criatura no puede afirmarse ninguna semejanza que no incluya una desemejanza mayor*».

Entre dos afirmaciones: «Dios es bueno» y «Dios es bueno de forma eminente», hay una negación que condiciona ambas afirmaciones: con relación a la primera, que no es bueno según nuestro concepto de bondad, y, en relación a la última, que es bueno, pero de manera cualitativamente diferente, y ello de forma eminente.

Lo mismo sucede con todas las afirmaciones teológicas, incluida la de la existencia de Dios: «Dios existe», «Dios no existe», «Dios existe de forma eminente».

La teología de escuela afirma este último paso, pero da la impresión de que se queda en la escuela afirmación para, a continuación, callarse ante el «misterio» de lo «eminente» que es lo propio de la realidad divina.

Pienso que esa forma eminente, cualitativamente distinta de nuestras concepciones, se escapa a la teología de escuela –que es una teología «científica»–, y

es, en cambio, experimentada por los místicos, que expresan dicha experiencia en paradojas, por resultarles imposible hacerlo en lenguaje lógico o incluso analógico. «*Las religiones mueren por falta de paradojas*», dijo Ciorán, el más nihilista entre los nihilistas. «*Conocemos la verdad –decía San Bernardo– pero ¿cómo pensamos que la comprendemos? La disquisición racional no es capaz de comprenderla, pero sí la santidad, si de algún modo es posible comprender lo incomprendible. Pero si no pudiese ser comprensible, el apóstol no habría dicho: “Y fundados en el amor, podáis comprender en unión de todos los santos” [cf. Ef 3,18]. Los santos, por tanto, comprenden*»⁵.

Finalmente, mientras la experiencia mística que se expresa en paradojas parece acercarse a una equívocidad del lenguaje («*blasfemando de Dios le alabo*», decía el Maestro Eckhart), la doctrina de la analogía –en la que se afirma algo común entre el «ser» de Dios y el «ser» del hombre– ha llevado de hecho a una concepción unívoca del lenguaje aplicado a Dios y al hombre: «Dios existe», «Dios ve», «Dios conoce», «Dios es poderoso», «Dios es providente», etc., lo entendemos desde nuestros conceptos de «ver», «oír», «poder», etc. Y de ahí los «por qué» continuos de los creyentes: «¿por qué si es bueno...?»; «¿por qué si es poderoso...?»; «¿por qué las guerras?»; «¿por qué el sufrimiento?»; «¿por qué no me oye?», etc.

La no exigencia constante de la analogía ha llevado a la muerte al lenguaje religioso, y ha hecho de

5 SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Tractatus de laudibus Parisius*.

Dios una proyección del hombre que, con toda razón, combatió Feuerbach (1804-1872).

Conclusión

La teología de hoy, desterrando el lenguaje metafísico, opta generalmente por el lenguaje de «historia de la salvación». Pero sería unilateral si al mismo tiempo desatiende la «teología sapiencial» expresada en la «teología simbólica» de los Padres de la Iglesia y tan propia de la teología monástica y de los místicos. Es esta teología simbólico-apofática la que está llamada a ayudar a penetrar vitalmente en el «misterio» de Dios, a señalar la importancia de la «fe contemplativa», y a evitar que en una teología de la historia de la salvación ese «misterio» degenera en una «sociología cristiana» o en un cristianismo puramente militante y horizontalista.

FRAY SANTIAGO GUERRA, O.C.D.
Salamanca (España)

El nombre de Dios como itinerario místico

3. El nombre del Espíritu

Proseguimos nuestro itinerario místico de búsqueda del nombre del Señor. En la primera etapa describíamos a un Dios que no se dejaba apresar en conceptos, y que por tanto se resistía a revelar su nombre (Ex 3,4: «*Yo soy el que soy*»). Sin embargo, veíamos cómo, llegada la plenitud de los tiempos, el Señor reveló su nombre en Jesús (Lc 1,31: «*Le pondrás por nombre Jesús*»). Pero demos aún un paso más.

Cuando Jesús anuncia su pasión a los apóstoles, se dirige a ellos así: «*Os conviene que yo me vaya porque, si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré*» (Jn 16, 7). El mismo Jesús expresa la necesidad de inaugurar un tiempo nuevo, más allá de su existencia como hombre histórico. De este modo, cuando Jesús es glorificado, se abre para nosotros el tiempo del Espíritu. En el relato yahvista de la creación contenido en el libro del Génesis (cf. Gn 2-3), el Padre exhalaba su aliento sobre la criatura modelada en barro para darle la vida; ahora es Jesús quien exhala su aliento sobre la comunidad de sus discípulos, anunciando la renovación de los tiempos en la historia de la salvación.

Experimentar el hecho de que Jesús se marche al Padre es esencial en nuestro itinerario de fe porque, a partir de ese momento, ya no podemos relacionarnos con Jesús desde su presencia externa, sino desde la experiencia de que Él vive en nosotros. Desde entonces es Él mismo quien, a través del Espíritu Santo, dirige nuestra mirada hacia el Padre. Sólo si experimentamos el vacío profundo de la partida de Jesús, puede Él mismo invitarnos a reparar en la presencia divina que nos habita, algo que habría sido imposible sin experimentar su partida. Como afirma Yves Raguin SJ, «*si esto es así, puedo dejar fuera toda imagen, todo pensamiento sobre Cristo en su realidad histórica, un Cristo que en consecuencia es exterior a mí. Por el contrario, me volveré primero hacia la realidad de Cristo que vive en mí*»¹.

Con la partida de Jesús, no podemos ya buscar las huellas de Dios fuera de nuestro corazón; muy al contrario, el misterio de la Encarnación de Jesús abre en nosotros un resquicio de divinidad. Desde que Jesús regresa al Padre, desde que nos envía el Espíritu, nos hacemos morada de Dios. En cierto modo, es como si el nombre de cada uno de nosotros expresase el misterio de un Dios que se encarna en la pequeñez de cada ser humano. Ya no necesitamos buscar fuera de nosotros el nombre de Dios, ya somos templos del Espíritu. Pronunciar nuestro nombre sabiéndonos criaturas íntimamente amadas y templos del Espíritu que el mismo Jesús nos envía es también pronunciar el nombre de Dios.

1 Y. RAGUIN, *Plenitud y vacío*, Narcea, Madrid 2010, p. 21.

Cuando el P. Moratiel OP enseñaba a orar el Padre-nuestro con el cuerpo, en el momento de pronunciar las palabras «*santificado sea tu nombre*», nos invitaba a llevar nuestras manos al vientre, expresión del centro de nuestra persona. De este modo significaba que el nombre de Dios está ya en lo más profundo de nuestra identidad, en lo más genuino de nuestra persona. El nombre de Dios y el nuestro son ya inseparables desde que el Espíritu Santo ha venido a habitar en nuestro corazón. Es en lo profundo de nuestra alma donde estamos invitados a buscar el nombre del Señor, las huellas de su presencia. Es en la intimidad de la oración, en el hondón del alma, donde el Señor nos revela el misterio de su presencia en nosotros. Donde nos revela, en suma, que nuestro nombre es también el nombre de Dios. Como solía decir el Maestro Eckhart, «*tu naturaleza es la Suya, aunque Su naturaleza no es la tuya*»². Es decir, ninguno de nosotros puede equipararse a Dios, pero sí al contrario: el misterio del Dios encarnado significa que la infinita misericordia del Señor puede habitar la pequeñez de un corazón de barro. O, de nuevo en palabras de Moratiel, «*en una gota de rocío cabe el sol*».

Experimentar la unidad en el Señor es el punto culminante de nuestro peregrinaje como cristianos. Santa Teresa describía esa experiencia con esta metáfora: «*como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda la luz fuese una*» (*Séptimas Moradas* 2,4).

El propio Moratiel, tan aficionado a contar leyendas, solía narrar así este misterio de unidad en el amor:

2 M. ECKHART, *El fruto de la nada*, Siruela, Madrid 1998.

«En cierta ocasión, el enamorado fue a casa de su amada. Llamó a la puerta, y desde dentro se escuchó la voz de la amada que preguntaba:

- ¿Quién es?

Desde fuera, el amante, respondió con premura:

- ¡Soy yo!

Para su sorpresa, la amada le contestó:

- Vete, esta casa es muy pequeña y aquí no hay sitio para los dos.

El amante marchó confundido y desconsolado por el bosque, con el ánimo cargado de amargura. Pero, día tras día, el contacto con el silencio del bosque y con su propia alma fue serenando el ánimo del joven. Cuando pasó el tiempo suficiente y el joven entendió la lección del amor en el silencio, regresó de nuevo y llamó a la puerta de la amada. Una vez más, se escuchó desde dentro su voz preguntando:

- ¿Quién es?

Pero el amante, que había entendido profundamente en qué consiste el misterio del amor, respondió:

- Soy tú.

- Está bien; ¡pasa!»

MANUEL LÓPEZ CASQUETE, CVX
Sevilla (España)

Caminar hacia a la perfección

Conversemos sobre el mensaje de Mateo 5,43-48 –perteneciente al Sermón de la Montaña–, a nivel de diálogo informal, tejido de consideraciones teológicas espontáneas y de experiencias cotidianas adquiridas en nuestro diario vivir. En el día a día escuchamos y se nos ocurren frases informativas sobre lo que creemos ser una persona perfecta. Si usted está leyendo este artículo puede hacer una pausa e intentar responderse: ¿Cuál es el retrato de una persona perfecta según los criterios sociales? Anote esas pautas señaladas. Ahora compare con la propuesta de Jesús:

«*Han oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo*». (v. 43). Esta frase, en nuestro lenguaje cotidiano sigue actualizada. El amor y el odio están distribuidos según lo merezcan las relaciones interpersonales. Es aquí cuando la propuesta de Jesús sacude nuestros criterios: «*amen a sus enemigos y oren por los que les persiguen*» (v. 45). Dice Nelson Mandela: «*nadie nace odiando ni con prejuicios. Es más fácil aprender a amar que aprender a odiar*». Entiendo que el odio es lo extraño que se incorpora en nuestra condición humana, pero el amor «huele» a Dios y es Dios mismo, nuestro Origen. En este sentido dice San Agustín: «*ama y haz lo que quieras*».

La propuesta de Jesús en el Evangelio de Mateo eleva la condición humana hasta la comunión con los

principios de Dios, «*quien hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos*» (v. 46). El evangelista es muy concreto al decir: «*si aman a quienes les aman, ¿qué recompensa tendrán?*» (v. 47). La teología cristiana da un salto, quiebra la lógica social, y nos introduce en un ambiente de santa locura: «*sean ustedes PERFECTOS como su Padre celestial es PERFECTO*» (v. 48). El término señalado procede del griego «*teleios*», que también puede significar: «completo» o «adulto». Para Mateo, esta perfección está relacionada con la renuncia a la venganza y a la instauración del amor incondicional. Esta teología, lejos de ser abstracta se transforma en un espejo pedagógico. La vida de Jesús es la línea de acción que conduce hacia la adultez y la alegría perfecta.

Es interesante ver cómo el apóstol Pablo hace alusión a la perfección teológica al presentarnos a un Dios descentrado de sí y que extiende su Misterio hasta el alcance de nuestra fragilidad. En 1Cor 2,6-16 el apóstol habla de un saber divino y secreto, un saber que ningún ojo nunca vio ni oído oyó ni persona imaginó. Tal saber –nos dice– ha sido revelado por medio del Espíritu, que lo penetra todo, incluyendo lo profundo de Dios, pues es el mismo Dios.

Para la teología paulina, la perfección y la adultez están relacionadas con la autenticidad del amor y del crecimiento hacia Cristo. Sólo así, nos indica San Pablo, dejaremos de ser como niños sacudidos y a la deriva de cualquier ventolera (cf. Ef 4,14-15). El Nuevo Testamento es bien específico al presentarnos que el amor y el actuar de Dios son la misma cosa (cf. 1Jn 4,19). Interpreto que se trata de un amor divino

que pacientemente espera la respuesta humana. La humildad de Dios se realza al aguardarnos, visitarnos, y darnos tanta importancia. Ya decía un profesor mío, que andar con Dios es andar en continuos sobresaltos.

Que el Espíritu de Dios nos apremie y nos sorprendamos caminando rumbo a esta santa perfección.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

Dios en el desierto

La importancia del acompañamiento espiritual

Meditar sobre la experiencia de Dios nos permite caer en la cuenta de que además de esos dulces momentos en que su presencia inflama amorosamente nuestro espíritu, en el camino espiritual que recorremos cada día –donde no sólo hay avances sino también retrocesos– también hay periodos donde el signo que define nuestro encuentro con Dios es su aparente ausencia.

Por ejemplo, cuando nos dejamos arrastrar por el pecado –ya sea porque elegimos algo que se opone a la voluntad divina o porque, a causa de nuestra limitación, somos incapaces de cumplir con nuestros deberes cristianos– y cobramos consciencia de ello, se abre ante nosotros una doble posibilidad. Podemos afrontar nuestros actos, reunir el valor requerido para reconocer que hemos fallado ante Dios y suplicar humildemente por el perdón; pero también podemos hundirnos en la desesperación del mal y huir de su presencia.

La primera posibilidad nos permite recordar que la misericordia de Dios no nos dejará caer sino que nos infundirá la fuerza necesaria para seguir luchando contra la tentación, a fin de que podamos mere-

cer la reconciliación y el perdón que, de antemano, Él siempre nos otorga. Por el contrario, la segunda posibilidad designa el camino oscuro de quien ha renunciado a la afirmación del bien y, vencido por la adversidad, ha perdido la fe: la confianza sobrenatural de que la salvación siempre es posible y de que la omnipotencia divina no se muestra tanto en la belleza de lo creado cuanto en su infinita misericordia.

Todos desearíamos que nuestro encuentro con Dios fuese en todo tiempo una experiencia gozosa de cercanía con el Dios al que amamos y del que nos sabemos amados, pese a todas nuestras imperfecciones morales y espirituales. Hay quienes tienen la gracia de vivir de este modo su relación con Dios. Pero, ¿qué pensar sobre la experiencia de quienes, lejos de encontrarse con Dios en paz y quietud, viven su religiosidad como una constante llamada a mantener una fe que subsiste en medio del sufrimiento, de la soledad, de la incomprensión, de la enfermedad o de la indiferencia de quienes les rodean?

Cuando, en vez de realizarse en un espacio amable, la experiencia de Dios ocurre en el desierto de una soledad no buscada, también se abren dos posibilidades. La primera consiste en pensar que Dios está enojado con nosotros por causa de nuestras iniquidades, de suerte que si –lejos de gozar– padecemos en su presencia, ello obedece a que se trata de un castigo merecido por nuestra impureza. Así, si la idea de que la corrupción de nuestra naturaleza es tal que no vale la pena siquiera intentar cambiar el rumbo de nuestra vida, y esta idea cobra mayor fuerza, entonces optamos por renunciar al fin sobrenatural para el cual

fuimos creados: disponernos favorablemente, a través del ejercicio de la virtud perfecta, para que Dios infunda en nosotros la capacidad de amarlo y amar a nuestros semejantes con el mismo amor con que Él se ama a sí mismo y nos ha amado en la cruz.

La otra posibilidad es más optimista y creadora: consiste en reconocer que aun cuando seguramente la aridez y sequedad que define ciertos periodos de nuestro itinerario espiritual obedece a nuestras elecciones equivocadas, *«es ordinario en Dios –según fray Luis de León–, cuando nos quiere hacer algunas grandes mercedes, y antes que nos las haga, tentarnos primero con apreturas y sequedades, por muchas razones. Una, para así hacernos más puros, y mejor dispuestos para lo que ha de venir. Otra, para renovar en nosotros el conocimiento de lo poco que somos sin él»*¹.

Para desanimarnos y apartarnos del camino que nos conduce a la unión amorosa con Cristo, lamentablemente, nos bastamos a nosotros mismos. Haciendo uso de la libertad que Dios nos ha dado para aceptar o rechazar su revelación, podemos vivir como hijos de Dios y como hombres entregados a la conquista de bienes finitos. Pero para discernir lo que Dios nos quiere comunicar en ciertas situaciones difíciles de comprender y asumir, requerimos el acompañamiento espiritual de alguien que, desde su propia limitación y búsqueda imperfecta de Dios, esté dispuesto a donarnos un poco de su tiempo para que juntos podamos reunir la claridad suficiente para iluminar nuestra vida.

1 FRAY LUIS DE LEÓN, *Exposición de Job*, 37, 10.

Abandonados a nuestros propios pensamientos podemos enredarnos cada vez más en la madeja de nuestras aflicciones; sobre todo, si nos negamos a abrir nuestro corazón para compartir aquello que nos daña. En tal caso, lejos de percibir las dificultades y tentaciones como ocasiones de afirmar nuestra fe y de avanzar en la escala de amor, podemos incluso interpretar como castigo a nuestras faltas lo que no es sino una prueba o un aprieto en el que Dios nos mete para hacernos progresar en la virtud.

En razón de nuestra limitación como personas, requerimos del consejo de quienes, habiendo avanzado un poco más en la experiencia amorosa de Dios, pueden orientarnos y guiarnos en el esfuerzo por llegar a ser aquello para lo que fuimos creados: hijos de Dios. De ahí la importancia de encontrar un guía; de dejarnos conducir por alguien que, interesado por nuestro progreso espiritual, se encomienda a Dios confiando en que el Señor hará de él una lámpara capaz de alumbrar el entendimiento de quienes le piden consejo y de aumentar en ellos la inflamación del amor divino. Pues, nos dice san Juan de la Cruz: *«Él que solo se quiere estar, sin arrimo de maestro y guía, será como el árbol que está solo y sin dueño en el campo, que, por más fruta que tenga, los viadores se la cogerán y no llegará a la sazón»*².

Si *«muchos son los llamados pero pocos los elegidos»* (Mt 22,14), en parte, eso se debe, según san Juan de la Cruz, a que hay algunas personas, *«las*

2 SAN JUAN DE LA CRUZ, «Avisos 5», en *Obras Completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1994, p. 154.

*cuales comenzando el camino de la virtud, y queriéndolas nuestro Señor poner en esta noche oscura [de la fe, donde a través de pruebas y trabajo espirituales el individuo aprende a amar a Dios no por el goce de su presencia afectiva sino por sí mismo, de manera libre y desinteresada] para que por ella pasen a la divina unión, ellas no pasan adelante; a veces por no querer entrar o dejarse entrar en ella, a veces por no se entender y faltarles guías idóneas y despiertas que las guíen hasta la cumbre [de la perfección]».*³

No cualquiera puede ser director espiritual, independientemente de su jerarquía dentro de la Iglesia como institución. Es necesario tener un conocimiento suficiente acerca de la experiencia religiosa; una intensa vivencia de encuentro con Dios y un especial interés por conducir a otros a la unión con Cristo.

La dirección espiritual no es tarea fácil. Para comprenderlo basta recordar una de las advertencias que Sócrates hace a los jóvenes acerca de que, cuando se compra fruta en el mercado, antes de comerla, es posible ponerla en un cesto y observar si está en buen estado o no. Mas cuando aquello a lo que el hombre se expone son discursos que, lejos de alimentar el alma, la corrompen, el daño es inevitable, porque no hay modo de distanciarse de lo que ha dejado huella en nuestro entendimiento y memoria.

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

3 SAN JUAN DE LA CRUZ, «Subida del Monte Carmelo», prólogo 3, en *Obras Completas*, op. cit., p. 255.

Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:

3. Ruth y María

Un matrimonio judío, morador en la campiña de Belén, tiene que emigrar al país vecino de Moab porque en su tierra hay hambre. Estando en el extranjero enviuda la esposa, llamada Noemí. Sus dos hijos se casan con dos mujeres moabitas. Pasan los años y fallecen los hijos de Noemí. Ésta se queda sola en el extranjero con la sola compañía de sus dos nueras. Una de ellas se llama Ruth. Su nombre significa «la amiga», y eso fue precisamente Ruth para su suegra Noemí: una verdadera amiga.

Noemí, viuda y sin hijos, se entera de que en los campos de Belén vuelve a haber abundancia de pan y decide volver a su país. Pide a sus dos nueras que permanezcan en Moab y que vuelvan a casarse. Pero Ruth está decidida a no abandonar a su suegra. Le dice: *«No insistas en que te abandone y me separe de ti, porque, donde tú vayas, yo iré; donde habites habitaré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Donde tú mueras, moriré y allí seré enterrada»* (Rt 1,16).

Noemí y Ruth llegaron a los campos de Belén cuando se iniciaban las faenas de la siega de la cebada. Ruth se puso a espigar detrás de los segadores con

el fin de poder llevar algo de comer para su suegra. El dueño de aquellos sembrados se llamaba Booz, pariente del esposo de Noemí. Booz reconoce el buen corazón de Ruth, que ha abandonado su patria y su gente para cuidar y consolar a su suegra Noemí, facilitándole el trabajo de espigar. Pasado el tiempo, Booz se desposa con Ruth. El pueblo entero de Belén da la enhorabuena a Noemí porque en Ruth ha encontrado un verdadero consuelo.

Sencilla en verdad y, a la par, entrañable es la historia de Ruth: una mujer extranjera de buenísimo corazón, que fue para su suegra Noemí una amiga junto a la que llorar y un consuelo para animarse a la hora de seguir luchando por la vida.

Aunque nos reconozcamos como los desterrados hijos de Eva, que gemimos y lloramos en este valle de lágrimas, los seres humanos experimentamos un extraordinario alivio en nuestro dolor al saber que alguien comparte nuestras lágrimas. Si una prueba de genuina caridad es llorar con el que llora, María empieza en nosotros su tarea consoladora, llorando con nosotros. Sus lágrimas cálidas alivian las nuestras, viniendo a ser el llanto de María un verdadero refrigerio. Si para los seres humanos las lágrimas son su pan cotidiano, María es la que comparte con ellos este pan. Las lágrimas de María nunca fueron fruto de la tristeza radical que produce el pecado, pues nunca Ella pecó. Son las lágrimas de una madre, de una amiga, que comparte la suerte de los que le son queridos.

María se comporta con los hombres como una nueva Ruth: comparte su suerte y destino; enjuga sus lágrimas; arrima el hombro para que en él puedan

apoyarse y descansar. Aflicciones, angustias y apuros son parte de nuestra condición humana. Unos nos vienen sin buscarlos y otros son fruto de nuestra negligencia; pero es un consuelo saber que María llora con nosotros y, acompañándonos en el llanto, ya nos está consolando.

Cada uno de nosotros somos los que salimos beneficiados de la acción consoladora de María, que tiene especial sensibilidad hacia los que peor lo pasan. Por ello, cuando estemos afligidos, no dudemos en acudir a Ella, pues se volcará con nosotros.

Por otra parte, saber y sentirse consolados nos ha de llevar a ser nosotros mismos consoladores. Estamos llamados a consolar a otros con el consuelo que Dios ha puesto en nuestros corazones. Son muchos los hermanos y hermanas que hoy lloran por mil causas y debido a mil motivos. Esperan soluciones a sus problemas, pero también cercanía a los mismos. Hay problemas que superan nuestra capacidad y no siempre está en nuestras manos la solución de los mismos; pero sí que está al alcance de todos hacer nuestra la pasión del otro, compadeciéndonos y compartiendo sus lágrimas.

Pero no deberíamos olvidar que también Dios y su Madre nos dicen que están buscando consoladores y no los encuentran. Ellos no tienen el corazón de piedra como si todo les resbalara y nada les afectara. Ellos sufren con nuestras rebeliones e ingratitudes; ellos lloran con nuestra frialdad y desamor. Consolar a Dios y a María es reparar las ofensas que contra ellos se cometen.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Madrid (España)

La virginidad del alma según el Maestro Eckhart

Es bastante conocida la complejidad del lenguaje que el Maestro Eckhart (ca. 1260-ca. 1327) emplea para definir los elementos de su espiritualidad. Pero, afortunadamente, le gusta utilizar imágenes simbólicas para ayudarnos a comprender qué nos quiere decir.

Cuando Eckhart habla de la necesidad de que el alma permanezca virgen, se apoya en la imagen simbólica de la virginidad femenina. Nos dice que la virginidad es la cualidad por la que una mujer se mantiene libre de todo aquello que le aparta de Aquél a quién se ha consagrado: Dios. Por tanto, si queremos tener un alma noble debemos asemejarnos a una mujer virgen.

Es importante tener presente que el Esposo del alma, Dios, hace que un alma virgen produzca abundantes frutos, pues deja que en ella nazca el Hijo, el Verbo divino.

La mejor referencia es el mismo Jesús, que, venciendo las tentaciones (cf. Lc 4,1-13), mantuvo su alma virgen y, por ello, su unión con Dios Padre fue pura, de tal forma que ambos son uno (cf. Jn 17,1).

Cuando en el alma virgen nace el Verbo, transforma a la persona. La transformación empieza en

el «hombre interior» pero se ve reflejada en el «hombre exterior». El Maestro Eckhart nos presenta como ejemplo el sufrimiento. Cuando el Verbo nace en el alma, hasta el sufrimiento nos parece algo bueno, pues nos asemeja a Cristo. Esto lo experimentamos cuando aceptamos y asumimos el sufrimiento a ejemplo de Jesús, con vistas a la salvación.

Tomando como referencia a las vírgenes, podemos ver que ser virgen significa mantenerse libre de todo aquello que nos aleja de Dios. Paradójicamente, Eckhart nos advierte de que esto puede incluir aquello que externamente puede parecernos edificante como los rezos, las prácticas religiosas o las disciplinas, en el caso de que el alma ponga su fin en el mero cumplimiento de estas prácticas externas y no en elevarse a Dios.

En el hombre interior, el alma se encuentra virgen. Aquí el alma no es afectada por el tiempo ni por la carne. En ella fluye el Espíritu y es, por tanto, donde la persona se encuentra con Dios. Como vemos, la persona tiene la posibilidad de unirse a Dios desde su interior. Éste es el camino del hombre hacia su interioridad. A esta zona de nuestro interior, donde el alma permanece virgen, el Maestro Eckhart la denomina «chispita», «fondo» o «castillo».

Por tanto, el alma en su interior es, en cierto modo, eterna gracias a la participación de Dios. Esta participación se manifiesta en el nacimiento espiritual de Dios en el fondo del alma. Pero sabemos que, por sí misma, el alma no es eterna, pues forma parte de la persona, que es un ser creado por Dios.

En conclusión, podemos decir que el lenguaje que utiliza Eckhart para definir el alma y sus constituyentes, como la virginidad, tiene como objetivo mostrar la relación íntima que tiene Dios con ella.

FRAY JAVIER ARMENTA, O.P.
Oaxaca (México)

Sobre la «nueva evangelización»

La Iglesia es, por su misma naturaleza, evangelizadora. «*Id al mundo entero y anunciad el Evangelio*» (Mc 16,15), decía Jesús. Este mandato no sólo se refiere a los países de misión donde no se conoce a Jesucristo, es preciso evangelizar en los lugares donde la fe se va perdiendo. Incluso todos los cristianos y cada uno de nosotros necesitamos ser reevangelizados.

Los últimos Papas constatan la necesidad de una nueva evangelización y llaman mucho la atención sobre la vieja Europa a la que piden insistentemente que retorne a sus raíces cristianas porque las está perdiendo.

¿Por qué se está empleando la expresión de «nueva evangelización»? Por lo que venimos señalando, porque se trata de volver a vivir la fe, de evangelizar nuevamente y porque hemos de aprovechar, para conseguirlo, todos los medios que la ciencia y la técnica modernas nos ofrecen. Ahora, para evangelizar, habrá que utilizar la radio, los programas de televisión, Internet, los documentales cinematográficos, en fin, toda esa cadena de medios que el siglo XXI pone a nuestro alcance. Es preciso y urgente anunciar a Jesucristo sirviéndose de ellos. Actualmente, la gente, salvo grupos especiales, no vendrá a nosotros. Hay que buscarla. Ya no valen los antiguos procedimientos, hay que adoptar nuevos modos para comunicar

el mensaje de Jesús que siempre es el mismo y no podemos rebajarlo para que sea aceptado. Eso nunca.

Tenemos que ser conscientes de que ya no estamos en los tiempos en los que, por ejemplo, se daba por supuesto que en España todo el mundo era católico, salvo rarísimas excepciones. Ahora bien, el encuentro gozoso con Cristo impulsa a comunicarlo a los demás. Ese amor que se recibe tiende a darse; la evangelización sale espontánea. Esa es nuestra tarea.

Recordemos el encuentro de Andrés y Felipe con Jesús narrado en el evangelio de San Juan (cf. Jn 1,35-51): el Bautista señala a Jesús como el «*Cordero de Dios*» (Jn 1,36). Ellos, le siguen y le preguntan dónde mora: «*Venid y lo veréis*» (Jn 1,39), les dice Jesús. Después de ese encuentro largo, íntimo, de corazón a corazón, salen a anunciar lo que han visto y oído, no pueden contenerse. Andrés busca a Pedro y le dice: «*Hemos encontrado al Mesías*» (Jn 1,41) y le llevó a Jesús. Felipe hace otro tanto con Natanael, porque la experiencia es irreprimible.

Lo mismo le ocurre a la Samaritana (cf. Jn 4,1-42): se encuentra con Jesús, Él habla con ella, le pide agua y le promete otra agua que salta hasta la vida eterna. Le descubre su vida y ella comprende que Jesús es profeta. Después le expone el problema de dónde se debe adorar. Y ante la explicación de Jesús, le sale espontáneo decir: «*Cuando venga el Mesías nos enseñará todas estas cosas*» (Jn 4,25). Jesús le dice: «*Soy yo, el que habla contigo*» (Jn 4,26). Entonces, ella no puede contenerse más y echa a correr dejando el cántaro, el pozo y el agua. Se va al poblado a anunciar lo que ha visto y oído: «*me ha dicho todo lo que yo he hecho. ¿No*

será este el Mesías?» (Jn 4,29). El diálogo es delicioso. En él hay un crescendo imparable.

La escena termina con la petición de los samaritanos para que Jesús se quede con ellos. Él condesciende y se queda dos días, al cabo de los cuales, le dicen a la mujer: *«Ya no creemos por tu palabra, porque nosotros mismos hemos oído y conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo»* (Jn 4,42).

En los dos casos citados, el anuncio sale espontáneo después del encuentro con Jesús. Es la lógica de la evangelización. Si nos encontramos realmente con Él, no podremos por menos de anunciarlo, de proclamarlo; será imposible guardar para nosotros solos la gracia del encuentro.

Dice el Papa Benedicto XVI en el n° 7 de la *Porta Fidei*: *«Es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, Él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su evangelio a todos los pueblos de la tierra. Pero esta evangelización exige el testimonio de nuestra vida, sólo así seremos testigos creíbles, sólo así nuestra palabra será aceptada. La gente se cansa mucho de las palabras, tiene que ver vida»*.

Decía Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* que *«el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros es porque son testigos»*.

Que nuestra oración vaya encaminada a pedirle al Señor que nos convierta en verdaderos testigos de su mensaje a través de un testimonio nítido de nuestra fe.

SOR MARÍA EUGENIA MAESO O.P.
Salamanca (España)

LITURGIA

Liturgia de las Horas:

11. Las Completas: última Hora del día, a celebrarse antes del descanso nocturno

(OGLH 84-92)

No hay una hora determinada en el día para las Completas: sólo se indica que se celebrarán antes del descanso nocturno, aunque haya pasado la medianoche (cf. OGLH 84).

Comienzan como el resto de las Horas, pero su novedad respecto de las restantes es que inmediatamente sigue un «examen de conciencia» realizado en silencio o con varias fórmulas posibles, para elegir una de ellas. Teniendo en cuenta que se trata de un «examen» insertado en una oración litúrgica, no tendrá equivalencia con la revisión de vida que se hace antes del sacramento de la Reconciliación, ni su duración. Consistirá en detenerme sólo un instante para constatar lo que con más relieve pudiera haber sucedido en el día que ahora toca a su fin.

El Himno correspondiente hace relación al esfuerzo desplegado durante el día, esfuerzo que reclama un reposo reparador. Se dará también la dimensión que equipara al sueño con la muerte, al pedir a Dios que nos conceda «una noche tranquila y una muerte santa».

La salmodia expresará nuestra confianza en Dios, protector y providente, realidad que ratificará el responsorio que sigue a la lectura bíblica breve: «*En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*» (Lc 23,46), imitando a Jesús que, desde la cruz, pone su espíritu en manos del Padre.

También uniremos nuestras voces a la de ese hombre justo que fue Simeón, quien con su *Nunc dimittis* (cf. Lc 2,29-32) da testimonio de Cristo como el Mesías esperado, diciéndole a Dios que ya puede dejarlo irse en paz, pues sus ojos han visto la salvación y la gloria de Israel, realidad que nosotros también hemos experimentado por nuestra fe en el Salvador. Éste es uno de los tres Cánticos que la Liturgia de las Horas toma de los Evangelios. Los otros dos son el *Benedictus* de Zacarías (cf. Lc 1,68-79), en Laudes y el *Magnificat* de María (cf. Lc 1,47-55), en las Vísperas.

Como cierre de esta Hora puede cantarse la *Salve* u otra antífona mariana.

Hemos ido viviendo y constatando el despliegue de la Liturgia de las Horas desde los Laudes, como alabanza matutina, hasta las Completas, disponiéndonos con la oración al descanso nocturno, orando «siempre y sin desfallecer», porque nos habremos unido a la alabanza, acción de gracias y súplica de Jesús con su Iglesia.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Carmen Márquez Cid (1928-2004), testigo de vida cristiana en el siglo XXI

Introducción

La santidad no está en el hacer, sino en el ser. Nuestras obras aportarán algo si nosotros somos santos y salen de nuestro interior, de nuestra experiencia de Dios. Eso lo podemos ver en Carmen Márquez Cid.

Se trata de una mística de nuestro tiempo, que supo experimentar a través de los dones del Espíritu Santo, sobre todo del don de sabiduría, la presencia de Dios. Se convierte de esta manera en un modelo para los cristianos y para la sociedad.

En nuestros tiempos, cuando abunda una literatura sin alma, incluso dentro de la espiritualidad, resulta reconfortante leer a los místicos. Ojalá nuestras reflexiones les ayuden a conocer más a Carmen Márquez Cid y les animen a acercarse a sus escritos.

CONOCIMIENTO DE DIOS

Carmen Márquez, siguiendo las enseñanzas de la Iglesia, sabía que a Dios se puede llegar de tres maneras: por la razón, por la fe y por la experiencia mística.

A través de las criaturas, podemos llegar a un conocimiento analógico de Dios: es el conocimiento de la razón.

Por otra parte, la fe eleva nuestra facultad a comprender verdades divinas que nuestra razón no puede alcanzar por sí misma. En estos dos tipos de conocimiento, seguimos viendo a Dios a través de conceptos humanos.

Hay un tercer tipo de conocimiento de Dios que es más excelente, se trata del «amor unitivo» o la «contemplación mística». Como diría el místico franciscano fray Juan de los Ángeles: *«ya no se ama lo que se entiende, sino que se entiende lo que se ama; la potencia intelectual conoce y aprende del afecto que la precede»*¹. Se trata de un conocimiento y un amor fundidos, como si formaran una sola realidad.

Esta última forma de conocimiento procede de la fe viva ilustrada por los dones del Espíritu Santo. Dentro de los siete dones del Espíritu Santo, hay que destacar los dones de la sabiduría y del entendimiento. Esta contemplación es una mirada simple sobre la Verdad que es Dios. Mirada simple porque está despojada de cualquier otro elemento humano, de toda luz, de todo saber.

El efecto esencial del contacto con Dios en la oración y contemplación prolongada es la «transformación». Consumido lo psíquico, consumido también lo moral, el alma del místico queda vacía, en oscuridad

1 SEVERINO MARÍA ALONSO, *Amor y unión con Dios según Fray Juan de los Ángeles*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1985, 235.

y en silencio. Sólo vive la voracidad amorosa, que puede salir «*sin ser notada*».

Siguiendo a San Juan de la Cruz, podemos decir que los artículos de la fe son la «plata» que encubre el «oro» que es el mismo Dios. Porque cuando Dios actúa en nosotros trascendentemente, produce oscuridad: «*Tan inmensa es la luz espiritual de Dios y tanto excede al entendimiento natural, que... la ciega y oscurece*» (2 N 16,11), nos dice san Juan de la Cruz

Pues bien, los escritos de Carmen Márquez nos muestran que es así como conocía a Dios: por medio de la contemplación mística.

BREVE BIOGRAFÍA

Carmen Márquez Cid nació en Junqueira de Ambía, provincia de Orense, el 15 de abril de 1928. Fue la tercera de doce hermanos, nacidos en una familia profundamente cristiana. Se inició muy pronto en la oración y se sintió atraída hacia la vida religiosa.

Ingresa en el Noviciado de Zumárraga (Guipúzcoa) de las religiosas Mercedarias, y hace su profesión el 15 de octubre de 1956. Se siente llamada a fundar una asociación de laicos que aspiren a la contemplación de Dios dentro del mundo, y consigue la exclaustación en 1966, desplazándose a Madrid. Allí crea una pequeña academia de corte y confección y trabaja como empleada del servicio de limpieza de la Escuela Diplomática de Madrid.

En 1971 alquila un piso en la calle de San Mateo, nº. 17, donde vive hasta su fallecimiento. En 1978 al-

quila un local en el mismo bloque de viviendas con el objetivo de crear su ansiada asociación de laicos dedicados a la vida de oración y de unión con Dios en medio de la vida cotidiana. Con permiso del Arzobispo, convierte dicho local en capilla y en él se oficia la Santa Misa y se expone el Santísimo Sacramento. También se dan cursos de oración a cargo de un jesuita, el P. Ramón Rodríguez Lara, y se forma un pequeño grupo de señoras que se reúnen en torno a Carmen para hacer oración.

En los últimos años de su vida pudo ver hecha realidad la *Asociación Laical Lumen Cordium*, que mantiene vivo su espíritu y sus enseñanzas.

Carmen fallece en Madrid, tras dos años de enfermedad que sobrellevó ejemplarmente, el 16 de octubre de 2004.

PROCESO MÍSTICO

Conocemos el proceso místico de Carmen gracias a su director espiritual, el P. Ramón Rodríguez Lara, que quiso que pusiese por escrito su experiencia de Dios.

El P. Rodríguez Lara nació en Ponferrada (León) el 4 de abril de 1923 y falleció en Salamanca el 30 de abril del año 2001. Con prudencia y acierto siempre estuvo al lado de Carmen a lo largo de unos treinta años.

En 1955 Carmen era religiosa mercedaria y estaba destinada en el sanatorio de Rebullón, en Vigo. Es entonces, en el mes de julio, cuando el P. Rodríguez Lara la conoce. Ya de entonces le llamó la atención su profunda vida interior. Si bien en aquella época

Carmen era reacia a manifestar detalles al respecto, el P. Rodríguez Lara pronto se dio cuenta de que estaba pasando por una «noche mística» –es decir, por una crisis espiritual–, debido a las aflicciones que su espíritu sufría de forma continuada.

El P. Rodríguez Lara procuró no acosarla, ni ser impertinente, dejándola actuar con cierta libertad. Asimismo, siempre tuvo muy en cuenta las enseñanzas de la Iglesia sobre la dirección espiritual, para no equivocarse y no confundir a la dirigida.

Pasados trece años, en 1968, el P. Rodríguez Lara coincide con Carmen en unos Ejercicios de renovación conciliar en la Granja de San Ildefonso (Segovia), y allí percibe que Carmen ha alcanzado la «unión con Dios», es decir, la más profunda experiencia mística, que santa Teresa de Jesús llama «matrimonio espiritual». Según testimonia el P. Rodríguez Lara, Carmen había recorrido todas las etapas de la vida espiritual y había llegado al cenit.

Con el paso del tiempo, los elementos de juicio que el P. Rodríguez Lara tiene acerca de la vida espiritual de Carmen son cada vez más amplios, pues ésta se lo fue expresando tanto de forma oral como por escrito, de manera exacta, concisa y sencilla, sin fingimiento ni engaño. Todo esto respondía al carácter de Carmen, mujer humilde y recatada.

SUS ESCRITOS

En 1981 –cuando ya llevaban en contacto más de 25 años– el P. Rodríguez Lara se decide a pedirle a

Carmen que describa ampliamente y por escrito su vida espiritual. Así surgió el primer manuscrito de Carmen titulado *Relato espiritual*, que escribió a lo largo de ese mismo año. Este relato, al no ser muy explícito ni claro, hubo de ser ampliado por Carmen con otras dos obras: *Matrimonio espiritual. Compendio con más detalle* y *Tres escritos sobre la oración y otros temas*.

Relato espiritual se publica en el 2011, y los otros dos en el 2012. Todos ellos fueron editados en Madrid por la Asociación Lumen Cordium, que, como ya dijimos, fue fundada por Carmen. Esta asociación tiene su sede en la parroquia de San Ildefonso de Madrid y actualmente está dirigida por Don José Manuel Rodríguez de la Rosa, sacerdote de la archidiócesis de Madrid.

El primer libro, *Relato espiritual*, es el más importante para conocer a Carmen, ya que nos da datos de su vida y, sobre todo, nos comunica el proceso íntimo de Dios en su alma. Está escrito con mucho pudor, pues en él revela su intimidad con el Señor.

El segundo libro, *Matrimonio espiritual. Compendio con más detalle*, es un complemento del primero. Es un hermoso escrito donde se explaya y explica los frutos de la transformación del alma con Dios, como veremos en el siguiente apartado.

El tercer libro, *Tres escritos sobre la oración y otros temas*, es distinto de los dos anteriores, pues no lo escribe sujeta a lo ordenado por el P. Rodríguez Lara, su director espiritual. Así, en vez de escribir sobre experiencias de su espíritu, ahora se centra en temas libres y diversos sobre la oración, que, ciertamente, es un camino ineludible de santidad.

SELECCIÓN DE TEXTOS

Hemos escogido cuatro pequeños textos sobre algunos aspectos fundamentales del proceso místico.

La contemplación mística

«El conocimiento del plan eterno de Dios respecto de la Creación y Redención relacionado con el Verbo Divino, también me duró algún tiempo. Este conocimiento, mucho más sustancial y profundo, pone al alma como enloquecida, por lo que entiende y lo que no entiende, porque hay un conocimiento de fondo, diría yo, oscuro, que no se puede decir nada sobre él, como que el entendimiento entiende algo de lo que es, pero sin entender lo que entiende, y mucho menos decirlo; pero parece que, a la vez que entiende, entiende que no entiende y que le queda todo por entender; pero, a la vez, esto que entiende, que es muy profundo, parece que es lo mejor que desea el alma, y le gustaría penetrarlo y engolfarse en él.

Me estoy esforzando por decir algo y veo que no puedo decir nada. Lo que he dicho, más bien, me parece no decir, pero es lo que se puede decir de esta forma de entender.

También me estoy esforzando por decir las cosas en la línea como sucedieron, poco más o menos, porque como ya pasó tanto tiempo es fácil que no lo recuerde bien» (Relato Espiritual, 82-83).

La noche del espíritu

«Bueno, pues, sin saber cómo, me encontré de lleno metida como en un túnel tenebrosísimo, totalmente desorientada, en medio de las tinieblas, que como to-

mando posesión del alma la invaden totalmente; y todo lo que anteriormente parecía como luz radiante se convierte ahora en tiniebla, eclipsándose totalmente toda forma inteligible anterior; quedándose el entendimiento a oscuras y sin poder hacer hincapié en nada, quedando como un vacío y desamparo de todo, teniendo como fondo, alto y ancho la pura tiniebla y la nada; sintiéndose como oprimida y seca la voluntad sin poder hacer nada, y la memoria angustiadísima por el sufrimiento en que se encuentra sumida el alma, como privada de todo respiro espiritual, en pura tiniebla, sin resquicio posible de luz; sintiendo como aniquiladas las potencias del alma, y el alma misma en lo que tiene de puro espíritu» (Relato Espiritual, 147).

Toques sustanciales

«Se produce en el mismísimo centro del alma, como si fuera en el mismísimo centro del corazón, unos sentimientos repentinos, como cuando tocan a uno que no puede dejar de sentirlo por el sentimiento que produce, y sorprende porque es un sentimiento inesperado y se produce sin una hacer nada, ni se puede, y sin tener en cuenta el sitio y la hora. Este toque produce un sentimiento muy suave y tierno, que entenece todo el ser de los pies a la cabeza, y el interior del alma donde se produce» (Relato Espiritual, 181).

Matrimonio espiritual

«En lo más profundo del alma se consuma esta transformación total entre el alma y el Verbo divino, en una comunicación profundísima de amor, donde, a la vez, se entregan ambas partes en una total posesión

de la una a la otra en unión de las dos naturalezas, comunicándose la divina a la humana; y aunque queda cada una en su mismo ser porque esto no se cambia, sin embargo, cada parte parece ser el mismo ser de Dios en un solo ser por la participación o fusión de la una en la otra, cuanto se puede en esta vida, que es mucho más de lo que se puede decir o imaginar; porque en esta transformación el alma queda hecha un solo espíritu con Dios, queda divinizada hecha divina participando de la misma divinidad de Dios en el mismo Dios, parece ser Dios mismo en un abrazo profundo amoroso entre el alma y el Verbo divino en la mismísima entraña del alma» (Matrimonio espiritual, 116-117).

CONCLUSIÓN

Se cumple en Carmen Márquez lo escrito por San Pablo a los Gálatas: *«No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí»* (Gal 2,20).

He intentado resumir lo más importante de su vida y doctrina, para que sirva de estímulo a la persona de hoy a caminar por la vida de oración y unión con Dios, que es, a mi entender, lo único que puede hacer renovar a la Iglesia y al mundo.

SATURNINO PLAZA AGUILAR
Madrid (España)

Selección de sermones espirituales:

6. Trabajar en la viña del Señor¹

«El reino de los cielos es semejante al dueño de una finca que salió muy de mañana a contratar trabajadores para su viña...» (Mt 20,1-16).

En el evangelio de hoy, el Señor propone una parábola en la que el dueño de una finca salió muy de mañana a contratar operarios para su viña. Salió a la hora de tercia, sexta y nona, y a cuantos encontró los envió a su viña. Pero saliendo alrededor de la hora undécima, encontró a otros que estaban desocupados y les dijo: *«¿Qué hacéis aquí ociosos todo el día?... Id también vosotros a mi viña» (Mt 20,6-7).*

Este venerable dueño de la finca es Nuestro Señor Jesucristo; su casa, el reino de los cielos; la tierra, el purgatorio y el infierno. Este dueño de la finca, al ver que su amable viña permanecía improductiva, sin cultivador que se ocupara de ella, y que la naturaleza humana, creada para trabajarla y poseerla, se había extraviado y la dejaba inculta, salió muy de mañana con el propósito de llevar de nuevo al hombre a la viña para la que había sido creado.

1 Corresponde al sermón 7 de la edición de Vetter. Hemos añadido los epígrafes y las referencias bíblicas.

LA SALIDA DEL SEÑOR

Este «salir» puede entenderse de dos modos. En el primero, Nuestro Señor Jesucristo salió muy de mañana porque en la generación eterna sale del corazón del Padre, y en él permanece. Pero salió también muy temprano al encarnarse en un hombre para llamarlos y conducirnos a su noble viña. Además, según dice el evangelio, salió muy de mañana, pero también alrededor de las horas de tercia, sexta y nona.

Salió, asimismo, en torno a la hora undécima, y al encontrar a otros desocupados, les habló duramente: «¿*Qué hacéis aquí ociosos todo el día?*». Ellos le respondieron que nadie los había contratado. Estos hombres ociosos, que nadie había contratado, simbolizan a aquellos que aún permanecen en su pureza e inocencia naturales y, no sin razón, son llamados felices y bienaventurados. El Señor ve que éstos aún no han sido «contratados» por el mundo y las criaturas. Además de éstos, hay otros que hacía tiempo habían sido contratados, pero se les ha restituido su libertad y ahora permanecen desocupados. No obstante, todos ellos están ociosos, esto es, viven tibios y fríos, sin amor y sin gracia. Porque, si uno conserva su inocencia natural, manteniéndose en el nivel de la sola naturaleza, pero no está en gracia de Dios, aunque él solo realice todas las buenas obras que jamás hayan sido hechas, permanece, con todo, ocioso e improductivo.

Esta salida matutina puede entenderse también en otro sentido: el nacimiento de la gracia divina en el alma. Pues la mañana pone fin a la noche y a las tinieblas, desaparecidas las cuales, se levanta el día

de la gracia en medio del alma. Pero el Señor dijo a aquellos que había encontrado ociosos: «¿*Qué hacéis aquí ociosos todo el día? Id también vosotros a mi viña*». Así pues, unos y otros, de una manera u otra, van a esta viña.

LOS TRES GRADOS DE MADUREZ ESPIRITUAL

Un primer grupo lo forman los principiantes, que van a ella por trabajos exteriores y ejercicios sensibles, guiándose según su propio criterio. Les basta con hacer grandes obras de penitencia, ayunar mucho, hacer prolongadas vigiliyas y oraciones, sin prestar atención alguna al fondo de su corazón; no aspiran a la pureza interior, sino que se buscan a sí mismos en la satisfacción de sus deseos, en la prosperidad y la adversidad. De aquí se originan en ellos muchos juicios temerarios y pecados no leves, como son: soberbia, amargura, impetuosidad, irritabilidad, voluntad propia, tendencia a las discusiones y conflictos, y cosas semejantes a éstas, que obstaculizan extraordinariamente la infusión de la gracia de Dios en ellos. Como todas estas cosas proceden de un fondo falso, éstos han de vigilarlo con suma atención, procurando arrancarlo de raíz y subvertirlo antes de que ellos mismos o los prójimos sufran un daño a causa de él.

Un segundo grupo de los que van a la viña son los proficientes. Éstos, como ya han despreciado los placeres sensuales y han vencido, con la ayuda de Dios, grandes defectos, han ascendido a un grado más alto. Sin embargo, les gusta darse a la meditación discursiva, y en ella se encuentran tan a gusto que no se

preocupan de progresar más ni de llegar a la suprema Verdad. Pues se apegan al placer que sienten y no anhelan a Dios, que es la misma dulzura y está más allá de toda delectación. En Dios solo deberían hallar su deleite, no en sus dones.

El último grupo lo forman los perfectos, hombres excelentes y nobles, que, elevándose por encima de todas las cosas, van a la viña del Señor digna y convenientemente. Nada buscan por interés personal, sino puramente a Dios solo en sí mismo. No les interesan ni el placer ni las ventajas ni ninguna otra cosa que puedan obtener de Dios, sino que, abismándose simplemente en la intimidad de Dios, no quieren otra cosa que alabarlo y honrarlo, guiados por este único deseo: que su amable voluntad se cumpla en ellos y, a través de ellos, en todas las criaturas. Por la voluntad de Dios lo aceptan todo y se desprenden de todo; todo lo reciben de la mano del Señor; cualquier don procedente de Él, a Él lo atribuyen siempre con simplicidad, sin apropiarse jamás de ninguno. Como los ríos salen del mar y a él vuelven como a su origen (cf. Ecle 1,7), así estos hombres nobles refieren todos los carismas y dones al origen del que han fluido, y junto con ellos refluyen a Dios. Todos los bienes recibidos de lo alto los refieren a su origen divino y no se aferran a ellos ni por placer, ni por conveniencia, ni por esto, ni por lo otro: no les mueve otro interés que una búsqueda pura de Dios. Sólo Él es su alimento y sostén interior.

Pero, por mucho que esta disposición les haga salir de sí mismos y los oriente hacia Dios en pureza y simplicidad, la naturaleza se busca a sí misma por

caminos ocultos, y como tales hombres no pueden extirparla de raíz, están obligados, quieran o no, a cargar con ella. A ellos les gustaría poseer siempre a Dios y desean también ser felices por naturaleza. Pero este deseo debería ser en ellos muy débil y ocupar una mínima parte de sus aspiraciones. Pues todo devoto ha de imitar al operario de la viña que trabaja en ella todo el día. Éste necesita tomar alimento de vez en cuando si quiere perseverar en su trabajo. Y por prolongada que sea la faena, el tiempo de la refección es apenas de una hora. Sin embargo, come, como ya he dicho, para poder soportar la fatiga del trabajo. El alimento que toma penetra la carne y la sangre, los huesos y las medulas de los huesos, y, difundido por todos los miembros, se gasta de nuevo en el trabajo; consumido este alimento, el viñador va a tomar de nuevo comida que, del mismo modo, consumirá en el cultivo de la viña.

Así debe hacer también el hombre perfecto. Cuando sienta dentro de sí una inclinación a poseer a Dios, sus dones o algo semejante, considere este sentimiento únicamente como un tiempo para la colación, no con la intención de apegarse a él, sino para gastarlo en el servicio de Dios y el trabajo espiritual. Y cuando lo haya consumido del modo más elevado, con acción de gracias y refluir de amor hacia Dios, como de Él lo ha recibido, entonces podrá de nuevo reconfortarse un poco en las divinas efusiones, para volver a gastar las fuerzas recibidas en el servicio de Dios y en otros actos de piedad.

Cuantos de este modo ofrecen a Dios todos sus dones, corporales y espirituales, con un profundo y

humilde abandono de sí mismos en todas las cosas, éstos solos se hacen más dignos y capaces de Dios, y de sus dones y carismas. Dondequiera que estén, serían dignos de tomar como alimento, si la naturaleza se lo ofreciera, perlas, plata, oro y cuanto de más valor tiene el mundo.

EL ASCENSO DEL HOMBRE PURO A LA UNIÓN CON DIOS

Pero hay muchos hombres de Dios que están oprimidos por una gran pobreza externa y nada poseen de lo que se ha dicho antes. Ellos deben arrojarse, con gran humildad, en brazos de la omnipotencia de Dios, confiando plenamente en Él, y Él mismo, como dice el salmista, vendrá en su ayuda (cf. Sal 37,5); sin duda alguna, Dios cuidará de ellos, aunque se hayan escondido en una roca.

Estos hombres nobles, ricos en virtud, pero pobres en cosas, se parecen al tronco de la vid. Pues el tronco de la vid es negro, duro, seco y de poco valor por fuera, de manera que si nadie lo conociese se le creería un árbol que no serviría sino para ser quemado. Sin embargo, en su interior se ocultan venas llenas de vida de las que brota un líquido más valioso que el de todos los demás árboles juntos. Del mismo modo, estos hombres amables y abismados en Dios parecen exteriormente inútiles, sin gracia y secos, pues son humildes y su aspecto es muy poco llamativo; tampoco hay nada singular o grande en sus palabras ni en sus obras y prácticas externas, sino que son meros discípulos de la humildad y los más pequeños a sus propios ojos. Pero en su interior, en el fondo de la

Verdad, se ocultan venas llenas de vida, donde ellos, habiendo renunciado a su parte [es decir, a su propia naturaleza], tienen a Dios como su porción y sustento. Conocer estas cosas sería una delicia.

Pero, así como el viñador poda las vides a su debido tiempo cortando los brotes silvestres, sabiendo que, de no hacerlo, darían un vino ácido, así también estos hombres excelentes han de podar todo desorden en sí mismos y arrancarlo del mismo fondo, en todas las formas posibles, en toda alegría y tristeza; es decir, han de extirpar del corazón todos los vicios, todas las pasiones y todo lo que en ellos es defectuoso. Esto puede hacerse sin destruir la cabeza ni los demás miembros. Pero, antes de podar, es preciso que ellos observen con gran atención qué es lo que se ha de cortar. Pues si uno no fuera un viñador experimentado, cortaría los mejores brotes, que habrían de producir las uvas, con la misma ligereza que los más inútiles, y de este modo destruiría la viña. Esto es lo que hacen algunos que carecen de verdadero discernimiento: dejan en su fondo los vicios y las malas inclinaciones mientras oprimen y amputan su pobre naturaleza.

La naturaleza, qué duda cabe, es en sí misma buena y noble. Entonces, ¿de qué la culpan? Luego, cuando llega el tiempo de los frutos, es decir, de la vida espiritual, la naturaleza está destruida y no soporta la acción de Dios. Sin embargo, una discreta mortificación del cuerpo, especialmente para los principiantes y los inmortificados, es muy útil y necesaria.

Después de esto, siguiendo con la comparación anterior, atan los brotes, los doblan de arriba abajo

y los sujetan con rodrigones. Asimismo, el santísimo modelo y la vida admirable de Nuestro Señor Jesucristo serán sostén y apoyo de tales hombres, de manera que, a imitación de su modelo, deben humillarse e inclinarse, esto es, doblar la porción superior de su razón en profunda humildad y sumisión, y llevarla al mismo fondo, a Cristo Jesús, en la verdad, no con vana palabrería. Todas sus potencias, tanto las interiores –irascible, concupiscible y racional– como las exteriores y sensitivas deben estar siempre sujetas, cada una en su lugar, de manera que ni los sentidos, ni la voluntad ni cualquier otra potencia se insolente más de lo justo, sino que siempre estén sometidas, en el orden debido, a la voluntad de Dios, como Él ha querido eternamente.

Después, se remueve la tierra para que la cizaña pueda ser arrancada. Del mismo modo, éstos han de removerse y escudriñarse a sí mismos, observando su fondo con diligencia y atención por si en él se ocultara algo que deba ser arrancado. Y si encontraran algo, se cuidarán de extirparlo sin demora, por pequeño que sea, para que el Sol divino pueda tanto más inmediatamente penetrar en el fondo y brillar en él perfectamente, y estimular la actividad de las potencias superiores. Entonces, en verdad, este Sol absorbe la humedad que puede en aquella vena vital o potencia que está escondida en la madera, es decir, en el fondo del hombre, y así, poco a poco, brotan los racimos.

¡Oh, si el hombre supiera trabajar su viña de modo que el Sol divino pudiera obrar y derramar sus rayos en ella! Obtendría, con toda seguridad, nobles y excelentes frutos. Pues, así como el sol físico, derraman-

do sus rayos sobre los racimos con toda su fuerza, los hace florecer graciosamente con la potencia de su calor, y estas flores exhalan un noble aroma que repele todo veneno, un aroma que ni el sapo ni la serpiente pueden soportar; así también, este Sol divino, tocando directamente el fondo del hombre, obtiene de él un fruto interior y exterior que tiende a Dios en tal pureza y florece tan graciosa y noblemente por medio de la atención pura a la Divinidad, que de él brota un aroma maravilloso y suave que, quiera o no, repele todo veneno de la serpiente maligna. Y si se conjurasen todos los demonios y todos los habitantes de la tierra, nada podrían hacer contra este hombre puro que ama intensamente a Dios. Por el contrario, cuanto más daño intentaran hacerle, tanto más alto lo elevarían a Dios. Y si, exhalando este delicioso aroma, fuese arrastrado hasta el mismo infierno, tal hombre no encontraría allí sino el reino de Dios, la beatitud eterna y a Dios mismo, y hasta el infierno se le tornaría el mismo paraíso.

Quien alcanza tal florecimiento del espíritu, no ha de tener miedo de lo que acontezca ni de cumplir con su deber. Pues, cuando se busca a Dios puramente y se le tiene como fin, ningún obstáculo puede impedirlo.

Después, cuando la viña florece, el sol, dirigiendo sus rayos purísimos hacia los racimos, los va templando hasta que éstos conciben poco a poco una dulzura mayor. Así ocurre en el plano espiritual. Aquí, cuando el Sol divino derrama su luz sobre tal hombre, todos los obstáculos desaparecen y él encuentra en su interior a este Sol divino brillando casi de continuo con un resplandor mucho más intenso que el del sol físico

luciendo en todo su esplendor. Y cada vez que regresa a su fondo, encuentra la luz derramada de lo alto iluminando el alma. Entonces, todo su ser se deifica a tal punto que nada siente, nada gusta y nada sabe verdaderamente sino a Dios; y esto, esencialmente, aunque muy por encima de todo modo y conocimiento racional.

A continuación, el viñador poda las vides para que el sol pueda derramar sin obstáculos sus rayos sobre las uvas. Asimismo, a este hombre se le caen todos los obstáculos, es decir, todas las imágenes, ejercicios, oraciones y demás prácticas de devoción. Sin embargo, no debe abandonarlas irresponsablemente hasta que, por intervención de la gracia divina, caigan por sí mismas. ¿Cómo sucede esto? Cuando es elevado por encima de toda su capacidad de entendimiento, donde el fruto divino y noble es en él tan suave y agradable que ni los sentidos ni la inteligencia pueden captarlo. En ese raptó, el espíritu se abisma tan profundamente en Dios que pierde todo lo que lo distinguía y se une por completo con la dulzura divina. La esencia divina penetra de tal modo la esencia del hombre, que ésta se pierde totalmente en aquella, como una gotita de agua echada en un vaso lleno del mejor vino.

De este modo, el espíritu es absorbido y abismado en Dios y en la unidad divina, de manera que en ella se pierde, como ya se ha dicho, toda distinción. Todo lo que le ha conducido a ese estado, como la humildad, la atención y cosas semejantes, pierden allí su nombre. Pues allí hay una pura, secreta y tranquila unidad sin distinción; y la atención y la humildad se

hacen pura simplicidad y un misterio esencial y silencioso, de forma que apenas pueden ser notadas. Permanecer en ese fondo una sola hora o, al menos, un rato sería cien veces más provechoso al hombre y más grato a Dios todopoderoso que estar cuarenta años apegado, con vana autocomplacencia, a las propias ideas, propósitos y opiniones.

Que Dios nuestro Señor nos conceda poder ofrecerle un lugar en nuestro interior y morir a todo lo que hemos de morir, y que vivamos puramente, como tenemos que vivir, para que Dios complete en nosotros y través de nosotros su obra sublime. Amén.

FRAY JUAN TAULERO

POESÍA

Dios te salve, María, aquí me inclino

Dios te salve, María, aquí me inclino
delante de tus ojos lagrimeados
por tu dolor del hombre, sus pecados
y las llagas del Hijo, tan divino.

Hoy sabemos muy bien que su destino
estaba ya en tu vientre; programados
los pasos que dolosos, soportados
dieron luz a la tierra y al camino.

Camino que llevara hasta la cruz.
Cruz que llevara a la resurrección.
Resurrección que nos guió al trasluz.

En tu pecho anidó tanto dolor
por Él y por nosotros, ya tus hijos
que aún tu rostro nos muestra su temblor.

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

Bibliografía

MARKO IVAN RUPNIK, *El arte de la vida. Lo cotidiano en la belleza.*

Editorial Fundación Maior, Madrid 2013. 224 pp.

Marko Ivan Rupnik es un famoso artista jesuita eslovaco, autor, por ejemplo, de los mosaicos que embellecen el interior de la capilla del Santísimo de Nuestra Señora de la Almudena de Madrid y la portada de la Basílica del Rosario de Lourdes. En este libro nos invita a contemplar a Dios en los íntimos detalles de nuestra vida cotidiana. Y lo hace de un modo muy didáctico: por medio de un interesante diálogo entablado entre Natasha –una joven que ha experimentado casi mortalmente los excesos de una vida desenfrenada– y el P. Boguljub –un anciano monje que le revela el sentido profundo de la vida–. En los dos últimos capítulos Natasha dialoga sobre el saber teológico con dos jóvenes sacerdotes ucranianos –uno ortodoxo y el otro católico– y con un párroco católico.

Una de las ideas clave de esta obra es que nuestra existencia adquiere sentido cuando se contempla desde el final de la Historia de la Salvación, es decir, desde la Resurrección. Entonces vemos que Aquel que nos ha creado es el mismo que busca nuestra plena y definitiva redención, por eso: «el arte de vivir es un arte que se desarrolla contemplando el final» (p. 18).

A lo largo de esta obra, Rupnik nos habla de la importancia que tiene el contemplar imágenes que limpien y purifiquen nuestro corazón; el cuidar estéticamente el interior de nuestra habitación, para que nos ayude a estar con Dios; el saber valorar nuestra vestimenta, teniendo en cuenta que no hay mejor vestido que el que portaban Adán y Eva antes del pecado original, pues estaban revestidos de la gloria de Dios; el valorar nuestra alimentación, procurando darle un sentido religioso, para que aquello que comamos no sólo sea alimento del cuerpo, sino también del alma; y haciendo de nuestro estudio un medio para enriquecer nuestra «inteligencia espiritual», de tal forma que el mensaje de Cristo penetre en nosotros, nos transforme y se haga vida por medio de nuestras buenas acciones.

Como ven, se trata de una obra que nos puede ayudar a enriquecer espiritualmente nuestro vivir cotidiano. Rupnik se apoya mucho en la teología de la Iglesia de Oriente y en la sabiduría monástica, lo cual resulta interesante e iluminador.

En definitiva, éste es un libro muy recomendable como lectura espiritual.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

MARIE-DOMINIQUE PHILIPPE, *Las tres sabidurías*.
Ediciones Palabra, Madrid, 2013. 597 pp.

Es un libro tan sorprendente como interesante. Sorprendente e interesante fue el dominico P. Phili-

pppe, fallecido el año 2006, que en el libro responde a las preguntas que le formula Frederic Renoir. «Las tres sabidurías» son la Filosofía, la Teología y la Mística. Representadas por tres personajes: Aristóteles, Santo Tomás de Aquino y San Juan Evangelista. La vida del P. Philippe fue una dedicación intensa a cada una de esas «tres sabidurías». Él las supo congeniar, a pesar de la diferenciación que puede ofrecer –por el método de estudio y el objetivo final– ese triple modo de saber.

Es fácil de entender la relación entre Filosofía y Teología: sin Filosofía no puede existir Teología seria. Más complicada es la relación entre Metafísica y Mística, pero el P. Philippe siguió el consejo de uno de sus mentores, el P. Dehau: «*estudia Metafísica para poder hablar de María...*». La Filosofía a la que se dedica el P. Philippe, y de la que fue durante muchos años profesor en la universidad de Friburgo (Suiza), era la Metafísica. Y la Metafísica aristotélica. En ella se apoyó santo Tomás para desarrollar su Teología. La Mística del P. Philippe se apoya en el Evangelio de san Juan, siguiendo el *Comentario* de santo Tomás a este evangelio, y añadiendo sus propias interpretaciones.

En la «sabiduría mística» a la que quiero referirme de modo especial, dado que esta reseña es para la revista *Vida sobrenatural*, tiene un lugar especial en la vida del P. Philippe una mujer contemporánea, Marthe Robin, que vivió la mayor parte de su vida postrada en una cama en estado fetal, ciega, de la que se decía –y el P. Philippe así lo atestigua– llevaba impresas en sus pies, muñecas, costado y cabeza las llagas de Cristo, y que vivió milagrosamente todo esos años

sin comer. A su habitación acudió el P. Philippe, como otros muchos, entre los que se cuenta el conocido filósofo Jean Guittou. Ella, como santa Teresa de Jesús, prefería para su conversación a teólogos más que a «santos». Ella le animó a que cultivara la metafísica, y también ella le manifestó que era asunto de Dios el fundar, como así lo hizo, la Comunidad de San Juan Evangelista. Su faceta de fundador de un instituto religioso, con varones, religiosas de vida apostólica y monjas contemplativas, además de seculares asociados, que se ha extendido por muchas partes del mundo, se describe con sus diversas peripecias en el libro.

La personalidad del P. Philippe, tal como aparece en el libro, es polifacética, interesante y, en parte, asombrosa. No creo que merezca un juicio precipitado. Y lo mismo hay que decir del libro, que es expresión escrita, por él contada, de su ser y hacer. Creo que es un libro de hondo interés, independientemente del acuerdo que merezca lo que el P. Philippe comunica, y su valoración de las personas, en concreto de la «mística» Marthe Robin, a la que estuvo tan unido.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA O.P.
Madrid (España)

JUAN LUIS URCOLA TELLERÍA, NEREA URCOLA MARTIARENA, *Dirección y sensibilidad*.
ESIC Editorial, Madrid 2013. 262 pp.

Entre nuestros lectores hay personas que tienen bajo su responsabilidad a empleados y/o voluntarios que deben colaborar para desempeñar en equipo al-

guna tarea. Me refiero, por ejemplo, a las directoras –y directores– de colegios, dispensarios médicos, hogares de niños o de ancianos, etc. Pues bien, para ellos ha sido escrito este magnífico libro. Pero también puede resultar muy útil a las superiores –y superiores– de una comunidad.

Los autores son padre e hija. Él es licenciado en Ciencias Económicas y experto en marketing, y ella es psicóloga. En esta obra nos dan unas sencillas e importantes pautas sobre cómo dirigir con sensibilidad a un grupo de personas para que su trabajo sea más eficiente y tenga más sentido dentro de su vida. Ambos, además de creyentes cristianos, son en la actualidad socios de una empresa dedicada a asesorar a otras empresas en asuntos referentes al tema de este libro, lo que les ha permitido introducir un buen número de interesantes anécdotas que, además de amenizar la lectura, son muy clarificadoras. Asimismo, emplean un lenguaje ágil y muy comprensible.

El punto de partida es superar el estado de «muertos vivientes»: se trata de esas personas que se limitan a cumplir con su trabajo y centran sus anhelos e ilusiones en que lleguen las vacaciones. A lo largo de este libro, poco a poco, paso a paso, los autores nos dan pautas para ayudar a estas personas a que se impliquen activamente en el trabajo de nuestra empresa, o en la vida comunitaria de nuestro convento. Está enfocado fundamentalmente a enseñarnos a ser unos buenos «líderes» de seres humanos. Por ello, más que darnos consejos sobre cómo tratar a nuestros subordinados o hermanos de comunidad, los autores prefieren ayudarnos a cambiar nosotros mismos para

que mejore nuestra forma de interactuar con ellos. Porque, en definitiva, de nosotros –en tanto que directores, superiores o coordinadores– depende en buena medida que tenga éxito el proyecto que queremos llevar adelante junto a otras personas.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

MANUEL REGAL LEDO, *Los Salmos hoy. Versión oracional a la luz del evangelio.*

Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2013. 431 pp.

Reconociendo la gran riqueza espiritual de los Salmos y su valor para la oración personal y comunitaria, el autor del presente libro no trata de hacer una nueva traducción del Salterio. Como se indica en el subtítulo de esta obra, se nos ofrece una versión de los Salmos, leídos desde una determinada comprensión de los evangelios. Nos encontramos, por tanto, ante una «relectura» de los Salmos. La base textual del presente Salterio se encuentra, según se nos dice, en la traducción de la Biblia de Jerusalén publicada por la editorial Desclée de Brouwer. Aunque debemos reconocer que si esto es así se trata de una referencia bastante libre, pues ambos textos tienen más bien pocos parecidos.

Como se confiesa en la presentación, nuestro autor expresamente evita todas las expresiones de violencia y algunas ideas que considera no propias o adecuadas para el tiempo presente, como por ejemplo: ciertas expresiones o comportamientos de Dios, calificados

como demasiado antropomórficos o inadecuados para una determinada imagen de la divinidad. De este modo, como ejemplo, el Sal 58,7, que dice en la Biblia de Jerusalén: «¡*Oh Dios, rompe sus dientes en su boca, quiebra Yahveh, las muelas de los leoncillos*», se convierte en esta edición en «¡Que con tu ayuda, oh Dios, anulemos su fuerza destructiva! ¡Que con tu ayuda, oh Dios, destruyamos su poder abusador!». Y también el Sal 83,2: «¡*Oh Dios no estés mudo, cese ya tu silencio y tu reposo, oh Dios!*», se convierte en: «¡Oh Dios, tú nunca estás en silencio, nunca estás mudo e inmóvil, oh Dios, por mucho que nos lo pueda parecer!». Es decir, este libro nos ofrece unas interpretaciones que corrigen al salmista y a su modo de expresar su propia experiencia o dicen lo contrario del texto original.

En la presente edición, se modifican también las oraciones de petición que se encuentran en los Salmos y se emplea lo que se llama un «lenguaje inclusivo», evitando lo que se considera «un mundo machista», presente –según nuestro autor– en los textos originales. Otro objetivo de esta «relectura sálmica» es evitar toda interpretación simbólica y alegórica. Para ello, se intenta leer el texto bíblico según el espíritu de Jesús, quien –según la opinión de nuestro autor– adaptó el Salterio a la vida. Así, se quieren hacer actuales y asequibles tanto el lenguaje como la experiencia espiritual de los Salmos, entendiéndolos desde la particular cristología neotestamentaria de nuestro autor.

Pues bien, aunque es cierto que el cristiano ha de rezar los Salmos con la mentalidad del Nuevo Testamento –es decir, con las esperanzas actuales, desde la moral de Jesús y con la comprensión de Dios revelada

en Jesucristo–, consideramos que es también muy importante respetar el texto original y su sentido literal, aunque éste nos parezca problemático, extraño e inapropiado. Ciertamente, es preciso reconocer que la revelación bíblica está arraigada profundamente en la Historia y sometida a una evolución. Sabemos que para leer los textos bíblicos hay que tener también en cuenta el contexto histórico y literario, así como la perspectiva cristiana.

Así pues, consideramos que la presente obra, demasiado preocupada por hacer asequibles los Salmos al lector actual, modifica en exceso e incluso olvida el texto original. No obstante, es válida –aunque de un modo parcial– la experiencia orante ofrecida por el autor del presente trabajo. Pero no busquemos en este libro el texto original del Salterio sino una interpretación muy concreta y particular de él.

FRAY RAFAEL GONZÁLEZ BLANCO, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

Los tiempos y los espacios sagrados

*«Dios le dijo a Moisés:
“No te acerques, quítate las sandalias,
porque el lugar que pisas es sagrado”» (Ex 3,5).*

Los cristianos partimos de la base de que todos los tiempos y los espacios son sagrados, porque Dios está presente en todo momento y en todo lugar.

Pero hay lugares y tiempos en los que Dios se hace especialmente presente. En este sentido, no cabe duda de que un altar es más sagrado que una lavadora y una procesión es más sagrada que un baile de disfraces.

No todos los tiempos y los espacios son iguales. Algunos están cargados de una sacralidad especial y hay que saber comportarse de acuerdo a ello.

El lugar y el tiempo más sagrado es una iglesia en la que se está celebrando la Eucaristía. En ella, Dios se hace significativamente presente en la comunidad

reunida, en su Palabra y, sobre todo, en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. El tiempo que dura la Eucaristía no es un tiempo normal –cronológico– sino un tiempo espiritual –kairológico– en el que participamos, en cierto modo, del tiempo eterno del Reino de Dios.

Y una iglesia, aunque en ella no se esté celebrando ningún acto litúrgico, es un lugar especialmente sagrado, porque ha sido construida como lugar de culto y oración y, sobre todo, porque en ella hay un sagrario en el que Cristo se hace físicamente presente en el pan consagrado. Por eso debemos cuidar nuestro comportamiento en una iglesia. Y más aún si estamos en Misa.

Desgraciadamente, se está perdiendo el sentido de lo sagrado. Por una parte, la sociedad actual –posmoderna– no está formada religiosa ni espiritualmente. Pero a eso hay que añadir el hecho de que muchas iglesias y conventos se exponen abiertamente a los turistas a modo de museos. No es que eso esté mal. Mi convento –San Esteban– es visitado por muchos turistas, que –consciente o inconscientemente– son evangelizados al contemplar su arte y su belleza. Pero hay que reconocer que este tipo de visitas turísticas inducen a que la gente pierda el sentido sagrado de los espacios religiosos.

Todo esto influye en las personas que van a Misa. Un claro signo es el uso del teléfono móvil –o celular–. Mientras que en un cine es muy raro oír un teléfono móvil durante una película, cada vez es más normal que suenen teléfonos móviles durante una Eucaristía. Si se trata de un despiste o de una llamada muy

urgente, obviamente no pasa nada. Pero sabemos que en muchas ocasiones ese no es el caso. No es infrecuente ver a gente que en medio de la Misa les suena el móvil, y en vez de silenciarlo, salen de la iglesia para contestar la llamada –aunque sea en medio de la consagración– y después vuelven a entrar. También los hay, cada vez más, que durante la Eucaristía revisan en su móvil los mensajes que han recibido o navegan por Internet. Y lo hacen con toda naturalidad, pensando que no hacen nada malo.

Ciertamente, muchos cristianos han perdido el sentido de lo sagrado. La persona que en medio de la Misa contesta al teléfono móvil o consulta el resultado de un partido de fútbol, no es consciente de que está distorsionando un lugar, un tiempo y una celebración que son sagrados. Y lo mismo podemos decir de tantas otras ocasiones en las que ocurren cosas parecidas, como los turistas que entran en una iglesia en medio de una celebración y se ponen a hacer fotos al retablo.

Dios está siempre en todas partes. Ojalá algún día nosotros podamos sentir siempre y en todas partes su presencia de un modo intenso. Pero, de momento, conformémonos con respetar y valorar los ámbitos sagrados donde Dios se hace especialmente presente. Sobre todo la Eucaristía.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Historia de una gratitud

Relato novelado de inspiración bíblica

Mi querida Iglesia de Cesarea, familia de los salvados por Cristo Jesús en Capadocia, flor del Asia Menor: Paz y bien a todos vosotros, amados hijos míos, de parte de vuestro padre y pastor, Primiano, que lo es por voluntad del que me llamó a su servicio, en el cuidado de vuestras almas. El gobernador de Armenia y Capadocia, ha tenido a bien alargar mi vida una hora para poderos escribir esta carta, como última voluntad, antes de ser ejecutado como cristiano, tras haberme negado públicamente a sacrificar en honor de Júpiter en sus fiestas anuales en la ciudad de Gabala, donde me encontraba en visita pastoral.

Posiblemente, cuando la recibáis y leáis en la asamblea dominical, ya estaré al lado de mi Señor Jesucristo, en el seno del Padre, intercediendo por vosotros, para que sigáis fieles a Él en los días de persecución que se avecinan, pues si esto hacen al pastor, qué no harán con el rebaño a él confiado. Ahora, sin embargo, estoy tranquilo; aquel valiente soldado que un día fui: el centurión imperial Cayo Casio Cornelio, sigue vivo en el cristiano que ahora soy y afrontaré valerosamente mi última batalla, bajo las órdenes del único Dios y Señor que reconozco y al que amo intensamente, pues conquistó mi corazón no por la fuerza del oro y las armas, sino por la del amor y la generosi-

dad, pues de Él sólo he recibido bienes y bendiciones incesantes desde el día en que Le conocí. ¡Bendito sea Dios por aquel venturoso encuentro!

Precisamente ahora que se acerca mi hora final, vienen a mí todos los recuerdos de mi historia pasada y no, por cierto, los de aquellos «gloriosos» días al servicio del Imperio, pacificando pictos en la brumosa Britania, donde gané las insignias de centurión por mi arrojo y valor frente a un despiadado enemigo, sino más bien, los de mi prosaico servicio en la levantisca Palestina, a cuya ciudad costera de Cafarnaúm fui destinado, como oficial al mando de una centuria de la Cohorte II Itálica, allí acantonada y dedicada a tareas policiales, aunque mis problemas de visión, cada vez más acuciantes en aquella época, aconsejaban haberme licenciado. En ello he visto, a la postre, la mano providente de Dios, que lo permitió en virtud de la obra que iba a hacer en mí y, por mí, en vosotros, mi pequeño rebaño, y de la que hoy quiero daros testimonio, para gloria suya y bien vuestro, antes de morir.

Así, donde muchos maldijeron, como un castigo, aquel destino en un país ardiente y polvoriento, en medio de un pueblo que nos odiaba a muerte, yo siempre le di gracias al Dios que allí habita, aunque esté en todas partes, pues, a pesar de las condiciones extremas y las constantes amenazas, fue en aquella bendita tierra donde le conocí a Él y Él llenó el vacío de mi corazón, saciado de guerras y muertes, de frustraciones y desengaños, y cambió para siempre mi existencia; por ello comencé a estudiar las tradiciones religiosas de aquel pueblo.

He de confesar que, aunque los imitara, no era un prosélito ni esperaba serlo, pero comencé a interesarme por todo lo referente a su Mesías prometido, un Mesías que sentía también para mí, pues necesitaba lo que Él, según su profeta Isaías, venía a traer. Así pues, no dudé, a pesar del recelo inicial de todos ellos hacia mí, en dar limosnas a sus pobres y en invertir parte de mi pequeña fortuna en la construcción de una sinagoga, en la que, por respeto a ellos y por mi situación de impureza legal, como gentil, jamás entraría, hechos que me granjearon el respeto de aquellas gentes.

En aquella época, mi amado siervo Lucio, el pedagogo de mi infancia, el amigo de mi adolescencia, el confidente de mi juventud, el consejero de mi madurez y, a la postre, el padre de muchas etapas de mi vida, cayó tan enfermo que temía por su vida, que se iba apagando lentamente, en medio de una progresiva parálisis y de terribles dolores, sin que yo pudiera hacer nada por él, que lo había hecho todo por mí. La gente de Cafarnaúm, que veía mi sufrimiento e impotencia, me habló de un joven Rabí nazareno, con fama de milagroso, que predicaba en aquellos días en Cafarnaúm y residía en el barrio de los pescadores, a orillas del lago, en la casa de un viejo pescador llamado Pedro. Salí corriendo a su encuentro, al otro extremo de la ciudad, y le expuse mi causa. La gente suplicaba que me concediera lo que pedía, porque amaba mucho a su pueblo y les había ayudado a edificar la sinagoga.

Él quiso acompañarme, pero me di cuenta de mi indignidad y de que hacerle entrar bajo mi techo era

hacerle incurrir en impureza legal, por lo que le dije que confiaba en Él, que sabía que él podía curar a mi siervo a distancia, que bastaba con que dijera una sola palabra para que mi siervo quedara curado al instante, pues los dos vivíamos en obediencia, y sabíamos mandar y obedecer, y que si le mandaba curarse, Lucio le obedecería al instante y la enfermedad se le pasaría. Él me respondió que no había visto una fe tan grande en todo Israel y que todo sucedería según decía mi fe. Y así fue, en aquel mismo instante, mi siervo se curó y mi gratitud hacia aquel Rabí se hizo eterna.

Sin embargo, ya no Le volví a ver más hasta que, dos años después, por las fiestas judías de Pascua, nos hicieron subir, como tropa de refuerzo, a Jerusalén. La fuerza del destino o la providencia de Dios, cada vez más pienso que fue lo segundo, quiso que el Procónsul Poncio Pilato en persona me encargara de las crucifixiones de aquel día. ¡Mi angustia fue extrema al comprobar que uno de los condenados a muerte era el joven Rabí que había curado a mi siervo Lucio! ¡No tenía escapatoria posible, tenía un penoso deber que cumplir con Él: ejecutar al que salvó a mi siervo, pero vive Dios que iba a volcar en Él toda la gratitud que le profesaba: si no podía evitar su pasión, intentaría, al menos, convertirla en un paseo, haciéndosela lo más llevadera posible y ahorrándole sufrimientos inútiles!

Así fue como mandé detener la carnicería de la flagelación y el escarnio posterior, haciendo que le quitaran la clámide púrpura que le habían puesto, pero la corona de espinas no se la pude quitar, pues le hubiera ocasionado mayores dolores que si se la dejaba

puesta; después, hice todo lo posible por acortar la procesión de escarnio, cogiendo atajos que condujeran directamente a la puerta de la muralla más cercana al Gólgota, entre los abucheos de la chusma que se perdía el espectáculo; dejé que algunas mujeres de Jerusalén le reconfortaran y que una de ellas le enjugara el rostro con un velo; cuando vi que no podía más, ordené a un hombre fornido que llevara la cruz por Él y, ya en el Gólgota, permití que su madre y sus cercanos estuvieran a los pies de su cruz, para que pudieran acompañarle y confortarle en aquella hora; cuando tuvo sed, clavé para él una esponja en una lanza y le di de beber.

¡Todo me parecía poco para Él, aunque estaba contravinando las normas más elementales y arruinando mi reputación! La guarnición que me acompañaba, estaba escandalizada con mi proceder, pues siendo yo romano como ellos, más parecía judío y pariente del condenado, que el oficial al mando; máxime cuando al morir, previendo el sufrimiento de aquella pobre madre, al ver quebrar con mazas las piernas de su Hijo, opté por un sufrimiento menor para ella y de mayor honor para Él, atravesándole el costado como a un soldado, con la misma lanza con que le diera de beber, y al instante salió sangre y agua, que bañaron mi rostro y mis apagados ojos volvieron a ser jóvenes y mi alma, por fin, supo ver: ¡Sí!, la milagrosa curación de mi siervo Lucio, el milagro de mis ojos gastados, su nobleza y dignidad al morir perdonando a todos, la naturaleza sublevada en torno suyo..., ¡todo me gritaba a voces que aquel hombre era realmente el Hijo de Dios, el Mesías esperado!

Cuando volví al pretorio para informar de su muerte, Pilato ya estaba al tanto de todas las irregularidades cometidas, especialmente la última, que me valió el sarcástico mote de «Longinos»: el «hombre de la lanza», impuesto por el propio Pilato, que enseguida estuvo en boca de toda la soldadesca y que después adopté como nombre de bautismo, hasta que, como obispo vuestro, me impusieron el de Primiano, que ahora conocéis. Y no quedó allí la cosa, en lugar de arrestarme por ello, me impuso el castigo ejemplar de vigilar, hasta nueva orden, la tumba del Nazareno, acompañado de todos los soldados que tuve a mi mando en el Calvario, tarea ésta que hubiera realizado con alegría y veneración, a no ser por la exasperación de aquellos hombres que se sentían castigados injustamente por mi causa, ya que habían cumplido con su cometido y me lo echaban en cara. Aquella situación tan tensa fue la parte «ejemplar» del castigo, en realidad, un pequeño suplicio ideado por la mente perversa de algún consejero del Procónsul.

La guardia de aquella segunda noche era tranquila y se desarrollaba con normalidad, hasta que, en mi turno de vela, pasó algo insólito. De repente, un meteoro luminoso cayó del cielo y chocó contra el techo de la tumba, penetrando dentro y estremeciendo todo el paraje. Mis compañeros despertaron sobresaltados y en aquel instante, la piedra que cubría la entrada saltó por los aires en medio de una gran luz que salía de la tumba. Nos tapamos los ojos con las manos, pero... ¡lo juro!, mi mano se volvió transparente y lo pude ver: ¡Era Él, el joven Rabí, lleno de vida y de luz! Pude reconocer su rostro... y su sonrisa; miraba en

mi dirección y me sonreía a mí. Después desapareció. Todos estaban consternados por lo sucedido excepto yo, que tenía una gran paz interior. ¿Cómo ocultar aquel hecho?... ¿Cómo explicar la tumba vacía?... ¡Nos ejecutarían por ello!

Mientras esperábamos a la entrada del pretorio para dar cuenta al Procónsul de todo lo sucedido, alguno de los soldados se fue de la lengua y, en seguida nos vimos rodeados por guardias del templo que trataban de comprar nuestro silencio y cambiar la versión de los hechos. ¡Fue vergonzoso!: Ya no había soldados allí, sino hombres codiciosos sacando provecho de la situación. Después vinieron a mí y como me negara, sacaron sus dagas para matarme. Luché encarnizadamente por mi vida, espada en mano; sólo dos de mis hombres, arrojando sus bolsas, se pusieron a mi lado. La masacre fue inmensa. Después de aquello, ya no quise más espadas ni más ejércitos y salí del Pretorio sin informar a nadie de lo ocurrido.

Al atardecer, me presenté en el cenáculo, donde estaban su Madre y sus discípulos, que Le sabían ya resucitado, y le pedí perdón a Ella por haber atravesado a su Hijo en aquellas circunstancias, le entregué la punta de aquella lanza, convertida, ahora, en una reliquia de la Pasión que Ella recibió estremecida, y le pedí su bendición de Madre, para seguir mi camino y convertirlo en el de su Hijo.

Ella me dijo que había sufrido mucho con aquella acción mía, que en principio no entendió y consideró innecesariamente cruel, pero que ya me había perdonado cuando la cometí, y añadió algo que me

desconcertó: que durante la angustiosa espera de la resurrección, en la mañana del sábado, había recordado que su Hijo le explicó en cierta ocasión por qué, ya desde los tiempos del Éxodo, la tradición dicta que no se le debe quebrar ni un solo hueso al cordero pascual sacrificado, «porque representa al Mesías, el Cordero de Dios inmolado, al que ni un solo hueso se le quebrará», y que yo, sin saberlo, había sido instrumento de Dios para dar cumplimiento a aquella profecía que señalaba a su Hijo como el Mesías prometido, por lo que me estaba agradecida y pedía a su Hijo por mí, para que siguiera siendo instrumento de Dios en el seno de su Iglesia naciente.

Aquella misma noche, para evitar la venganza del Sanedrín, mis dos compañeros y yo nos dirigimos a Cesarea Marítima, a la casa de unos parientes de mi padre y, una vez allí, nos dedicamos al ayuno y la oración, hasta que un día, un varón cubierto de una luz similar a la del resucitado, me dijo que el Señor quería premiar mi gratitud hacia Él con una gratitud mayor, pues Él no se deja ganar en generosidad: la de formar parte del pueblo del Mesías, siendo el primer bautizado de entre los gentiles; detrás de mí vendrían miles, muchos de ellos por mi mano.

Me pidió que avisara al apóstol Pedro, el antiguo pescador de Cafarnaúm, que se encontraba en Joppe, en la casa de Simón el curtidor, a orillas del mar, para que recibiéramos el bautismo. Él nos contó la vida y la doctrina del Mesías y, mientras nos hablaba, el Espíritu de Dios vino sobre nosotros, tal como estábamos, y comenzamos a hablar en lenguas, algo prodigioso. Ese día fuimos bautizados en el nombre

de Jesús, mi familia, mis amigos, mi amado siervo y yo, que pedí ser llamado «Longinos»; de esta forma, el centurión Cornelio moría para el mundo y el cristiano Longinos nacía para Dios.

Pedro se quedó todavía unos días con nosotros, instruyéndonos en el nuevo Camino; después, él regresó a Joppe y nosotros: mi siervo, mis dos amigos y yo, partimos hacia Cesarea de Capadocia, vuestra ciudad, para hacer vida de ermitaños en las montañas de su entorno. Y, durante años, estuvimos orando y ayunando, predicando y bautizando, ganando almas para Cristo y haciendo todo lo bueno a los ojos de Dios, hasta el día en que me vinisteis a buscar y, por aclamación popular, me hicisteis vuestro obispo. El resto de la historia ya la sabéis, pues la hemos vivido juntos todos estos años...

Queridos hijos míos, ya vienen a por mí para darle cumplimiento a la sentencia del gobernador y quiero que mi última palabra para vosotros sea de cariño y bendición. Os animo a todos, hijos míos, a seguir adelante en la fidelidad al Señor Jesús y os bendigo en Él, que vive y reina para siempre, Dios de Dios y Luz de Luz. Os espero en su Reino del Cielo. Vuestro siempre en Cristo.

+ Primiano, Obispo

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM
Madrid (España)

Historia de *Una atracción irresistible*

Compartiendo desde el corazón
de la clausura

¿CÓMO EMPEZÓ LA AVENTURA DE ESTE LIBRO¹?

Cuando un sacerdote salesiano, en visita a nuestro monasterio, observando el hecho de que yo soy muy joven, me preguntó cómo había sido mi vocación, le conté mi historia. Tras lo cual, él me dijo con una convicción que me impresionó mucho: «*Hermana, ¿por qué no escribes un libro? Podrías ayudar a muchos jóvenes que pasan por tu misma situación. ¡Hermana, escribe un libro con tu historia! ¡Mira, voy a darte una bendición especial para hacerlo!*». Entonces, él rezó en silencio mientras posaba sus manos sobre mi cabeza, y me dio su bendición. Quedé muy impresionada con esto y con la certeza de que Dios quería algo...

Increíblemente, poco después de que ese sacerdote hubiese hablado conmigo, un periodista de la televisión pública portuguesa, al conocerme en una visita a nuestro monasterio, también se sorprendió de mi

1. RAQUEL SILVA, *Una atracción irresistible*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 2012. Publicamos una reseña de esta obra en el n. 690 de *Vida Sobrenatural*, pp. 464-466.

juventud, ¡y me hizo exactamente la misma pregunta!: «¿Cómo había sido tu vocación? ¿Cuál es tu historia?». Interesado en ella, pues he sido atea y estuve doce años sin confesarme y siete sin ir a Misa, me propuso hacer un reportaje para la televisión. Con el consentimiento de mi superiora y mi comunidad, lo hizo y se emitió en la RTP 1 el 7 de noviembre de 2007 y fue muy visto y apreciado.

Muchas personas nos llamaron al monasterio en los días siguientes al reportaje, agradeciendo mi testimonio. En el día inmediatamente después del reportaje, ¡el teléfono no paraba de tocar! ¡Todo el día, fue impresionante! Y muchas de esas personas me sugerían escribir un libro. ¡De nuevo el libro!

En el silencio de la oración, medité en todo esto delante de Dios, acepté lo que me pedía y me entregué de todo corazón, deseando que se hiciese como Él quería y que el libro pudiese ayudar a otras personas a fortalecer su fe y esperanza en un mundo a veces tan difícil...

Y ESCRIBÍ EL LIBRO...

En él, además de dar un testimonio de mi conversión y de mi vocación (primer capítulo), explico lo mejor que puedo el sentido de la vocación contemplativa, de vida en clausura, tan difícil de comprender para la mayoría de las personas (segundo capítulo).

Y como muchas de las personas que nos han llamado al monasterio después del reportaje estaban en

situaciones de gran sufrimiento y se sintieron animadas con mi testimonio, me acordé especialmente de los que sufren, contando también la historia de mi madre, que murió de cáncer después de casi seis años de enfermedad (tercer capítulo).

Creo que conocer cómo la gracia de Dios cambió la vida de mi madre y cómo le permitió ser feliz, incluso en medio de los mayores sufrimientos, puede ayudar a otras personas que también sufren mucho. La vida es muy difícil hoy para todos, pero es posible ser feliz con la presencia de Dios. Esto es lo que intento transmitir en mi libro.

Además de estos tres capítulos, el libro tiene un anexo sobre la Orden de la Visitación y la vida cotidiana de nuestra comunidad, ilustrada al final con quince fotografías.

La primera edición portuguesa, de 1.000 ejemplares, se vendió en un mes. Fue editada en noviembre de 2009, y en Navidad el editor ya no tenía libros. La segunda, también de 1.000 ejemplares, está casi agotada.

Y ahora que el libro ha sido publicado en España, por la Editorial Monte Carmelo, quedo muy contenta, porque en Portugal muchas personas se han sentido ayudadas, por la gracia de Dios, con su lectura. Siempre he visto en esto la voluntad de Dios. Me han llegado noticias de muchos lectores que me dicen que les ha gustado bastante el libro. Algunos me han dicho que lo leyeron varias veces, o que lo tienen junto a la cama y lo leen por la noche, que les hace bien y les ayuda en sus vidas.

A propósito de todo esto, me acuerdo de que, en mi conversión, es decir, cuando regresé a la Eucaristía, Dios me hizo sentir muy claramente que lo que yo había vivido no era solo para mí, ¡sino también para los demás!

¡Es una alegría poder compartir la gracia de lo que viví y eso se transforma también en una gracia para todos!

HNA. RAQUEL SILVA, V.S.M.
Vila das Aves (Portugal)

El nombre de Dios como itinerario místico:

4. Recapitulación

A lo largo del itinerario místico que hemos descrito en esta serie de artículos, hemos tratado de ofrecer un camino de búsqueda de las huellas del Señor en nuestro corazón a través de la expresión de su nombre. Un nombre que en ocasiones aparecía velado, que después se muestra en toda su plenitud en Jesús, pero que de nuevo vuelve a ocultarse en el corazón de cada uno de nosotros. Lo que hemos intentado mostrar es un itinerario de fe al compás de la historia de la salvación, en el que aparecen tres momentos claramente diferenciados:

- En primer lugar, el tiempo del Antiguo Testamento, el *tiempo del Padre*, el tiempo de la esclavitud en Egipto, del largo éxodo por el desierto, pero también el tiempo de la alianza, de la promesa, el tiempo en el que se intuye que la plenitud está cerca. Según la terminología clásica, expresa el tiempo de la *vía purgativa*, en el que Dios se nos ofrece fundamentalmente como un misterio: «Yo soy el que soy» (Ex 3, 4). Ningún concepto puede atrapar el misterio de Dios. Y es justo éste el punto de entrada en nuestro camino místico: intuimos las huellas de un misterio, como un aroma tenue y difuso que, sin embargo, conmueve

nuestro corazón y nos pone en camino. Con palabras también del Antiguo Testamento, avizoramos un misterio que nos saca de nosotros mismos, de nuestra tierra conocida, y nos pone en camino de lo nuevo, de lo desconocido. Esa fue la experiencia de Abraham, y la de todo el pueblo de Israel en su salida de Egipto. Nos sentimos llamados a salir de nuestra tierra porque algo nos convoca, nos llama, y porque esa llamada encuentra eco en el anhelo más profundo de nuestra interioridad, el del encuentro con nuestro Creador, con Nuestro Padre, con Aquél del que todo procede y al que todo regresa. Se trata de un misterio que se expresa también con palabras misteriosas; por eso el nombre de Dios permanece oculto (*Yo soy el que soy*), alumbrando en nosotros el deseo del encuentro.

- En segundo lugar, una vez llegados a la plenitud de los tiempos, se abre una nueva etapa en la historia de la salvación, en la que el nombre de Dios se revela en un hombre: Jesús de Nazaret. Comienza así el tiempo del Evangelio, *el tiempo del Hijo*, que nos invita a vivir una radical transformación. El mismo Dios se ha hecho humano, ha visitado nuestro pueblo y ha dignificado definitivamente nuestra raza. En Jesús, Dios nos invita a configurar nuestra vida desde el rostro del Hijo amado; un rostro compasivo, que acoge el dolor y el sufrimiento, que cura a los enfermos, que sana a los heridos, que anuncia el tiempo de gracia y bienaventuranza del Señor. Así abre para nosotros una segunda vía, la *vía iluminativa* en la que estamos invitados a dejarnos transformar por la Luz de Cristo.

- Por último, y una vez que Jesús es glorificado, se abre el tercero de los tiempos en la historia de la sal-

vacación: el *tiempo del Espíritu* en el que Dios vuelve a exhalar su aliento sobre nosotros para hacernos templo de su presencia. En este nuevo tiempo, cada uno de nosotros nos convertimos en templo del Espíritu, y es en lo profundo de nuestro corazón donde estamos llamados a experimentar la presencia del Señor. Así, nuestro nombre se convierte también en nombre de lo divino, en nombre de la huella de Dios en el mundo. Se trata de la *vía unitiva*.

Estas tres etapas se corresponden con tres modos distintos de experimentar a Dios en nuestra vida: como un misterio, como un Dios encarnado en Jesús y como un Dios que habita en nuestro corazón. Podríamos decir que es la pedagogía de la historia de la salvación; en ella, lo primero, es dejarnos seducir por un misterio. Dejar que nuestro corazón se asome al abismo de lo divino, se asombre en Él y, aún de un modo torpe, sienta que el Señor le habla al corazón y le seduce (cf. Os 2,16).

Quien hace la experiencia de asomarse al abismo del misterio, ya nunca verá colmada su sed fuera del Señor. Por eso San Juan de la Cruz dice así en el Cántico Espiritual:

*«¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero».*

Una vez experimentado el misterio, una vez que nuestro corazón resulta seducido, podemos entregarnos a vivir desde el Evangelio, configurando nuestra

vida según el rostro de Jesús y descubriendo en Él la majestad y la infinita bondad del Creador.

Por último, cuando hemos experimentado a Jesús en lo profundo del corazón, cuando hemos hecho con Él la experiencia de la muerte y la resurrección, dejamos de buscarlo en las imágenes externas, en la persona histórica de Jesús. Con la Pascua, Jesús trasciende la historia, vence al tiempo y a la muerte, y exhala sobre nosotros el aliento de su propia Presencia. Se abre así la posibilidad de que experimentemos en el hondón del alma las huellas de lo divino, de un Dios que es más íntimo a nosotros que nosotros mismos. De un Dios del que ya nada podrá separarnos (cf. Rom 8).

Vivir la unión con Dios en lo profundo del alma es la más alta y transformadora experiencia a la que el ser humano está llamado. Significa hacer la experiencia de que nuestro corazón de barro es portador de lo infinito. Toda la dicha, toda la felicidad y todo el amor aguardan ya en lo más profundo de nuestra interioridad.

Pongámonos en camino alumbrados por aquella frase que con frecuencia repetía el Padre José Fernández Moratiel O.P., y que expresa poéticamente el misterio de la naturaleza humana: *«en una gota de rocío cabe el sol»*.

MANUEL LÓPEZ CASQUETE DEL PRADO, CVX
Escuela de Silencio
Sevilla (España)

Vivir en la verdad en un sistema invadido de mentira

El tema a compartir en esta ocasión es, hoy más que nunca, necesario. La palabra del ser humano se ha ido degradando con rapidez. La mentira se torna, cada vez más, cotidiana y familiar. Estamos viviendo en una sociedad que nos confunde con politiquería y farándulas propagandísticas. No es fácil descubrir la verdad cuando hay un sistema que promueve la mentira.

Los mentirosos son los enemigos de Dios, quienes edifican proyectos contrapuestos a la vida. Ha sido la mentira la polilla que carcome la relación familiar y social. Sobre ella se gobiernan pueblos estratificados. La mentira tiene olor a muerte y la muerte se alegra con la muerte. Acoger la mentira es morir y seguir respirando. Pero la verdad, con todo, aguarda pacientemente. No está lejos. Da señales de vida. Está en los labios de las personas justas que no venden su corazón a intereses corruptos. La verdad está ahí, intentando edificarse, aunque sofocada desde el reino de la doble cara. Intentaré elaborar algunas consideraciones sobre ese tesoro confiado a la humanidad.

En el mundo hebreo la palabra «verdad» se lee: *'emet*, viene de la raíz *'mt* «ser seguro», «ser firme», «ser sólido». En su sentido teológico habla de la realidad

del ser humano con relación a Dios: estar firme en Dios, Aquel que ha demostrado sólida fidelidad: «No quebrantaré mi pacto, ni cambiaré la palabra de mis labios» (Sal 89,34); «Tu fidelidad permanece por todas las generaciones» (Sal 119,75). Interpreto que, para el Antiguo Testamento, andar en la verdad es «andar en los caminos de Dios», sin invadir su espacio.

En el universo griego, «verdad» se lee: *aletheia*. Lo contrario a la verdad es la apariencia que esconde la verdadera naturaleza de las cosas. Según Aristóteles la tarea es avanzar a través de la apariencia encubridora hacia el verdadero ser de las cosas; y para Platón, verdad es la idea invisible que sólo se revela a la facultad inteligente del alma. Ya en el Nuevo Testamento, el evangelista Juan identifica la verdad con Cristo. La encarnación es gracia y es verdad. La verdad se abre y se revela a quien no se cierra a ella. La verdad que Jesús anuncia y encarna no procede de Él mismo, sino que remite a su origen en Dios: «*Pero ahora procuran matarme, a mí que les he dicho la verdad que oí de mi Padre*» (Jn 8,40). Juan nos enseña que Jesús ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad, y todo aquel que es de la verdad escucha su voz (cf. Jn 18,37).

Si para Platón, la verdad pertenece al mundo de las cosas invisibles, en Juan, la verdad se torna inmanente e histórica. La verdad se hizo carne y habitó entre los seres humanos. Jesús es la verdad en persona. La verdad es encuentro transformante. No se trata sólo de «decir la verdad», sino de «vivir en la verdad», que implica toda la existencia: «*y conocerán la verdad, y la verdad les hará libres*» (Jn 8,32). Conocerla

y practicarla es la misma cosa. Vivir en la verdad es liberación. Es participación en el SER de Jesús, en el vivir para los demás. Esta propuesta de vida entra en conflicto con las circunstancias mentirosas. La veracidad exige ética, sinceridad, honradez, autenticidad para consigo, con Dios y con los demás.

El asunto de la verdad no se comprende sin el silencio fecundo. El espacio de silencio interior permite discernir lo que sale de nosotros y aquello que, libremente, ingerimos. El silencio nos pone en relación íntima con Jesús, la verdad de Dios. Tener los ojos fijos en Jesús es cultivar la pasión por la verdad que es, al mismo tiempo, amor a la sabiduría. Vivir en Dios es posible, así como lo es, consecuentemente, contagiar el mundo de veracidad.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
Santo Domingo (República Dominicana)

Dios y el sufrimiento

La lección silenciosa de Job

Al decir que el sentido común es lo mejor repartido en el mundo y, sin embargo, casi nadie lo tiene, Descartes estaba ironizando; la única experiencia de la que todo hombre participa sin excepción es el sufrimiento. No podemos dudar de que el sufrimiento es una experiencia universal.

El sufrimiento es la experiencia afectiva del mal. Se sufre cuando hay algo cuya presencia o ausencia causa dolor, ya sea en el plano físico, moral o espiritual. Ejemplo del sufrimiento físico son la enfermedad y la discapacidad; del mal moral, la injusticia y la crueldad; del mal espiritual, el pecado y la incapacidad para reconocer la presencia de Dios en nuestras vidas. Aunque los diversos tipos de mal provocan sufrimientos que difieren entre sí, hay algo común a todos ellos: la certeza de que, lejos de afirmar la vida, tales experiencias desvalorizan las expectativas individuales. El sufrimiento hace surgir las preguntas: ¿para qué vivir si estoy enfermo?, ¿para qué soportar e incluso luchar contra la injusticia?, ¿cómo seguir viviendo cuando el mal parece una potencia expansiva contra la que poco o nada puede el hombre?, ¿para qué buscar el rostro de Dios en medio del silencio?

Partiendo de nuestra identidad cristiana, ¿de qué manera conviene enfrentar el sufrimiento? ¿Qué sen-

tido encierra el sufrimiento? ¿Cómo hacer para soportar la dureza del sufrimiento? El problema no es fácil de resolver, ante todo, porque la presencia universal del mal que causa el sufrimiento, lejos de revelar a Dios contribuye a ocultar su presencia amorosa. En tal sentido, entre los cristianos, no han faltado voces indignadas que, clamando al cielo, preguntan: *si Dios es amor, ¿por qué permite el sufrimiento de los inocentes?* En mi opinión, el libro de Job nos sitúa en la problemática del sufrimiento y nos ofrece una lección silenciosa.

El texto sagrado describe a Job como un hombre justo al que Dios permite que le ocurran una serie de desgracias para probar su fidelidad, a fin de que su fe se purifique y no dependa de los favores recibidos. Llevado por la idea de que el sufrimiento tiene por causa la transgresión de la ley, Job se pregunta qué hizo para merecer tantas desgracias. La pregunta de Job apunta al origen del mal moral y señala como posible responsable a Dios.

Preguntarse por qué Dios permite el mal, siendo infinitamente bueno, omnipotente y omnisciente, tiene por consecuencia hacerlo responsable de ello. Puesto que para poder decir que un mal moral tiene lugar, es necesario *«que haya un responsable de dicho mal y que dicho responsable carezca de motivos o razones que lo justifiquen»*¹, señalar a alguien como responsable del mal exige la existencia de *«una persona, alguien dotado por lo menos de cierto grado*

1. CABRERA, I. *El Dios de arena y otros ensayos*, UNAM, México 2011, p. 15.

de conciencia y voluntad, que actúa de cierta manera, pudiendo evitarlo. Es por ello que para juzgar un mal moral hace falta alguien a quien adjudicarle, si no la intención expresa, al menos sí el descuido o la negligencia»².

¿Cómo es que, al pensar a Dios en términos personales, acabamos atribuyéndole la responsabilidad del mal moral? A mi parecer, se trata del ya clásico problema de la teodicea, que tiene su origen en una representación equivocada de Dios. Pensar que Dios es persona en el mismo sentido en que lo somos cada uno de nosotros, es del todo equivocado, entre otras razones, porque implica atribuir a Dios una actuación moral y, por tanto, hacer de Dios un ser a nuestra medida. Pero pensar el ser de Dios de tal modo lleva a concluir que Dios es causa del mal, ya sea porque lo provoca o porque lo permite pudiendo evitarlo, aun cuando a nuestro juicio no hay razones válidas para que tengamos que sufrir. Pero, ¿puede el hombre exigir a Dios que justifique sus actos? Creer que Dios es un sujeto moral y que, al igual que nosotros, debe justificar la moralidad de cada uno de sus actos, implica rebajar y desconocer el misterio de Dios.

En este punto, como en tantos otros, el libro de Job nos aporta una lección valiosísima: nos enseña a aceptar que no hay un vínculo causal entre sufrimiento y pecado; que el sufrimiento es una experiencia universal que carece de justificación por cuanto no obedece a la lógica del castigo y, en tal sentido, que alguien sufra no es signo de su maldad. En el libro de

2. *Ibíd.*, p. 16.

Job, Yahvé no da la explicación esperada por parte de Job, que le permitiría a éste comprender su miseria. Y, no obstante, hay un momento en el cual Job –que parecía incansable e insobornable– deja de preguntar. Los capítulos finales del libro narran la experiencia religiosa que finalmente convenció a Job y apaciguó su indignación³.

La enseñanza silenciosa de Job es que las acciones de Dios escapan a toda valoración moral. Que el hombre no es ni puede ser la medida de la bondad de los actos divinos. Que el problema no es encontrar la justificación del sufrimiento, sino enfrentar el sufrimiento como una ocasión privilegiada para que nuestra fe sea probada. La ventaja que de ello puede surgir es la comprensión vital de que todo cuanto ocurre –lo bueno y lo malo– es un don divino que posee un sentido en orden a nuestra salvación, puesto que para ello fuimos creados.

Más que comprender el origen del sufrimiento y demostrar la inocencia de Dios, lo que importa es entender que no podemos exigir a Dios que comparezca ante el tribunal de la razón toda vez que entre su sabiduría y la nuestra hay una distancia infinita e infranqueable. Asumir nuestra limitación para comprender las razones últimas que parecen estar detrás de la voluntad divina nos permite relativizar nuestros sufrimientos y concentrarnos en pedir a Dios no una explicación de por qué el mal nos destruye, sino la fuerza y valentía necesarias para vivir con ellos e incluso para otorgarle al sufrimiento un sentido redentor.

3. *Ibíd.*, p. 21.

Sólo cuando hacemos del sufrimiento una prueba de fe, la vida recobra su sentido y el poder devastador del mal cede ante la actitud religiosa de entrega y confianza que puede hacer suyas las palabras de Jesús: *«¡Abba, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero sino lo que quieres tú»* (Mc 14,36)

LUCERO GONZÁLEZ SUÁREZ
Distrito Federal (México)

Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:

4. Miriam y María

Miriam era la hermana de Moisés y Aarón. Para entender a Miriam y la fuerza de su personalidad, debemos tener en cuenta que ella está ligada a la suerte de su pueblo y a la suerte de la figura carismática de su hermano Moisés. La experiencia más fuerte que vivió el pueblo de Israel en tiempo de Moisés fue el éxodo: liberación de la esclavitud en un país extranjero e inicio de la peregrinación hacia la tierra que Dios les había prometido. Y es en este momento cuando entra en escena Miriam, invitando a todo el pueblo a la alegría y a la alabanza por lo que Dios había hecho en favor de su pueblo: «*Miriam, profetisa, hermana de Aarón, tomó en sus manos un pandero y todas las mujeres la seguían con panderos y danzando en coro. Y Miriam entonaba el estribillo: "Cantad a Yahvé pues se cubrió de gloria, arrojando en el mar caballo y carro" »* (Ex 15, 20-21).

Todo el pueblo ha sido testigo del portento, pero son las mujeres, con Miriam a la cabeza, las que reconocen cantando que lo ocurrido sólo ha sido posible gracias a la intervención poderosa de Dios. Así Miriam recuerda a todo el pueblo que la causa de la

verdadera alegría está en Dios y en lo que Dios hace a favor de los suyos.

Pasamos ahora de Miriam a María, de la sombra a la realidad, del anuncio al cumplimiento. Ahora hay que hablar de otro éxodo, el de Jesús, que pasó de la muerte a la vida. Este éxodo pascual de Cristo posibilitó el nuestro, el de toda la Iglesia. Es el paso de la muerte a la vida, del pecado a la gracia, de la enemistad a la reconciliación, de la esclavitud a la libertad de los hijos de Dios. Éste ha sido el gran portento que Dios ha realizado en favor nuestro y aquí está la raíz y la causa de la verdadera alegría.

Todos los que entran en contacto con Cristo y en su misterio pascual, dejando que ese misterio se vuelva operativo en sus vidas, todos esos son invitados a la alegría. Así, cuando Dios se acercó a María pidiéndole su colaboración para que el plan de la salvación pudiera seguir adelante, María fue invitada a la alegría, y cuando luego María visita a su prima Isabel, entona un cántico de alegría: el Magnificat (cf. Lc 1,47-55).

El esquema de este cántico es el mismo que el de Miriam en el Antiguo Testamento: se proclama que el Señor ha hecho grandes maravillas en favor de su pueblo. Este obrar de Dios se ha realizado de manera desconcertante: pobres y humildes han sido agraciados, mientras que ricos y soberbios son postergados. Así se pone de manifiesto que Dios es el único autor de la salvación del hombre y, por lo mismo, es el que puede poner alegría en el corazón del hombre. Si decimos de María que es la causa de nuestra alegría es porque, gracias a Ella, a su colaboración y entrega,

ha venido Dios a nosotros y, donde Dios está, no hay cabida para la tristeza.

Cada día hacemos la experiencia de cuán frágiles y quebradizas son nuestras alegrías. Sencillas o grandes, humildes o impactantes, nuestras alegrías suelen durar lo que los fuegos de artificio. Nadie duda de que no sean alegrías, pero no duran y por ello dejan en nosotros un cierto sabor a frustración. ¿Y por qué ocurre esto con nuestras alegrías? Pues, precisamente, porque son nuestras: nacen de nosotros y no tienen alas para volar lejos.

Nuestras alegrías no pueden perdurar porque se apoyan en nuestras posibilidades de poder, saber, tener, gozar, valer. Y es precisamente en estos momentos, en que hacemos la experiencia del vacío que nos dejan como salario nuestras alegrías, cuando se despierta en nosotros la sed por una alegría que dure y permanezca, que no dependa ya de nosotros ni de nuestras posibilidades y que nadie nos pueda quitar ni robar. La mirada, entonces, se tiene que dirigir hacia Dios y hacia lo que de continuo hace en favor nuestro. La alegría que viene de Dios la tenemos asegurada, porque nada ni nadie podrá jamás separarnos del amor de Dios.

A nosotros, que sembramos por doquier bienestar y placer, pero cosechamos tedio y desilusión, María nos invita a la verdadera alegría, mostrándonos a Jesús para que brille su sol en el cielo de nuestra existencia, llenándose así de color, luz y calor. Por tantas cosas como Dios hace de continuo por nosotros, no deberíamos parar en alabarle.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Madrid (España)

La Palabra del silencio

Había mucho ruido en las cercanías de Belén. Todos los caminos se hallaban muy transitados por aquello del censo que el emperador romano había ordenado hacer en aquel invierno frío.

María y José eran unos viajeros más, en apariencia una pareja como tantas otras, pero marcada por una misión muy especial. La mirada de Dios se había fijado en ellos para llevar a cabo su plan magnífico de salvación.

La noche se echaba encima y era preciso buscar un albergue, pero María y José no encontraron lugar «*para ellos*» (Lc 2,7), según apostilla el evangelista. Porque necesitaban un espacio de silencio y de paz, algún rincón al margen del bullicio de las gentes, un clima que les permitiera percibir la Palabra que estaba a punto de pronunciarse en nuestra tierra.

«*La llevaré al desierto y le hablare al corazón*» (Os 2,16) había dicho el profeta Oseas, y Dios tenía muchas cosas que decir a María y a José, o más bien solo una, porque el Padre solamente tiene una Palabra y la pronuncia en el silencio, y en ese silencio el alma la oye, como asegura San Juan de la Cruz.

Y Dios les lleva a una gruta a la que no llega la algarabía del pueblo... y allí contemplan, oran, esperan y aman. Ni siquiera perciben el frío de la noche,

aunque el viento gélido se filtra por las rendijas de la cueva. El silencio es tan denso que se oye, no lo turban ni los silbidos de los vientos que bambolean las ramas de los árboles cercanos.

Silencio en el alma, silencio de espera y de acogida, silencio de adoración, silencio de amor. Ese silencio denso y lleno de vida aleteaba en el corazón de la Virgen y en el de su esposo. Algo grande iba a ocurrir cuando Dios pronunciase esa Palabra suya que cambiaría para siempre el rumbo de la historia.

Y *«cuando un sosegado silencio todo lo envolvía y la noche se encontraba en la mitad de su carrera»* (Sab 18,14) la Palabra fue dicha, y apareció la fortaleza de la debilidad, la riqueza de la pobreza, la omnipotencia de la pequeñez, la Palabra fuerte del silencio, en aquel Niño que era Dios revestido de carne.

Ante el misterio ¿quién podrá expresar lo inexpressable?... ¿Cómo percibir la melodía silenciosa del corazón de la Virgen?...

Algo muy remoto de ese misterio fue captado por los corazones sencillos y silenciosos de los pastores y de los Magos, y algo de ese misterio podrán y podremos captar los que tratamos de hacer silencio y de mantener la calma y la paz interior, que no tienen nada que ver con un silencio vacío que genera el aislamiento y la pobreza.

Sí, lo que buscamos, sobre todo en la vida contemplativa, es el percibir la Palabra de la vida, la fuente del amor, la plenitud del ser que acoge la invasión de Dios. No hay nada tan fecundo ni tan pleno.

Por eso, en esta Navidad, queremos pedir al Niño de Belén, Palabra viva, que escuche nuestros deseos cuando le decimos:

Danos ese silencio profundo que nos permita escucharte.

Pacifica nuestro corazón para que podamos vivir con una mirada de eternidad. Invade nuestro ser con la savia de tu vida divina, para que podamos reflejarte, cantarte, adorarte y comunicarte a los hermanos sedientos de tu agua viva. Porque todos, lo reconocamos a no, tenemos una sed devoradora de esa agua.

*Danos, Señor, un chorro de tu manantial vivo.
Lo esperamos en esta Navidad.*

SOR MARÍA EUGENIA MAESO O.P.
Salamanca (España)

LITURGIA

Liturgia de las Horas:

12. Los Himnos

(OGLH 168, 173 y 174)

Uno de los elementos que integran la Liturgia de las Horas son los Himnos. Proviene de una muy antigua tradición de la Iglesia, y constituyeron un modo popular de transmitir contenidos de fe al alcance de la gente sencilla, y fáciles de cantar, dado que nos unimos a una misma melodía que recorre el Himno estrofa por estrofa.

San Ambrosio de Milán (ca. 340-397) es un buen ejemplo de este legado. La Tradición nos narra que Himnos compuestos por él eran cantados por marineros de Génova y por obreros de su Diócesis, alcanzando, en su tiempo, extensa divulgación y amplia popularidad. No era algo para expertos sino para gente sencilla del pueblo.

A este respecto, nos dice la Ordenación General de la Liturgia de las Horas que *«constituyen una parte popular [...] destinados, por su naturaleza lírica, a la alabanza de Dios, y casi siempre manifiestan el carácter diferenciante de las Horas, o de cada una de las fiestas, con más claridad que otras partes del Oficio, a la vez que mueven e incitan los ánimos a una celebración piadosa»* (OGLH 174).

Les pondré como ejemplo, algunas estrofas de dos Himnos para Cuaresma (Laudes y Vísperas) que compuse hace poco. Esta tarea creativa debería ser continuada en nuestros tiempos, para demostrar que, si bien hay una muy buena cantidad de Himnos antiguos que no debemos desaprovechar, no debemos depender exclusivamente de ellos, para así tener un buen y amplio repertorio de Himnos.

Laudes

- 1. Que el sol ilumine nuestros rostros
al pisar nuestros pies duro desierto;
desnudos cruzamos el mar Rojo,
vestidos ingresamos en lo incierto.*
- 2. Llenos de temor se mueven nuestros pasos,
cansados por el peso de la arena.
Llenos de esperanza palpitan nuestras almas,
conociendo el don de la alegría plena.*

Y completan el Himno otras tres estrofas.

Vísperas

- 1. La Patria de las promesas ya aparece
en horizonte nuevo y amistoso;
el sentido de lágrimas y sangre
tuvo explicación en cánticos de gozo.*
- 2. Ya no importa haber sufrido tantos años;
ya no importan rebeldías y traiciones.
Ahora nuestros pies pisan la tierra
soñada en tantas oraciones.*
- 3. Sólo el Sinaí muestra su altura,
ya el becerro de oro ha sido muerto;*

*con la Ley de Dios en nuestros labios
quedó lejos el hirviente y cruel desierto.
Y siguen otras tres estrofas.*

La eficacia de los Himnos se ve acrecentada cuando hay en ellos belleza literaria y –de modo especial– cuando son cantados por una comunidad.

La himnodia se vio ricamente acrecentada en las Iglesias nacidas de la Reforma protestante. Hay piezas literarias y musicales en verdad muy bellas que en los Estados Unidos y en algunos países europeos (de modo especial en Alemania, Francia e Inglaterra) son cantadas también, de modo habitual, en celebraciones litúrgicas católicas.

Los Himnos celebrados en la Liturgia finalizan con una estrofa doxológica, es decir, de alabanza a la Santísima Trinidad.

Por último, cabe subrayar que la Ordenación General de la Liturgia de las Horas nos dice en el número 173 que *«los Himnos se encuentran en el Oficio divino como el principal elemento poético creado por la Iglesia»*. En algunos libros de la Liturgia de las Horas constatamos, lamentablemente, la existencia de algunos Himnos cuyo canto se convierte en un verdadero imposible por carecer de rima o métrica, lo cual dificulta musicalizarlos, a menos que los convirtamos en una «canción», con diversas melodías. ¡Pero eso no sería un Himno!

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

El valor de la Misa televisada

La posibilidad de transmitir y participar en Misas televisadas tuvo su causa y origen en la constatación de un hecho: el gran número de personas ancianas y enfermas para quienes es muy difícil o imposible –de modo especial en días invernales– trasladarse a un ámbito normal de celebración, como lo es la parroquia o una iglesia o capilla.

Pues bien, en el seno de la Iglesia, este hecho movió a la misericordia, posibilitándose este nuevo modo de celebración. Lo que se pretende es evitar poner en riesgo la salud de los ancianos e incapacitados, ante la posibilidad cierta del agravamiento de sus dolencias y ante las reales dificultades de su traslado, especialmente cuando se trata de enfermos postrados en cama o de ancianos inválidos. También hay que pensar en los familiares o enfermeros que deben cuidar y acompañar a estas personas. Ciertamente, para los sanatorios y las residencias de ancianos, esto ha sido una bendición y un motivo de alegría.

Pero es importante tener bien presente que las Misas televisadas no son una «solución» a la pereza de quienes «pueden y no quieren» asistir presencialmente a Misa, ante esta cómoda «oferta».

Jamás hay que preguntar si esas Misas «valen o no», pues están pensadas para situaciones de excepción en casos muy singulares que no tienen otra

solución, salvo... ¡quedarse sin Eucaristía! Sólo entonces sí tiene sentido reemplazar la Misa presencial por una Misa televisada.

El modo óptimo sería asistir a estas Misas con una buena preparación, con los textos de la celebración, los cantos, etc. Tuve la oportunidad de conocer en Irlanda al responsable de las Misas televisadas. Desde las parroquias todo estaba tan bien organizado para estos casos, que en el momento exacto en el que en la iglesia desde donde se transmitía la Misa, se verificaba quiénes habían solicitado comulgar en su domicilio, los ministros de la comunión partían a las casas de los destinatarios, y cuando los fieles estaban recibiendo la comunión en el templo, los enfermos hacían lo propio en sus casas, sanatorios u hogares de ancianos. Esto pudiera parecer un imposible, pero no lo es, y a los hechos me remito. Sólo hay que organizar un nuevo modo pastoral, dándole su debida importancia dentro del ministerio de la salud.

También he conocido casos –de modo especial en domicilios en los que todos son enfermos o imposibilitados– en los que una religiosa o un laico de la parroquia se hace presente para guiar los cantos y ordenar debidamente la celebración. Se trata, como vemos, de un servicio de compasiva misericordia, que no sólo lamenta una situación, sino que busca y le encuentra una buena solución a favor de quien necesita no sólo palabras, sino también respuestas efectivas.

Considero que estas breves reflexiones bastarán para la comprensión del tema.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Josefina Alonso López (1893-1977)

Una mística seglar del siglo XX

DATOS BIOGRÁFICOS

Josefina Alonso López nació en Zamora el día 18 de marzo de 1893. Murió en la misma ciudad el 19 de febrero de 1977. Tenía al morir 83 años y 11 meses. Fue su padre don Tomás Alonso Hernández, médico de profesión, natural de Coreses (Zamora). La madre fue doña Purificación López Gálvez, natural de la provincia de Burgos.

Después de la muerte de su padre en 1931, Josefina vivía en Zamora en compañía de su hermana María Purificación, ambas solteras y ambas también Maestras Nacionales. Josefina ejerció el título de Maestra Nacional unos años, abriendo un colegio privado de párvulos –es decir, de niños pequeños– en su misma casa de Zamora.

Todos los que conocieron a Josefina coinciden en decir que tenía un carácter dulce y amable y era cariñosa y sonriente. Su grado de inteligencia era normal. Josefina, junto con su hermana María, llevaba las labores domésticas, y por las tardes se dedicaba a hacer trabajos de bordado y costura. Una de sus preferencias era visitar y estar con la gente pobre y sencilla.

También era muy aficionada al arreglo de altares en la Iglesia de San Vicente, su parroquia. Tanto Josefina como su hermana pertenecían a la Asociación de Hijas de María, que dirigían los Padres del Corazón de María. También pertenecían a la Asociación del Apostolado de Oración y repartían las hojas mensuales.

La devoción principal de Josefina era acompañar a Jesús en el Sagrario, y pertenecía a la Asociación de las Marías de los Sagrarios. También fue una enamorada de la catequesis de los niños, que ejerció con un gran don y admirable paciencia.

Josefina, ya desde niña, tenía la costumbre de confesarse con frecuencia. Entre sus confesores quiero destacar a tres. El primero es don Bartolomé Chillón, Arcipreste de la Catedral y Vicario General del Obispado. Al morir don Bartolomé, Josefina empezó a confesarse en la Parroquia de San Vicente. Por el año 1940 estaba de Coadjutor de dicha parroquia don José Muñoz Luengo, que se convirtió en confesor de Josefina hasta que éste se ausentó de Zamora en 1946. Este confesor fue quien mandó a Josefina poner por escrito el estado de su conciencia y sus comunicaciones divinas, lo cual hizo ella en torno a los años 1941-1943. Ya en 1947, Josefina empezó a confesarse con don David de las Heras, quien no se enteró que Josefina tenía estos escritos hasta después de su muerte. Es entonces cuando, viendo su gran valor espiritual, los hizo públicos. En esos escritos Josefina narra sus arrebatos de amor eucarísticos, su contemplación infusa de la divinidad y sus otras experiencias místicas.

TESTIMONIOS SOBRE JOSEFINA

A Josefina Alonso la conocía mucha gente de Zamora, y aún viven personas que guardan algún recuerdo de ella.

Doña Sofía Pastor Fernández fue compañera del colegio de Josefina y siguió siendo amiga de ella toda la vida, así como de su familia. Dice que el carácter de Josefina era abierto, alegre y simpático. De joven era igual; era una persona muy buena, muy piadosa y nada rara. Era muy devota del Corazón de Jesús.

Don Gregorio González Rodríguez, que fue durante muchos años párroco de Josefina, nos dice que eran muchas las horas que pasaba en la Iglesia y todo le parecía poco en su dedicación al apostolado. Era difícil la comunicación con Josefina porque no oía bien; sin embargo, la comunicación con Jesús en el Sagrario era intensa y pasaba largas horas frente él.

Doña Paulina Alonso de Ruiz, sobrina de Josefina, destaca el carácter cristiano y humano de su tía, a saber: su estima por la ecología, su amor a las plantas y a los animales. Josefina veía a Dios en la «sabia naturaleza» cuando visitaba el campo. También dice que era de buen carácter, persona totalmente normal, comunicativa y alegre. Era sencilla y nada vanidosa. Sentía amor por los pobres, y asistió durante muchos años a las reuniones que todos los jueves tenían lugar en la sacristía de la iglesia del Hospital de la Encarnación para confeccionar ropa y recaudar limosnas para los pobres con destino al «Roperio de los Pobres de San Vicente de Paúl».

Se preocupaba mucho de la formación de las sirvientas que tenía a su servicio, tanto desde el punto de vista moral como religioso. También le entusiasmaba preparar a los niños para la Primera Comunión. Era buena con la gente, sin hacer distinción de personas ni de clases sociales. Como ya se ha dicho, profesaba amor a los animales, sobre todo a los canarios, las palomas y los perros. También le gustaba cuidar de las plantas que se empleaban para adornar los altares en la Fiesta Sacramental.

Su vida interior no era patente a la mirada de sus contemporáneos; pero gracias a sus escritos podemos ver gran parte de ella.

ESCRITOS DE JOSEFINA ALONSO LÓPEZ

Los originales de estos escritos se encuentran en dos cuadernillos. Se componen de 18 capítulos cortos, divididos a su vez en números. Por motivos de brevedad, solamente quiero destacar algunos breves escritos referentes a su unión con Dios¹.

«Si fuera posible no dejaría nunca de estar delante de un Sagrario; allí ni me ocupo ni me acuerdo de mí; ya no me preocupa la salud, ni me preocupa nada, solo vivo para Él y Él para mí; voy consiguiendo eso que muchas veces deseaba: morir a todo; después de mucho rogar, de suplicar mucho a Jesús, mis deseos se van cumpliendo; deseaba llegar a esa santa indiferencia; ya

1. Han sido tomados de: DAVID DE LAS HERAS, *Una mística seglar del siglo XX. Josefina Alonso López (1893-1977). Su vida y escritos*, Ávila 1992.

no me impresiona nada; no sé, no comprendo qué voy sintiendo en mí; es una dicha muy grande vivir en el mundo como si no viviera. Antes parecía que luchaba la vida del espíritu con la vida del cuerpo; ahora no, ahora precisamente es el espíritu quien se apodera del cuerpo; parece que éste es movido por algo superior a él, como una cosa muerta; así está el cuerpo con relación a la vida del espíritu, parece que el alma sólo vive para ella, se olvida de su cuerpo, únicamente vive para Dios, y se la lleva y la atrae en santa libertad. Yo no puedo explicarme, es una cosa como estar fuera de sí; verá qué ocurre:

La presencia de Dios se ha hecho en mí habitual. Le recibo ¿verdad? y ya el alma se pierde en Él; la lleva suavemente; allí se olvida de todo; si estoy en la iglesia, por instantes se me olvida dónde estoy; muchas veces no me doy cuenta si estoy sola o si hay gente, ni me dan ganas de ocuparme de nada ni de nadie, es un olvido completo; parece como si el espíritu volara a otra parte y, en ese vuelo, no oye, no advierte sino la presencia de Dios; en esa presencia vive fuera de los sentidos; es como arrebatada; esto me da mucho miedo» (Cap. X, 4 y 5).

«No vive sino para Dios y Dios para ella; le habla, le comunica sus dones infinitos, su grandeza en las almas, ve a Dios y le ve en todas partes; se miran entre sí y con esa mirada se siente herida, es una herida de amor, de la que habla mucho santa Teresa y por esa herida noto como si el alma sufriera algo que no se puede llamar sufrir, sino que goza y en ese mismo gozar, es sufrir; es un dolor de amor que le hace desfallecer y consumir.

Viene después eso que se llama oración de unión, oración de quietud y en esa unión y en esa quietud, goza lo increíble, no es comparado con nada, es un gozar

este reposo y quietud, que no existe felicidad mayor que cuando se llega a disfrutar de esta dicha. Pero para llegar aquí, ha tenido que trabajar mucho y mucho, ha tenido que vencerse y saber resistir, no es obra de un día; antes tenía el alma que poner todo de su parte, ahora, se lo dan ya todo hecho» (Cap. XI, 7 y 8).

«Con frecuencia dice Jesús: “Sígueme”. El alma al oír estas palabras se ve confusa, sufre y se impacienta; es una subida tan deliciosa la que Dios le exige... si ya no puedo más, me tiene colocada en un estado que es terrible; quisiera decir aquí lo que el amor obra; siento como fatiga espiritual, como cansancio... ¡Qué endiosada se ve en esa altura! Es un gozar, también un sufrir; ya no es aquello de la Humanidad de Jesús, no, es otra cosa más pura, más sutil, más transparente; no sé qué frase emplear para decirle, dónde la lleva el Señor; allí es tiniebla para el alma, pues el exceso de luz la oscurece; me encuentro así como fundida en el mismo Ser de Dios; en esa vida intensísima de espíritu se forma entre los dos una sola cosa, una sola voluntad, un solo querer. Por la transformación de Dios en el alma y del alma en Dios sufro como un martirio; de ahí el sentir esa rara tristeza que más bien es nostalgia; la vida entonces se hace insoportable, todo me cansa, todo me aburre, es un vivir muriendo» (Cap. XIV, 2).

«A manera que la vida interior va siendo más intensa, tanto más se aumenta la tristeza y desolación.

Creo que esa vida de solo espíritu que el Señor me va concediendo, llega hasta perjudicarme, en el sentido de que me dejo arrastrar demasiado de ella... Pero ya no puedo vivir otra vida; el espíritu se hace dueño absoluto de mí; estoy, crea usted, absorta sólo y constantemente

en una idea: Dios y el alma; de ahí que sienta verdadero martirio tener que descender a las cosas materiales.

Mire, encuentro cada día mayor dificultad en el trato con las gentes; es para mí un verdadero martirio vivir en el mundo; y cada día me hastía más. ¿Qué haría yo para desligarme de ellos? No me quiere Jesús, está visto, para sobrellevar la vida del mundo; y esto mismo me da ocasión de sufrir, me hace la vida insostenible, no estoy en mi centro» (Cap. XVII, 1, 2 y 3)

«Sigue en aumento esa presencia íntima. Le he dicho muchas veces que es una cosa habitual. Aunque me vea trabajar en mi vida activa, esta no impide absolutamente nada la vida interior; las tengo tan hermanadas, que no se estorban la una a la otra, y allá en mi interior, me he sabido hacer como una especie de templo interior, y aunque los sentidos anden ocupados, también mi alma está ocupada en santa y constante contemplación, a solas con su Dios.

¡Qué bien vive el alma allí! Allí goza y allí sufre, todo en una oración de unión, donde Dios se le da al alma y el alma a Dios; aquí es llevada tan lejos, que ya el alma no sabe decir. Mis oraciones, mis rezos, mi todo, allí los hago y allí descanso oyendo la voz de Dios, con la mirada interior del alma le veo en todas partes; es así, como si la imagen se representara en un espejo, así está el alma como estampada en la presencia íntima de Dios.

Aquello que antes parecía que la disipaba, hoy todo le es como una cosa ajena, ya nada la impresiona» (Cap. XVIII, 13, 14 y 15).

Selección de sermones espirituales:

7. La oración de petición¹

«¿Quién de vosotros que tenga un amigo...?» (Lc 11,5-7)

Nuestro Señor Jesucristo, para encender en sus discípulos el deseo de la oración, en cierta ocasión, mientras les enseñaba a orar, les dijo: «¿Quién de vosotros que tenga un amigo, irá a su casa a medianoche y le dirá: “Amigo, préstame tres panes porque un amigo mío ha venido de viaje a mi casa y no tengo qué ponerle a la mesa”, y le responderá desde dentro: “No me molestes. La puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo en la cama. No puedo levantarme y dártelos”?» (Lc 11,5-7).

Este texto del Evangelio es más largo, pero omitimos el resto por brevedad.

El Señor nos enseña que debemos orar, y dice: «*Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Pues todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; al que llama, se le abrirá*» (Lc, 11,9-10).

1. Corresponde al sermón 17 de la edición de Vetter. Hemos añadido los epígrafes y las referencias bíblicas.

PEDIR, BUSCAR Y LLAMAR

Veamos en primer lugar qué diferencia hay entre estas tres cosas que el Señor enseña, es decir, entre pedir, buscar y llamar.

En mi opinión, pedir es suplicar algo con el espíritu elevado a Dios y con íntimo deseo de Él. Buscar es elegir una cosa entre muchas y rogar por ella, pues quien busca algo dirige exclusivamente a lo buscado toda su atención y todo su deseo. Llamar, finalmente, es perseverar en la oración y no dejar de orar hasta alcanzar aquello que se pide. Con esto, creo que han quedado suficientemente diferenciadas estas tres cosas: pedir, buscar y llamar.

Pero, para que se entienda mejor el texto evangélico, cito a Beda el Venerable, quien dice así en una homilía: *«El amigo al que se visita a medianoche es el mismo Dios, a quien debemos acudir en medio de la tribulación y pedirle tres panes, es decir, conocimiento de la Trinidad, que nos consuela de las fatigas de la vida presente. El amigo que ha llegado de viaje es nuestro espíritu, que se aleja de nosotros tantas veces cuantas vaga exteriormente en pos de las realidades terrenas y temporales. Vuelve, pues, y desea reponerse con alimento celestial. Recuperada la consciencia, empieza a meditar las realidades espirituales.*

Quien había pedido los tres panes, añade que no tiene qué servir [al amigo], puesto que el alma que desea a Dios tras conocer las tinieblas del mundo en nada quiere pensar sino en Él y nada desea contemplar sino a Él solo. Ha experimentado los gozos de la suma Trinidad

y no aspira sino a contemplarlos más plenamente. Pero el que está dentro responde: “No me molestes; la puerta está cerrada y mis hijos y yo estamos en la cama. No puedo levantarme y dártelos”. La “puerta” del amigo es la inteligencia de la palabra de Dios. Es la puerta que pide el Apóstol se le abra para anunciar el misterio de Cristo y que está cerrada en tiempo de hambre, cuando no se concede la comprensión de la palabra. Y aquellos que, con su predicación, han distribuido el pan de la sabiduría evangélica por toda la tierra, esos son los hijos del padre que reposan con el Señor en íntima quietud. Sin embargo, por medio de la oración es posible, para el que lo desea, recibir luz directamente de Dios, aunque no haya quien predique la sabiduría.

“Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá”. Hijos míos, debemos examinar estas palabras de nuestro Señor con todo el corazón. El reino de los cielos no se ha de dar, ni lo han de encontrar, ni se ha de abrir a los ociosos y desocupados, sino a los que piden, a los que buscan y a los que llaman». Hasta aquí Beda.

Consideremos atentamente la grande e inefable liberalidad de nuestro Dios expresada en las palabras que acabamos de citar. Por ella está dispuesto a dar con generosidad desbordante a quienes no tienen pereza en pedir, pues no hay duda de que aquel que con tanta insistencia nos invita a pedir escuchará de buen grado a los que piden.

EL CONTENIDO Y LA FORMA DE LA ORACIÓN

Veamos ahora qué y cómo debemos orar. Cuando uno se dispone a orar, ante todo debe recoger la

mente de su dispersión y apartar el espíritu de toda divagación, de todas las criaturas y de toda preocupación. Después, echándose a los pies del Señor con verdadera y profunda humildad, pida sus generosas limosnas, golpee su corazón dulce y paternal, y pídale pan, es decir, verdadera caridad. Pues no en vano la caridad se recibe por medio del pan. Los alimentos del mundo, por caros que sean, no son útiles, ni agradables ni comestibles sin pan. Del mismo modo, ninguna acción agrada a Dios si se hace sin caridad.

Además, pida a Dios que le enseñe a orar y le haga comprender interiormente qué le es más acepto en su oración y ejercicios interiores, y qué es lo que más le conviene. Entonces, las cosas que se le presenten al espíritu, ya sea sobre la muy gloriosa Trinidad, sobre la esencia divina o sobre la pasión y las llagas del Salvador, esas medítelas.

Respecto del modo de orar, por ofrecer alguna enseñanza, ha de saberse en primer lugar que no todos tienen la gracia de poder orar en espíritu, sino que muchos han de valerse de la oración vocal. Estos usan palabras llenas de amor y devoción con el fin de encender el corazón, en la medida de lo posible, en amor de Dios. Rogarán a Dios que por medio de su Hijo unigénito se digne dárselos como objeto [de la oración] del modo que le sea más grato. Estos deben elegir y seguir el modo que más estimule su devoción, o el que estimen más provechoso u oportuno, sea la meditación de los propios pecados y defectos o cualquier otro. Esto es buscar como el Señor nos manda: escudriñar la gratísima voluntad de Dios y examinar qué es lo más conveniente a nuestra salvación, per-

severando en ese empeño hasta el fin. Pues «no será coronado –dice el Apóstol– sino el que ha luchado conforme a la ley» (2 Tim 2,5; cf. Mt 10,22).

LA ORACIÓN NO ATENDIDA

Poco después, dice el Señor en el Evangelio: «¿Quién de vosotros que sea padre, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará en su lugar una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?» (Lc 11,11-12). Según una interpretación común, el pan simboliza el amor; el pez significa la fe sincera; por medio del huevo se representa la certeza de nuestra esperanza. Después de estas palabras, el Señor concluye: «Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan» (Lc 11,13). Esto es lo que había dicho poco antes: «Todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; al que llama, se le abrirá». Y las palabras que ha pronunciado la misma Verdad con su boca no pueden no ser verdaderas.

Entonces, ¿cómo es que hay tantos que recitan cada día largas oraciones y, sin embargo, no merecen recibir ese pan de vida, siendo Dios omnipotente tan inefablemente pródigo y generoso que da y perdona incondicionalmente, y estando Él incomparablemente más dispuesto a dar que el hombre a recibir? ¿Por qué tantas y tan santas oraciones, el mismo Padrenuestro, la recitación de innumerables salmos, santas colectas² y otras muchas plegarias, todas ellas enseñadas y escritas por

2. Oraciones que recita el sacerdote en la misa antes de la epístola.

inspiración del Espíritu Santo, no son escuchadas? Esto es sorprendente, pero tiene su explicación.

Te la voy a decir: un amor extraño ocupa sus corazones y el fondo de sus almas; su voluntad y atención no están orientadas al Creador, sino al vano atractivo de este mundo. Este amor ilícito y desordenado, con el que se aman sin medida a sí mismos o a cualesquiera otras criaturas insustanciales y efímeras, los tiene tan atrapados y ha contagiado de tal modo el fondo de su alma y sus corazones, que el amor de Dios, verdadero pan del cielo, no encuentra por dónde entrar en ellos, por muchas oraciones que reciten. Pues es cierta la sentencia de Hugo [de San Víctor] según la cual es tan imposible para el hombre vivir sin amor como para el cuerpo subsistir sin el alma. Por tanto, que cada uno, mirando en su propio interior, examine qué es lo que ama de manera especial y en qué cosas gusta ocuparse. Pues para que el amor de Dios pueda entrar, es por fuerza que antes salga el ilícito amor a sí mismo, como San Agustín dijo: «*Vacíate para que seas llenado*».

LA DUREZA DE CORAZÓN

Así que vienen estos hombres de corazón mundano y fondo poseído [por las criaturas] y ruegan a la temible majestad de Dios, pero no reciben el pan. ¿Quién culpará de esto a Dios? Lo que obtienen es una piedra en lugar de pan, es decir, un corazón duro como una roca, frío, árido, sin devoción ni gracia. Estos se pasan el día entre libros y leen mucho; pero a nada les saben todas sus lecturas, pues ni éstas les

estimulan interiormente ni ellos sienten lo que leen. Hacen esto solo por una costumbre ciega y estéril: se retiran a dormir cuando acaba el día y, al salir de nuevo el sol, vuelven rutinariamente a su tarea acostumbrada. Y creen haber cumplido suficientemente bien, aunque hagan sus oraciones de cualquier manera, con un corazón tan frío y por pura rutina. De ahí que sus corazones, por justo designio de Dios, se endurezcan como una muela de molino: no hay forma de inducirlos a la devoción y a la conversión de vida. Si se les lleva la contraria o se les molesta, ya sea haciendo algo o dejándolo de hacer, manifiestan su fondo interior con signos externos tales que evidencian ante cualquiera que sus corazones son más duros que el diamante.

Hijos míos, huid de estos hombres [con corazón] de piedra y no habléis mucho con ellos; si tenéis que instruirlos, hacedlo en pocas palabras, como aconsejaba el Salvador: «*Sí, sí y no, no*» (Mt 5,37), y apartaos de ellos de inmediato, diciendo con las vírgenes prudentes: «*No sea que no haya suficiente para nosotras y vosotras*» (Mt 25,9). Así evitaréis que os enreden en sus vicios y pecados. Procurad que esas piedras no golpeen vuestras frentes. Cuando arrojen contra vosotros sus palabras como proyectiles, volved la cabeza y no se los devolváis, ni grandes ni pequeños, sino, cerrada firmemente la boca, elevad vuestros corazones a Dios.

Así pues, hijos míos, por amor de Dios sed mansos como corderos y humildes con aquellos que os son contrarios y os injurian. Con el santo David, poned una custodia a vuestra boca (cf. Sal 38,2) y, sopor-tándolo todo con ánimo paciente, atended y vigilad

cuidadosamente vuestro fondo. En muchos, ciertamente, esas piedras, o corazones de piedra, mientras están ocultas, apenas se dejan notar, hasta que les toca alguna contrariedad, por pequeña que sea. Si yo me encontrara a personas como éstas, que llevan ocultos en su interior el odio y la envidia, y no permiten ser corregidas ni hacen caso de sanos consejos, en cuanto de mí dependiera, no los admitiría en modo alguno al santo Sacramento del altar.

Hay muchos que durante veinte, treinta o más años se han confesado a menudo, pero nunca han hecho una buena confesión ni han sido convenientemente absueltos de sus pecados; sin embargo, se acercan sin temor alguno a recibir el Cuerpo de Cristo. Apenas soy capaz de expresar cuán peligroso, inquietante y horrible es esto. Ni siquiera el Sumo Pontífice, que ostenta la suprema potestad, podría absolverlos.

En realidad, éstos, cuanto más a menudo comulgan, cuanto más oran y más buenas obras hacen, más se endurecen y más ciegos e ignorantes se hacen para discernir sus pecados. ¿Por qué esto es así? Porque se complacen más a sí mismos y presumen demasiado de sus obras. Mejor sería que no tomaran el Cuerpo vivificante de Cristo mientras no hagan nada por evitar las ocasiones de pecado y corregir sus vicios y defectos. Ha de tenerse por cierto que Dios no deja esto sin castigo, y no sólo en el alma, sino que también castiga en el cuerpo a aquellos que comulgan irreverentemente. Tales personas reciben una serpiente en lugar de un pez. Pues como una serpiente se arrastra buscando dónde inocular su veneno, así, en estos hombres, todo lo que oyen o ven se convier-

te en veneno que, a su vez, inoculan donde pueden, desacreditando, denigrando y echando por tierra el buen nombre y la vida de otro. A estos los poseen por entero serpientes viejas y muy largas. Por eso no pueden conocerse a sí mismos; pero siempre hay algo que quieren corregir en los otros o consideran que debe hacerse de otra manera.

Hay otras serpientes pequeñas como las angulas: la envidia disimulada, el odio latente y la difamación oculta del buen nombre de otro. Todas estas cosas proceden de un fondo perverso y lleno de amargura. Os aconsejo, hijos míos, que os guardéis de estas cosas y, dejados a un lado los demás, os juzguéis mejor a vosotros mismos.

Finalmente, esos reciben un escorpión, esto es, una falsa opinión de sí mismos, una esperanza temeraria y presunción ciega. Dicen, por ejemplo: «¿Por qué no estoy tan bien como este y aquel, yo que rezo, leo, canto y hago tantas cosas como ellos?». Como el escorpión sonríe con la boca y pica letalmente con la cola, así esa esperanza, temeraria y vana presunción, hace grandes promesas, pero cuando se acerca el final de la vida y queda al descubierto el fondo del alma poseído [por las pasiones], conduce al hombre a la duda y a la desesperación, y lo envuelven las miserias de la perdición eterna. Y la muerte eterna clava su aguijón al hombre en tal estado de infelicidad. La causa de ello es no observar atentamente el propio fondo y sus defectos. Esto es muy peligroso.

Hay pecados cuya absolución se ha reservado para sí el Papa; algunos son perdonados por penitenciaros; de otros solo pueden absolver los obispos, y

de otros absuelven los sacerdotes. Esto es así no por imponer un duro castigo, sino para que se reconozcan los pecados por la dificultad de conseguir su absolución, se ponderen adecuadamente y se juzguen en su gravedad. Así, el arrepentimiento será tanto más intenso y vehemente, y la preocupación por evitar el pecado, mucho mayor.

LA SAGRADA COMUNIÓN

Hijos míos, si hubierais comprendido a qué peligro se exponen esos hombres de fondo corrompido y descuidado al tomar el preciosísimo Cuerpo y la Sangre que Cristo derramó por nosotros, desfalleceríais de espanto. De ahí que en algunos conventos se ha establecido como norma que sólo cada tres semanas pueda tomarse la sagrada Comunión. Se deja todo ese tiempo para que la preparación a ese excelso banquete sea digna, y así este venerable Sacramento pueda hacer efecto en el hombre.

Pero, ojalá tuvieseis una sed tan grande de este Sacramento, ojalá vuestro deseo de él fuese tan intenso y vuestra vida tan auténtica, que os hicieseis dignos de recibirlo con más frecuencia. Pedid al Señor que Él mismo os prepare y os haga aptos para ello. Entretanto, vosotros, en la medida de lo posible, procurad en todo momento tener buena voluntad y vivir interiormente. Sed siempre apacibles, humildes y despegados. Y si por esta causa os sobrevienen adversidades y otros se levantan contra vosotros, callad y no les respondáis.

Cierto doctor en teología, al preguntársele qué le parecía el hecho de que algunos quisieran tomar la

sagrada Comunión con más frecuencia de lo habitual, respondió: «Señor, todos nosotros deberíamos alegrarnos de que queden algunos poseídos por tal amor y deseo de Dios. Y si estos viven en conventos, los demás deberían ayudarles a cumplir su deseo».

Pero los que comulgan frecuentemente en modo alguno deben juzgar peores a aquellos que comulgan de modo más espaciado. Por el contrario, han de pensar que lo hacen por la humildad y reverencia que les inspira la contemplación de la dignidad y nobleza de este Sacramento.

ALGUNAS RECOMENDACIONES

Si alguien arroja contra vosotros las piedras de un juicio temerario e injusto u os fustiga con el flagelo de las palabras, pensad que lo recibís no de parte de un hombre, sino directamente de Dios.

Hay aún otras piedras. Son las que experimenta aquel que, deseando a Dios con toda su alma, es abandonado por Él en cierta desolación interior, que le hace sentirse duro, indolente y frío. Mientras esa dureza y desamparo no le dejen, tanto más ha de volverse hacia su interior y permanecer allí, atento a su fondo. Evite buscar consuelo interior o exterior, porque obstaculiza la inhabitación del hombre interior. Permanezca dentro de sí mismo y persevere en su recogimiento. Y si sus defectos se presentan inoportunamente a su ánimo y es severamente juzgado y reprendido por causa de ellos, sopórtelo pacientemente y no huya, sino júzguese y acúcese más duramente a sí mismo. Y si ese juicio persiste una semana entera,

no dude de que eso es lo más provechoso para sí y de que tanto más rigurosamente debe acusarse, humillarse y lapidarse interiormente ante Dios. Esto ha de hacerse cada vez que uno se ha desviado del camino recto o ha incurrido en algún desorden o defecto. En cuanto advierta esto, lo confesará interiormente ante el Señor su Dios. Después, cuando vaya a confesarlo ante un sacerdote, si no lo recuerda, confíe en que Dios se lo ha perdonado.

Por lo demás, hijos míos, os pido que no habléis demasiado en vuestras confesiones. Pues la Confesión ha sido instituida por la Iglesia para los pecados mortales y aquellos de los que se duda si lo son o no; pero no para los veniales, que basta exponerlos sencilla y brevemente.

Nadie piense, sin embargo, que los actos externos, como ir al coro o cualquier otra obra de obediencia, estorban la vida interior. No son ellos el obstáculo, sino la dispersión, que impide buscar a Dios puramente y proponerlo como meta en nuestro espíritu, intención y voluntad. El hombre está tan distraído y ocupado de mil imágenes, que no posee perfectamente a Dios en su interior. Estos son los verdaderos obstáculos, no las obras externas de obediencia. El hombre mismo es quien se estorba.

Añadamos aquí algunas palabras acerca de lo que dice el Señor en el Evangelio de hoy: que hemos de llamar para que se nos abra. En el capítulo décimo de San Juan, Jesús afirma que Él es la «puerta» (cf. Jn 10,7). A esta amable puerta llamará el orante en tres lugares, para que en verdad se le abra. En primer lugar, llamará con ardiente devoción al corazón sufriente y

al costado atravesado por la lanza de nuestro Señor, en el que debe refugiarse muy devotamente, con el conocimiento verdadero de su infinita pobreza y de su nada, y, como Lázaro mendicante a las puertas del rico Epulón, pida que se le den las migajas de la gracia celestial. Esta gracia dará al hombre un ser sobrenatural y divino. En segundo lugar, llamará a la puerta de las sagradas llagas de sus manos abiertas por los clavos y allí pedirá se le conceda verdadero conocimiento de Dios, para que Él le ilumine interiormente y le eleve hasta Él. En tercer lugar, llamará a la puerta de las santas llagas de sus pies, donde pedirá que se le infunda un amor ferviente, por cuyo medio pueda unirse a Dios y ser absorbido, sumergido y encerrado en Él.

Que la inmensa misericordia de nuestro Dios nos conceda que pidamos dignamente, busquemos diligentemente y llamemos ininterrumpidamente, para hacernos dignos de que se nos permita entrar. Amén.

FRAY JUAN TAULERO

POESÍA

Te esperamos

Ven Jesús, has de venir
de nuevo el mundo te necesita,
anda mal, su libertad,
el hombre viejo no resucita.

Ven Jesús, hazte niño
y te pondremos templada cuna,
hoy hay muchos, desorientados
el mundo es grande, tu sol, tu luna.

Te esperamos, te esperamos
con gran contento hoy te esperamos,
tu bondad es infinita,
tu Amor de nuevo podrá salvarnos.

ISABEL DÍEZ SERRANO
El Escorial (España)

Bibliografía

PAPA FRANCISCO (Jorge Mario Bergoglio), *Meditaciones para religiosos*.

Editorial Mensajero, Bilbao 2014. 257 pp.

El libro nos ofrece intervenciones del entonces Jorge Mario Bergoglio, provincial de los jesuitas en Argentina, ante público religioso, sobre todo ante jesuitas. Hay dos tipos de intervenciones: pláticas –en retiros o en encuentros sobre todo de los jesuitas– y ejercicios espirituales para superiores. Todas estas intervenciones describen el perfil del que luego será el Papa Francisco.

Este libro agrupa, pues, la publicación de intervenciones muy diferenciadas por el público al que se dirigen y las circunstancias en que tienen lugar. Muchos de estos textos ya han sido publicados en un boletín de la Compañía de Jesús en Argentina. Al lector le interesarán más las que no tienen una relación directa con un acontecimiento concreto de la Compañía. Pero todas pueden ser aplicadas a la vida religiosa en general.

Los escritos son de las décadas de los 70 y de los 80 del siglo pasado. Quizás nos pueden parecer un poco desfasados, pero están motivados por circunstancias interesantes que condicionaron la vida de la Iglesia, de las órdenes religiosas y en concreto de los jesuitas.

Son dos décadas ricas en reflexiones, décadas de renovación y a veces de rupturas. Y son también décadas de, a veces, esconderse en propuestas idealistas, ilusas, para no hacer lo que la realidad exigía, o de mantener la nostalgia de unos tiempos pasados que parecen mejores, pero que también llevaron a la dejadez a no pocos. Las intervenciones son cortas, pero puntualizan con claridad lo que quieren decir. A ello va unida esa soltura –propia del Papa Francisco– para aportar comparaciones y símiles que hacen más comprensible el texto y fácil la lectura.

Son escritos fundamentalmente pastorales, más que de especulación teológica. Como decíamos, las circunstancias del tiempo en que se escriben no son fáciles, pues se generaliza la crisis vocacional por los abandonos de la vida religiosa y porque empiezan a escasear los que solicitan entrar. La situación eclesial está también resentida. Y el contexto político es duro, pues se da un fuerte enfrentamiento entre ideologías o el deseo de imponer una de ellas. Sin embargo, Bergoglio habla de esperanza, de lucha sin miedos, como ahora proclama desde su condición de Papa Francisco

Hemos de agradecer, pues, la recopilación de estas intervenciones que, por una parte, dibujan el perfil del Papa actual y, por otra, ayudan a repensar la vida religiosa desde la esperanza de que todos tenemos posibilidades, con la ayuda de Dios, de superar crisis personales e institucionales.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

CATHERINE AUBIN, *Las ventanas del alma. Amar y orar con los cinco sentidos.*

Editorial Sal Terrae, Santander 2013. 149 pp.

La autora es una hermana dominica francesa de la Congregación Romana de Santo Domingo, profesora de Teología Sacramental y Teología Espiritual en el Angelicum de Roma y en el Instituto de Teología de Vida Consagrada. Nos ofrece con este libro un valioso elenco de ámbitos en los que podemos relacionarnos con Dios por medio de nuestros sentidos físicos y, sobre todo, con nuestros sentidos espirituales, que son las «ventanas del alma».

Se trata de una obra ágil y entretenida que se lee muy bien. Es muy válida como lectura espiritual para el enriquecimiento interior del lector. Pero, dada la temática que toca –desgraciadamente poco desarrollada en la espiritualidad católica– y el rigor con el que lo hace, es también un libro digno de ser incorporado en toda biblioteca especializada en Espiritualidad y de ser estudiado por todo aquel que pretenda estar al día en esta importante rama de la Teología.

La estructura de este libro es muy sencilla. Tras una breve introducción –en la que Catherine Aubin nos anima a descender a lo profundo del corazón para «oír», «oler», «tocar», «gustar» y «ver» a Dios y a la vida desde él– esta autora dedica cada capítulo a un sentido, y lo hace de este modo: comienza hablando del papel que juega ese sentido en la vida de la persona y después, apoyándose en textos de la Biblia, los Padres de la Iglesia, los Papas y autores contemporáneos –sobre todo franceses–, nos va introduciendo en

el valor espiritual profundo que tiene dicho sentido. También incorpora interesantes y entrañables experiencias de personas –ficticias o verídicas– que nos ayudan a tomar conciencia de la hondura vital del tema que en ese momento está tratando.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

MARÍA ÁNGELES CHAVARRÍA, *Hablar en público y en privado. Las situaciones que nadie te comenta*. Editorial ESIC, Madrid 2013. 154 pp.

Muchos de nosotros tenemos que afrontar difíciles y complicadas situaciones públicas o privadas en las que se pone en juego algo importante. Pues bien, este libro ha sido escrito para ayudarnos en tales circunstancias.

La autora es licenciada en Filología Hispánica, tiene tres masters en las áreas de psicología, gestión familiar y comercio, es directora de proyectos en el Instituto de Innovación Educativa IPPEX (Valencia, España) y tiene una larga experiencia como escritora. En este libro consigue dar unas ideas sencillas y prácticas sobre cómo podemos desenvolvemos en determinadas circunstancias en las que estamos obligados a comunicarnos. Estas circunstancias son, por ejemplo: dar un discurso, impartir un curso, participar en una comida de empresa, presentar a una persona ante una sala llena de gente, coordinar una reunión, hablar públicamente de un difunto en su funeral, o, simplemente, conversar con un desconocido o con-

vivir con los compañeros de trabajo un día normal y corriente.

El libro consta de veinte capítulos agrupados en tres grandes temáticas: «fracasos asegurados», «tomar las riendas ante situaciones difíciles» y «los otros miedos». Cada capítulo consta de una presentación, una breve historia en la que la autora presenta el problema de un modo narrativo y, para concluir, aporta de modo esquemático una serie de pistas e ideas sobre cómo superar esa situación.

Se trata, pues, de un libro muy recomendable para todos aquellos cuyo cargo u oficio requiere saberse desenvolver y comunicarse en público y en privado.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

DIETRICH VON HILDEBRAND, *Liturgia y personalidad*.
Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2013. 107 pp.

Dietrich von Hildebrand (1889-1977) es un conocido teólogo y filósofo alemán que se convirtió al catolicismo en 1914 y se asentó en Estados Unidos en 1941 para evitar represalias debido a su postura contra los nazis. En 1933 publicó *Liturgia y personalidad* en Salzburgo. El Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona la ha incluido en su colección Cuadernos Phase (n. 216).

En esta obra nuestro autor hace un profundo análisis de la liturgia y de cómo ésta influye en la vida del creyente. Trata sobre lo comunitario, el respeto,

la respuesta, la vigilancia, la discreción, la continuidad, lo orgánico y lo clásico de la liturgia. Lo hace con un lenguaje bastante asequible. En cada capítulo comienza abordando el tema de modo general, para después centrarlo en la liturgia. Y, así, de este modo, Dietrich von Hildebrand va convenciendo al lector de los grandes valores de la liturgia y del mucho bien que ésta puede hacernos cuando participamos activamente en ella.

Muestra patentemente cómo el valor sagrado de las celebraciones litúrgicas es muy superior al de las diversas formas de piedad popular, lo cual tiene una gran importancia, pues hay muchos creyentes que en la actualidad asisten asiduamente a romerías, procesiones y otras celebraciones religiosas populares, pero apenas asisten a Misa ni confiesan sus pecados en el sacramento de la Reconciliación. Resulta especialmente interesante lo bien que explica la liturgia eucarística como una ascensión hasta la comunión del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Dice a este respecto: «Aquí aprendemos lo que es un instante cargado de importancia interna. Aquí, donde se tocan la eternidad y el tiempo, comprendemos la esencia última de un “ahora” pleno» (p. 72).

Se trata de una obra que puede resultar muy enriquecedora para todo aquel que desee apreciar y vivir más intensamente las celebraciones litúrgicas.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ENRIQUE MONASTERIO, *La buena vida. Libres para pensar*. Ediciones Palabra, Madrid 2013. 286 pp.

Este sacerdote se ha hecho presente en el mundo editorial por diversos títulos en Ediciones Palabra. Sus libros recogen colaboraciones asiduas en la revista *Mundo cristiano*. Los escribe bajo el título «Pensar por libre». Pues bien, una compilación de esa colaboración, así como del blog que mantiene, es este libro. Ha cambiado «Pensar por libre» por «Libres por pensar». Si bien añade en este libro como título «La buena vida».

El autor mantiene a través de cortos capítulos un estilo directo y claro, con dosis de humor, en el que analiza la sociedad actual. Quiere ofrecer una catequesis «desordenada», que va fluyendo de acuerdo con acontecimientos sociales, estilos y modas sociales que se quieren imponer..., sobre todo en el ámbito de lo joven... Escribe, por supuesto, desde la fe. Con una fe con los ojos abiertos a la tierra que pisa y a la gente que le acompaña en el vivir.

Con soltura, sin buscar grandes argumentos, desgrana comentarios fáciles de leer y atinados sobre la sociedad actual. Pretende, más que adoctrinar, llamar la atención para que el lector vea –desde una actitud crítica y libre– lo que sucede en su interior y a su alrededor. Además, cabe señalar el humor con el que el autor acompaña sus juicios críticos.

En definitiva, se trata de un libro aconsejable para repasar el vivir humano actual desde la perspectiva de la fe cristiana.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

MAURO PIACENZA, *La Presbyterorum Ordinis 50 años después.*

Ediciones Palabra, Madrid 2013. 203 pp.

El Cardenal Mauro Piacenza ha sido Prefecto de la Congregación para el Clero desde el año 2010 al 2013. Recientemente ha sido nombrado por el papa Francisco Penitenciario Mayor. En el presente libro nos ofrece un breve comentario al Decreto del concilio Vaticano II *Presbyterorum Ordinis*, con motivo del 50 aniversario de su promulgación.

Como nos dice el mismo autor en la Introducción, este comentario está determinado por un conjunto de circunstancias más que por un proyecto preciso. Y está relacionado también con el Año sacerdotal y con el Año de la Fe. Su objetivo no es otro que el de ayudar al lector, sea o no sacerdote, a redescubrir la belleza de este Decreto conciliar, belleza que es posible hallar cuando es leído con atención y es interpretado correctamente a la luz del bimilenario patrimonio doctrinal de la Iglesia y del Magisterio posterior al concilio Vaticano II.

El autor aplica a este documento la hermenéutica de la reforma en la continuidad del único sujeto que es la Iglesia, teniendo en cuenta las enseñanzas que sobre este tema nos ofrece el *Catecismo de la Iglesia Católica*, el nuevo *Código de Derecho Canónico*, la Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, del papa Juan Pablo II, y las indicaciones del *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, de la Congregación para el Clero, recientemente puesto al día y reeditado (14 de enero de 2013).

El autor va siguiendo los capítulos del Decreto conciliar, ofreciéndonos el texto en latín y español, y su comentario. El método elegido es el del comentario progresivo de sus distintos números, poniendo de relieve la relación que existe entre ellos, su enraizamiento en la genuina doctrina católica y las perspectivas de reforma indicadas.

Este lúcido análisis nos puede ayudar a profundizar y a refrescar la doctrina del concilio Vaticano II sobre la identidad, misión y vida de los presbíteros en el seno de la Iglesia.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ JUAN, O.P.
Salamanca (España)

TONY WHATLING, *Mediación: habilidades y estrategias. Guía práctica.*
Editorial Narcea, Madrid 2013. 141 pp.

El autor es un experimentado formador de profesionales en diferentes ámbitos mediación, como son, por ejemplo, el laboral, el familiar y el comunitario. Como indica el título, el libro es una guía práctica en la que se dan –de un modo resumido, sencillo y comprensible– una serie de pautas para poder mediar entre dos personas o grupos de personas que están en conflicto. En lugar de extenderse en largas disertaciones teóricas, prefiere ir al meollo de la cuestión, aportando, además, escuetos y clarificadores casos reales que ayudan a entender lo que nos está explicando.

Tras un capítulo introductorio en el que nos habla de la importancia y el sentido de la mediación y de

otro capítulo que trata del correcto manejo del lenguaje y de las diversas circunstancias culturales y de género que separan a los participantes, el autor nos ayuda a manejar las «herramientas» o habilidades más importantes de la mediación, que son: la escucha activa, el silencio, emplear diferentes tipos de preguntas, saber resumir lo más significativo, parafrasear lo que dice un participante, etc. También nos da buenas pautas sobre el difícil manejo de las emociones y sobre cómo reaccionar ante preguntas y conductas difíciles. Finaliza el libro con un pequeño y enriquecedor epílogo.

Obviamente, este libro es muy útil para todo aquel en cuyo trabajo u oficio comunitario tiene que realizar labores de mediación, como es el caso, por ejemplo, de un director de colegio o de una priora en cuyo monasterio hay hermanas mayores y hermanas jóvenes extranjeras entre las que surgen diversos conflictos generacionales y culturales.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

QUINTÍN CALVO CUBILLO, *Vida y sacramento. Un comportamiento que responda a lo que se celebra*. Editorial PPC, Madrid 2013. 177 pp.

Interesante este libro que nos ofrece Quintín Calvo, que es doctor en Teología Moral. Conviene tener esto en cuenta, porque explica la orientación del libro. No es un tratado académico de Sacramentología, ni una consideración sobre los ritos sacramentales, sino, como indica el subtítulo, trata de mostrar cómo

la celebración sacramental ha de modular el comportamiento del cristiano.

La celebración es, dice el autor, vivir más intensamente. No es, por tanto, algo ajeno a la vida, como un momento independiente de los otros momentos del vivir cotidiano. Por eso tiene sentido que los sacramentos tengan su continuación en el modo de vivir y ser. Desde esa perspectiva, realiza un análisis no minucioso. Se trata de un libro de pocas páginas, pero muy estimulante y a veces provocativo, que nos habla sobre cómo ha de llenarse de vida la celebración. Por ejemplo, al tratar de la Eucaristía, dedica la mayor parte de las líneas a la fraternidad humana, a la solidaridad, a entender la vida como don: «cuerpo que será entregado por vosotros», «sangre que será derramada por vosotros y...».

Tienen interés especial las páginas que dedica al sacramento de la Penitencia. Al hablar de él, plantea la necesidad de seguir revisando su celebración. Es un sacramento que requiere una relación más inmediata a la conversión y a la dimensión moral humana. Dada la compleja historia de este sacramento, con tantas variables en su administración, es conveniente seguir reflexionando sobre cuál es el modo más auténtico de celebrarlo. Reflexión que viene urgida por la crisis actual de este sacramento, del que se han separado muchos cristianos debido a una deficiente conciencia de pecado, a confundir actos con actitudes y a no entender el concepto bíblico de «conversión».

El libro trata sobre situaciones de interés en la práctica sacramental y sobre la necesidad de revisar

algunas de éstas. Todo orientado a que los sacramentos tengan una repercusión coherente en la vida cristiana. Es un libro, pues, muy recomendable.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Madrid (España)

Índice general del año 2014

EDITORIAL

COS, J. DE, <i>Transmitir el amor de Dios. La Vida Consagrada</i>	1-5
—, <i>Orar y actuar por justicia</i>	81-83
—, <i>El buen pastor</i>	161-165
—, <i>La vocación a la vida solitaria</i>	241-245
—, <i>Contemplar la virginidad de María en el rezo del Rosario</i>	325-329
—, <i>Los tiempos y los espacios sagrados</i>	401-403

ESTUDIOS

ARMENTA, J., <i>Los nuevos fariseos</i>	281-283
—, <i>La virginidad del alma según el Maestro Eckhart</i>	364-366
CABRERA, A., <i>Sed de Dios</i>	32-34
—, <i>El pan en la literatura bíblica y en nuestros días</i>	119-121
—, <i>Cuerpo de Cristo: diversidad y comunión</i>	190-192
—, <i>Experiencia de Dios</i>	269-271
—, <i>Caminar hacia a la perfección</i>	353-355
—, <i>Vivir en la verdad en un sistema invadido de mentira</i>	421-423
CEPEDANO FLÓREZ, J. J., <i>Historia de un regreso</i>	116-118

—, <i>Historia de un renacer</i>	177-185
—, <i>Historia de una gratitud</i>	404-412
FEMENÍA BERTOMEU, F., <i>La fe, carisma de la Orden de Predicadores</i>	246-259
FERNANDEZ MORATIEL, J., <i>María en Navidad es silencio</i>	30-31
—, <i>La escucha atenta y silenciosa de la Palabra</i>	116-118
GIJÓN, C., <i>El frondoso jardín del progreso humano</i>	260-264
GONZÁLEZ SUÁREZ, L., <i>Tentación y esperanza</i>	35-38
—, <i>Cruz y humildad</i>	122-125
—, <i>La fe: único medio para superar la desesperación religiosa</i>	193-197
—, <i>La revelación del Evangelio según San Juan: Dios es amor</i>	272-276
—, <i>Dios en el desierto. La importancia del acompañamiento espiritual</i>	356-360
—, <i>Dios y el sufrimiento. La lección silenciosa de Job</i>	424-428
GUERRA, A., <i>Hambre, avidez y ambigüedad en la espiritualidad actual: 1. Introducción</i>	20-24
—, <i>Hambre, avidez y ambigüedad en la espiritualidad actual: 2. Hambre de espiritualidad en la modernidad</i>	98-108
—, <i>Hambre, avidez y ambigüedad en la espiritualidad actual: 3. Avidez y ambigüedad</i>	166-176
GUERRA, S., <i>Mística apofática y fe en San Juan de la Cruz</i>	328-348
HERRERO PRIETO, L., <i>El corazón de un Rey: 1. Un Rey que se encarna</i>	6-19

—, <i>El corazón de un Rey: 2. Un Rey que muere y resucita</i>	84-97
—, <i>Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:</i>	
1. <i>Eva y María</i>	198-200
—, <i>Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:</i>	
2. <i>Sara y María</i>	277-280
—, <i>Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:</i>	
3. <i>Ruth y María</i>	361-363
—, <i>Aproximación a María de la mano de nueve mujeres del Antiguo Testamento:</i>	
4. <i>Miriam y María</i>	429-431
LEÓN LASTRA, J. J. DE, <i>La importancia de las virtudes en nuestra vida</i>	39-43
LÓPEZ CASQUETE, M., <i>El nombre de Dios como itinerario místico: 1. El nombre del Padre</i>	186-189
—, <i>El nombre de Dios como itinerario místico: 2. El nombre del Hijo</i>	265-268
—, <i>El nombre de Dios como itinerario místico: 3. El nombre del Espíritu</i>	349-352
—, <i>El nombre de Dios como itinerario místico: 4. Recapitulación.</i>	417-420
MAESO, M. E., <i>Cuando la noche llegaba a la mitad de su carrera</i>	44-46
—, <i>Jesús luz verdadera</i>	126-128
—, <i>Estampa primaveral</i>	201-203
—, <i>En torno a la fe</i>	284-286
—, <i>Sobre la «nueva evangelización»</i>	367-369
—, <i>La Palabra del silencio</i>	432-434
RIGUES, P, <i>Edith Stein</i>	25-29

SILVA, R., <i>Historia de Una atracción irresistible. Compartiendo desde el corazón de la clausura</i>	413-416
--	---------

LITURGIA

MUÑOZ, H., <i>Liturgia de las Horas: 7. La alabanza de la mañana: los Laudes</i>	47-49
—, <i>Cantos navideños</i>	50-51
—, <i>Liturgia de las Horas: 8. Las alabanzas de la tarde o «sacrificio vespertino»</i> . . .	129-132
—, <i>Liturgia de las Horas: 9. El «Oficio de lecturas»: proclamación extensa de la Sagrada Escritura</i>	204-206
—, <i>Liturgia de las Horas: 10. La Hora intermedia</i>	287-289
—, <i>Liturgia de las Horas: 11. Las Completas: última Hora del día, a celebrarse antes del descanso nocturno</i>	370-371
—, <i>Liturgia de las Horas: 12. Los Himnos.</i>	435-437
—, <i>El valor de la Misa televisada</i>	438-439

TESTIGOS

CARMELITAS DESCALZAS, <i>Madre María Antonia de Jesús Pereira y Andrade, O.C.D. (1700-1760): 1. Desde su nacimiento hasta 1730</i>	207-222
—, <i>Madre María Antonia de Jesús Pereira y Andrade, O.C.D. (1700-1760): 2. De 1730 hasta su muerte</i>	290-305
MUÑOZ, H., <i>Recordando a Pieter Van Der Meer de Walcheren (1880-1970)</i>	133-139

PLAZA AGUILAR, S, <i>Carmen Márquez Cid</i> (1928-2004), <i>testigo de vida cristiana</i> <i>en el siglo XX</i>	372-380
—, <i>Josefina Alonso López</i> (1893-1977). <i>Una mística seglar del siglo XX</i>	440-446
PRADA CAMÍN, M. F., <i>Madre María Amparo</i> <i>del Sagrado Corazón, O.S.C. (1889-1941):</i> <i>Una imagen de Jesús crucificado</i>	52-61

ESCUELA DE VIDA

LUIS DE GRANADA, <i>Oración al Espíritu Santo</i>	232-233
TAULERO, J., <i>Selección de sermones espiri-</i> <i>tuales: 2. Penitencia, oración y trans-</i> <i>formación</i>	62-70
—, <i>Selección de sermones espirituales:</i> <i>3. La limpieza y sanación del alma</i> . . .	140-152
—, <i>Selección de sermones espirituales:</i> <i>4. El Espíritu Santo actúa dentro de</i> <i>nosotros</i>	223-231
—, <i>Selección de sermones espirituales:</i> <i>5. Dios habita nuestro interior</i>	306-314
—, <i>Selección de sermones espirituales:</i> <i>6. Trabajar en la viña del Señor</i>	381-391
—, <i>Selección de sermones espirituales:</i> <i>7. La oración de petición</i>	447-459

POESÍA

DÍEZ SERRANO, I., <i>Pequeños poemas sobre</i> <i>Navidad</i>	71
—, <i>En el Gólgota fuiste coronado</i>	153
—, <i>Este deseo, Dios, esta agonía</i>	234
—, <i>Solo quiero la luz que nos mantenga</i> . .	315

—, <i>Dios te salve, María, aquí me inclino</i>	392
—, <i>Te esperamos</i>	460
POLVOROSA LÓPEZ, T., <i>No abandono la cruz.</i> <i>En recuerdo de Benedicto XVI</i>	154-155

BIBLIOGRAFÍA

AGUILÓ, A., <i>¿Es razonable ser creyente? 50 cuestiones en torno a la fe</i>	158-160
AMIGO VALLEJO, C., <i>Diccionario de religiosidad popular</i>	317-319
AUBIN, C., <i>Las ventanas del alma. Amar y orar con los cinco sentidos</i>	463-464
BERMÚDEZ LÓPEZ, F., <i>Espiritualidad en un mundo globalizado. Un desafío ético-profético</i>	319-320
BLANCO, P., GARCÍA, R. D. (eds.), <i>Benedicto XVI habla de Cultura y sociedad</i>	320-321
CALVO CUBILLO, Q., <i>Vida y sacramento. Un comportamiento que responda a lo que se celebra</i>	470-472
CHAVARRÍA, M. A., <i>Hablar en público y en privado. Las situaciones que nadie te comenta</i>	464-465
DIEGO SÁNCHEZ, M. (ed.), <i>Castillo de cristal. Escuchar y acompañar a Teresa de Jesús</i> . .	238-239
ESPEJA, J., <i>Huellas con futuro en algunos signos de nuestro tiempo</i>	237-238
HEVIA LOSA, J., <i>¡Padre Nuestro!</i>	72-73
FERNÁNDEZ, A., <i>Yo soy cristiano ¿Cómo viven los cristianos?</i>	322-323
FORTE, B., <i>Pater, Ave, Gloria</i>	74

FRANCISCO (Jorge Mario Bergoglio), <i>Meditaciones para religiosos</i>	461-462
GRÜN, A, <i>Espiritualidad. Para tener éxito en la vida</i>	73-74
HILDEBRAND, D. von, <i>Liturgia y personalidad</i>	
LÓPEZ CASQUETE, M., <i>La tienda del encuentro. A Jesús por el camino del Silencio</i>	235-236
LUNA CALVO, C., <i>Sé más persuasivo. Aumenta tu capacidad de influir en los demás</i>	316-317
MARTÍNEZ-GAYOL, N., <i>Los excesos del amor. Figuras femeninas de Reparación en la Edad Media (siglos XI-XIV)</i>	78-79
MARTÍNEZ PÉREZ, J., <i>Espiritualidad de los salmos. Me rodeas de cantos de liberación</i>	79-80
MIRAS, J., <i>Celebrar el Misterio de la fe</i>	156
MONASTERIO, E., <i>La buena vida. Libres para pensar</i>	467
MOYA, J. (ed.), <i>Devocionario eucarístico. Con cincuenta momentos de adoración</i>	323-324
PERO-SANZ, J. M., <i>Aguardando al Cielo. En torno a la esperanza</i>	239-240
PHILIPPE, M. D., <i>Las tres sabidurías</i>	394-396
PIACENZA, M., <i>La Presbyterorum Ordinis 50 años después</i>	468-469
PLAZA AGUILAR, S., <i>El sentido de la fe</i>	157-158
REGAL LEDO, M., <i>Los Salmos hoy. Versión oracional a la luz del evangelio</i>	398-400
RIVAS, F. (ed.), <i>Iguales y diferentes. Interrelación entre mujeres y varones cristianos a lo largo de la historia</i>	75-76
RUPNIK, M. I., <i>El arte de la vida. Lo cotidiano en la belleza</i>	393-394

SÁNCHEZ CREMADES, J. M., <i>Una vida según el Evangelio</i>	236-237
URCOLA TELLERÍA, J. L., URCOLA MARTIARENA, N., <i>Dirección y sensibilidad</i>	396-398
VOLDER, J, de, <i>San Damián de Molokai. Un santo para nuestro tiempo</i>	76-77
WHATLING, T., <i>Mediación: habilidades y estrategias. Guía práctica</i>	469-470